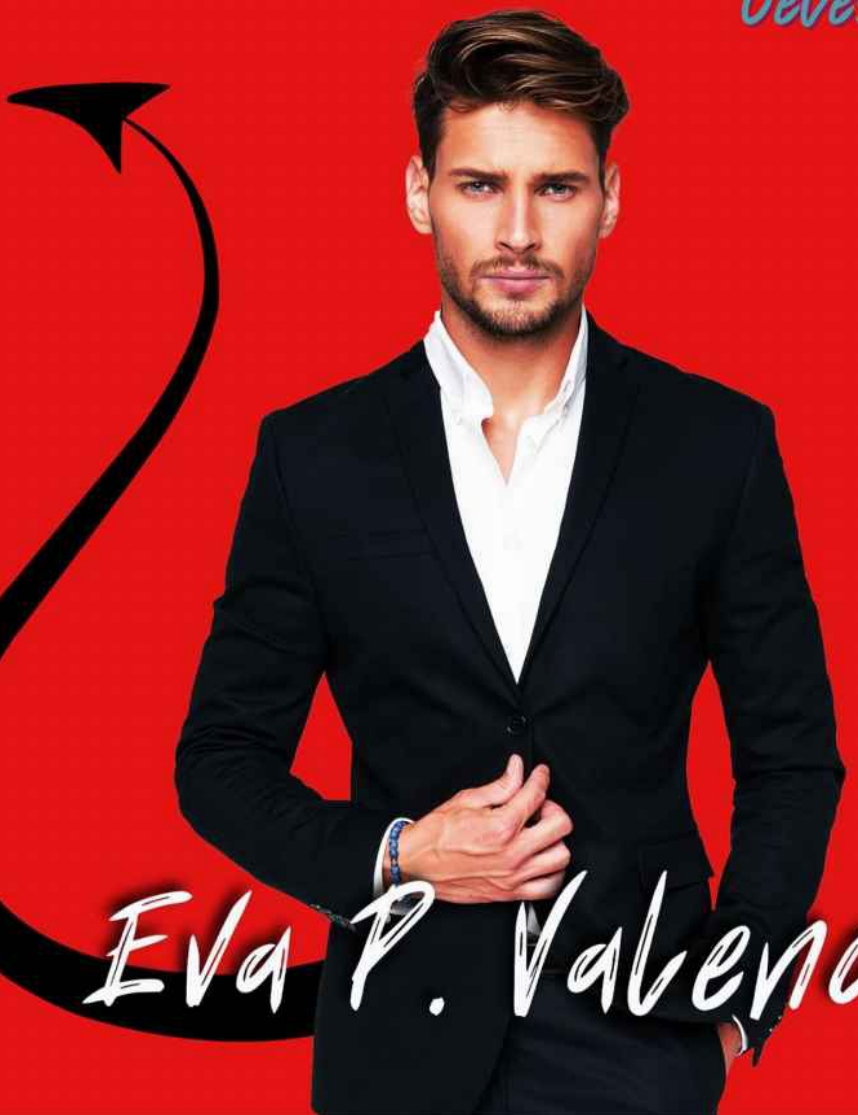
Cuando el DIABLO vistió de uniforme

Celestial, 2



Eva P. Valencia

zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
1. Morgan
2. Madox
3. Morgan
4. Madox
5. Morgan
6. Madox
7. Brooklyn
8. Morgan
9. Madox
10. Morgan
11. Morgan
12. Brooklyn
13. Morgan
14. Morgan
15. Sky
16. Madox
17. Sky
18. Morgan
19. Madox
20. Morgan
21. Madox
22. Morgan
23. Madox
24. Morgan
25. Madox
26. Sky
27. Jacob

28. Morgan
29. Denis
30. Morgan
31. Madox
32. Sky
33. Jacob
34. Madox
35. Denis
36. Jacob
37. Madox
38. Morgan
39. Margot
40. Madox
41. Denis
42. Morgan
43. Madox
44. Morgan
45. Madox
46. Morgan
47. Madox
48. Morgan
49. Madox
50. Morgan
51. Madox
52. Morgan
53. Madox
54. Morgan
55. Madox
56. Morgan
57. Madox
58. Morgan
59. Madox
60. Morgan
Epílogo
Bonus Track. Morgan
Agradecimientos
Referencias de las canciones
Biografía

Atrévete a sentirlas en tu propia piel
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Vivir en Nueva York, grabar mi primera maqueta musical con Sony Music Entertainment, estar a punto de casarme con Denis Moore, era todo cuanto podría desear… ¿lo era, Morgan?

Trasladarme a la Gran Manzana, formar parte del cuerpo de policía de la comisaría del Distrito 75, tratar de buscar un bebé con mi prometida Sky, ¡acción, acción, acción! Era todo cuanto podría desear… ¿lo era, Madox?

¿Qué sucede cuando la vida perfecta no encaja en lo más mínimo con lo que realmente deseas?

¿Y si un suceso inesperado te obliga a convivir bajo el mismo techo que la persona que puso tu mundo patas arriba en el pasado?

Amor, secretos, dudas y el revivir de un deseo incontrolable que es capaz de avivar las llamas del mismísimo infierno.

¿Eres de dar segundas oportunidades? ¿Crees que es posible reparar un corazón hecho trizas? ¿Y dos corazones?

Descúbrelo en el esperado desenlace de la bilogía Celestial.

Después de éxitos como la saga *Loca seducción*, la bilogía *Un millón de nosotros* y sus novelas *Brooklyn, Valentine, Tentación y Christmas's tales*, **Eva P. Valencia** regresa con una bilogía con mucha chispa, diversión, romance y la tensión justa para resultar absolutamente adictiva.

CUANDO EL DIABLO VISTIÓ DE UNIFORME

Celestial, 2

Eva P. Valencia



A mi hijo, siempre

«¿Y si en vez de planear tanto voláramos un poco más alto?».

MAFALDA

Prólogo

En el vasto mundo de la literatura, existen encuentros mágicos que trascienden las letras y se convierten en lazos profundos de amistad. Y así fue como Eva P. Valencia y M. José, cariñosamente conocida como Majo en los círculos literarios, encontraron un vínculo especial entre páginas, palabras y sueños compartidos.

Hace cuatro años, decidí dar un cambio radical en mi vida y formarme como *community manager*, promotora de escritores y diseñadora editorial y gráfica, bajo el nombre de Promociones literarias Esther M. Junto a una amiga, formé un grupo de lectura virtual, y gracias a ese grupo conocí a muchos autores, entre ellos, Eva. Fue allí donde nuestros caminos se cruzaron por primera vez.

Como apasionada lectora, sobre todo de romántica, un día me encontré con las obras de Eva P. Valencia. Sus historias me cautivaron de inmediato, sumergiéndome en mundos vibrantes y personajes inolvidables. No pude resistir la tentación de contactar con la autora para expresar mi admiración y compartir mis emociones.

A partir de ese momento, nuestras vidas literarias comenzaron a entrelazarse de manera inesperada. Coincidimos en lecturas conjuntas, nos empezamos a seguir en redes sociales para compartir nuestra pasión por la escritura y la lectura. A través de mensajes, comentarios y conversaciones virtuales, se forjó una amistad basada en la admiración mutua y la pasión por la literatura.

Pero el destino me tenía preparado un encuentro aún más excepcional. En un evento literario el año pasado, finalmente pude conocerla en persona. Fue un día muy emocionante, un honor tener la oportunidad de conocer de cerca a una autora a la que tanto admiro. Durante todo el día, compartimos risas, confidencias y conversaciones interminables. En ese momento, supe que nuestra amistad trascendería más allá de las páginas y se convertiría en un vínculo perdurable en nuestras vidas.

Hace unos meses recibí un mensaje de Eva P. Valencia, ofreciéndome escribir el prólogo de su nueva novela. Es un privilegio y un honor poder ser parte de esta obra, aportando mi pequeño granito de arena a una historia que ha sido tejida con la maravillosa pluma de esta gran autora.

Esta es la historia de una amistad que nació entre páginas, se fortaleció a través de las palabras y floreció en encuentros llenos de complicidad. Una amistad que demuestra cómo el amor por la literatura puede unir a las almas de aquellos que comparten su pasión.

Y así, entre letras y lazos de amistad, Eva P. Valencia y una servidora continuamos nuestro

camino, tejiendo una historia que trascenderá las páginas y que perdurará en el tiempo. Porque en el mundo de la literatura, las amistades verdaderas son muy valiosas.

En este prólogo, tengo el desafío de transmitir al lector la pasión y maestría con las que Eva P. Valencia da vida a sus personajes, creando un mundo literario cautivador.

Eva es una maestra del género romántico, posee el don de capturar las emociones más profundas y transmitirlas a través de sus letras. Sus historias de amor trascienden las páginas y se convierten en una experiencia visceral para aquellos que se sumergen en sus obras.

En cada obra de Eva, podrás descubrir una nueva dimensión. Sus palabras fluyen como ríos de tinta, transportándote a lugares inexplorados y sumergiéndote en historias que dejan una huella imborrable. Eva tiene la habilidad para crear personajes memorables, dotados de profundidad y realismo. A través de sus protagonistas, podrás vivir amores apasionados, luchas internas, encuentros fortuitos y desafíos que pondrán a prueba tu corazón. Cada página es un viaje emocional y un bálsamo para el alma de los amantes del romance.

Sus palabras dan vida a relaciones intensas y sinceras, desatando una cascada de emociones en cada escena. El poder de sus descripciones y diálogos se entrelaza con la esperanza, el deseo y la lucha por el amor verdadero.

En conclusión, Eva P. Valencia es una autora romántica excepcional que ha conquistado el corazón de muchos otros lectores.

Así que, querido lector, prepárate para sumergirte en una historia llena de amor, pasión, risas, desafíos y emociones a flor de piel, a través de estas páginas.

A mí solo me queda expresar mi profundo agradecimiento a Eva por brindarme esta maravillosa oportunidad de daros a conocer mi pequeña historia de cómo conocí a esta gran autora y poder ser parte de lo que, estoy totalmente segura, será otro éxito literario.

Disfruta de la lectura. Un beso de M. José M. R.

Promociones Literarias Esther M.

1

Morgan



9 de octubre de 2017, Nueva York. 4 años más tarde

Cruzo el umbral de caza de miz padrez en Connecticut a toda priza. Acabo de regrezar del colegio y traz dejar la mochila tirada zobre el zofá de cualquier manera, corro a la cocina como zi no exiztiera un mañana. Cuando entro, el olor a pizza blanca de almejaz zalteadaz en aceite de oliva y ajo con quezo parmezano rallado provoca que empiece a zalivar como el gato Tom antez de intentar comerze al ratón Jerry.

Ez martez y loz martez mi mami hornea eza maza fina hazta que ze dora por loz bordez y cruje en mi boca a cada mordizco.

Mi eztómago ruge con impaciencia como un león hambriento, pero pazo por zu lado como una bala y zin detenerme cuando me zaluda, y apenaz la ezcucho mientraz me pregunta por laz clazez.

Pronto me detengo frente a la alacena y alzo la vizta al último eztante, donde el bote de criztal de piruletaz de freza ze encuentra brillando con un rezplandor tentador, diciéndome: «Vamoz, coge una, Morgan… ¡zon deliciozaz!».

Una zonriza pícara ze dibuja en mi cara al darme cuenta de que queda zolo una en el fondo.

Con nervioz me aprezuro a conzeguir un taburete y lo arraztro a travéz del zuelo de madera, provocando un chirrido molezto en laz vetaz de madera. Cuando ya la tengo bien pozicionada, trepo con laz manoz y me ayudo de laz rodillaz para quedar de pie en la baze.

Mi corazón late con fuerza contra mi pecho como loz tamborez de loz indioz ziux de la peli Murieron con laz botaz pueztaz *que he vizto milez de vecez junto a papi, mientraz la adrenalina corre por miz venaz y mi determinación crece con cada zegundo.*

He de zer rápida, no quiero que mi papi me caztigue por comer a dezhoraz antez de la comida, diciendo que me enzucia el eztómago y me quita el hambre…

Alzo el brazo derecho y lo eztiro todo lo que puedo, poniéndome de puntillaz, pero aún no llego a la piruleta…, ¡no la alcanzo!

Muevo loz deditoz con dezezperación, pero me falta un poquito de altura para ziquiera rozar el culo del criztal.

—¡Quiero eza piruleta… La quiero… La quiero…!

Hacía ya cuatro años que solía tener ese recurrente sueño de cuando era una niña pequeña, bueno, en realidad, esa frustrada pesadilla, ¡pues jamás lograba hacerme con el dichoso dulce de las narices…! Lo intentaba una y otra vez hasta el agotamiento, pero nada. Nunca me lo llevaba a la boca ni saboreaba aquel gusto a fresa que en el pasado me volvía tan loca… Sin embargo, notaba a la perfección cómo contenía la respiración a la espera de ese cosquilleo en el estómago que se hacía más que tangible cada vez que despertaba, junto a una media sonrisa en los labios.

¡Demonios!

¿Qué significaría eso?

¿Acaso sería el origen de un mensaje subliminal de mi subconsciente que me alertaba de que aún seguía latente algún sentimiento romántico, afectivo o sexual hacia el agente Ward, de Haines? Me aterraba siquiera planteárselo a mi psicoanalista, Edmunt Freixer, quizás por temor a conocer su significado freudiano. Como dijo el padre del psicoanálisis: «Los sueños son a menudo más profundamente significativos que las obras de arte, porque son un producto más directo de la actividad psíquica inconsciente».

Quizás mi sueño estaba tratando de decirme algo, pero ¿qué?

La imagen de un dulce inalcanzable podría ser una manifestación de mi deseo insatisfecho de algo que anhelaba pero no podía tener, pues dicen que los sueños suelen ser un sustituto de los deseos que hemos renunciado a satisfacer en la realidad.

Y me di cuenta de que así era imposible seguir con mi vida, pues en mí aun persistía la huella de esos recuerdos, a sabiendas de que no podía seguir viviendo así, atada a un pasado que ya no existía.

¡Malditos doce días enterrados en la nieve y maldita la dulzura de aquellos labios de sabor de fresa!

* * *

—Ey, bombón, no te olvides las gafas.

Incliné la cabeza, dirigí mi mirada al estuche que Denis sostenía en su palma y la cogí para colocarla en el bolso a juego con mi chaqueta cárdigan, adornada con flores y lentejuelas de colores, que llevaba con una falda de cuero, medias negras y botas altas similares a las del

guardarropa de *The Nanny*, Fran Fine, la vendedora de cosméticos que encuentra trabajo como niñera en la casa de un hombre rico. Supongo que no es necesario mencionar que era una gran fanática y adoraba esa serie de televisión de finales de los años noventa. ¡Era lo más!

Le sonreí y le di un breve beso en los labios.

—Ya sabes el dicho, quien no tiene cabeza…

—Que tenga pies —completó él mi frase, frunciendo el ceño—. Últimamente vas a toda velocidad y al final chocarás contra una pared de hormigón. Deberías bajar el ritmo.

—Lo reduciré cuando sea una anciana ayudada por un andador o haya cumplido todos mis sueños musicales, tanto pasados como futuros… —puntualicé, algo crispada conmigo misma, pues sentía que las horas del día se me iban en un suspiro y sin apenas tiempo para disfrutar o, simplemente, vivir.

—Morgan, por favor, cálmate o no llegarás ni siquiera a los cuarenta por un ataque al corazón… —mencionó mientras enmarcaba suavemente mi cara con una de sus manos para intentar tranquilizarme y apaciguar los demonios internos que me habían estado consumiendo durante meses, o ¡incluso años!—. Ya está, lo más difícil ya lo has superado. Ese camino empedrado hacia la fama ya está allanado. Recuerda que ya has logrado mucho, eres una artista increíble y has llegado a un nivel que muchos sueñan con alcanzar.

Sujetó mi cara con ambas manos, tan grandes que cubrieron casi toda mi cabeza, y me clavó su mirada intensa y directa.

—Venga, repite conmigo: he sido nominada a los Grammy de 2018 como la Mejor Artista Nueva junto con Alessia Cara, Khalid, Lil Uzi Vert, Julia Michaels y SZA.

Sujeté firmemente sus muñecas y aparté sus manos de mi piel.

—Denis… ¡Santo cielo! Las palabras en tu boca aún suenan más impactantes. ¡Yo! ¡Morgan Freeman, o mejor dicho, Georgia Mind! ¡No-mi-na-da! ¡¿Comprendes ahora mis malditos nervios?!

—Moooorgan…

Si no me daba un sopapo en ese momento era porque la divina providencia tenía otros planes para mí y no quería que la palmara tan pronto. De lo contrario, ¡hacía tiempo que estaría criando malvas!

Volví a la carga con artillería más pesada.

—Lo sé, lo sé, Denis…, pero es que siento que tengo que redoblar mis esfuerzos, que tengo que seguir trabajando sin descanso para aprovechar esta oportunidad al máximo y no defraudar a nadie ni a mí misma.

Mi chico me acarició el pelo con dulzura mientras sonreía despacio.

—Por supuesto, Morgan, por supuesto, pero también debes cuidar de ti misma. Lo primero debes ser tú y después todo lo demás. —Negó con la cabeza—. No puedes seguir viviendo con tanta ansiedad y estrés, eso no es sostenible a largo plazo y lo sabes. Reflexiona por un momento

sobre lo que dijo la escritora francesa Simone de Beauvoir: «El éxito no es lo que te hace feliz. Es ser feliz lo que te hace exitoso».

Asentí lentamente, permitiendo que sus palabras calaran hondo en mi mente y en mi alma. Denis Moore y su incansable fraseología que siempre, siempre, siempre daba directo a la diana.

Quizás tenía razón, quizás necesitaba tomarme un momento para saborear el presente y no atormentarme tanto con el futuro. Lamentablemente, no podía permitírmelo, ya que debía seguir estrictamente mi apretada agenda, sin importar si diluviaba, nevaba o incluso si ¡el mismísimo Michael Jackson aparecía para proponerme un dueto en el Metropolitan Opera House!

Apreté firmemente los labios, tratando de contener la ansiedad que se había apoderado de mí desde que mi agente musical, Liam Jenkins, me había dado la gran noticia: mi nominación al premio más importante de Estados Unidos, los premios Grammy. ¡Los GRAMMY!

—Cariño, por favor, escúchame y disfruta-del-momento.

—No te prometo nada. —Vacilé.

—Al menos dime que lo intentarás.

Asentí despacio, tratando de asimilar sus palabras circundadas en sabios consejos. No obstante, para mí eso resultaba insuficiente.

Exhalé con un par de lamentos, esforzándome por contener la opresión que se cernía sobre mi pecho, intentar calmar mis nervios y enfocarme en el presente e impedir que la ansiedad me consumiera por dentro.

En fin…

Lo cierto era que, sin esperarlo, ya me había subido a ese tren, uno que no hacía paradas y aceleraba vertiginosamente hasta dejarme sin aliento. Eso me hizo imaginarme en mallas multicolores y calentadores hasta media pierna, ya que recordé la conocida frase de la señorita Lidya Grant en la High School for the Performing Arts de la Calle 46: «Tenéis muchos sueños, buscáis la fama. Pero la fama cuesta. ¡Pues aquí es donde vais a empezar a pagar, con sudor!».

¿Sudor? Sudor, lo que se conoce como el líquido segregado por las glándulas sudoríparas, ciertamente no era con lo que estaba pagando la supuesta fama, sino con unos retortijones de barriga y un dolor abdominal agudo que me provocaba trastornos y aumentaba mis visitas al señor Roca. En una palabra: ¡cagarrinas!

—Lo intentaré, Denis.

—Así me gusta, cariño.

—Te agradezco por estar siempre a mi lado, juntos, ¡a las duras y a las maduras! —exclamé mientras hacía el patético y exagerado gesto de forzuda, le sonreía con ternura y me acurrucaba en su pecho, sintiendo su cálido abrazo reconfortante.

—Bueno, de eso trata la convivencia, ¿no? De cuidarnos mutuamente.

—Así es.

Me separé de su cuerpo y alcé la vista a sus ojos oscuros.

—He de irme. Tengo una sesión maratoniana de grabación con Víctor.

—De acuerdo. ¿Te espero para cenar? —tanteó, y yo alcé una ceja.

Verás, últimamente él y yo no coincidíamos a menudo en esas horas de la noche, ni siquiera durante el día, excepto los fines de semana. Denis, debido a su conocida adicción al trabajo y a la búsqueda de nuevos talentos, y yo, actuando en el musical *El Diablo viste de Prada*[1] en Broadway y en la grabación de mi segundo álbum. Sí, para responder a lo que estás pensando, después de varios duros *castings* fui seleccionada para interpretar a la tiránica editora de moda, Miranda Priestly. ¡Ta-ta-ta-ta-tá! No te lo pierdas y… y la música fue compuesta por ¡el mismísimo Elton John y las letras por Shaina Tau!

¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Era una pregunta que solía hacerme constantemente al darme cuenta de que estaba viviendo un sueño hecho realidad y por el que sigo pellizcándome de vez en cuando.

—Claro, Denis —le respondí con una sonrisa un pelín forzada y un semblante extremadamente fatigado—. Después de la función, iré directa a casa. Esta semana está siendo de locos y necesitaré una buena ducha, una de tus deliciosas cenas reconstituyentes, un masaje hipermegarrelajante en las cervicales y descansar bien temprano.

Le vi entrecerrar los ojos con una mirada inquisitiva, parecía dudar de mi afirmación.

—Oye, te doy mi palabra solemne de *boy scout*… —sentencié con una voz supermelosa mientras me abrazaba a su cuello.

—¿De *boy scout*? —repitió Denis con una sonrisa burlona en sus labios.

—Eso he dicho.

Se rio.

—A mí no me engañas, Morgan. Lo más cerca que has estado de la madre naturaleza fue en ese pueblucho de Alaska.

De repente, inevitablemente me quedé un segundo en silencio al recordar los doce días vividos allí junto a Madox Ward. Todo vino a mi mente como destellos. Imágenes desordenadas empezaron a atropellar mis sentidos…

Fui capaz de sentir el frío de la nieve al caer sobre mi piel, el crepitar del fuego que nos protegía del gélido ambiente y el sonido de los vinilos girando incesantemente en el plato del tocadiscos. La sensación del agua tibia de la ducha empapando nuestros cuerpos desnudos, unos besos con sabor a piruleta de fresa y las yemas temblorosas que dibujaban constelaciones en mi piel, uniendo mis tres lunares. Recordé cada caricia, cada beso y cada susurro íntimo en el oído del otro que nos hacía sentir que éramos los únicos habitantes del mundo y los ojos verdes de Madox, que decían más que las palabras llenas de promesas aún por cumplir…

Esos recuerdos me llenaron de nostalgia y tristeza.

—Cielo. —La voz de Denis me sacó de mi ensimismamiento—. ¿Te encuentras bien?

—¿Eh? sí, ¡síííí! Lo siento, perdona… —Me excusé de sopetón, no quería cagarla a esas alturas de la película, digo, de la relación—… estaba… yo…

—¿Estabas pensando en algo o en alguien especial?

Sentí un nudo en la garganta y contuve la respiración, tratando de encontrar las palabras adecuadas para responderle. Un segundo, dos segundos, tres segundos… cuatro segund…, ¡que me ahogo!

—¡Oh, no, noooo! Nada ni nadie importante. No ha sido más que una tontería sin importancia, una nimiedad, una cosita insignificante… *¡ná!* —mentí, mientras mostraba mi pulgar e índice dibujando un mínimo espacio entre ellos.

Unos instantes de incómodo silencio se apoderaron de nosotros. Temí que, por un momento, la relación que mantuve en el pasado con el agente de policía saliera a la luz.

Suspiré.

Nunca le había hablado de mi pasado con Madox y, por alguna razón, nunca había querido hacerlo. Tal vez porque, en el fondo, quise pasar página demasiado rápido, y rememorar los recuerdos vividos entre los dos dolía.

Mis manos comenzaron a inquietarse y retorcerse nerviosamente.

—Parece que estás dando demasiadas explicaciones para algo que dices que no es importante —comentó con una mirada inquisitiva.

—¡Noooo, para nada! No es nada importante, te lo aseguro. —Me reí tontamente y le di un leve manotazo en el pecho—. ¡Qué cosas dices…!

—Vamos, nena, no intentes ocultarme nada. Sé que algo te está rondando por tu cabecita loca.

—Denis. Ya, déjalo. No-es-nada. Créeme.

—No sé dónde has viajado, pero…

—¿Viajar dices? ¿Dónde encontraría un lugar mejor que aquí, contigo? Dime, anda. —Traté de sonar segura mientras le miraba a los ojos y a él pareció gustarle oírme decir eso, ya que una sonrisa traviesa asomó en sus labios.

¡Por fin! Menos mal…

—No hay otro lugar donde quisiera estar, pero eso es algo que yo ya sé. ¿Y lo sabes tú?

—Absolutamente, no te quepa duda —le respondí seria, asintiendo con la cabeza.

Vale, *okey*…

Stop!

¡Hagamos un parón en esta parte de la historia, pues debo confesarte algo!

Denis Moore era todo lo que mi amiga Margot García había descrito años atrás en Las Vegas: trabajador, atractivo, solvente, educado, fiel y romántico… (suspiro). Pero su perfección y nuestra relación predecible y monótona a veces resultaba tediosa. ¡Necesitaba algo más emocionante, apasionante, sorprendente, aventurero, arriesgado e innovador!

En resumen, todo era tan previsible que incluso nuestras conversaciones parecían guionizadas, siempre hablando de los mismos temas: trabajo, proyectos, planes de futuro, viajes programados, cenas con amigos, el último libro leído o película vista. Sin espacio para el drama, la confrontación o incluso el ¡humor irreverente! Jamás discutíamos y nuestro diálogo era respetuoso, sí, pero a veces sentía que faltaban sinceridad y autenticidad.

Extrañaba sentir las mariposas revolotear en mi estómago y anhelaba que nuestra relación fuera más espontánea y emocionante. Me sentía atrapada en una monotonía de la que no era capaz de escapar.

Seguro que me comprendes….

Aquella chispa, aquel fuego que te abrasa la piel no estaba presente. Los besos eran dulces, sí, pero no apasionados. Los abrazos, cálidos, pero no fogosos. La intimidad se había convertido en un acto mecánico, sin emoción ni sorpresa. Y comencé a sentir que algo faltaba, que requeríamos más espontaneidad, más sorpresas, más diversión. Salir de nuestra zona de confort. Pero no sabía cómo plantear el tema sin herir los sentimientos de Denis o sin que pensara que no apreciaba lo que teníamos.

Quizás te cueste creerlo, tal vez pienses que lo que voy a contar es una bravuconería, pero… echaba de menos sentir… ¡sentir las dichosas mariposas revolotear en mi estómago! Esa sensación eléctrica y excitante. Anhelaba que mis niveles de cortisol y adrenalina se dispararan por culpa de una acalorada discusión a causa de nuestras diferencias de opinión. Sí, lo sé, ya sé que los expertos advierten que las discusiones constantes en una relación de pareja pueden provocar desgaste emocional y dañar la estabilidad, pero aun así, pensaba que necesitábamos un poco de emoción y pasión en nuestra monótona vida juntos.

Me sentía… asfixiada, encarcelada, ¡como si estuviera viviendo en un crónico letargo del que no era capaz de despertar!

—Te quiero, Morgan. Eres muy importante para mí y una pieza clave en mi vida.

Me callé.

Inclinó la cabeza y me miró a los ojos esperando una respuesta a ese «te quiero» henchido de tanto simbolismo para él, que seguía aguardando paciente, o mejor dicho, esperanzado, a oírmelo pronunciar algún día.

¿Cuándo?

¡Ni siquiera yo misma lo sabía! Después de todo, no es que no lo quisiera, pues tras tantos años me había habituado a su presencia, a su compañía, a hacer el amor en la cama los sábados por la noche, a los partidos de pádel los jueves a media tarde contra una pareja conocida suya, a ver series de televisión los domingos después de la siesta…

Y aunque entiendo que la euforia ardiente de los primeros meses de relación es algo temporal, seguía sin recordar haber sentido esos escalofríos recorriendo cada vértebra de mi espalda con sus caricias, o experimentar la sensación de convulsionar de placer, como si hubiera alcanzado el nirvana, en mis relaciones sexuales con él.

—¿Eres consciente de que decir «te quiero» a tu pareja reconforta? Y que no te hace más vulnerable ni menos independiente… Además, tampoco se te van a desintegrar las cuerdas vocales si lo pronuncias de vez en cuando.

Me miró burlón, sin mostrar ni una pizca de resentimiento, aunque yo sabía que mi silencio le dolía en lo más profundo. Juraría que pude sentir su corazón punzando en mi propia piel.

Inhalé profundamente y, en lugar de responder con palabras, sellé sus labios con un beso suave y dulce.

—No sé, Denis, puede que vaya siendo hora de que empiece a considerar tu propuesta —le respondí indecisa, aunque en realidad sabía que aún no estaba preparada para dar ese paso y que mi respuesta era fruto de una promesa velada.

—Deberías probarlo, verás como te sorprende —me propuso con una sonrisa triste. Pero yo seguía sin estar convencida.

Cerré de nuevo la boca, manteniendo mis pensamientos herméticos. Finalmente, asentí con la cabeza.

—Llegaré sobre las diez —le informé con un tono neutral.

—Perfecto.

—Entonces, nos vemos a las diez —confirmé con voz apagada.

Recorrí su elegante y moderno apartamento de ladrillo rojo en Upper East Side antes de atrapar mi gabardina de estampado de leopardo por las solapas, coger el juego de llaves y salir por la puerta.

2

Madox

Comisaría del Distrito 75. Brooklyn, Nueva York

—¿Te hace unas birras en Hinterlands Bar, Madox?

—Claro, ¡me hace! —respondí entusiasmado.

Fijé la vista en el compañero de unidad, Benjamin Brown, mientras me enfundaba mi chaqueta de cuero negro, con el emblema de la policía de Nueva York en el brazo izquierdo y el rango de oficial en la solapa, sobre la camisa azul oscuro de botones, que llevaba mi nombre bordado en el lado derecho del pecho. Nos despedimos del resto de compañeros y salimos del edificio.

Sí, a lo que te estás preguntando. Habían pasado ya tres años desde que solicitara el traslado a esta ciudad y a la comisaría del Distrito 75. Necesitaba alejarme del pequeño pueblo de Haines, donde nunca pasaba nada, y pensé que un cambio de aires en mi vida me vendría bien.

Y no, Morgan Freeman no fue la responsable de esa determinación, y no, ella y yo nunca tuvimos esa cita que le pedí, que casi supliqué, ni siquiera apareció en el lugar para decirme que no quería saber nada más de mí. Al día siguiente, fui a la productora del *show Las rubias también se enamoran*, quienes me informaron de que se había ido con Denis Moore, compositor y productor musical. ¿A dónde? ¡Ni puta idea! Simplemente se esfumó sin dejar rastro, otra vez, encarnando a la versión moderna de Houdini.

* * *

Mientras me llevaba una piruleta de fresa a la boca (llevaba años sin fumar, pero me había

vuelto un adicto a ese dulce), salimos a la calle y nos dirigimos al noroeste por Church Ave hacia E 8th St y luego pillamos la derecha hacia Flatbush Ave. El lugar estaba a 1,3 millas de distancia, que solíamos recorrer dando un paseo mientras charlábamos sobre nuestras mierdas y el clima húmedo de la isla, que empezaba a empaparnos hasta los huesos.

La decoloración de las hojas de los árboles o la recolección de las calabazas y el maíz eran señales evidentes de que había llegado el otoño en Manhattan. Además, acababan de abrir las tres pistas de patinaje sobre hielo al aire libre más famosas de la ciudad: la del Bank of America Winter Village, en el Bryant Park, la famosa pista de patinaje The Rink, ubicada frente al Rockefeller Center, y la Trump Rink, la más idílica de Nueva York gracias a su ubicación en el centro del hermoso Central Park.

—¿El jefe te ha convocado para la maratón de Nueva York de este año?

—No, aún no. ¿Cuándo cae?

—Cómo se nota que no eres de aquí, Madox. —Se carcajeó y me dio una palmadita en la espalda, y yo lo miré con cara de: «Imbécil, no vengo de Marte, pero casi»—. El domingo siguiente al día de Halloween, el 5.

—Joder, ahora que lo mencionas, detesto disfrazarme. No hay nada que me dé más repelús.

Benjamin y yo seguíamos avanzando hacia Hinterlands Bar, cuando él, con una sonrisa en el rostro, preguntó:

—¿Entonces no te gusta Halloween, Madox?

—¡No, coño, para nada! Nunca me ha gustado esa celebración. Siempre he creído que no es más que una excusa barata para que los niños salgan a pedir golosinas y los adultos se emborrachen disfrazados de monstruos.

Benjamin soltó una risotada que apuesto mi vida a que resonó hasta en el gran rosetón de la Catedral de San Patricio y su órgano de tubos a varias millas de allí.

—Pues a mí me encanta, tío. Es la mejor oportunidad de pasar tiempo con mis hijos y disfrazarnos juntos.

No pude evitar fruncir aún más el ceño.

—No sé, Ben. A mí suele darme urticaria, me empieza a picar todo como si tuviese hormigas caminando por mi piel con sus patitas peludas y de alambre.

—¿Cómo puedes decir eso? Si vieras a mis hijos divirtiéndose a lo grande, yendo de casa en casa pidiendo chuches y gritando a pleno pulmón «¡truco o trato!», cambiarías de opinión —respondió, emocionado. Siempre que hablaba de sus enanos se le llenaba la boca de orgullo y no era para menos, tenía una familia digna de envidia.

—La verdad, disfrazarme y hacer el ridículo no es lo mío. Prefiero quedarme en mi apartamento viendo una peli insufrible o paseando por Central Park hasta aburrirme —repliqué, encogiéndome de hombros y recordando la única vez que lo había hecho, disfrazado de cura en el hotel Bellagio de las Vegas, para reunirme con Morgan y reconquistarla después de siete meses sin saber de ella.

—¡Pero si es la oportunidad perfecta para ser quien quieras por un día! Además, con tu físico, maldita sea, podrías incluso vestirte de superhéroe o de lo que te salga de las narices. Eres como Ken, el novio de la Barbie, no como yo que, o me disfrazo de Moby Dick o de Obelix… o no hay tu tía… —aseguró, intentando convencerme sin éxito, pues me detuve en seco y lo miré con incredulidad.

—¿De superhéroe? —Escupí un exabrupto—. ¿Estás de coña? Soy poli, ¡no un payaso del Circo del Sol!

Benjamin se descojonó vivo y yo seguía sin verle la jodida gracia. Por suerte pronto llegamos a las puertas del Hinterlands Bar. Una vez dentro, rompimos a andar hacia una mesa cercana a la ventana, junto a la *jukebox* [1] de los años cincuenta.

El bar estaba lleno hasta la bandera y la música en vivo añadía un toque extra de nostalgia al ambiente que había encontrado en pocos antros. Su interior ostentaba una decoración de estilo industrial, con paredes de ladrillo a la vista y mobiliario de madera, que creaba una atmósfera acogedora y llena de carácter.

Pedimos un par de birras y nos dejamos caer de cualquier forma en los asientos, apachurrándonos.

—¿Y cómo están tus retoños, Ben? —pregunté, dando un trago largo de mi cerveza a morro.

—Están fenomenal, gracias por preguntar —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. La mayor ya va al colegio y el pequeño acaba de cumplir dos años. Y, por cierto, Estela está esperando otro crío.

—¡Caray, enhorabuena, *crack*! Eso es fabuloso. ¿Ya has concertado una cita con el urólogo? —exclamé mientras le propinaba una santa colleja en la nuca, le revolvía el pelo con estilo y hacía un gesto de corte con unas tijeras imaginarias.

El bueno de Benjamin me miró con extrañeza, sin terminar de entender el doble sentido de mis palabras.

—¿Y por qué debería hacer eso, Madox Ward?

—Joder, Ben, está clarito, ¿no? Pues ¡para castrarte a lo Lorena Bobbitt y frenar la superpoblación del planeta!

—Ja, ja, ja… ¡Serás mamón!

—¿No crees que con tu superesperma has aumentado la tasa de natalidad del país?

—Cuando algo sale de puta madre de fábrica, hay que hacer réplicas ¡hasta el infinito y más allá!

—¿Hacer réplicas, dices? ¡Me cago en todo, Benjamin Brown! Con uno solo de tu especie habría sido suficiente.

Me eché a reír a carcajadas con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, al tiempo que una joven solista empezaba a cantar una versión de *Love of My Life*, de Queen, en el escenario del bar.

Maldición, abrí los ojos de golpe al darme cuenta de que esa era una de las canciones

favoritas de Morgan cuando estuvimos atrapados en la cabaña del viejo Sam Cooper. Mi jodida mente viajó años atrás, rememorando esos instantes, y fue tan vívido el recuerdo que incluso creí volver a percibir el aroma a aceite de cerezo y almendras, el olor característico de su pelo castaño oscuro (no del rubio teñido en Las Vegas).

¡Y me dolió, hostia puta, hasta en las entrañas!

Sentí una fuerte punzada tras las costillas que no esperaba. La añoranza se hizo patente sin permiso. El tiempo había transcurrido desde entonces; no obstante, me pregunté cómo estaría ella ahora. Y, por una extraña razón sinsentido, sentí de nuevo la necesidad de verla, de hablar con ella y de reseguir esos lunares estratégicamente salpicados en su mejilla, arco de Cupido y vena carótida, como solía hacer en el pasado. Y me perdí en mis propios recuerdos, en los momentos felices y en los dolorosos, tratando de recordar cada detalle de su rostro y de su sonrisa. ¡Una maldita tortura…! Pues me di cuenta de que, a pesar de todos mis esfuerzos durante cuatro años por seguir adelante, todavía no había logrado olvidarla por completo.

Ese último encuentro en la Ciudad del Pecado, esa jodida cita que nunca se produjo, esas ganas de devorar su boca estando bajo la lluvia, pegando nuestros cuerpos bajo el voladizo de un balcón, era como una herida que nunca terminaba de sanar. Una que siempre supuraba rencor, melancolía y dolor.

Hacía años que había intentado rehacer mi vida, a sabiendas de que era más sencillo decirlo que hacerlo.

—¿Y tú cómo estás con Sky?

Benjamin me sacó de cuajo de mis pensamientos con su inoportuna pregunta; sin embargo, apenas lo escuché.

—Madox…, ¡ey, tío!

De repente, noté que estaba apretando el puño con fuerza, luchando por controlar las emociones que se habían apoderado de mí. Tomé una respiración profunda e intenté volver al presente, centrarme en la conversación con él.

Chasqueó los dedos delante de mi cara.

—Ey… ¿Sigues ahí?

—¡Oh, sí, claro, perdona! ¿Qué decías?

Di otro trago a la botella.

—¿Cómo va todo con Sky?

Disimulé mi incomodidad ante la inoportuna pregunta con una sonrisa irónica, aún envuelto en un aura de fantasmas del pasado, de un Cupido cantarín.

—Lo de siempre, supongo. A veces nos llevamos bien, a veces no tanto. Es como intentar domar una serpiente venenosa. ¡Nunca sabes cuándo te morderá! Ja, ja, ja.

Frunció el ceño, tratando de entender lo que quería decir.

—¿De verdad? Pensé que ibais bien.

—Bueno, sí y no. Ya sabes cómo es Sky, un mes se apunta a clases de piano, otro a salto en

paracaídas y al siguiente quiere tener un bebé.

Arrugó la frente, Benjamin parecía cada vez más confundido.

—*¿Eing?* Madox, habla con propiedad, ¿quieres?

Me pasé la mano por la frente, frotándola, como si quisiera borrar todas las mierdas de mi mente de una sola pasada.

—Que ha dejado de tomar la píldora y me ha prohibido que use preservativo. Más claro, agua.

Mi compañero de batallas abrió los ojos, sorprendido.

—¡Oh, vaya! Teóricamente eso es…

—Una putada, lo sé, no hace falta que me lo digas. La realidad es que, si me niego, se armará un escándalo de dimensiones catastróficas y es muy capaz de fastidiar todos los condones agujereando los globos con una aguja de coser. Y si acepto, no creo estar preparado para asumir la paternidad tan pronto. Ni siquiera estoy seguro de que ella sea la persona indicada.

—¡Qué mala suerte!

Grrr…

Ni que lo digas…

¡Un error colosal!

—No podrías haberlo expresado mejor.

—Te acompaño en el sentimiento.

—¡Amén!

3

Morgan



—Otra vez, Morgan.

Suspiré exasperada y fatigada a partes iguales. Víctor Méndez, mi productor musical, y yo, habíamos estado grabando la dichosa maqueta del nuevo disco que salía a principios de año durante cinco horas seguidas, confinados en el estudio de Threshold Recording Studios NYC sin un momento para ir al baño, fumarnos un cigarrillo o simplemente salir a la terraza para tomar aire fresco.

—Dame un respiro, Víctor.

—No, Morgan. Lo que precisas es centrarte para finalizar lo antes posible. ¡No sé qué coño te pasa hoy, estás distraída!

—Estoy agotada…

—No. No es eso, sabes que no es la primera ni la última vez que hacemos sesiones maratonianas de grabaciones.

En mi cara no pude evitar dibujar una mueca de fastidio. Me froté la frente y después recuperé su mirada.

—Tal vez sea la carencia de inspiración o simplemente la presión de tener que hacerlo perfecto desde el principio. Es que no sé qué me pasa…

Víctor frunció el ceño, claramente descontento con mi respuesta. Supongo que le sonó a excusa barata.

—Mira, Morgan. No puedes permitirte el lujo de estar desconcentrada, exhausta o cansada, eso es lo que separa a los profesionales de los aficionados. ¿En qué grupo quieres estar?

—En el primero.

—Pues ya que hablamos el mismo idioma, te doy cinco minutos para hidratar tu voz y continuar.

Sin contraatacar, me levanté de la silla y caminé hacia la pequeña nevera que teníamos en un rincón del estudio, buscando una botella de agua fresca. Me senté en el sofá y cerré los ojos, tratando de relajarme un poco antes de volver a grabar. Crují el cuello a ambos lados, me masajeé las cervicales con los dedos y luego bebí un sorbo.

Víctor se acercó y se sentó a mi lado. Vestía su habitual camisa hawaiana con un par de botones desabotonados, dejando entrever su torso depilado, y arremangada por debajo de los codos, sus jeans desgastados a la altura de las rodillas y sus múltiples pulseras naturales, de cuero, de lana o de piedras que rodeaban su muñeca.

—No soy una máquina… —murmuré con voz apenas audible mientras apretaba los dientes con fuerza.

Me sentía molesta por la presión que estaba ejerciendo sobre mí. Y por culpa de la tensión acumulada en mi cuerpo, sentí ganas de llorar cuando una lágrima escapó sin mi permiso de la comisura del ojo. Con rabia, la retiré de un manotazo y la sequé con la manga de mi camisa. No iba a permitir que me viera débil, no después de todo lo que había luchado para llegar hasta ahí.

—Lo sé y lo siento, Morgan. —Despeinó con la mano su pelo ondulado rubio ceniza, estaba conteniendo las ganas de volver a echarme la bronca. En breve vendría la parte de la manipulación que tan bien sabía llevar a su terreno—. A ver. Entiéndeme. Este local por horas vale una pasta gansa.

Lo miré a los ojos. Sabía que iban a ir por ahí los tiros. Conocía muy bien a Víctor, demasiado bien.

—Lo sé.

—Bien, pues si lo sabes, solo quiero que sepas que necesitamos hacerlo bien. Bien no, ha de quedar perfecto, no mediocre. Hoy. Y me suda la polla cómo lo vayas a hacer. ¡Solo me importa que lo hagas! ¿Entendido?

Asentí, apreté los labios y bebí un sorbo prolongado de agua, para tomarme mi tiempo mientras veía cómo hundía la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacaba algo de su interior.

—Toma, esto puede ayudarte.

Me quedé atónita y sorprendida a partes iguales cuando me di cuenta de lo que era: ¡una bolsita de polvos blancos!

—Qué… ¿qué es eso? —Noté un pellizco en la tripa y después ganas de vomitar—. ¿Son dro-drogas?

Tartamudeé, incómoda, siempre me sucedía cuando una situación que no podía controlar me alteraba en exceso. Mi voz temblaba de rabia e incredulidad mientras lo miraba fijamente, sin pestañear.

—¿En qué demonios estás pensando, Víctor? ¿Realmente me estás ofreciendo drogas?

—Joder, Morgan. ¡No lo dramatices todo!

—¡¿Que yo lo dramatizo todo?!

La garganta se me resecó de tanto alzar la voz, sin comprender por qué hacía eso. ¡Aquello rozaba lo surrealista!

—¡Chist…! Sí, lo haces. Constantemente. ¡Y baja la puta voz!

Víctor echó una miradita a la cabina para cerciorarse de que ningún técnico nos estaba oyendo. Luego, volvió a la carga.

—Escucha… —Levantó mi barbilla con un dedo—. No te pongas así, solo es para un caso de necesidad, por si acaso. Te aseguro que esta mierda ayuda a concentrarse. —Zanjó, creyéndose su palabrería barata a pies juntillas.

Fruncí el ceño aún más furiosa que antes, pues que tratara de argumentar su pésima justificación ¡me enervaba sobremanera!

—No quiero tu ayuda, Víctor. —Apreté los labios en una fina línea—. ¡No de esta forma!

Mi voz sonó tajante y dura. Me levanté del sofá y me alejé, y él aprovechó para acercarse a mi bolso, abrirlo y ¡meter la dichosa bolsita!

—Víctor, ¡¿qué haces?! —rumié entre dientes. Me puse tensa y fui hacia él para sacar la bolsa, pero él me lo impidió cogiéndome con fuerza de la muñeca.

—Déjala ahí, Morgan. Puede que no la necesites ahora, pero nunca se sabe qué puede pasar. No te hace daño tenerla cerca.

Me solté de su amarre con un fuerte tirón y me mantuve en silencio, retándolo con la mirada. Me había dejado fuera de juego, noqueada y sin saber qué decir ni cómo reaccionar ante lo que acababa de suceder. De hecho, me sentía defraudada y decepcionada por alguien en quien había confiado durante años, muchos años.

¿Cómo había llegado a esto?

¿Cómo había pasado de ser un amigo leal a alguien que me ofrecía drogas?

¡Maldito Víctor!

Finalmente suspiré, resignada, y me alejé de él, permitiendo que el incómodo silencio entre nosotros hablara por sí solo, porque si decía más de la cuenta ¡alguien iba a salir mal parado!

Así que avancé unos pasos hacia el micro, con los ojos anegados en lágrimas, y me puse los auriculares dispuesta a acabar cuanto antes esa endemoniada tarde.

—Sigamos —articulé sin ganas, agarrando el micro con ambas manos.

—Eso es, así me gusta, Georgia Mind. Vamos, ¡brilla!

No le respondí.

Lo vi volverse hacia la cabina acristalada, dar instrucciones al técnico de sonido y, tras hacer un barrido al estudio, fijar la vista en mí para pronunciar:

—Grabando en… ¡tres, dos, uno…!

Inspiré profundamente abriendo los pulmones, cerré los ojos despacio y empecé a cantar de la única forma que sabía hacerlo: con el alma desgarrando mis entrañas.

4

Madox



Al despertar tras aquella noche agotadora, me incorporé de la cama y bostecé como un oso después de hibernar. La insistente charla de Sky sobre su deseo de tener hijos y su reloj biológico me había dejado sin energía. Me sentía como si hubiera corrido una maratón, aunque, en lugar de sudar, ¡había dejado mi alma en la cama con ella! Tuvimos que follar tres veces seguidas, ¡tres! y sin descanso ni tiempo muerto.

¡Un puto *hat trick* digno de récord!

Y, maldita sea, a puntito estuve de coronar una cuarta como un campeón, solo que, por caridad del árbitro, es decir de Sky, y porque ya no se me levantaba ni harto de vino, no se consumó.

Joder, ¡me cago en mis muertos!

Más que su amante, ¡me sentía un semental de granja! Y si seguíamos a ese ritmo, pronto, muy pronto, iba a parecer un esqueleto cubierto por un pellejo.

¡Sky iba a dejarme más seco que la mojama!

* * *

Después de una ducha fría para liberarme del sudor y la tensión acumulada, salí del baño enfundado en unos bóxers y una camiseta desgastada de los Lakers. Caminé hacia la cocina y me dispuse a preparar unos huevos revueltos con beicon y un café intenso como el mismísimo infierno. Era justo lo que necesitaba para comenzar el día. ¡Cafeína inyectada en la puta vena!

De repente, Sky irrumpió en la cocina, vestida solo con una bata de seda que dejaba poco a la imaginación. Su cuerpo curvilíneo y su melena pelirroja ondulada eran como un poderoso imán que atraía todas las miradas, incluidas las mías.

—Hola, cariño —susurró mientras se me acercaba con un hambre de lobo y me devoraba la boca con un señor beso de buenos días.

Atrapó un trocito de mi comida con total confianza y rodeó la isla para prepararse un zumo de naranja natural, mientras cerraba la puerta de la nevera de un golpe de cadera y se adueñaba del mando a distancia para encender la televisión y sintonizar las noticias en el canal 4, donde, justo en ese instante, se anunciaban los nominados a los premios Grammy.

Clavé la mirada en la pantalla al darme cuenta de que allí estaba ella, Morgan Freeman, la que una vez fue mi perdición y la responsable de todos mis quebraderos de cabeza, ahora conocida artísticamente como Georgia Mind.

«¡Maldito Cupido… Debiste haberte quedado encerrado en la escuela del tiro al arco!».

Una sensación de velada nostalgia me invadió el pecho y el tenedor se me escurrió de las manos, como si estuvieran bañadas en aceite, para estrellarse con un fuerte estruendo contra el plato.

Sky se dio la vuelta con una expresión de preocupación digna de un funeral.

—¿Estás bien, Madox?

Tragué saliva igual que si atravesara un desierto, sediento, y una porción del crujiente beicon se quedó atascada en mi garganta, impidiéndome hablar con claridad.

Tosí y me golpeé el tórax.

—To-todo es-st-á bien… —balbuceé, y mientras mentía noté como si fuera a estallarme la vena del cuello. Bebí un trago del café caliente y me quemé la lengua. ¡Mierda!—. Se me hace tarde, tengo que irme.

De hecho, me levanté como un resorte, parecía que me hubiesen puesto chinchetas en la silla y acabara de clavármelas en el culo.

—¿No vas a desayunar conmigo?

—Hoy no. Nos vemos luego.

—Pero… —protestó ella, sin entender por qué me marchaba tan rápido y siguiéndome desalentada con la mirada.

De mala gana, fui tirando los restos de comida en la basura, cargué los platos en el lavavajillas y le di un beso en la sien antes de escapar como si hubiera visto un espectro. Y, de hecho, lo había visto: una preciosa morena de ojos color avellana y tres malditos lunares que, en el pasado, ¡habían sido mi puta locura!

Ya en la calle, caminé hacia mi coche con la mente hecha un lío y el corazón latiendo con fuerza, tratando de ignorar los recuerdos que me invadían la mente. Haines, un fuego a tierra, una marmota bautizada como Mandy, una guitarra española y cada rincón de la cabaña del viejo Sam Cooper, fiel testigo de tantas miradas cómplices, besos furtivos y caricias que hacían erizar la piel…

Mientras conducía hacia la comisaría, el reproductor de CD pareció entender mi estado de ánimo. *Wicked Game*, de Chris Isaak, comenzó a sonar, y de repente me sentí como el

protagonista de mi propia película romántica fracasada. Me reí con un poco de amargura mientras consideraba la idea de llamar a Hollywood y exigir un cheque por los derechos de autor. Aunque, probablemente, solo recibiría un vale para un burrito gratis y ¡una patada en el culo!

Quién sabe, tal vez tengo una vocación frustrada y debería escribir una novela romántica, pero con un final más realista y alejado de los cuentos de hadas imposibles. Podría titularla *El amor y sus desastres*, pues todas mis relaciones acaban como una película de terror: con sangre, lágrimas y gritos.

Sin duda siempre he sido un especialista en elegir las peores parejas posibles: mi historial amoroso es tan exitoso como el final del Titanic (léase la ironía), pues todo acaba destrozado, oxidado y en el fondo del abismo.

* * *

Con el pulso acelerado y sin perder tiempo, en cuanto llegué a la comisaría me zambullí en la búsqueda de pistas sobre la situación actual de Morgan, como un detective sediento de respuestas.

La curiosidad me carcomía y necesitaba satisfacer las 5 W: Qué (*What*) había sucedido; Quiénes (*Who*) eran los protagonistas; Dónde (*Where*) había ocurrido; Cuándo (*When*) había pasado; y Por Qué había sucedido (*Why*).

Me dejó perplejo y a la vez me alegró saber que estaba actuando en un musical de Broadway, interpretando a Miranda Priestly en *El diablo viste de Prada*, al mismo tiempo que grababa su segundo álbum. ¿Dos? Joder, ¡ni siquiera estaba al corriente de que hubiese grabado uno! También pude ver algunas instantáneas suyas en las redes sociales y, para mi asombro, descubrí que vivía en Nueva York.

¡Aquí, en la puta Gran Manzana!

No podía creer que hubiera estado tan cerca de mí todo este tiempo. Me sentía como un tonto, como un ciego que busca sus gafas en el mismo lugar donde las dejó. Pero en vez de lamentarme, me reí de mí mismo y de lo absurda que suele ser la vida.

Ahora bien, no sabía si reír o llorar. Estaba más confundido que una mosca en un frasco de mermelada. ¿Debía tomarlo como una simple casualidad o como una jodida señal del destino?

—¿Qué hay, Madox?

Benjamin irrumpió en mi despacho como un elefante en una cacharrería, derribando una planta sin mostrar ningún interés por la vida vegetal ni por mi privacidad.

—Pasa, socio. No te quedes con las ganas de entrar y romper más cosas.

Lo miré con cierta resignación mientras entraba, cogía la silla, la giraba y se sentaba con los antebrazos apoyados en el respaldo.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

—¿Dormir? —respondí con un bostezo aburrido.

—No, en serio.

—En serio —repetí con ironía—. Dormir después de que Sky me deje otra vez seco como una alberca vacía y sin ganas de practicar sexo con nadie en los próximos cincuenta años.

—Caray, ¿aún sigue en sus trece? —Arqueó las cejas, asombrado.

—¡Oh, sí! Y no parará hasta que consiga lo que se ha propuesto. No sabes lo terca que es cuando algo se le mete entre ceja y ceja —respondí, apoyando mi cabeza sobre mi mano y observando con desgana el desorden que había causado la entrada triunfal de Benjamin en mi despacho.

—Tío, tienes que hacer algo. No puedes dejar que te manipule de esa manera.

—¿Y qué sugieres?

Me froté los ojos cansados. Trasnochar tiene sus consecuencias: te deja hecho un zombi todo el santo día.

—En primer lugar, ser firme en tu casa. Y, en segundo, poner los huevos sobre la mesa y decirle que no estás dispuesto a seguir siendo su esclavo sexual.

—¿Esclavo sexual? No soy ningún esclavo sexual, hombre. Es solo que… que no quiero hacerle daño y… ejem… —Me aclaré la voz—…, ya me entiendes…

Sonrió y me miró con escepticismo.

—Vale, Madox, ¡lo que diga la rubia! Tú haz caso a tu endemoniada pelirroja en todo, pero luego no te quejes cuando te veas empuñando un biberón en vez de una cerveza bien fría.

Fruncí el ceño, sintiendo una punzada de molestia en mi pecho. Quizás había dado en el clavo. No quería ser padre, no todavía. Sabía que aún no estaba listo para esa responsabilidad. Además, ¿cómo iba a meter un crío en nuestra desestructurada relación? Era como activar la cuenta atrás de una bomba y esperar a que explotara.

¡Boom!

—Bueno, bien. Dejemos mis mierdas para otro momento.

Mi colega me estaba distrayendo del motivo principal de su aparición en escena.

—¿Vas a decirme a qué has venido?

—¿No puedo verte sin más?

Me sonrió socarrón, con esos mofletes rechonchos que sientes deseos de pellizcar hasta dejarlos en carne viva.

—No, algo te traes entre manos. Lo huelo.

—Qué va, no creo, mamón, hoy tocaba ducha.

Me miró con ojitos de cordero degollado y levantó los brazos para olfatearse las axilas de forma despreocupada. Luego ensanchó los labios en una sonrisa pillina y se encogió de hombros.

—El metro es como una lata de sardinas… en escabeche. Todos ahí apretujados, pegaditos, sin distanciamiento social… rozándose los unos con los otros… sudor, piel, aliento…

No coment…

Negué con la cabeza al imaginar ese batiburrillo de fragancias, olores y pestilencias.

¡Menuda excusa!

Benjamin siguió hablando mientras yo me llevaba una piruleta a la boca.

—Hoy es el cumple del peque y mi mujer quiere que vengáis Sky y tú a celebrarlo.

Levanté una ceja, incrédulo. Apostaría a que me estaba tomando el pelo, otra vez. Así que respondí con un monosílabo que no diera lugar a equívocos:

—No.

—¿Y ya está? ¿Ese es tu alegato final?

Con la ayuda de la lengua cambié el dulce de carrillo con total parsimonia.

—¿Estela te ha dicho que vayamos, que yo vaya? ¿Ya me ha quitado el veto?

—*Sip*.

—Precisamente sé, sabes, que no soy santo de su devoción.

—Ya, por eso me ha sorprendido. —Se rascó la barba, pensativo—. Puede que quiera hacer las paces contigo.

—Ya —solté con una expresión de coña pintada en mi cara.

Para que sepas de qué iba el temita, desde hacía un par de meses su mujer no quería verme ni en pintura. En mi caso, yo no le guardaba ningún rencor.

—Bueno, que incendiaras la barbacoa del jardín y de paso sus preciosas lilas, esas que considera un ápice de sí misma, no le hizo ni pizca de gracia.

—Fue un accidente.

—Sí, un accidente muy calculado, cabrón. —Se rio a carcajadas con la bocaza abierta—. Cuando uno va mamado hasta las cejas y rocía los chuletones con gasolina en vez de aceite, ya sabe que el desastre es inminente. Tú siempre tan ingenioso, Madox. Siempre te las arreglas para dejar huella allí donde vas.

—¡Mata un perro y te llamarán mataperros! —Me piqué, el comentario escoció un pelín—. Si es que…

—Bueno, es que no has matado uno solo…

Volví a pasar la piruleta de un lado al otro de la boca mientras me lo quedaba mirando en silencio.

¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!

—¿Qué? ¿Vendréis o no? —preguntó con una sonrisita pícara en el rostro y restregando las manos, intranquilo como un niño chico.

—Por ti y tus retoños, haré un esfuerzo sobrehumano —resolví, intentando ocultar mi incomodidad.

—¿Y por mi mujer?

—Por Estela está por ver… —Dejé la frase suspendida en el aire y me encogí de hombros, consciente de que mi relación con ella era más tensa que las cuerdas de un violín—. Sabes que disfruto como un enano con los deportes de riesgo. ¡Me va la marcha!

—No será para tanto, ja, ja, ja.

—Sí, tú ríete, que luego llorarás —le advertí con el tonito más serio que me nació de las entrañas.

—Hoy no habrá barbacoa, pensamos hacer unas pizzas al horno, así que, por ese lado, no peligra nada.

—Ya veo, ya.

El bueno de Benjamin hizo crujir los nudillos, se levantó de la silla y recolocó la pistola en el cinturón policial, bajo la curvatura de esa barriga que cada vez era más pronunciada.

—¿Cerveza o vino?

—¿Qué pregunta es esa, agente Ward?

Birras, obvio. Me respondí a mí mismo sin necesidad de que lo hiciera él, yéndome de listo.

—Venid a las ocho en punto. Ya sabes que Estela detesta la falta de puntualidad.

«Si solo fuera eso lo que detesta…».

—Lo sé, doy fe. Llegaremos antes y así me aseguraré de anotar el primer punto.

Hice el gesto de encestar una pelota en una canasta.

—Buen chico.

—Anda, cierra la puerta al salir.

En vez de recoger la planta del suelo, mi amigo pasó por encima con sus recias botas de piel y esparció toda la tierra, como si estuviera intentando sembrar un jardín. No quedándose a gusto, tiró la orla de mi graduación policial al cerrar la puerta a cal y canto.

Segundos después, oí un: «¡A tomar por el culo!» perdiéndose por los pasillos de camino a su despacho.

Me reí y me eché hacia atrás en el asiento, entrelazando los dedos tras la nuca mientras pensaba: «Jodido Ben… Apuesto a que no se puede ser más torpe, aunque se entrene».

Me pasé la mano por el pelo, meditabundo.

A ver, Madox, recapitula: cumple de Matt y cena a las ocho, comprar botellines de cerveza para parar un tren, enviar un wasap a mi endemoniada pelirroja y pasar por la farmacia a comprar condones ultrafinos, para que los ojos de mi loba en celo no los detecten ni con un microscopio cuando me los ponga…

5

Morgan



Lloriqueé.

Mi existencia se había convertido en una auténtica tragicomedia, con situaciones surrealistas y un guion imprevisible a lo Quentin Tarantino. Una odisea absurda, navegando entre la imbecilidad y la falta de estructura en los escenarios que me rodeaban.

Te doy mi palabra de que el camino hacia el éxito puede ser espinoso, pero es aún más difícil mantener el equilibrio mientras te mueves por la cuerda floja que llamamos realidad. Una ilusión transgresora, una quimera cómica. Un brillo deslumbrante, pero ¡también de espectros que te acechan a cada paso!

Y allí me hallaba yo, encerrada en uno de los cubículos de los baños públicos de Broodway, sentada en el borde de la tapa del bidé, contemplando la bolsita de polvo blanco mientras la hacía pasar de una mano a otra, hecha un lío. Cuestionándome si no sería tan mala idea esa de probar a ver qué sucedía, si la presión social disminuiría, si la ansiedad por hacerlo todo bien desaparecería, si las ganas de llorar día sí, día también, menguarían.

¡Maldita sea!

Me restregué la cara con las manos y pensé: «El diablo siempre cobra», mientras luchaba contra mi impulso de tomar una decisión equivocada. Como bien dijo Albert Camus en su obra *El mito de Sísifo*: «El destino del hombre es su propia vida, y solo puede ser comprendido si se comprende su propio punto de vista, su propio error».

Finalmente, lo tuve claro. Supe lo que debía hacer. Evaluar siquiera esa posibilidad era un grave error. Flaquear de esa manera no era una debilidad que me pudiera permitir. Era un atajo demasiado tentador para enfrentar los problemas, y estaba segura de que pagaría un alto precio si lo tomaba. Eso es la vida, sortear pruebas, enfrentar desafíos y debilidades.

Así que me levanté con la intención de desechar la bolsita en el retrete, y entonces la puerta se

abrió violentamente.

—¡Vaya por Dios! Perdón, perdón… No sabía que estaba ocupado…

Una mujer de alrededor de unos cuarenta años, de una belleza impresionante, rubia y con un sorprendente parecido a Scarlett Johansson, abrió sus grandes ojos grises con sorpresa al ver que trataba de esconder la droga. Pero la mala suerte hizo que los polvos se esparcieran en una nube blanca que cubrió mi rostro por completo.

¡Por todos los diablos! ¡Tierra, trágame!

La desconocida me observó fijamente, sin parpadear, yo me contorsionaba de dolor, ya que los malditos polvos mágicos (permíteme el sarcasmo) ¡se habían introducido en cada orificio de mi cara!

—¡Pican, joder, me pican mucho los ojos! —exclamé, mascullando con la respiración acelerada y gimiendo de dolor al mismo tiempo.

—Te sugiero que laves tu rostro con agua fría, eso te aliviará.

No lo pensé dos veces y salí corriendo hacia el grifo, con ella pisándome los talones y sujetando mi cabello sin ningún pudor en una coleta improvisada. Me lavé la cara con fuerza, tratando de deshacerme de la picazón y la irritación.

—Así, muy bien. Eso es, cielo… Lo haces genial…

Su voz era suave y melosa, mientras que a mí me estaban comiendo los demonios. Eso podía tener múltiples lecturas, entre ellas que estaba habituada a lidiar con situaciones similares. ¿Tal vez había coqueteado con las drogas ¿O conocía a alguien en esa situación?

Ese día mi mente se llenó de interrogantes, no sospechaba que días más tarde todas mis dudas se despejarían.

—¿Te encuentras mejor?

Al levantar la vista vi su mano reflejada en el espejo, ofreciéndome un pañuelo.

—Toma, esto es mejor que el papel del dispensador. —Me ofreció con una sonrisa afable.

—Gracias.

Aproveché la oportunidad para observarla mejor. Vestía un top lencero de doble capa en encaje rosa de manga larga, sobre una camisa de tirantes negra que hacía juego con una falda plisada, y unas llamativas botas calcetín que le llegaban hasta los muslos.

—Soy… Morgan.

—Georgia Mind, lo sé. —Se ruborizó levemente al darse cuenta de que había sonado extraño, pues estaba claro que no pretendía parecer una acosadora—. Perdóname, pero… soy culpable de haberme quedado alguna vez después de mi función para escuchar el final del musical en el que actúas. Me gusta tu voz.

—¿Eres cantante?

—¡Nooo, qué va! Soy actriz. Bueno, me gusta pensar que lo soy. —Sonrió a duras penas—. Siento que he nacido para interpretar. Sentir las mariposas revolotear libres y esas cosquillitas en

mi estómago justo antes del momento mágico de salir…. Sentir el calor del público, mil sensaciones… ¡Mil sabores sobre las tablas de madera del escenario!

Vaya, sus palabras resonaron en mi interior como un eco de nostalgia. Si echaba la vista atrás, básicamente no hacía tanto que me había sentido así al subirme a un escenario.

—Confía en ti. —Se humedeció los labios, me hablaba con una complicidad inusual—. La recuperarás.

—¿El qué?

—Esa magia.

El caso es que tuve que morderme el labio para evitar echarme a llorar ante aquella desconocida. Pude notar mis ojos vidriosos cuando ella me acarició el brazo con dulzura.

—¿Estarás bien si me marcho?

Tardé unos segundos en asentir con la cabeza, sin poder articular una palabra, y sus ojos grises rodaron hacia el interior de su bolso. Buscó un trozo de papel y un bolígrafo con el que anotó algo.

—Este es mi número de teléfono. Por favor, guárdalo y haz uso de él si necesitas desahogarte. O simplemente, hablar.

Atrapé el papel con los dedos y, tras verla girarse sobre sus talones y salir de los aseos, lo desdoblé y leí en voz alta:

Brooklyn Steanfield
Actress
718 4568120

6

Madox

—¿Qué estás haciendo?

De reojo, observé a Sky mientras pulsaba el timbre del videoportero de la casa de Benjamin Brown en Garden City, una lujosa urbanización en Long Island, a unas veinte millas de Nueva York.

—Aplicarme *gloss* labial.

Sky me miró perpleja, como si pensara que había perdido el juicio o algo por el estilo, o más bien con cara de: «¿Qué mosca te ha picado ahora, Madox, acaso estás ciego?».

—¿Para cenar con mi amigo Ben, su esposa y sus churumbeles, en familia?

—¿Qué no entiendes? —inquirió con una nota de impaciencia en la voz.

Luego parpadeó de forma inquietante, rechinó los dientes y me escudriñó con sospecha, como si no supiera quién era yo. Después, se encogió de hombros y continuó aplicando el pegajoso *gloss* en sus labios. No le hacía falta excederse con el colágeno, el ácido hialurónico o el bótox para estar preciosa; ya lo era de por sí.

—Nada —susurré, verbalizando el pensamiento—. Eso es lo que no capto.

La puerta de la unifamiliar se abrió y apareció Shannon, la mayor de los hermanos, para acabar salvándome por la campana de la inminente bronca que me iba a caer encima si no andaba con ojo.

—¡Hola, chicos! Mis padres están en la cocina, me han dicho que os haga pasar.

—Gracias, bonita. —Le pellizqué la mejilla, que me recordaba a la de su padre, pero más ruborizada y no tan regordeta.

La seguimos.

—Chaquetas aquí. —Indicó un perchero de acero con cinco colgadores—. Y los zapatos ahí. —Señaló con el dedo un banquito de madera donde descansaban un par de pantuflas de estar por

casa: unas de color rosa, con una vaca de ojos saltones, y otras amarillas con la cara de Homer Simpson.

La niña de ocho años nos observaba fijamente, impasible y con las manos tras la espalda mientras seguía nuestra acalorada discusión. Sky se negaba rotundamente a quitarse los zapatos de salón de charol negro con puntera y suela roja.

—No voy a ponerme eso —aseveró la pelirroja, plantada con sus manos en las caderas y haciendo un puchero infantil.

—¿Por qué?

—Porque son antiestéticos, nada glamurosos y además… ¡me harán parecer más bajita!

—Eso es imposible, no puedes parecer más baja de lo que ya eres. Eso no tiene sentido. Será tu altura real.

—¿Y eso qué significa? ¿Me estás llamando paticorta? ¿Acaso enana?

—Bu-bue-no… Yo no…

—¿Qué? ¿Qué, Madox? ¿Tienes algún problema con mi altura? ¿Mi físico? ¡¿No decías que, en el plano sexual, en la cama, las medidas no importan?!

—¿Qué?

—Eso mismo digo yo, ¡¿qué?!

Se cruzó de brazos en actitud defensiva, lanzándome llamaradas de fuego con los ojos, y con la vena carótida palpitando en su cuello, a punto de estallar. ¡BOOM!

—Si no te gusto… —Le falló la voz, incluso le salió un gallito un tanto cómico—, si crees que no estoy a tu altura…

Su gesto estaba a un pelo de desencajarse y yo no podía creer que estuviéramos teniendo una discusión tan absurda. Disculpa, por si no te lo había comentado con anterioridad, Sky a veces pecaba de intensita y… solía montar espectáculos bastante circenses, sin importar si estábamos solos o en medio del abarrotado metro de la línea 6 de Lexington en hora punta.

¡Maldita sea! Continúa la diversión…

—Sky, cariño…, ¿de qué diablos hablas? Echa el freno, vamos. Solo son unas putas pantuflas horribles, nada más. —Insistí en mi defensa, aunque para ella siempre sería poco sólida. Así que cogí un atajo, el de elogiar sus atributos. Eso siempre funcionaba—. Sin embargo, tú eres perfecta. ¡Una diosa, joder!

—¿Hablas en serio?

Se quitó una lagrimilla de la comisura del ojo y sorbió sonoramente por la nariz.

—¡Maldición, sí! Lo eres. Y lo sabes.

—¡Bah, tonto…! —Le tembló el labio—. ¡No será para tanto…!

Y me dio una palmadita suave en el pecho, con connotaciones de humildad fingida.

—Sí —asentí—, eres como Ariel, la princesa Disney. Una sirena capaz de enamorar a cualquier mortal.

—Anda que no eres adulador…

Se me acercó lentamente, acortando las distancias, y se colgó de mi cuello para quedar frente a mí. Al levantar la mirada, noté que cualquier rastro de irritación había desaparecido de sus gestos.

I scored a run!

Había marcado un tanto y ya la tenía en la palma de mi mano.

—Con quien lo merece, amor. Sabes cómo soy.

—Vale, vaaaaa… —Se mordió el labio—. Me las pondré, pero solo para hacerte feliz.

—Claro que sí, buena chica.

Le di un beso en los labios.

—¡Puaj…! ¡Bleh! ¡Oh, por Dior! —exclamó la enana detrás de nosotros—. ¡Creo que voy a vomitar!

Desvié mi mirada hacia al bichillo, que apenas medía un metro de altura, y me agaché sonriendo.

—Shannon, cariño. Vamos, ve y di a tus padres que ya vamos.

—Ja, ¿y perderme el espectáculo? ¡De ninguna manera!

Me carcajeé al percatarme de que la hija de mi amigo había crecido notablemente durante los meses que no la había visto, y no solo en altura, también en cuanto a desenvoltura y desparpajo.

Pronto hizo su aparición Jimmy, el benjamín de la familia, pedaleando en su triciclo al más puro estilo de Danny Torrance, aquel niño que, en su afán por recorrer cada rincón del desolado hotel Overlook, se convertía en protagonista de una de las más escalofriantes películas de terror.

Afortunadamente, mi vida se asemejaba más a una comedia que a una cinta de horror, porque, de lo contrario, ¡me hubiese cagado patas abajo! Palabrita del Niño Jesús.

—¿Quién es esta?

Frenó con la suela de las pantuflas con la cara del Joker y se plantó frente a Sky para luego señalarla con cara de pocos amigos, como un perro guardián y fiel protector de su hogar.

—Ella es…

—Soy Sky, monada —me interrumpió ella mientras se acercaba al crío a pasos rápidos, doblaba las rodillas con la intención de revolverle el pelo rubio lleno de ricitos, que me hicieron recordar al Principito, y… ¡maldición!

En este punto de la historia debo decirte algo que olvidé comentarle y es un dato sumamente importante: la criatura de mi colega no estaba domesticada. Yo ya la conocía, y sabía que solía ir pasado de rosca o, mejor dicho, que era un alma libre ¡y no hacía caso ni a Dios ni a su madre!

—¡Ahhhhh, Dios bendito!

Sky puso el grito en el cielo cuando Jimmy mordió su mano. Así se dio cuenta de que el chiquillo no era muy sociable precisamente.

—Voy a desmayarme… Creo que…

Movió los dedos para averiguar que no le faltaba ninguno y, cuando vio que una gota de sangre se deslizaba por la segunda falange, se sentó en el banco teatralizando un desmayo.

—Respira, Sky. Vamos, respira hondo.

—Me muero… ¡Me estoy desangrando viva!

—No te vas a morir. Vamos, es solo una mordedura de unos dientes de leche.

—¡¿Dientes de leche?! La leche que deberían darle a sus padres por llevarlo sin bozal. ¡Espero que esté vacunado contra la rabia!

—¿Qué está pasando aquí?

Benjamin y Estela hicieron acto de presencia. Los que faltaban, joder. Éramos pocos y parió la abuela. ¡Ahora seguro que se liaría la marimorena!

Un escalofrío helado en forma de sudor empezó a manifestarse en la rabadilla del culo y ascendió raudo, vértebra a vértebra, hasta mi nuca.

Mi compi llevaba puesto una especie de gorro de cocina con rejilla en la cabeza, mientras que su mujer empuñaba un pelapatatas y mantenía su mirada, fija y sin pestañear, en Sky.

—Maldito mocoso del infierno… Ahora estaré lisiada de por vida… Adiós a los anuncios de crema de manos, ya no me contratarán si me falta un trozo de carne. ¡Ni siquiera voy a poder wasapear como es debido en el grupo de «antes bótox que sencilla»!

—Cielo… —Le hice a mi pareja un gesto con la cabeza, para que dejara de vituperar pestes sobre el fierecilla indomado de Jimmy, pues sus progenitores estaban de cuerpo presente—. Ey, Sky. ¡Cierra el pico! —gruñí entre dientes.

—Mami, *quero* que se vayan.

—Mi vida, eso díselo a tu padre, que es quien los ha invitado.

—No *quero*. ¡Fuera!

—No sufras, porque te doy mi palabra de que hoy nadie va a aniquilar las lilas. Además, esta noche habrá pizzas para cenar, nada de barbacoas incendiarias.

Joder.

Apreté los labios para evitar contestarle cuando me miró a los ojos lanzándome dardos venenosos. Eso, ahí, dale, Estela, ¡directo a la yugular y sin anestesia! Menuda manera de atacar sin piedad, y qué decir de tu falta de sensibilidad.

En ese momento me di cuenta de que ella no solo no había enterrado el hacha de guerra por lo del incidente de la barbacoa y las lilas, sino que, además, estaba esperando cualquier oportunidad para clavármela con saña.

—¡Pizza, pizza, pizza! —aullaron los hermanos al unísono, como si se tratara de un grito de guerra.

—Sí, venga, ayudadme a poner la mesa y servir los aperitivos. Por cierto, Sky —dijo Estela, girando sobre sus talones a lo *Robocop* mientras se dirigía a la cocina—. Espero que esas pantuflas sean de tu número, no quisiera que tropezaras o resbalaras y cayeras contra el suelo.

—¡Oh, sí, gracias, lo son! ¡Son ideales de la muerte!

Ambas se sonrieron con falsedad, lo que dio por sentado que Estela había oído el ofensivo comentario sobre el calzado y que Sky no era bienvenida en esa casa.

Miré a mi amigo, que había puesto los ojos en blanco, y pude leer en sus labios: «Santa paciencia». A lo que yo añadiría que la mía estaba pendiendo de un hilo muy pero que muy fino, atento a todo lo que iba a dar de sí esa velada en la apacible y residencial urbanización de calles arboladas y adorables habitantes, que me recordaban a la película de *No matarás al vecino*, donde un jovencísimo Tom Hanks da vida a Ray Peterson, un hombre corriente cuyos planes de pasar unas tranquilas vacaciones son arruinados por una inquietante nueva familia en el vecindario, los Klopek.

7

Brooklyn



—Humm… No te imaginas cómo echaba de menos comerme uno de estos *muffins* de chocolate. —Me chupé el dedo gordo y me pasé la lengua por la comisura del labio inferior.

—Joder, Brook, pues es tan fácil como venir a esta cafetería y zamparte tantos como quieras. Está en la calle veinte con la Séptima Avenida, en Chelsea, a solo unas manzanas de tu apartamento en Upper West Side.

Miré los grandes y expresivos ojos grises de Curly Evans y negué con la cabeza.

—¡Oh, no, de eso nada! Hemos estado frecuentando juntas el Café Gramp desde hace diecisiete años y no voy a ser yo quien rompa la rutina y venga sola. Para mí es como mi medicina y lo sabes, pasar estos ratitos juntas, echarnos unas risas, ¡rememorar viejos tiempos es vitamina para mi alma!

Apoyé la cabeza en mi mano y el codo en la mesa cuando me lanzó la pregunta que iniciaba nuestra conversación del primer domingo de cada mes. Hacía más de una década que nos habíamos impuesto el vernos al menos ese día, dadas nuestras agitadas vidas sociales y familiares, quizás más en mi caso.

—¿Qué tal Ryan y Shera?

Se me iluminaron los ojos al suspirar y pensar en mi marido y mi hija. Ellos, junto a Curly, lo eran todo para mí, mi todo.

—Ryan y su equipo de trabajo están en la segunda fase de *The Forum*, ese edificio ubicado en la esquina de la 125th Street y Broadway, que es la nueva puerta de entrada al Campus de Manhattanville. Y en cuanto a Shera, podría decirte que a ella y a su amiga, Grace Hayed, se les ha metido algo entre ceja y ceja y no dejan de darle vueltas.

—Pero sigue con las clases de Derecho en Harvard, ¿no?

—Sí, y le encantan.

Me quedé en silencio, pasando mi pulgar por el borde de la taza de café caliente y dejando la intriga flotando en el aire sin darme cuenta.

—Entonces, ¿de qué se trata? Dime, rubita, que me tienes en ascuas.

—Sueñan con abrir una narcosala en el mismo corazón de París.

—¡Oh, Dios mío!

Curly se cubrió la boca con las manos, presa de la emoción, y yo no pude evitar que mis ojos se humedecieran raudos.

—Eso es… ¡maravilloso!

—Lo sé.

—Savannah, tu madre, su abuela, estaría tremendamente orgullosa de ella.

—Lo está, lo sé, lo siento así. Aquí. —Me palpé el corazón y se me estremeció el alma a recordarla en vida—. Shera me repite una y otra vez que es la única forma que ha encontrado de aportar su granito de arena contra la drogadicción. Y que… va a luchar con todas sus fuerzas por conseguirlo.

—Cielo, lo hará, lo conseguirá. Porque se parece a su madre y también a su padre, es una digna sucesora de sus progenitores. Ryan Cohen y tú, Brooklyn Steanfield, sois las personas más valientes y generosas que jamás he conocido.

—Curly, no sigas por ahí que al final me vas a hacer llorar… —dije, emocionada, a punto de estallar en llanto.

—Qué importa, ¡yo ya lo estoy haciendo!

Me cogió de la mano y me miró a los ojos, aunque me costó verla con claridad por culpa de las lágrimas.

—Eres una superviviente, Brooklyn. Y como una vez te dije…, eres como la hermana que nunca tuve. Conocerte en ese *casting* de mala muerte fue lo mejor que me pasó en la vida. Eres un ejemplo a seguir.

Cubrí su mano con mi otra mano y le agradecí por estar siempre a mi lado, por ser el pilar inquebrantable que, junto a mi familia, sostenía mi estabilidad emocional, evitándome tropezar y caer. Y si eso ocurría, siempre estaba ahí para tenderme una mano y ayudarme a levantarme, sacudirme el polvo de mis rodillas y seguir avanzando, con la vista fija al frente y sin mirar atrás.

Convivir con una madre drogadicta, ser repudiada por mi padre, un hombre rico, malvivir en un apartamento al que le faltaba poco para que lo declararan en ruinas, subsistir a base de mendigar subsidios y cupones alimentarios… Todo eso, gracias a Dios formaba parte del pasado. Un pasado que había quedado en gran medida sepultado en un rincón oscuro y recóndito de mis recuerdos, y que se habían vuelto demasiado vívidos y sangrantes cuando me topé de bruces con la chica de los aseos, con Morgan Freeman.

De repente, el sonido de un mensaje entrante de WhatsApp irrumpió en mis pensamientos. Desvié la vista a la pantalla, la desbloqueé y leí un escueto: «No pensaba hacerlo».

Sonreí. Pese a no tener aquel número grabado en mi agenda de contactos, supe de quién

procedía.

—Nena, recuérdale a Ryan, tu esposo *macizorro*, que no sea acaparador y que el primer domingo de cada mes es para nosotras, ya luego podrá tenerte enterita para él solito.

—No es de Ryan.

—Ah, ¿no? *Sorry*, Brook —soltó ella antes de arrugar la nariz en un gesto muy gracioso que, momentáneamente, ocultó parte de sus pecas—. Entonces, ¿de un admirador secreto?

Reí tontamente ante tal absurda hipótesis, aunque si lo pensaba con detenimiento, tras la función *Dear Evan Hansen*, que exploraba temas como la ansiedad, la depresión y el suicidio en adolescentes y estaba siendo un éxito rotundo, algún que otro fan había intentado acercarse a mí con el pretexto de que le firmara un autógrafo o conseguir mi número de teléfono para hacerme alguna proposición deshonesta.

—Bueno, ¡ya basta de intriga! Dime qué se oculta tras ese mensaje.

—Es de una chica que estaba… Bueno —bufé, y me quedé un instante pensativa antes de razonar la respuesta—… alguien que estaba en ese maldito paso previo antes de decidir si consumir drogas o no.

—No.

Asentí.

—¿Y lo hizo? ¿Estabas delante cuando eso ocurrió? ¿Conseguiste convencerla de que es una solemne estupidez? De que cuando uno cruza la puerta es muy difícil salir del interior de…

—No hizo falta. —La interrumpí con una media sonrisa pintada en mis labios—. Ella misma sabía que no iba a dar ese paso.

—Es fácil caer, Brook. Puede que ese no fuera el momento, pero… Yo no dejaría de vigilarla de cerca.

Curly se quedó callada al ver la angustia reflejada en mi cara. Sabía que todo lo que envolvía las drogas era mi talón de Aquiles. Sabía que abrir la caja de Pandora tras tantos años podría desempolvar recuerdos que valía más la pena que siguieran enterrados en ese compartimento, esa cajita de mi mente cerrada a cal y canto con siete candados, destinado al pasado, a mi oscuro pasado.

—Cielo, no me hagas caso. —Hizo un gesto vago con la mano—. Mejor no te metas en mierdas. No eres la salvadora de almas perdidas. Ya has tenido bastante con lidiar para mantener viva a tu madre durante muchos años. Ahora te toca disfrutar de los tuyos y…

—No puedo hacer eso, Curly. No ahora que sé que alguien puede necesitarme.

—¡No eres la Madre Teresa de Calcuta!

—Ni pretendo serlo.

—Brook…

—Curly…

—Déjalo pasar, cariño, no es tu lucha.

Tarde, pensé. Demasiado tarde, ya estaba involucrada, con un pie adentro y sin poder evitarlo,

cubierta de barro hasta la cintura.

* * *

Más tarde, en el camino de regreso a casa, mientras viajaba en la línea de metro 1 en dirección norte desde la estación Seventh Avenue, me apoyé en una de las barras verticales para mantener el equilibrio, releí el mensaje de Morgan y le respondí: «Lo sé. Lo vi en tus ojos».

8

Morgan



«Lo sé. Lo vi en tus ojos».

Sonreí despacio. Inspiré hondo y, meditabunda, volví a colocar el teléfono sobre la mesita de noche, junto a las píldoras para dormir. Justo entonces, Denis entró en la habitación y se aproximó a grandes pasos hacia mí mientras sonaba *Careless whisper* de Wham por el sistema *multiroom.* Tomé la crema de manos del primer cajón, me puse una cantidad en el dorso de la mano y empecé a extenderla por la piel.

—¿Estás preparada?

—Regulín… —me mordí el interior del carrillo.

—Vamos, Morgan, ya hemos hablado de esto hasta la saciedad. Vas a conocer a mis padres, no a la Inquisición española. —Se rio y chascó la lengua exageradamente—. Son gente amable; hasta ahora, que yo sepa, no se han comido a ninguna de las parejas que les he presentado.

—¿En serio?

—No.

—Y… ¿han sido muchas?

—B-bueno. Algunas. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Nunca me has dicho cuántas conquistas has tenido.

—¿Conquistas?

—Líos de faldas, novias, amantes, parejas, amiguitas con derecho a roce… Llámalo como quieras.

Fijó sus ojos en los míos.

—Nunca me lo habías preguntado, bomboncito.

—Ya lo sé.

Se creó un tenso silencio entre nosotros. Al ver que me estaba angustiando con el temita de

las novias, Denis se sentó a mi lado y me cogió una mano.

—Mira, Morgan. Sí, he tenido bastantes amantes, pero ninguna ha sido como tú. Y… lo sabes.

Arrugué la nariz.

—¿En qué sentido? Esfuérzate más, anda.

No quería avasallarlo a preguntas ni sonar como una novia celosa, pero era cierto, nunca había mostrado interés por las otras mujeres con las que había mantenido sexo antes de mí.

—Cariño, sabes que te adoro y que haría cualquier cosa por ti, aunque suene cursi. Me completas, creo que eso podría definir en dos palabras lo que significas en mi vida. Para mí lo eres todo.

Vaaaale, una frase un poco trillada pero podía servir. A veces las palabras no son tan importantes como los gestos, las caricias o los besos. Y déjame confesarte que, en ese aspecto, Denis era sobresaliente.

El nudo en mi garganta empezó a deshacerse poco a poco. Jamás había tenido que asistir a una comida exclusivamente para conocer a mis futuros suegros. Ni siquiera con Jeff, mi exnovio, pues nos conocíamos desde críos y por ende también conocía a sus padres. Los suyos y los míos, además, eran íntimos amigos de toda la vida. En resumen, es exactamente lo que sucede cuando crecemos juntos, vamos al mismo colegio y tenemos amigos en común, como Aiden Clark, quien, además, por circunstancias del destino, se enamoró de mi exnovio.

—Por cierto, estás radiante.

—No me cambies de tema, Denis Moore, que ya nos conocemos.

—No lo hago, lo estás.

Suspiré cuando dejó de acariciar mis nudillos con el pulgar, se incorporó y me ofreció la mano para que me levantara de la cama. Se la cogí y me puse de pie frente a él. Me había puesto el vestido camisero negro y de rayas blancas que me regaló por nuestro cuarto aniversario.

—Sabía que este vestido te sentaría de escándalo.

—Sí, ¿no te he dicho que me encanta?

Le sonreí, me acerqué para darle un beso, pero él me detuvo poniéndome un dedo en los labios, se alejó y señaló hacia el armario. ¿Acaso acababa de hacerme la cobra?

—¡Oh, oh, oh…! Falta una cosa.

Ladeé el rostro, confundida, hacia el mueble.

—Abre el primer cajón de la derecha.

Y como una niña emocionada por descubrir el contenido de un regalo que ha esperado durante mucho tiempo, caminé descalza hacia el armario y obedecí su petición. Denis me mimaba demasiado, y yo había decidido no perder nunca la ilusión que sentía cada vez que desenvolvía aquellos detalles, que se iban sumando en una lista tan interminable que ya había perdido la cuenta de cuántos llevaba.

Abrí el cajón y encontré unos modernos zapatos de tacón rojos que complementarían mi

atuendo y añadirían un toque de sofisticación.

—¡Oh, Denis! Madre mía, gracias, me encantan, son preciosos.

—Son de color rojo adrede, para que nunca olvides que debes avanzar con decisión y seguridad en todo lo que hagas. Hoy y siempre.

Iba a calzarme cuando él se adelantó, me arrebató los zapatos y, ante mí, apoyó una rodilla en el suelo y, sosteniéndolos en su mano, me miró con adoración y admiración.

—Déjame hacer los honores, Cenicienta.

Sonreí de lado y cedí ante sus deseos. Apoyé el talón en su rodilla mientras él colocaba con delicadeza el zapato en mi pie, asegurándose de que estuviera cómoda. Luego, tomó el otro y lo puso en mi otro pie con el mismo cuidado, ajustándolo para que encajara perfectamente.

Después, me condujo ante el espejo de cuerpo entero para que pudiera verme reflejada.

—Estás arrebatadoramente sexy, cielo —susurró en mi oído, de espaldas a mí, y me besó en el hombro. Por un momento hizo que me olvidara de todo, del miedo escénico de conocer a mis futuros suegros, de las drogas que había estado a punto de consumir y de las piruletas con sabor a fresa en mi boca, haciéndome sentir una verdadera princesa.

9

Madox

Nunca antes había sido convocado para asegurar la salvaguarda de los corredores y espectadores que se darían cita en la maratón de Nueva York, programada para el 5 de noviembre.

Aunque había tenido la oportunidad de presenciarla en la televisión, y en una ocasión previa había estado en medio de la multitud, alentando a los participantes con gritos de apoyo, mientras el sonido de sus zapatos golpeaba el pavimento y se mezclaba con la música que retumbaba en los altavoces y con el estruendo de los helicópteros que sobrevolaban la zona para garantizar la seguridad del evento.

Todo esto envuelto en los aromas de la sudoración de los corredores, los puestos de comida y el tibio efluvio del asfalto.

* * *

Benjamin Brown y yo habíamos sido asignados para trabajar juntos. En los días previos a la maratón, debíamos realizar una supervisión rigurosa en las áreas adyacentes, con el fin de asegurar la protección de los participantes y el público en general, y efectuar una revisión exhaustiva de las instalaciones, calles y rutas que formarían parte del recorrido de la carrera.

—Hombre de poca fe. ¿Ves cómo iban a ponerte a mi vera para cubrir la maratón de Nueva York?

Sonreí de lado y miré a aquel cabrón directamente a los ojos.

—No sé por qué me da en la nariz que has movido hilos para que hoy yo esté aquí contigo y el 5 de noviembre en pleno bullicio.

Él sabía de sobra que me entusiasmaba ser parte de algo tan grande como la maratón de Nueva York.

—¡No sé de qué me hablas! —Me guiñó un ojo con picardía, haciéndose el desentendido.

—Maldita sea, Ben, confiésaselo a tu colega.

Le pasé el brazo por los hombros y sus labios se ensancharon.

—El gran jefe me debía un par de favores, así que… no pudo negarse. Bueno —escupió con desdén y me miró con los ojos entornados—, no tuvo los santos cojones de negarse porque sabe que conozco historietas suyas para no dormir que le podrían comprometer con el cuerpo.

—¿En serio?

—*Sip*, tío.

—Pues ya puedes ir despotricando por esa boquita de pitiminí que Dios te ha dado, ¡so cabrón! Ya sabes que me va el salseo igual que a un tonto una tiza y aún más si uno de los ingredientes viene aderezado de la mano del gran jefazo.

—Todo a su debido tiempo, agente Ward, todo a su debido tiempo.

De mi garganta brotó una carcajada seca y seguimos caminando en paralelo, justo en la intersección de West Street y Chambers Street, en el barrio de Tribeca, con la intención de trabajar mano a mano con las autoridades locales, departamentos de la ciudad y agencias gubernamentales con el fin de realizar simulacros y establecer planes de contingencia para actuar en caso de alguna emergencia.

De repente oímos, detrás de nosotros, un ruido ensordecedor que me sacudió de pies a cabeza. Al girarme, vi un vehículo que avanzaba a gran velocidad invadiendo el carril de bicicletas situado a lo largo del río Hudson.

—¡Dios mío! ¡Esa furgoneta va demasiado rápido!

Fueron las únicas palabras que pude articular, pues me quedé petrificado en el puto sitio viendo cómo el conductor empleaba deliberadamente el vehículo como ariete y embestía a cualquier persona que se interponía en su camino. Y digo a cualquiera, sin discriminar a nadie: ¡hombres, mujeres, niños!

Oí gritos y vi a gente correr en todas direcciones, como ida, perdida, desubicada, en un intento fallido por ponerse a salvo, sin apenas tiempo de reacción ni anticipación.

Pronto, el pánico y la incertidumbre se apoderaron del lugar, y la escena se volvió sanguinolenta y caótica en cuestión de segundos.

—Madox, ¡¡¡ponte a cubierto!!!

Caos.

Miedo.

¡Horror!

¡¡Sangre!!

¡¡¡Perturbación!!!

Con estupor y angustia, vi cuerpos ensangrentados, mutilados, tendidos en el suelo; personas llorando, aullando de dolor.

El ensordecedor chirrido de los frenos tronando en mis tímpanos se clavó en mi alma.

Repentinamente, el intenso olor a gasolina quemada y a humo vició por completo el aire que respirábamos, colándose en nuestras fosas nasales, descendiendo por nuestra tráquea ¡hasta las mismísimas entrañas!

De lo único que fui consciente es de que no pude, no me dio tiempo a salir de la trayectoria del suicida. Joder, sucedió todo tan rápido que, aun viéndolo venir, no logré esquivar el tremebundo impacto contra mi cuerpo. Enseguida todo se tiñó con una aterradora y macabra oscuridad.

10

Morgan



No sé cuánto tiempo estuve en estado de *shock*, paralizada, anonadada y angustiada, mirando la pantalla del televisor. No sé en qué momento mi tenedor cayó de las manos e impactó contra el plato, ocasionando un gran estruendo en mitad de la comida de compromiso con Denis y sus padres.

Sin embargo, lo que nunca olvidaré, lo que se grabó a fuego en mi retina, fue el instante exacto en que mi corazón se detuvo unos segundos y luego empezó a golpear enérgico tras las costillas. Justo el momento en el que vi el cuerpo de Madox, inconsciente, completamente ensangrentado y llevado en camilla al interior de una ambulancia.

Sé que las desgracias existen, pasan a diario, los telediarios, los periódicos están repletos de desdichas. Existen, aunque solemos observarlas a través de una mirilla, quizás por temor a que nos salpiquen. En cierta forma somos egoístas, pues pensamos que mientras no nos pasen a nosotros o a la gente que queremos, todo va bien.

Mentira.

Nada iba bien.

¡Nada…!

* * *

La CNN no dejó de emitir imágenes grabadas por los transeúntes y de la propia cadena. En cuestión de segundos el caos fue más que palpable y la incertidumbre se cernía a cada instante que pasaba.

«Buenas tardes, les habla Wolf Blitzer y les traigo una noticia de última hora desde Nueva York: se acaba de producir un atentado en pleno corazón de la ciudad. Según las informaciones

preliminares, un vehículo ha atropellado a varios peatones en la zona de Tribeca, causando numerosas víctimas. Aún se desconocen las causas del suceso y se espera la llegada de las autoridades para dar más detalles. La ciudad se encuentra en estado de alerta y las fuerzas de seguridad han acordonado la zona. Estamos pendientes de las últimas informaciones para poder ofrecerles más detalles sobre lo ocurrido».

—Morgan, cariño, ¿qué te pasa?

Creí oír la voz de Denis como un eco lejano en mi mente, semienterrado entre todos los demás pensamientos que surgían de forma frenética ante mí. Imágenes desordenadas de Madox y mías, nítidas, dolorosas y extremadamente claras. Él y yo. La cabaña del viejo Sam Cooper. La música que emergía de los pellizcos de las cuerdas de mi guitarra española. El agradable crepitar de la leña a nuestras espaldas. La suavidad de las sábanas envolviendo nuestros cuerpos desnudos. Su piel, su inconfundible y seductor aroma a seguridad y a hombre. Las puntas de sus dedos dibujando senderos serpenteantes en mis curvas. Besos, labios, sexo. Deseo, conexión, almas…

—Morgan.

Noté la mano de Denis cogiendo la mía. Después, fui arrastrada mecánicamente hacia otro lugar lejos de la mesa donde estaba sentada y reunida con los padres de él, sin ser consciente de que seguía sumida en un estado de trance difícil de explicar y aún más difícil de gestionar. Solía pensar que la vida me había dotado de una coraza distinta a la del resto de los mortales, superfuerte, inmensamente poderosa, que me protegía y me armaba de valor para afrontar cualquier circunstancia, ya fuese un contratiempo, un repentino cambio de planes, algún suceso inesperado. Sin embargo, te juro por Dios que mi mente y mi corazón no estaban preparados para volver a verlo, y mucho menos en ese crítico estado.

—Ey, cariño. ¿Sigues aquí conmigo? ¿Necesitas que te lleve a Urgencias?

Sentí mi espalda apoyarse en una de las paredes cercanas a los baños instantes antes de que Denis tomara mi cara entre sus manos y me obligara a mirarlo fijamente a los ojos. Y así lo hice, aunque me costó un sobresfuerzo conseguirlo. Levanté la vista y lo miré. Su imagen volvió a mi retina, aunque algo borrosa por culpa de las lágrimas que inundaban mis ojos.

Tragué saliva al notar un regusto amargo a bilis en el paladar.

Sus intensos ojos negros y brillantes me observaban expectantes y con un deje de preocupación que nunca antes había notado. Estaba realmente turbado.

—El… el aten-ta-tado…

—Sí, cielo, ha sido atroz.

Una tibia lágrima recorrió mi mejilla y Denis la enjugó con el pulgar.

—No sabía que te afectara tanto la vida de desconocidos.

—Me ha… impresionado… —susurré, y me mordí el labio inferior al notar que seguía temblando al recordar la imagen de Madox ensangrentado, inconsciente y moribundo.

—Está bien, puedo entenderlo. A veces, si se han experimentado situaciones similares en el

pasado, se despiertan recuerdos que…

—No, no, no. Afortunadamente no es el caso. Jamás he vivido algo similar. Ni-ni siquiera conozco a nadie que…

Y justo en ese momento me vi tentada de confesarle que la principal razón por la que me encontraba en aquel inusitado estado de *shock* era que desconocía el estado de Madox. No sabía si estaba vivo o muerto. Y de ser lo primero, ni siquiera sospechaba la gravedad de las heridas. Sin embargo, consideré que lo mejor era contenerme, al igual que Rose, la protagonista de la emblemática película *Titanic*, cuando años más tarde le confesó a Brock que nunca había hablado de Jack con nadie por la sencilla razón de que «toda mujer tiene secretos inconfesables».

—Llévame a casa…, no me encuentro bien.

Me colocó una mano en la frente para comprobar la temperatura.

—No parece que tengas fiebre.

—Necesito irme, por favor.

—Claro. —Se quedó unos instantes en silencio, meditando, y luego siguió hablando—: Deja que me despida de mis padres en tu nombre y después te llevaré a casa.

Permanecí en el mismo sitio, sin apenas moverme ni respirar, hasta que volvió a mi lado con mi bolso negro en una mano y mi abrigo de leopardo en la otra, y depositó un dulce beso en mi cabeza antes de rodearme la cintura con el brazo y ayudarme a caminar, ya que me costaba poner un pie delante del otro, como si me hubieran reseteado la memoria y hubiera olvidado cómo hacerlo.

—Vamos.

11

Morgan



En numerosas ocasiones mi mente se quedaba vacía, hueca, en blanco, mientras mi cuerpo permanecía estático. A veces me tumbaba en la cama mirando al techo y otras me sentaba en una esquina del sofá y dejaba la mirada perdida mientras pasaba el tiempo. Aunque solo habían transcurrido siete días, mi vida había quedado anclada en aquel 31 de octubre, el día del atentado en Tribeca que se había saldado con ocho fallecidos y una veintena de heridos de distinta gravedad, algunos con pronóstico reservado.

Desde aquel funesto martes vivía inmersa en una duda constante, ignorando la gravedad de las lesiones de Madox, que no se encontraba en la lista de fallecidos que habían dado los medios de comunicación. Desconocía ese dato y, por supuesto, la incertidumbre me estaba destrozando por dentro.

Además, mi mente trabajaba incansable para encontrar la forma de aliviar esa carga emocional, mientras que mi corazón despedazado era incapaz de manejar la ansiedad y seguir adelante con mi vida sin saber nada sobre la de él.

Cada día que pasaba sin noticias suyas sentía que mi mundo se desmoronaba un poco más. Por ese motivo, valoré la idea de presentarme en uno de los innumerables hospitales a los que habían trasladado a los heridos, incluidos el Centro Médico Bellevue, el Hospital Presbiteriano de Nueva York y el Hospital Lenox Hill. Sin embargo, iba descartando la idea a medida que mi angustia iba *in crescendo* y también lo hacía mi miedo a encontrar malas noticias.

Sentí un pánico atroz que nunca antes había experimentado. Era una sensación indescriptible, paralizante, me sentía llena de fragilidad y vulnerabilidad, como si me faltara el aire para respirar, como si me faltara él para volver a llenar mis pulmones de oxígeno. El dolor opresivo me invadía sin piedad, consumiendo cada pensamiento y dejándome sobrepasada, al borde de la locura.

* * *

Me levanté de la cama y comencé a vestirme como una autómata, impulsada por una fuerza que trataba de reprimir desde hacía unos días. Abrí una de las puertas del armario y elegí al azar unos vaqueros *mom fit* de talle alto, un *blazer* estampado de flores y unos botines negros.

Llegaba el momento crítico de tomar medidas o, en su defecto, de enfrentarme de cara a la situación mientras evitaba rendir cuentas a la pésima imagen que me devolvía el espejo: el aspecto decrépito de mi cara, las ojeras ensombreciendo mi mirada y la angustia que se hacía presente cada vez que ahogaba un nuevo suspiro.

Para seguir con mi costumbre y estar cómoda, recogí mi cabello en un desordenado moño bajo con horquillas y prescindí del maquillaje, pero añadí un poco de rubor en mis mejillas para no parecer un espectro andante.

¡Daba pena!

Lo mejor de todo era que no fue necesario despedirme de Denis, quien había estado en Boston por trabajo desde el fin de semana. Quizás era mi oportunidad para indagar sobre Madox sin tener que dar explicaciones a nadie más que a mí misma.

Era consciente de que iba a ser un día largo y tedioso y con pocas probabilidades de éxito, ya que, aunque lograra averiguar si el agente Ward había sido ingresado en uno de esos hospitales, no estaba claro que pudiera visitarlo, al no tener parentesco directo ni relación alguna con él.

A pesar de las dudas que me atenazaban, no me dejé vencer por la indecisión y emprendí la marcha. Revisé detenidamente las anotaciones que había guardado en el bloc de notas de mi iPhone y me subí a un taxi para seguir la ruta más corta indicada por el asistente de búsqueda en línea, que me llevaba por la Tercera Avenida hacia el sur hasta la Calle 27.

Después de un trayecto de veinticinco minutos, pagué la carrera y, tras cerrar los ojos y respirar hondo para controlar mis nervios, crucé las puertas del edificio de ladrillo rojo con grandes ventanales. Una vez dentro del amplio vestíbulo de techos altos, me aproximé al mostrador de recepción. Al comprobar que no había nadie esperando delante de mí, me acerqué a la recepcionista.

—Disculpe, ¿podría verificar si hubo algún paciente ingresado con el nombre de Madox Ward a raíz del atentado en Tribeca el pasado 31 de octubre? —inquirí con esfuerzo, con mi voz trémula y temblorosa.

—Permítame revisar en el sistema. —La observé mientras tecleaba en la pantalla hasta que volvió a posar su mirada en mí—. Lamento decirle que no figura ningún paciente registrado con ese nombre en nuestra base de datos.

—Gracias —expresé, frustrada, y le agradecí su amabilidad antes de retirarme.

Luego taché el Hospital Bellevue de mi lista y me dirigí al siguiente, el Hospital Presbiteriano de Nueva York.

* * *

A eso de las cuatro de la tarde, después de haber tachado la mitad de los nombres en la lista y de haber comido algo rápido en un *food truck* callejero, crucé las puertas del vestíbulo del Hospital Mount Sinai y caminé hacia el mostrador de recepción. Repetí la misma pregunta una vez más, aunque con una voz más apagada, ya que cada nombre tachado de mi lista me acercaba un poco más a la desesperación por no encontrar a Madox.

—¿Es familiar suyo?

—No, no soy familiar, pero es alguien muy importante para mí.

—Lo siento, pero solo podemos proporcionar información a los familiares directos o personas autorizadas por el paciente.

Apoyé mis manos en la superficie lacada y me incliné hacia ella.

—¿No podría decirme si está aquí o no?

—Ya se lo he dicho. No estoy autorizada a divulgar información confidencial.

Suspiré, en parte desanimada y en parte confundida. Dudé unos momentos mientras buscaba rápidamente una palabra adecuada que pudiera ayudarme a despejar mis dudas, ya que temía que, si no lo lograba, nunca encontraría lo que estaba buscando.

—Mire… En el pasado, fuimos pareja y… por favor… —traté de conmoverla— solo necesito saber si está aquí. Solo necesito saber que…

—Señorita, ¿debo repetirle lo que ya le dije? —Arrugó el ceño—. No tengo permitido revelar información confidencial.

Fue entonces cuando sentí un fuerte carraspeo detrás de mí, seguido de un gruñido cerca de mi oído, lo que me hizo dar un giro brusco.

—¿Acaso eres sorda? Deja pasar al siguiente, estás obstaculizando la fila.

¿En serio?

No podía creer lo que estaba sucediendo. Es alarmante la falta de empatía en la sociedad actual. Aunque siempre he sido muy diplomática, en esa ocasión mi tolerancia se acabó. Me sentía demasiado agotada, frustrada y dolida como para no responder a esa grosería, así que dejé salir toda mi ira y dolor acumulado.

—Señor, por favor, ocúpese de sus propios asuntos y ¡cierre el pico!

Te juro por Dios que no me reconocía a mí misma en ese momento, pero la situación me había superado tanto que ya no podía mantener mi temperamento bajo control. Además, acababa de darme cuenta de lo mucho que Madox significaba para mí, a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros y del tiempo que había transcurrido.

Me alejé del lugar, dejando una fila de personas murmurando y maldiciéndome a mis espaldas. Sin embargo, mi sexto sentido me advertía de que Madox estaba ingresado en ese hospital, así que decidí no irme sin verlo y asegurarme de que estuviera bien.

¡A cabezota no me ganaba nadie!

En la sala de espera de Urgencias, me senté, reflexiva, y miré a la gente que pasaba de un lado a otro del pasillo mientras tomaba una gran bocanada de aire. Cerré los ojos y me froté la cara con las manos. Fue entonces cuando la solución a todos mis problemas se presentó en forma de margaritas blancas.

—Eso es, ¡por fin!

Me levanté de un sobresalto y detuve a la persona que llevaba un ramillete de flores en las manos.

—Disculpa, ¿dónde las compraste?

—En la floristería y tiendas de regalo del hospital.

—¿Y eso está en…?

—Allí. —La joven afroamericana indicó con su dedo índice—, a la derecha por ese pasillo.

—¡Gracias!

—No hay de qué. Por cierto… —unió sus manos en forma de ruego con una expresión suplicante— esto… ¿Me firmarías un autógrafo?

—Em… ¡Sí, claro! ¿Dónde quieres que…?

—Bueno, pues estaba pensando que en… —Se echó una ojeada al escote y sin pensárselo dos veces, añadió—: En las domingas, así podré presumir de él todo el tiempo.

—Pero si lo hago ahí, se borrará fácilmente.

—No importa, no pienso ducharme en la vida.

Boquiabierta me quedé, te lo juro, literal.

—Muy bien… ¿Tienes un bolígrafo a mano para hacerlo?

—¿Este marcador blanco te sirve?

Me presentó un rotulador de tinta indeleble y yo encogí los hombros, sonriendo con cortesía mientras evitaba pensar para qué lo llevaría en el bolsillo de su chaqueta de mezclilla. Aunque, en el fondo, me halagaba que una extraña me reconociera por mi música, mi pasión. Si te soy sincera, no era la primera vez que me pedían un autógrafo, pero sí la primera que alguien me pedía que se lo firmara en ¡sus tetas!

—Seguro que ganas el Grammy, ¡eres la mejor, Georgia Mind!

Acabé de garabatear mi nombre artístico en su piel mientras ella no dejaba de saltar y aplaudir de emoción como una niña pequeña.

—Vaya, no sé qué decir… Me siento abrumada.

—Para mí eres la versión pija de Lady Gaga, jajaja. ¡Soy tu fan número uno!

Mientras mis mejillas ardían y asentía con una sonrisa agradecida, tratando de disimular mi incomodidad ante la exaltación de la chica, no pude evitar sentirme intrigada, así que tuve que preguntarle algo que no dejaba de rondarme por la cabeza.

—¿Podría preguntarte cuál es tu tema preferido del disco?

—*Forever in my mind*… Ese en el que relatas un romance prohibido en una cabaña en la

montaña. Es que… parece taaaaan real… ¡Es una puta pasada!

Humedecí mis labios al quedárseme el paladar seco. *Forever in my mind…* se repitió en mi cabeza en bucle y noté cómo el vello de mis brazos se erizó.

Tapé el rotulador y se lo devolví despacio.

—Creo que también es mi preferido —susurré entre dientes sin dejar de recordar los verdaderos motivos que me impulsaron a componerlo. Obvio, lo hice mientras pensaba en el *sexy bad cop*, o lo que es lo mismo, en el agente Ward de Haines. En todo lo bonito que me hizo sentir estando a su lado esos doce días encerrados en la cabaña y en lo mucho que lo había odiado después por haberme engañado como a una tonta ingenua.

En fin.

Suspiré.

Ahora ya estaba allí y debía acabar de escribir ese último capítulo para poder cerrar las tapas del libro y guardarlo en un rincón de la estantería o en un cofre con siete candados bajo llave, o cavar una zanja lo suficientemente profunda para enterrarlo y hacerlo desaparecer y ¡olvidarme de una vez por todas y para siempre de Madox Ward!

Sin perder tiempo, me dirigí a la tienda y compré lo primero que vi, cualquier cosa servía como pretexto para colarme en la habitación.

Respiré profundamente cuando accedí a la segunda planta y me dirigí a la estación de enfermería donde se coordinan las tareas de atención al paciente, la administración de medicamentos y el monitoreo de signos vitales. Allí, abordé a la primera uniformada que se cruzó en mi camino y le pregunté por la habitación de Madox Ward.

Y sin previo aviso, mi corazón comenzó a palpitar frenéticamente, ya que estaba a punto de verlo de nuevo. Demasiado cerca, tanto que casi podía sentir su presencia entre la multitud. Era extraño, pero real. Tan real como estar allí, respirando con dificultad y conteniendo las ganas de llorar.

—El paciente Madox Ward se encuentra en la habitación 321, en la planta de arriba —dijo la mujer tras revisar los datos en el sistema.

—Oh, ¿no estamos ya en la tercera planta? —manifesté con un tono de sorpresa.

—No. —Me sonrió amablemente, aunque noté su extrañeza.

—¡Qué despiste!

—Puede usar la escalera si no quiere esperar el ascensor.

—Sí, así lo haré, gracias.

Mis pies comenzaron a avanzar velozmente, como si supieran el camino que debían seguir, o como si alguien hubiera dejado una estela de migas de pan a lo largo del camino, esperando que la siguiera.

Finalmente, llegué a la puerta de la habitación 321, pero antes de poder siquiera girar el pomo, una enfermera me detuvo en seco.

—Disculpe, pero no se puede pasar.

—Traigo unas flores de parte de… —medité—… un familiar.

—Déjenoslas aquí.

—Pero…

—¿No ha visto la luz roja encendida?

Señaló un aparato instalado encima de la puerta.

—Ehm… no.

—Está bien, deme.

Instintivamente estrujé contra mi pecho el ramo de crisantemos de colores alegres y brillantes por temor a que me lo arrebatara, pues era mi único as bajo la manga.

—Deme —insistió, tozuda, y movió los dedos en plan: «Vamos, dame eso, puedes hacerlo».

La mujer frunció el ceño con determinación, como un toro embistiendo contra un capote. Su postura era imponente, y su mirada se clavaba en mí como si quisiera perforar mi piel.

—No me parece una buena idea —dije, con un tono de voz que denotaba mi firmeza. Sabía que, si ella era terca como una mula, yo lo era elevado a la máxima potencia, eso no es ninguna novedad—. Verá, he recibido órdenes expresas de la familia de entregarlas en persona.

—Pues yo le aseguro que no va a ser posible —aseveró y apretó los labios con fuerza.

Nos mantuvimos inmóviles, desafiándonos con la mirada. Pero, de repente, la enfermera alargó el brazo con la intención de arrebatarme el ramo. Yo, como una leona defendiendo a sus crías, lo protegí con uñas y dientes, aferrándolo más a mi pecho.

—¡Deme! —exigió la enfermera, tensando sus músculos.

—No.

—Se lo advierto, no ponga las cosas más difíciles —me amenazó, intentando imponer su autoridad y a puntito de entrar en cólera.

Pero yo no iba a ceder tan fácilmente. Tirábamos con fuerza del ramo de un lado a otro, cada vez con mayor ímpetu, como dos luchadoras en un *ring*. Los pétalos comenzaron a caer como copos de nieve, y las ramitas a romperse con un sonido seco. Sin embargo, no estaba dispuesta a dejar que me venciera. Tiré con más fuerza del ramo y finalmente, cuando ella cedió, me quedé con un montón de simples palitos verdes, algunos rotos y otros torcidos. El suelo se cubrió de pétalos de colores, como en una fiesta de primavera.

Cuando la enfermera se dio cuenta de que ya no quedaba nada del manojo, me miró con una mezcla de asombro y desconcierto. Yo, por mi parte, alcé la vista con cara de resignación y le espeté con ironía:

—¿Qui-quiere un autógrafo?

Me mordí el labio fingiendo una sonrisa, aunque por dentro me estuviera comiendo la rabia.

Ella me miró perpleja, como tratando de descifrar un idioma extraterrestre, sin saber muy bien cómo reaccionar a mis palabras. ¿Quizás había estado recluida en un búnker subterráneo, aislada del mundo exterior, y no había oído hablar ni de los premios Grammy ni de mi música? ¡Por supuesto! Me lo creí tanto como que los cerdos pueden volar y ¡bailar ballet en el aire!

Por último, mencionó con un tono gélido:

—No, no será necesario.

La vi girarse sobre sus talones, toda altiva, y regresar a sus labores habituales mientras yo me quedaba plantada en el sitio, con la vista fija en la puntera de mis botas y tramando un plan B o C o cualquier otra letra del alfabeto para infiltrarme en la habitación y ver a Madox de una vez por todas, aunque eso fuese lo último que hiciera en esta vida.

12

Brooklyn



—¿Qué haces, cielo?

Ryan salió del cuarto de baño envuelto en una toalla ajustada en la cintura y otra enredada en su pelo mientras eliminaba el exceso de humedad.

—Respondiendo un wasap de Morgan.

—¿Morgan?

—Sí, la chica del musical, ¿recuerdas? Te hablé de ella por el tema de las drogas.

—Ah, sí, cierto. Disculpa, ¡qué cabeza la mía!

Lo contemplé de arriba abajo y tuve que admitir que el paso de los años le había sentado de maravilla a mi marido, como le ocurre al buen vino: el paso del tiempo le otorgaba una madurez muy atractiva y seductora.

Palmeé la cama para que se sentara a mi lado.

—¿Y qué se cuenta?

—Verás… Lo que te voy a contar… —sentí un nudo en la garganta, pero hice un esfuerzo por hablar— puede que te abra viejas heridas y… no sé…

—Brook, cariño. —Me cogió la cara con sus grandes manos al darse cuenta de que estaba librando una batalla interior conmigo misma, pues remover fantasmas del pasado, en ocasiones, suele ser una idea desacertada. Me sonrió y, de la nada, sus sexis hoyuelos aparecieron en sus mejillas, que me volvían loca—. Cuéntamelo, vamos. No creo que a estas alturas de la película haya algo que me sorprenda.

—No apuestes por ello.

—Brooklyn… ¿Por qué das por hecho que no lo voy a soportar?

Enarcó una ceja.

—Ryan, es que… —Bajé la voz, se me había cortado el aliento.

Se quedó en silencio, reflexivo, antes de insistir.

—Dispara, has despertado mi curiosidad. Y eso, pequeña… —me dio dos golpecitos en la frente— está feo y no se hace.

—Bueno, luego no me vengas con que no te lo avisé.

—Me doy por advertido.

Él me miró fijamente, con una determinación que me conmovió. Su postura me pareció de lo más valiente. En realidad, jamás había conocido a nadie tan valiente como él. A nadie. Ryan Cohen había sido siempre un digno ejemplo para mí y para todo el que le rodeaba; un ser admirable, un impulsor de fortaleza, una fuente inagotable de perseverancia en todo lo que había logrado a lo largo de esos años.

—Su mensaje es sobre el atentado del martes pasado en Tribeca.

Demonios, acababa de soltárselo así, a la brava, y… por supuesto mi tono de voz había bajado una octava y se había quebrado al final de la frase. Me dolía en lo más profundo de mi ser hacerle recordar las infernales experiencias de un atentado, aunque este no fuera tan grave ni tan terrible como el del 11S.

—Adelante, continúa. —Me alentaron sus ojos oscuros mientras recorrían mi rostro, dándome el permiso antes de asegurarse de que podía hacerlo.

Y te juro por Dios, Ryan volvía a sorprenderme, mostrando una fortaleza sin igual, una seguridad innata que pocos realmente poseen, aunque su nuez subió y bajó con dificultad al tragar saliva.

Supe entonces que incluso después de tantos años seguía presente una herida abierta, sin cicatrizar. Era posible que permaneciera para siempre, y descubrir eso me entristeció profundamente.

—Alguien importante para ella estuvo allí. Fue una de las víctimas del atropello masivo. —Me removí inquieta y los muelles del colchón gruñeron bajo mi cuerpo—. Y… desconoce su estado, pues al no ser familiar directo le niegan el acceso a la habitación del hospital.

—Comprendo.

Se llevó una mano al mentón, se lo rascó, pensativo, y los pelillos de su incipiente barba sonaron divertidos. Luego dejó la toalla que llevaba liada a la cabeza sobre el baúl de madera y se pasó la mano por el pelo para peinárselo. Al llevarlo más largo de lo habitual, un mechón rebelde le cayó encima de los ojos y le impidió verme con claridad.

—¿Tienes alguna sugerencia? —Le aparté el pelo con dulzura peinándolo hacia atrás, sin poder evitar que se enredara entre mis dedos—. Seguro que se te ocurre algo.

—Por lo general, los cambios de turno se hacen alrededor de las 7 a.m. y las 7 p.m.

Asentí, por desgracia era algo que ambos sabíamos demasiado bien.

—¿Está insinuando lo que creo que está insinuando, señor Cohen?

Sonrió de lado y me guiñó el ojo con ese gesto tan seductor que rara vez mostraba por culpa de su porte siempre serio y ejemplar, excepto en nuestro plano íntimo y en su faceta de padre

modélico.

—Señorita Steanfield, la duda ofende, pues considero que me conoce demasiado bien como para ignorar ese hecho.

—¿Entonces insinúas que se cuele en un cambio de turno?

—Ajá. Sabes tan bien como yo que es el momento en el que el personal sanitario está menos pendiente de las entradas y salidas de las habitaciones.

—Es decir, que se comporte mal.

—Que sea una chica mala, ¿por qué no?

—¿Desde cuándo apruebas ese comportamiento?

Ryan me quitó el móvil de las manos, me dio un casto beso en los labios y luego se deshizo de la toalla, quedándose desnudo ante mis ojos.

—Desde que volví a nacer ese jodido 11S para volver de entre los muertos a tu lado.

Sus palabras me conmovieron y fueron directas a mi corazón.

—Ryan…

—Chist…, cariño, no digas nada. Y mucho menos llores… porque voy a demostrarte que sigo bien vivo por ti y para ti, siempre.

Se puso a horcajadas sobre mis caderas y me acarició la cara suavemente, recorriendo poco a poco toda mi piel.

—Te quiero, Brooklyn. Y mientras me quedé un halo de vida en mi pecho, voy a esmerarme en cuerpo y alma para hacerte feliz el resto de mis días.

Se inclinó hacia mí y me besó durante un largo rato. El tiempo a su lado siempre quedaba suspendido en el aire, entre el espacio y la razón. Porque descubres que, en esta vida, las cosas más trascendentales se miden por instantes fugaces y recuerdos eternos.

13

Morgan



No tenía nada que perder, así que seguí al pie de la letra la sugerencia de Brooklyn Steanfield y me colé a hurtadillas y de forma sigilosa en la habitación de Madox durante el cambio de turno de las enfermeras. En el breve lapso de tiempo desde que coincidiera con ella en los aseos de Broadway, de forma tan atropellada y por culpa de la maldita bolsita de cocaína, se había convertido en una pieza clave en la toma de decisiones importantes en mi vida.

Solíamos wasapearnos en vez de vernos en persona y me gustaba seguir en contacto con ella. Era una persona tan dulce… y sabía escuchar los problemas de los demás sin caer en el error de pretender conocerlo todo o dar una solución universal, por eso me gustaba tenerla a mi lado.

* * *

Me removí, incómoda, en el banco de madera cuando las manecillas del reloj de pared se acercaron a las 11 a.m., pues quedaba cada vez menos para volver a encontrarme con Madox Ward después de cuatro años sin noticias suyas. Y cuando echaba la vista atrás, te aseguro que apenas se había borrado de mi memoria el motivo que me había alejado de él. Recordaba su traición, solo que… eran más intensas las ansias de conocer su estado de salud y encontrar un poco de tranquilidad para poner fin, de una vez por todas, a ese capítulo de mi vida, aunque me costaría horrores recuperarme, sanar y seguir adelante sin él.

* * *

Di unos toques con mis tacones sobre el suelo de losetas de vinilo una vez más, al darme cuenta de que apenas quedaba un minuto para que se produjera el relevo de turno del personal de

enfermería. Agarré firmemente el asa del bolso y lo puse sobre mis piernas antes de analizar detenidamente los movimientos de las uniformadas desde la distancia.

Según Brooklyn, todo seguía un riguroso protocolo que solía durar unos treinta minutos, en los que debían seguir a rajatabla unos pasos: revisión detallada del estado de los pacientes, medicamentos administrados, resultado de las pruebas de laboratorio y cualquier otra información relevante.

Instintivamente mis ojos rodaron hacia la habitación 321 cuando el escenario cambió por completo y llegó el momento de colarme sigilosamente, para no generar sospechas.

No voy a negar que mi corazón latía con fuerza, ya que nunca antes había hecho algo así. Lo más parecido a haber burlado las normas que recordaba fue cuando tenía quince años y falsifiqué la firma de mi padre para hacer pellas un viernes por la tarde y asistir a una fiesta de cumpleaños del chico del que, por aquel entonces, estaba locamente enamorada, mi exnovio Jeff Martin.

Y llegó el momento, las enfermeras se habían reunido para llevar a cabo el traspaso de información y el segundero de mi tiempo había empezado a correr de forma regresiva.

Tictac… Tictac.

Mis pies, con paso decidido, avanzaron hacia el umbral de la puerta mientras mis piernas temblaban ligeramente. Pero la curiosidad y la nostalgia me empujaban a seguir adelante, a pesar de la estupidez y del peligro que suponía mi intrusión en la habitación del agente Ward. La canción *Me colé en una fiesta* de Mecano resonaba en mi mente como un lema que me daba fuerzas y a la vez me robó una leve sonrisa.

Sin lugar a dudas, ¡estaba perdiendo el juicio!

Cerré la puerta con cautela, mientras mordisqueaba mi labio inferior y la ajustaba con suavidad para evitar cualquier ruido indeseado. Inspiré profundamente antes de dar media vuelta y encontrarme de nuevo con el agente Ward. No sabía qué mentira iba a inventar para justificar mi presencia allí, y desconocía cómo iba a reaccionar él al encontrarme con sus ojos verdes, expresivos y bellos, que en su momento tanto me habían hipnotizado.

Liberé el aire poco a poco. Allí estaba Madox, tumbado en la cama, inmóvil, con las sábanas ajustadas a su cuerpo, el rostro cubierto por una mascarilla y un tubo endotraqueal asomando por su boca, conectado a un ventilador mecánico que bombeaba aire a sus pulmones.

—¡Oh, santo Cielo…!

Me estremecí al observar la maraña de cables serpenteando por su cuerpo, como raíces aferradas a la tierra. Madox se encontraba en un estado de inconsciencia profunda, intubado y conectado a múltiples dispositivos médicos que monitoreaban cada latido de su corazón. Una aguja de acero inoxidable relucía en su brazo, conectando su cuerpo a un goteo de suero que pendía de un soporte de metal.

No te negaré que mi corazón latía a mil por hora mientras me aproximaba lentamente, tratando de no hacer ningún ruido que pudiera alterar su frágil estado. La habitación se hallaba

impregnada de una tristeza y una desolación palpables, que contrastaban con el sonido metálico y monótono del respirador artificial.

Al situarme a escasos centímetros de su rostro, pude ver su piel lívida y gélida, lo que me hizo temblar de pies a cabeza. Me fallaron las rodillas… ¡y se estremeció mi alma!

Con un tembloroso suspiro, me senté en la silla junto a la cama, sin poder apartar la mirada de él. Recordaba todos los detalles de su fisonomía: su pelo castaño claro y algo ondulado en las puntas, ese sexy hoyuelo que le partía el mentón, ensombrecido por una barba de varios días, el lunar en forma de fresa justo en la arteria carótida.

Inspiré profundamente y reconocí de inmediato su olor, el aroma que emanaba de él, que distinguiría sin esfuerzo entre una multitud de desconocidos con los ojos cerrados.

—Madox… Yo… Oh, Madox…

Al parecer hay pruebas que sostienen que las personas en coma pueden oír. Sin embargo, otras fuentes contradicen esta afirmación. En mi modesta opinión, creo que cada caso es distinto porque hay diferentes niveles de inconsciencia. Pero me gustaba fantasear con la posibilidad de que pudiera percibir mi presencia, saber que no estaba solo y que yo estaba a su lado.

Pronto, mis dedos se deslizaron instintivamente sobre su fría piel, hasta rozar con la punta los de él. Tal vez fue el deseo que tenía de verlo, o quizás debía culpar a la ausencia, esos años sin saber nada de él o, tal vez, no podía creer que estuviéramos compartiendo el mismo aire de nuevo, el mismo espacio, aunque fuera en esas trágicas circunstancias. Sin duda, fue un impacto emocional para mí verlo en ese estado.

—Madox… Lamento tanto lo sucedido. Siento tanto que…

No logré acabar la frase, ni siquiera pude evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos y se deslizaran por mis mejillas al rememorar nuestra última conversación. La que tuvimos en Las Vegas, cuando él me cogió de la mano y echó a correr tirando de mí para refugiarnos de la tormenta que acababa de desatarse con virulencia sobre las calles de la ciudad. Aquella que sostuvimos bajo el alero del balcón de un primer piso. Quietos. Atrapados. Cara contra cara:

—Joder, eres como un bello desastre.

Enmarcó mi cara con una mano y acarició mi mejilla con la yema del pulgar, haciéndome estremecer. Luego, se inclinó para quedar a mi altura y anhelé con toda mi alma que me besara, que me llevara lejos de allí y me hiciera el amor como solo él sabía hacerlo.

—Empecemos por tener una cita después del show. La que no tuvimos. Tú y yo. Solos. Fuera de la cabaña del viejo Sam Cooper. Y veamos qué pasa.

—Madox…

—¿De qué tienes miedo?

Me miró.

Le miré.

Posó sus ojos en mis labios y yo me los mordí.

—No puedo creer que estemos manteniendo esta conversación.

Lo que no me podía creer era que no me arrojara a sus brazos para saborear de nuevo sus labios, su lengua, su aliento en mi boca.

—Una. Tan solo te pido una cita, Morgan.

14

Morgan



El sentimiento de culpabilidad es como una espada de doble filo, un arma que puede herirte profundamente cuando debes escoger solo una opción entre dos posibilidades: arriba o abajo, blanco o negro, A o B. Sin embargo, no todo suele ser tan drástico y, en ocasiones, el destino te ofrece un atajo, una senda o un rastro por el que seguir, aunque este pueda ser el más empedrado, resbaladizo o espinoso que hayas atravesado jamás. De hecho, es crucial saber elegir sabiamente o, mejor aún, aprender a descartar la opción menos dolorosa.

Hace cuatro años mi elección fue Denis y mi opción más dolorosa, Madox.

* * *

—Cariño, he de llevar ropa a la tintorería. ¿Te llevo el traje azul marino de Armani y la camisa blanca de cuello italiano?

—Te lo agradecería mucho, bomboncito.

Oí la voz de Denis colarse a través del hueco de la escalera de la planta de abajo hasta el vestidor, en la habitación de matrimonio, mientras hacía bailar las perchas de la ropa colgada entre mis dedos al ritmo de *Bird set free* de Sea.

Acababa de dejar sobre la cama dos espectaculares vestidos de noche que había usado en distintos acontecimientos. Uno de ellos era un elegante diseño asimétrico en tono dorado, mientras que el otro era un impresionante vestido rojo intenso de encaje y semitransparencias que había lucido en los *Billboard Music Awards* y en el último evento privado corporativo en Los Ángeles.

Cuando inspeccioné de nuevo la ropa, advertí una prenda que había pasado por alto en la primera mirada: una chaqueta de cuero. El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que no

pertenecía a Denis.

Aquella cazadora de cuero…

Mis dedos temblorosos vagaron hacia ella y cuando rozaron la tela, una descarga eléctrica me hizo retirarlos rápidamente.

—Madox…

Sin poder evitarlo, mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar por qué la tenía conmigo. El agente Ward me la puso sobre los hombros cuando nos dirigíamos al hotel Bellagio de Las Vegas y una tormenta de granizo nos sorprendió; yo estaba congelada.

Prometí devolverla, prometí darle esa primera cita, prometí darnos una oportunidad, prometí…

¡Mentira!

Todo fue una burda mentira, pues ninguna de esas promesas se cumplió, ninguna, ya que rompí cada una de ellas, destruyendo toda posibilidad de que lo nuestro, lo que alguna vez tuvimos o creímos tener, fuera posible.

Me retiré una lágrima con el dorso de la mano y saqué la chaqueta de la percha. Luego la dejé sobre la cama y me senté a su lado, sentí un nudo en la garganta mientras la observaba de reojo.

¿Por qué me afectaba tanto tenerla allí, en mi casa, tan cerca de mí, si habían pasado cuatro años y esa persona y los sentimientos hacia ella formaban parte del pasado?

«¿Estás segura, Morgan?», me susurraba mi voz interior, es decir, mi conciencia, que actuaba como un Pepito Grillo, más bien por tocarme la moral que para disipar mis dudas.

«No, no lo estoy. Y menos después de verlo hoy en el hospital, postrado en esa cama, inconsciente y…».

«¿Y qué? ¡Vamos, escúpelo! Sabes la respuesta».

«Maldita sea, sí, no, ¡no lo sé!».

«Por supuesto que lo sabes. Si Madox Ward no te afectara, no te sentirías ahora así, Morgan».

«Y… ¿Y có-cómo me siento? (Vaya, desde luego, el colmo de los colmos era titubear incluso en mis pensamientos)».

«Culpable».

¡Demonios! Hasta mi conciencia sabía mejor que yo cómo me sentía.

Suspiré hondo, inmersa en un aura de resignación y melancolía, mientras mi mano se deslizaba por la tersa superficie de la cazadora. Noté como el corazón se me aceleraba y una especie de hormigueo recorría las yemas de mis dedos. Los recuerdos, una vez más, inundaron mi mente con retazos de instantes, de sensaciones, de sentimientos difíciles de ignorar.

Me acerqué y la olí. Aún permanecía el olor de Madox impregnado en las fibras, en la cremallera, en el zurcido de los bajos. Cerré los ojos inundando los pulmones de su esencia.

—Esto no puede ser real…

Expulsé el aire lentamente y al deslizar la palma por uno de los bolsillos, un abultamiento me detuvo en el acto. Y por un instante, la tentación de hurgar en su interior me dominó por

completo.

«Quizás no debería hacerlo…».

«Por supuesto que deberías hacerlo, Morgan».

«No es ético fisgar en las pertenencias de otras personas».

«¿Quién es el idiota que dijo eso?».

«Bueno… pues… ¡No lo sé, ni idea! Pero suena muy mal y punto».

«Morgan, nena, mete la mano y descubre qué hay ahí dentro. Sé que te estás muriendo por averiguarlo».

«¿Y tú quién eres? ¿Mi conciencia chunga al estilo de Charles Bukowski, el escritor y poeta estadounidense conocido por su estilo directo y provocador?».

«*Touché*, amiga».

Puse los ojos en blanco y me levanté para empezar a deambular por la habitación, debatiendo sobre los pros y los contras de burlar la intimidad de Madox.

—A ver… Pongámonos en situación. —Empecé a hablar en alto para dar veracidad a mi inútil argumentación—. La chaqueta está en mi casa, en mi habitación, en mi armario, por lo que técnicamente es como si fuese de mi propiedad…

Le lancé una ojeadita a la cazadora desde la cómoda antes de volver a caminar de lado a lado de la estancia pasando de largo.

—Sí, pero Madox no dio el beneplácito.

Me detuve en seco ante la cama y bajé la vista a la prenda.

—No me lo dio porque tampoco pude preguntarle.

Te juro que la tentación cada vez era más poderosa. Era como tener una deliciosa tarta de chocolate recién horneada, fundida y esponjosa y con un glaseado de chocolate oscuro y trozos de chocolate blanco y negro en su interior.

—¡Oh, Dios mío…!

No pude resistir más y me faltó tiempo para lanzarme sobre el trozo de piel sin remordimientos y hundir mi mano en el bolsillo de la discordia. Si no, iba a volverme loca.

Además, la famosa cita de Oscar Wilde había dado la excusa perfecta a mi coartada, sostenida por pinzas: «Lo mejor para resistir a la tentación es caer en ella».

—Lo siento, agente Ward…

Con ansiedad y emoción desmedida, cerré un párpado y apreté mi labio inferior cuando al fin descubrí el enigma: una nota escrita a mano en un trozo de papel de wáter y un colgante de oro.

Mi pulso se descontroló al llevarme una mano a la boca para acallar un gritito de sorpresa tras percatarme de que la llamativa y delicada joya encarnaba al dios romano del amor, Cupido, ese chiquillo alado armado con arco y flecha, excepto que, en ese caso, no empuñaba una flecha sino un micrófono, y mantenía una expresión de canto apasionado, como si estuviera entonando hacia el cielo. Definitivamente, era una representación fidedigna de mí misma, simbolizando el amor y la pasión que sentía por la música.

Sonreí y lloré al mismo tiempo sin poder evitarlo.

Entonces desdoblé la nota con las manos temblorosas, indecisas. Si antes temía lo que podía hallar, ahora sentía verdadero pánico.

Solté el aliento cuando las palabras empezaron a tomar forma en mis cuerdas vocales. Se trataba de unos párrafos versionados por Madox de *My Girl,* de The Temptations:

Tengo un sol radiante en día lluvioso en Las Vegas.
No me importa lo que el cielo pueda tener en reserva.
Ya no necesito dinero ni fortuna.
Tengo todo lo que necesito para mí y eso eres tú.
Estoy hablando de mi chica, mi Cupido, mi Morgan Freeman.
Quiero una cita. ¡Oh, oh, oh!
Necesito saber si serías capaz de dejarte llevar.
De intentarlo, de lanzarte conmigo a la aventura.
¡Te necesito completa!
Porque los besos de mi Cupido cantarín
son los más dulces del mundo.
Estoy hablando de mi chica, mi Cupido, mi Morgan Freeman.
Dame una sola cita y querrás pasar el resto de tu vida a mi lado.
¡Oh, oh, oh!
Ooooh… Mi chica, mi Cupido.
Ambos sabemos que tenemos muchas cosas en contra.
Pero no puedo sacarte de mi cabeza, Morgan.
Venga, nena, lánzate al vacío conmigo.
Estoy locamente enamorado de ti.
Estoy hablando de mi chica, mi Cupido, mi Morgan Freeman.
Quiero una cita. ¡Oh, oh, oh!
Dame una sola cita…

Sonreí emocionada, lloré como una tonta y sorbí los mocos por la nariz al tiempo que sentía mi pecho encogerse al comprender todo lo que encerraban esas palabras, ese lenguaje explícito en una solemne declaración de intenciones en toda regla, e imaginando al agente Ward cantándomela delante de mucha gente, muerto de la vergüenza, dándome cuenta de que Madox había estado enamorado de mí, no sé si hasta las trancas, pero sí de una forma irracional, dejando sin el amparo de su servicio al pequeño pueblo durante meses para venir a mi encuentro, gastar hasta el último cartucho y renunciar a todo por no perderme.

Suspiré entrecortadamente pues nunca antes, jamás, nadie, había hecho algo tan bonito conmigo, ni siquiera Jeff Martins, mi exnovio, ni siquiera Denis Moore, mi pareja.

Puedes tener la riqueza más exorbitante del estado, ser reconocida a nivel mundial por tus

logros y ocupar el puesto más influyente de la galaxia, pero te das cuenta de que lo verdaderamente esencial son los pequeños detalles, esos que pueden parecer insignificantes a los ojos de todos pero que son la clave, la panacea, la esencia de la vida. Como bien dijo el escritor Charles Dickens: «Los detalles son la vida, oh mi querido amigo, los detalles son la vida».

Me dirigí hacia el tocador y tomé asiento en la silla para buscar una cadena dorada mientras sostenía el colgante de Cupido cantarín en la palma abierta de mi mano. Con delicadeza, ensarté el pequeño aro por el ojal y luego, tras apartar el pelo de mi nuca, deslicé la cadena alrededor de mi cuello. Sentí un escalofrío cuando las puntas de las alas rozaron la piel de mi escote.

Levanté la cabeza y contemplé la imagen que me devolvía el reflejo del espejo. Una dulce sonrisa se esbozó en mis labios entreabiertos al acariciar con la yema de los dedos el colgante que lucía en mi cuello y, aunque me mordí el labio inferior, rompí a llorar sin poder evitarlo.

15

Sky



—¿Madox tiene una lesión medular en la zona lumbar? ¿Y qué significa eso?

Avancé un paso hacia el especialista, quien, con toda la entereza y esa cierta frialdad que suele caracterizar a los médicos, me habló directo y sin florituras.

—Significa que la conexión entre el cerebro y las piernas se ha visto afectada y esto puede tener un impacto significativo en su capacidad para caminar y moverse de forma autónoma.

Se me desencajó la mandíbula y abrí los ojos de par en par. No podía estar hablando en serio. No, eso no podía ser cierto. Miré a ambos lados, vi a la gente pasar por nuestro lado en el pasillo de la tercera planta del hospital Mount Sinai y busqué el lugar donde se encontraba la cámara oculta, pues estaba claro que debía de ser una broma de mal gusto.

—¿Está intentando decirme que va a quedarse postrado en una silla de ruedas de por vida?

Inhalé profundamente, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Bueno, desafortunadamente ahora mismo es difícil asegurar con certeza cómo se desarrollará su recuperación. Pero no quiero engañarla y darle falsas esperanzas, ya que la lesión que ha sufrido es seria y es muy posible que necesite pasar por un proceso de rehabilitación prolongado y difícil, si su objetivo es volver a caminar o, en el peor de los casos, recuperar parte de la función que ha perdido.

—¿Tratamiento? ¿A qué tipo de tratamiento se refiere?

—Eso dependerá del alcance de la lesión y del estado general de salud. Tal vez fisioterapia, rehabilitación para ayudar a fortalecer los músculos y mejorar la flexibilidad en las piernas. Puede que se llegue a considerar una terapia con células madre o la estimulación eléctrica para ayudar al crecimiento de nuevas células nerviosas.

—Disculpe, pero… —vacilé—, Madox y yo… estábamos buscando un bebé. Y…

Bufé.

¡Basta!

Ya había tenido demasiada dosis de realidad por el momento. Todo eso no era más que especulaciones, un diagnóstico aventurado por simples suposiciones, ya que mi chico aún seguía en un coma inducido tras el atropello de aquel kamikaze terrorista.

Así que…

—No se disculpe. Es normal sentir vértigo en estos momentos. La falta de información y la incertidumbre sobre lo que deparará el futuro suelen ser angustiosas. Por eso mismo, voy a recomendarle un especialista para que les ayude a manejar esos cambios en sus vidas.

—¿Un loquero? —Me crucé de brazos y lo miré con enojo mientras una sonrisa torcida se dibujaba en mis labios. Jamás iba a someterme a juicio por un desconocido ni dejar al descubierto mi vida privada ante cualquier medicucho de tres al cuarto—. Sabré arreglármelas sola. No se preocupe por mi salud mental, gracias.

—De todas formas —carraspeó y me tendió una tarjeta—, no estaría de más llevarla consigo en el bolso, por si en alguna ocasión se siente superada.

Ni siquiera hice el ademán de tomarla. Simplemente reafirmé mis intenciones negando con la cabeza y metí las manos en los bolsillos.

—Bien, como prefiera. —Me estudió el rostro con una ceja arqueada—. He venido para informarla que desde esta misma tarde empezaremos a reducir gradualmente la dosis de propofol para revertir la inconsciencia temporal. Dispondrá de tiempo para adaptar su hogar con el fin de que sea más accesible para él durante sus actividades cotidianas.

—¿Adaptarlo, en qué sentido?

—Accesibilidad, espacios amplios, baño adaptado, eliminación de barreras arquitectónicas… Un especialista del hospital podrá asesorarla.

Hice memoria visual de nuestra vivienda: una pintoresca casa adosada de estilo *brownstone* en Greendwich Village, con una fachada de ladrillos rojos con detalles en relieve y molduras que databan del siglo XIX, flanqueada por elegantes vidrieras y un diminuto jardín a ambos lados de los diez empinados escalones de piedra que conducen a la puerta principal, una barandilla de hierro forjado y una campanilla a juego, colgada de una de las columnas del porche de madera.

¡Oh, mierda! ¡Los malditos diez escalones…!

16

Madox

Según se dice, al despertar de un coma inducido se puede experimentar una sensación de desorientación y confusión debida a la inactividad prolongada de las funciones del cuerpo, que puede afectar incluso al habla y la movilidad.

Sin embargo, en mi caso, esta sensación fue mucho peor que eso. Fue una experiencia horrible que no le desearía ni a mi peor enemigo. Además de perder masa muscular y sufrir una migraña terrible que persistía días después, supe que mi amigo y compañero Benjamin Brown, padre de Shannon y Jimmy y esposo de Estela, había perdido la vida tratando de salvarme. Intentó apartarme del camino de un kamikaze hijo de puta que iba a embestirme contra la carrocería de un vehículo y el muro de un edificio, y se llevó la peor parte del impacto.

También dicen que el cielo está lleno de ángeles, seres celestiales que nos protegen y guían en momentos de necesidad.

Para mí ese ángel fue Ben, el bromista de Ben, una persona común para muchos y, para mí, un héroe sin capa ni calzoncillos horteras estilo Superman de los ochenta. Él estuvo en el lugar correcto en el momento adecuado y actuó con valentía, arriesgando su propia vida para salvar la mía sin vacilar ni dudar.

No me queda nada más que añadir. Simplemente:

«Gracias, Ben, por haber sido mi ángel guardián en ese momento y por haber arriesgado tu vida para salvar la mía. Siempre te recordaré como un héroe en mi corazón, un amigo del alma y un verdadero compañero en todas mis fatigas. Que los ángeles te reciban en su compañía y te brinden todo el amor y la paz que mereces.

»Va por ti, mi querido hermano, descansa en paz».

La gente olvidará lo que dijiste,
la gente olvidará lo que hiciste,

pero nunca olvidarán cómo los hiciste sentir.

MAYA ANGELOU

(POETA Y ESCRITORA ESTADOUNIDENSE.)

17

Sky



—Cielo, ya hemos hablado de eso antes —dije suavemente, tratando de mantener la serenidad, aunque él no pudo ocultar su frustración.

—Hablarlo no significa estar de acuerdo.

Reconozco que cuando Madox se ponía en modo cabezota no había quien le ganase. Siempre había sido un hombre testarudo, más terco que una mula. Incluso ahora, después de haber perdido la función motora de las piernas, seguía siendo igual de obstinado, aunque hubiera la esperanza de que, con rehabilitación y mucho esfuerzo, pudiera recuperar su movilidad y revertir su lesión.

—No pienso salir en silla de ruedas.

Señaló con la cabeza al artilugio, con odio, antes de volver a recuperar mi mirada.

—No me estás ayudando en absoluto, Madox. No haces nada para facilitar las cosas —le recriminé, hinchando el pecho y clavando mi mirada en la suya.

Apreté los dientes para contener la rabia que me invadía, luché contra las ganas de abandonarlo allí y dejar que se las arreglara solito para volver a casa.

—Sky, joder… Ya has oído al especialista. No soy parapléjico, sino que padezco una…

—Una lesión medular reversible.

—No hace falta que acabes mis frases como si fuera idiota.

—Oye, nadie te está tratando como tal. No estés tan a la defensiva… —respondí, cerrando los ojos y sintiendo que estaba a punto de rendirme. Si seguía haciendo mi vida más difícil de lo que ya era después del atentado, acabaría por tirar la toalla.

Fue entonces cuando la puerta de la habitación del hospital se abrió y apareció mi salvador en forma de un hombre alto, moreno y dueño de una mirada tan oscura como dulce.

—¡Aleluya! —exclamé, elevando la vista al techo blanco e impoluto de la habitación—. ¡Al

fin se hizo la luz!

—¿Llego en mal momento?

—Denis, llegas en el mejor momento posible, no te quepa duda.

Fui a su encuentro y me colgué de su brazo como solía hacer en el pasado, cuando éramos más jóvenes (un pelín más que ahora). Desde siempre, mi hermano mayor y yo habíamos tenido una conexión maravillosa, casi mágica, hasta que todo se arruinó. Bueno, en realidad, todo se fue al traste después de que yo cometiera un error garrafal cuando creí que podía confiar en la persona equivocada, mi exnovio Jonas McDonalds (y no, por favor, no tiene nada que ver con el dueño de la famosa cadena de comida rápida, ¡ojalá!).

Fue mi culpa, no vi venir lo que iba a pasar cuando me acosté con él, y entonces aprovechó la situación para acercarse a mi hermano, pegársele como una garrapata y beneficiarse de su talento musical.

En pocas palabras, quería hacerse famoso gracias a mí y a Denis Moore, el famoso compositor y productor musical. *Mea culpa*, ya que todo el mundo me advirtió y no les hice caso. Poco después se sucedieron unas cuantas decisiones desafortunadas que afectaron a nuestra relación, enfriándola hasta el punto de que perdimos todo contacto.

Problema: plagio de ideas y pérdida de una gran cantidad de dinero.

Resultado: distanciamiento de los últimos años por mi propia elección y riesgo.

Conclusión: los vínculos de sangre son los más auténticos, nunca deberían romperse por decisiones tomadas en caliente y a la brava.

—Sabía que ibas a venir.

—¿Te he fallado alguna vez, *nana*?

Tuve que masticar y después tragar su respuesta. Acababa de pillar la indirecta: sus palabras aún revelaban un resentimiento incrustado en la raíz del pasado, debido a mi imprudencia y falta de madurez en la elección de mis compañeros de vida, o, dicho de otra manera, parejas.

¡Ah! A propósito, por si te lo estás preguntando, *nana* es el apodo cariñoso que ha usado siempre para referirse a mí desde que éramos unos chiquillos.

—Denis, te presento a Madox Ward, mi actual pareja.

Con decisión, mi hermano avanzó unos pasos para acortar la distancia y extendió la mano.

—Encantado. Me alegra conocerte, aunque sea en esta… desafortunada situación.

—Ya, en otro escenario y quizás tomando unas birras hubiese sido mejor, pero así es la vida.

Madox la estrechó, dubitativo, y me di cuenta de que no las tenía todas consigo, pues había rechazado hasta la extenuación, por activa y por pasiva, la idea de mudarnos a casa de Denis, más adecuada para su lenta recuperación: un cómodo y moderno apartamento en Upper East Side, un espacio sin escaleras, libre de barreras arquitectónicas y en una zona mejor comunicada para asistir a rehabilitación, sin que las excusas que iba a inventar lo impidieran.

—Así que eres el famoso oficial Ward, el agente valiente de los atentados en Tribeca. ¡Al fin puedo decir que he estrechado la mano de un héroe de carne y hueso!

Madox carraspeó con desgana.

—Bueno, yo no me describiría de esa manera. Simplemente estuve en el lugar y momento inoportuno y permití que un loco suicida me atropellara. No veo nada heroico en quedar discapacitado para caminar.

Mi pareja acababa de traspasar con la mirada a mi hermano. Conociéndole como le conocía, sabía que no iba a echarse atrás en sus comentarios.

—No te quites mérito, hombre, pues un pajarito pelirrojo me ha dicho que van a concederte la Medalla de Honor a la valentía y el heroísmo en una situación de peligro.

—Ya.

—La cuestión es que para el pueblo estadounidense lo eres, todo un héroe, así que ¿qué más darán los motivos que te hayan llevado a ese reconocimiento?

Bien. Creo que había llegado el momento de intervenir, de actuar como mediadora entre gallos de pelea, midiendo quién tenía las plumas más brillantes. Debía interponer paz, porque nos gustara o no íbamos a convivir bajo el mismo techo por un largo periodo de tiempo y a ser posible, ¡tratando de evitar que la sangre llegara al río!

—Bien, hermanito, ¿me echas una mano con la maleta? Pesa muchísimo, como si llevara un cuerpo descuartizado dentro. —Reí tontamente mientras señalaba el bulto que descansaba apoyado contra la pared. Me coloqué detrás de la silla de ruedas, desbloqueé las ruedas, coloqué las manos en la empuñadura de transporte y comencé a desplazarla en dirección a la puerta—. ¿Has venido en taxi?

—Sí, ya me conoces. Odio conducir.

—Lo sé, dicen que las viejas costumbres nunca cambian.

—Eso es lo que dicen, sí.

Y tratando de quitar importancia al asunto y reconducir el tema por derroteros menos peliagudos, nos despedimos del personal médico y emprendimos el camino hacia lo que sería el inicio de uno de los viajes más locos e inesperados que jamás hubiera soñado experimentar.

Como acertadamente mencionó John Lennon en su canción *Beautiful Boy (Darling Boy),* de 1980: «La vida es lo que te sucede mientras estás ocupado haciendo otros planes».

Absolutamente cierto, pues… no lo vi venir.

18

Morgan



Blanca como la nieve y más tiesa que un palo de escoba me quedé cuando vi a Madox entrar en silla de ruedas en el salón de nuestro apartamento.

No supe si echar a correr como si hubiese visto a Jason Voorhee, el psicópata asesino de *Viernes 13*, hacerme el harakiri con un cuchillo de punta redonda o bailar la samba desnuda en medio de la Quinta Avenida. ¡O quizás todo a la vez!

Cogí aire porque respirar, lo que se dice llenar de aire mis pulmones, debía hacerlo, aunque fuese a la fuerza, o de lo contrario me desmayaría de un momento a otro.

Agarré a Denis del brazo a lo bruto y me lo llevé a rastras a la cocina, cerré la puerta a cal y canto y empecé a deambular alrededor de la isla al borde de un infarto.

—¿De qué va esto, Denis? —Fue lo único que pude articular cuando me llevé la mano a la frente para frotarla y paré en seco delante de él, casi tropezando con mi propio pie.

—¿A qué te refieres, bomboncito?

—¿Decides que unos extraños convivan bajo nuestro mismo techo sin consultármelo primero?

—Bueno, creí que no te importaría. —Se encogió de hombros como si le estuviera preguntando qué quería para cenar: un bistec de ternera con patatas o un lenguado a la plancha con verduritas de temporada. ¡Por Dios!

—¿Que no me importaría? Pero ¿tú en qué mundo vives, en los mundos de Yupi?

—Vamos, Morgan, el apartamento tiene trescientos metros. Ni siquiera notarás que están aquí. Hay habitaciones libres de sobra, cuartos de baño y…

—Y zonas comunes en las que coincidiremos sí o sí, como la cocina, el salón…

—Crearemos horarios para evitar solaparnos, si es eso lo que te preocupa. Incluso podemos coordinarnos para que no haya conflictos en nuestras agendas.

—¡Por el amor de Dios, Denis! No sé si estoy hablando en chino mandarín, en una lengua

muerta o ¡en xenolingüística! [1]

—Cielo, vamos, relájate… —Me cogió de los brazos, aunque yo seguía echando humo por todos los orificios de mi cara y casi de otras partes de mi anatomía de metro sesenta—. No son desconocidos, ella es mi hermana pequeña y él su actual pareja.

—Tu hermana pequeña a la que me has mencionado en dos contadas ocasiones. Y él… pues… él… ¡él!

¿Cómo podía explicarle sin entrar en detalles que Madox Ward, el agente de policía que estaba postrado en una silla de ruedas tras los atentados en Tribeca, había sido alguien demasiado importante en mi vida?

¿Hola?

¿En serio?

¡No podía creer que el destino se estuviera mofando de mí de esa forma tan cruel!

—Morgan, caray, no dramatices tanto. Va a ser temporal. Apenas vas a notar su presencia.

—¿Por qué? ¿Han hecho voto de silencio? ¡¿Son espectros, Sadhus [2] o monjes budistas de clausura?!

Antes de continuar despotricando pestes por mi boquita y de que se me encendieran más las mejillas, me abrazó, rodeando mi menudo cuerpo con sus fuertes y reconfortantes brazos, para calmar ¡los mil demonios que me estaban consumiendo las entrañas!

—Chist, cielo. Hazme caso en algo por una vez y…

—¿Insinúas que siempre ignoro lo que dices?

Me besó en el pelo.

—No, claro que no. Pero, Morgan, no te lo pediría si no fuese algo importante para mí. Es mi hermana pequeña, Sky, a la que hace siglos que no veo y hemos recuperado el contacto porque realmente necesita mi ayuda, nuestra ayuda.

Mierda. Desde luego había que reconocer que Denis Moore tenía el don de la jodienda a la hora de ablandar los corazoncitos. El mío en ese instante ya estaba hecho trizas, o más bien convertido en líquido.

Maldita sea. Pensé en Madox Ward, en tener que convivir bajo el mismo techo por segunda vez, sin obviar que en la primera terminamos compartiendo la cama, manteniendo relaciones sexuales y, lo más doloroso de todo… ¡me enamoré perdidamente de él!

—Está bien, Denis. Vale, acepto la situación, aunque me cueste tragar sapos y culebras.

—Esa es mi chica.

¿Necesito decir que ya me estaba lamentando de la decisión tomada? Pues no hace falta ser muy ducho para saber que los encuentros entre el *sexy bad cup* y la Cupido cantarín iban a ser inevitables, incluso provocados.

Además, ¿por qué su nuevo ligue se llamaba Sky, como la perrita que compartimos durante años, mi exnovio Jeff Martin y una servidora?

¿Acaso era una señal del destino?

¿Extraterrestre?
¡Oooh, por favor!
¡¡¡Tierra, trágame!!!

19

Madox

¡Joder! Piensa y respóndeme con franqueza a esto, si tienes los santos cojones:

¿Qué posibilidad hay de sobrevivir a un atentado y seguir respirando?

¿Qué tal si tu hogar en Greenwich Village te impide la movilidad y debes mudarte a la casa de tu cuñado, alguien a quien ni siquiera conocías?

¿Y si la pareja del hermano de tu novia es la misma mujer a la que no has podido sacar de tu cabeza en cuatro años, y ahora debéis convivir a la fuerza y bajo el mismo techo?

¡Me cago en la leche! Si me pinchas no me sale ni una gota de sangre. Así fue como quedé, ojiplático y petrificado en el sitio y porque no podía echar a correr y huir de allí, postrado en una silla de ruedas; sin sangre que corriera por mis putas venas cuando nuestras miradas se encontraron después de años sin tener noticias de ella: Morgan Freeman, la culpable de todos mis problemas, de todos mis quebraderos de cabeza y la responsable de que Sky me pareciera insuficiente, porque ella había dejado el listón demasiado alto.

¡Maldito Cupido cantarín!

—¿Te encuentras bien?

Sky dejó la maleta apoyada contra la pared y se acercó a mí. Puso su mano en mi frente para tomarme la temperatura y me miró algo angustiada.

—Ehm… Bueno, estoy algo cansado, pero nada de que preocuparse.

—¿No será por el cambio de medicación? El doctor nos advirtió que era muy fuerte y podría ocasionar efectos secundarios.

—Sky… —Le cogí las manos y las retiré despacio de mi piel—. Oye, mírame. Estoy bien, todo lo bien que se puede estar cuando has perdido la independencia, la movilidad y a uno de tus mejores amigos. Pero, salvo por eso…, estoy feliz de que hayas decidido solucionar las diferencias con tu hermano y estemos aquí.

Mentí como un bellaco, pero ¿qué otra opción había? Bastante cruz era ver a Morgan a unos pocos metros de distancia como para encima tener a Sky con la mosca tras la oreja.

Y no, respondiendo a lo que puedas estar pensando, Sky nunca ha sabido de la existencia de Morgan. Y así es como debe seguir, por lo que, si tengo la más mínima posibilidad de estar a solas con la morena, le dejaré las cosas muy claritas, le explicaré mi postura y lo que no voy a tolerar que pase entre los dos bajo ningún concepto.

No tardaría en darme de hostias contra la realidad y comerme sin masticar mis propios propósitos, pues como dijo una vez el escritor Paulo Coelho: «El universo conspira a tu favor cuando luchas por lo que quieres».

La primera lección que aprendí ese día es que nunca se deben subestimar las decisiones del destino, porque nunca van a ser las que *a priori* desees, sino que siempre van a sorprenderte y a llevar las cosas en una dirección inesperada. La contraria a la tuya.

Y así fue.

20

Morgan



Mi capacidad de tolerancia y de buenos modales versus Madox Ward pronto empezaron a hacer aguas como el Titanic al chocar contra el iceberg.

No solo me lo encontraba en el salón, la cocina y los pasillos, también en el café de la mañana.

Vamos, ¡hasta en la sopa!

¿Cuándo diablos le di mi consentimiento a Denis para que les permitiera la entrada a él y a su espectacular novia, que parecía salida de un anuncio de pelo Pantene?

¡Oye, no, no! No. No eran celos. Era, era… pues que la privacidad y la complicidad que Denis y yo habíamos disfrutado durante años ¡se veía amenazada sin que pudiera hacer nada por impedirlo!

—Ey, ¿me pasas el azúcar, por favor?

Apoyada en el borde de la isla de mármol, miré a Madox por el rabillo del ojo y por encima de mis gafas de pasta de color fucsia.

—¿Me estás hablando a mí?

Me señalé haciéndome la desentendida, pues no estábamos a solas en la cocina. Denis se movía de un lado a otro, preparando su habitual desayuno de lujo, que incluía un zumo de naranja natural recién exprimido y tostadas integrales con salmón ahumado, aguacate y semillas de chía, mientras revisaba las últimas noticias en la página web del *New York Times* para mantenerse informado.

—Sí —respondió Madox con una ceja arqueada, y mi mirada se deslizó sin mi consentimiento hasta su maldito mentón partido que solía ponerme los nervios de punta en el pasado. Bueno, «nerviosa» no se ceñiría con precisión a mi obsesión por ese atributo masculino que ¡me llevaba por el camino de la amargura desde que tenía uso de razón!—. Te lo pido a ti.

Si alguien me hubiese dicho que, después de cuatro años sin noticias de Madox, todo lo que sentí por él iba a explosionar con una simple chispa que prendería la mecha, le habría contestado que había visto demasiadas películas románticas de los domingos por la tarde.

Me alejé de la isla casi arrastrando los pies, ya que no me seducía la idea de estar a menos de un metro de él.

—Aquí lo tienes.

—Gracias, Morgan.

Sentí mi piel estremecerse y un escalofrío recorrer cada vértebra de mi espalda cuando la punta de sus dedos rozó suavemente mi mano justo en el instante en que dejaba el tarro de azúcar al lado de su desayuno: unos huevos revueltos con beicon y salchichas.

El pulso me tembló y, con torpeza, volqué el tarro haciendo que unos gramos de azúcar se derramaran sobre la mesa.

—Por el amor de Dios, lo siento… ¡qué torpe! —articulé nerviosa a la vez que barría los granitos con la palma de la mano y los recogía con la otra, cuando creí oír susurrar a Madox: «Siempre has sido así».

Y en ese momento, mientras me inclinaba ligeramente, el colgante de Cupido cantarín asomó por mi escote y empezó a balancearse en el aire. Madox abrió los ojos como platos al descubrirlo colgando de mi cuello, me clavó una mirada penetrante, de esas que te dejan noqueada y muda *in situ*, y mis mejillas ardieron como dos ascuas en llamas, a lo Heidi.

—Vaya, lo encontraste…

Tragué saliva con dificultad, eché un vistazo furtivo a mi espalda para asegurarme de que Denis no nos observaba, y moví las manos con rapidez para volver a ocultar el colgante dentro de mi blusa.

—No es lo que cre-crees… —Intenté defenderme sin sonar muy convincente, ya que la última palabra se atragantó en mi garganta.

—¿Y qué es lo que creo?

Los profundos y expresivos ojos verdes de Madox se clavaron en los míos sin vacilar.

—¿Más café? ¡Oh, por supuesto, no hay problema, Madox! —Quise disimular con voz alta y forzada, ya que Denis se acercaba a nosotros con un plato en la mano para sentarse a la mesa—. ¿Y tú, cariño? ¿Quieres uno?

—¿Café? —Mi pareja se carcajeó con ganas—. Bomboncito, ¿desde cuándo me has visto tomar café?

Sacudí la cabeza. Era cierto, él solo tomaba brebajes de fruta o similares, nada de cafeína en vena ni estimulantes.

—¿Sucede algo? Estás de lo más rara esta mañana.

—¿A mí? —Me señalé a mí misma como si lo que acabara de decir fuese la estupidez más grande desde los inicios de la humanidad en la Tierra—. Nada, solo que habré descansado mal y estoy algo espesa.

Mientras hablaba con Denis, sentí los ojos de Madox escrudiñando mi cara y mis gestos, analizando mi metedura de pata hasta las rodillas.

—Quizás deberías volver a tomar esas pastillas de benzodiacepinas que te recetó el especialista.

—Sabes que me dejan demasiado grogui al día siguiente y…

—Entonces hablaré con el médico para que te recete otra cosa.

—De verdad, no hace falta.

—Insisto.

—Denis, por favor, ¡deja de controlar mi vida!

Un silencio incómodo cayó sobre nosotros en cuestión de segundos. A veces, Denis pecaba de sobreprotector y eso me irritaba los nervios hasta límites insospechados.

—Denis, lo siento, pero creo que Morgan lleva razón.

Miré a Madox y lo fulminé con la mirada.

—¡Tampoco necesito que un desconocido esté de mi parte, gracias!

—Nena, no es cuestión de tomar partido, solo queremos ayudarte. No te lo tomes a mal.

Devolví con brusquedad al dispensador de metal la cápsula de café que había cogido. Acto seguido, me crucé de brazos, inspiré profundamente y mordí el labio para no decir lo que realmente pensaba.

Grrr…

—De acuerdo, no pretendo sonar arrogante ni maleducada, así que, si me necesitáis —miré primero a Denis y luego a Madox—, estaré en mi cuarto meditando sobre cómo conducir mi vida sin morir en el intento, ya que al parecer lo hago de pena.

—Pero cielo…

Oí a mi novio/pareja/compañero de piso quejarse a mi espalda antes de salir de la cocina y subir la escalera hasta el piso superior. Cerré la puerta de la habitación con un leve portazo, pues no soy demasiado dada a dramatizar así a lo loco, y me dejé caer sobre las sábanas, con la mirada perdida en la lámpara de araña que colgaba del techo.

—Toc, toc.

Denis golpeó la puerta con los nudillos y, sin esperar mi respuesta, irrumpió en la habitación.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué?

—De lo que ha pasado en la cocina.

Me giré hacia el otro lado cuando se sentó en la cama y empezó a acariciarme el muslo lentamente.

—Denis…, a estas alturas no me vengas con chantajes emocionales, que ya nos conocemos.

Le aparté la mano, pero él insistió colándola bajo mi ropa.

—Sabes que soy incapaz de irme al trabajo si estamos enfadados.

—Ah, ¿acaso lo estamos?

Puse los ojos en blanco ante la obviedad mientras sus yemas viajaban hacia mi ropa interior.

—Denis, en serio, ahora no me apetece.

—Ni a mí.

—Pues no parece que pienses lo mismo.

Me mordí el labio mientras sus pulgares se abrían camino por debajo del encaje de mis braguitas y las deslizaba por mis caderas hasta dejarlas tiradas en el suelo, sobre la alfombra.

—No se me ocurre mejor idea que hacer el amor contigo para volver a estar bien.

Suspiré profundamente cuando me separó las piernas y hundió su lengua en mi sexo como quien saborea un helado, despacio, lamiéndolo con delicadeza y suavemente, para que se vaya derritiendo en su boca y así apreciar todo el sabor.

Le cogí el pelo de la nuca cuando mi primer gemido se me escapó del pecho, digo del alma.

21

Madox



No podía creerlo…

¡¿Estaban follando con la puerta de la habitación abierta de par en par, justo en la planta de arriba?!

El pecho se me encogió y me entraron ganas de vomitar, de salir por patas o incluso de lanzarme por la ventana. Joder, lejos de excitarme, me puso frenético, rabioso y ¡con unos celos que no supe cómo gestionar!

Claro, por supuesto que lo recordaba. Sabía que el sexo con Morgan era una jodida locura y el mejor que había tenido jamás con ninguna mujer. Te juro que cualquier parecido con la realidad era mera coincidencia.

Recordaba a la perfección las veces que había estado dentro de ella, las veces que ella había estado encima de mí, las que había lamido toda su piel, las que había besado cada maldito lunar de su cuerpo y los había memorizado a fuego en mi retina.

Hostia puta…

Por mi salud mental, tendría que cambiar el chip a la voz de ya para no volverme loco cada vez que follara con Denis Moore.

Mierda.

Dolía.

¡Coño, y cómo dolía!

Me reí para no llorar al darme cuenta de que las iba a pasar putas de ahora en adelante viviendo a la fuerza bajo el mismo techo que la persona que aún revolvía mis entrañas, retorcía mis sentimientos y me recordaba que en toda mi vida solo había estado colgado de alguien, y esa mujer era ella, Morgan Freeman.

22

Morgan



—Rotundamente, no.

Miré a Denis con escepticismo y los brazos cruzados bajo mis pechos, sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro. No me seducía la idea, no importaba cuánto se esforzara en justificarla. Quedarme a solas con Madox durante una semana, ocuparme de él y de sus cuidados e incluso acompañarlo al centro de rehabilitación.

—Bomboncito, solo van a ser un par de días, hasta que Sky vuelva de la intervención quirúrgica de mi padre y yo acabe la grabación del single en Boston.

—Ando demasiado ocupada como para hacer de niñera de un hombre al que ni siquiera conozco.

—Mira, entonces, ¿qué mejor excusa para crear un vínculo de amistad entre los dos y hacer buenas migas?

—¿Con Madox?

Parpadeé ante su insistencia. ¡No podía creer que me estuviera pidiendo eso!

—Claro, cielo. Con Madox.

Denis me dio un beso en los labios, más casto de lo que solía, y me acarició la mejilla despacio antes de asir la maleta y salir por la puerta de nuestro apartamento.

—Vamos, Morgan. No le des tantas vueltas, ha surgido así y tú eres la mejor alternativa.

—¿Y por qué no buscas a alguien más adecuado para esa tarea?

—Confía en mí, Morgan. Todo saldrá bien. —Me sonrió—. Te conozco perfectamente y siempre sales airosa y con éxito de todas las situaciones, por muy complicadas que sean.

—Denis, por lo que más quieras, no te vayas. —Mi voz sonó desesperada mientras le cogía de las solapas de la americana—. Di que estás enfermo, que has contraído una enfermedad altamente contagiosa y que debes permanecer en cuarentena y encerrado en casa.

—Sabes que no puedo hacer eso. No puedo dejar mi trabajo en la estacada.

—Nadie es imprescindible.

—Claro que no, pero hay algo en esta vida que se llama lealtad. Y sabes que me debo a mi profesionalidad.

A veces Denis Moore era tan perfecto que daba asco. Y perdona por la expresión, pero lo era tanto que en innumerables ocasiones incluso me había cuestionado en qué posición de su escala de prioridades encajaba yo.

Lo seguí hasta la puerta. Cogió las llaves, se las metió en el bolsillo del pantalón, me dio un beso en el pelo y me recordó que me quería.

—Todo va a salir bien.

Pero nada salió bien, ¡nada!

* * *

En cuanto Denis salió por la puerta y me quedé a solas con Madox, la indiferencia que habíamos mostrado para evitar que Denis y Sky sospecharan que ya nos conocíamos se dio la vuelta en un giro inesperado de ciento ochenta grados.

Sin ir más lejos, esa misma tarde, mientras me concentraba en preparar un discurso para la ceremonia de entrega de premios de *Billboard Women in Music*, un evento que celebra y reconoce a las mujeres más influyentes en la industria musical, Madox tuvo la brillante idea de poner el equipo musical a todo volumen, hasta lograr que mis nervios se crisparan.

Exhalé con fuerza y descendí corriendo a la planta baja, y golpeé la puerta de la habitación de invitados con los nudillos.

—¡Madox!

Golpeé con más fuerza, pero me di cuenta de que era inútil pedirle que bajara el volumen. No podía oírme debido al atronador sonido de *Meadow*, de Stone Temple Pilots, que retumbaba allí dentro. Así que, sin esperar una respuesta, abrí la puerta de un tirón sin esperar su aprobación.

—¿Te importaría bajar el volumen? Estoy intentando…

Mi voz se desvaneció en mi garganta cuando lo vi tumbado en la cama, vestido solamente con ropa interior negra y mirando fijamente al techo. Me quedé sin habla al ver las cicatrices en sus piernas, desfiguradas por las heridas: moretones terribles, puntos de sutura aún frescos, quemaduras en la piel y áreas sin tejido.

Cielo santo…

Tragué saliva.

Era mucho peor de lo que había imaginado y a mi cerebro le costó unos segundos asimilar aquello.

—¿Querías algo? —me preguntó con una voz cortante, mientras me observaba con su habitual mirada penetrante, pero a la vez distinta y cansada, incluso triste, que contrastaba con su

barba descuidada de varios días y el pelo castaño claro ondulado por las puntas que cubría parte de sus lóbulos.

Y por primera vez a su lado me sentí incómoda, como si estuviera en territorio desconocido, como si fuera una intrusa. Y solo pude responder con una sonrisa forzada.

—La música. ¿Podrías bajar el volumen?

—¿Te está molestando? —Su tono sonó de lo más sarcástico, como si la hubiera subido a propósito para irritarme—. No sabía que estabas aquí, en el apartamento.

No quise responder y simplemente lo miré, enfocando mi atención en las cicatrices de sus piernas.

—Oh, perdona mi desnudez. Pero me siento mejor así, sin ropa. Te juro que hasta la tela más liviana y delgada me parece lija. —Se encogió de hombros—. Además, todavía se me hace una odisea vestirme sin ayuda. Quién me ha visto y quién me ve, ¿eh?

Se rio en tono burlón.

—Saldrás de esta con la ayuda de la fisioterapia y…

—¿De veras? ¿Quién lo dice? —Me cortó sin miramientos, con la voz crispada—. ¿La aspirante a estrella del pop o la mujer de las mil caras?

—¿A qué ha venido eso?

Por un momento, la atmósfera de la habitación pareció evaporarse, al igual que la música, y solo pude oír el zumbido de mis latidos en mis oídos.

—Eso dímelo tú, Cupido cantarín.

—Habla claro.

—Anda, Morgan. —Su voz sonó pastosa—. Sabes muy bien a qué me refiero.

—No, no lo sé.

Sonrió de medio lado, pero no como lo hacía habitualmente, de forma sexy, sino con un toque de sarcasmo que no me gustó en absoluto.

—Espero que te valiera la pena ser tan ambiciosa en esta vida para alcanzar tus metas. —Me desafió con la mirada, una implacable—. Está claro que el dicho «abrirse de patas con la persona adecuada» funciona.

¿Cómo se atrevía a decir eso?

Sacudí la cabeza al sentir sus palabras hirientes resonando en mis oídos. Su desprecio no tardó en perforar mi pecho. Me escocían los ojos y me abrasaban las mejillas. Nunca he sido buena ocultando mis emociones. ¡Soy como una maldita máquina de la verdad andante y él lo sabía!

Quería hacerme daño a propósito, y lo logró. ¡Vaya si lo hizo!

—¡Vete al infierno, Madox Ward! —farfullé, dolida, en tono mordaz.

—Te juro por Dios que iría, pero, como puedes ver, no lo conseguiré sin la ayuda de alguien.

Le di la espalda y salí de la habitación dando un portazo. Luego cogí las llaves del apartamento y fui a la calle, necesitaba respirar porque allí dentro, ante su presencia, me estaba asfixiando.

23

Madox

—¡Eres un completo inepto, Madox Ward! —mascullé para mí mismo al ver la expresión de decepción reflejada en los ojos de color avellana de Morgan antes de que diera el gran portazo y se largara de mi habitación echando humos.

Cogí el mando a distancia del equipo de música y presioné el botón de apagado. Ya había tenido sesión de música para los restos.

Vamos a ver, sabía que debía ir en su busca para disculparme o al menos para calmar la tensión que existía entre nosotros, y no me refiero a la sexual, precisamente. Así que, con un esfuerzo titánico, me moví hasta el borde de la cama, me senté tras varios intentos y apoyé los pies en el suelo. Alargué el brazo para alcanzar la silla de ruedas y apoyarme en ella, pero las ruedas no estaban bloqueadas y, al intentar subir, la silla se desplazó hacia atrás. Perdí el equilibrio y caí contra el suelo.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —bramé de dolor mientras trataba de ponerme en pie sin demasiado éxito.

Tragué saliva con regusto a fracaso, el de no poder valerme por mí mismo, dejar de ser independiente; alguien tan activo como yo.

Tras varios intentos agotadores lo logré, pero me sentía exhausto y dolorido. Seguidamente, coloqué las manos en los aros de las ruedas traseras y las hice girar manualmente hacia delante ejerciendo fuerza con los brazos.

Cuando logré salir de la habitación de invitados, Morgan se había ido, lo que me dio tiempo para empezar a pensar en cómo arreglar nuestras diferencias o, por lo menos, dejar de comportarme como un auténtico capullo.

Un par de horas más tarde, oí el sonido de la llave girando en la cerradura y a Morgan entrar en el apartamento. La oí dejar el juego de llaves en la cestita de mimbre y cruzar el salón

apresuradamente, ignorando mi presencia de manera intencionada.

—Buenas tardes para ti también, Cupido cantarín —murmuré con sarcasmo y esperé su reacción. Antes de salir por la puerta y ascender al segundo piso, al que yo no tenía acceso por cuestiones obvias de movilidad, se detuvo en seco, dándome la espalda y en completo silencio, como calculando qué debía responder.

Enseguida mis sospechas se confirmaron: en menos de tres segundos ya estaba contraatacando con esas astutas artimañas femeninas que tanto morbo me habían dado en el pasado.

Se giró.

Me miró, bueno, en realidad, me taladró con la mirada.

Sus mejillas ardían mientras se mordisqueaba el labio inferior.

Joder…

Creo que es mejor que me guarde para mí lo que cruzó por mi mente en ese momento, aunque supongo que, conociéndome, puedes imaginarlo: ambos en el plano horizontal…

Hiciera lo que hiciese, sin importar siquiera si estaba enojada, sonriente o coladita por otro hombre, era evidente que Morgan Freeman siempre iba a despertar en mí de todo menos pasividad y desidia.

—¿Qué? ¿No te cansas, Madox? ¿No vas a rendirte nunca?

—¿De qué hablas?

Maniobré la silla de ruedas, girándola en su dirección, para acercarme y quedarme frente a ella. Pero la dureza de sus gestos y de su voz alejaron cualquier intento de persuasión.

—¡Diablos! No sé cómo debo decírtelo, no sé si necesito tatuármelo en mitad de la frente para que me lo veas cada vez que me miras. O… o… —Hizo una larga pausa y me di cuenta de que sus ojos se habían humedecido y luchaba por no romper a llorar delante de mí—. Vi-ve-tu-vida y deja que los demás vivan la suya. Por Dios, ¡deja de amargarme la existencia!

Abrí los ojos.

Hasta ese instante no supe lo rota que estaba por dentro. No sabía si era por mi culpa, por Denis o por otros motivos que desconocía.

Morgan apartó la mirada de mí y se giró para frotarse los ojos con la manga de la blusa.

—*Okey*.

Luego desapareció escaleras arriba.

24

Morgan



Madox mantuvo su promesa, al menos durante los dos primeros días. Luego, predeciblemente, todo empezó a torcerse de nuevo. Aunque debo romper una lanza en su favor y reconocer que no era del todo culpa suya. Reitero, no del todo.

* * *

—Madox, el taxi nos espera en la calle.

Golpeé con ímpetu la puerta de la habitación de invitados.

—Hum… lárgate, Cupido… Hoy n-no habrá *show* del lisss-siado… —Me espetó con la voz más ronca de lo normal.

Fruncí el ceño y luego alcé las cejas, confundida.

¿Estaba borracho?

Zarandeé la cabeza al no dar crédito.

—Madox Ward, vas a ir a la sesión de rehabilitación, aunque sea a rastras.

Lo oí reír y luego el sonido de una botella de cristal que se estrellaba contra el suelo.

—¡Oh, Cielos!

Ni siquiera lo pensé, irrumpí en la habitación sin esperar su permiso. La estancia estaba en penumbra, con las cortinas corridas y un olor a alcohol que resultaba repulsivo. Y cuando palpé la pared en busca del interruptor, se encendieron los dos plafones del techo y la luz reveló un espectáculo bochornoso.

Escudriñé a mi alrededor. Para mi sorpresa, había una decena de botellas de cerveza tiradas por el suelo y por la cama, algunas vacías, otras a medio beber y otras derramando líquido sobre la alfombra.

—Apaga la maldita luz, joder…, ¡v-vaaas a quemarme las putas retinnnas!

Se tapó los ojos con un antebrazo y con la mano libre empezó a tantear el aire intentando llegar a la pared y devolver la oscuridad al lugar.

—¡Oh, por amor de Dios, Madox! —farfullé—. ¿Qué significa todo esto?

—Cielo, bien-vvevenida a mi fiesta privada… Veeeen, acércate y coge una birra… —balbuceó, y a mí me costó la vida entenderle. Torció el cuello y señaló algo pegajoso (no quieras saber qué) con un gesto de la cabeza—. Aaaanda…, no se-aaas tímida…

Crucé la habitación a grandes zancadas y pasando de él, descorrí las cortinas de mala gana y abrí la ventana para permitir que entrara el aire fresco de la calle, porque costaba respirar con normalidad.

Pero justo en el momento en que su mirada se cruzó con la mía, mientras descansaba despatarrado en la cama, eructó como un cerdo y, al hacerlo, empezó a orinarse encima, empapando el pantalón de chándal, las sábanas y todo lo que encontró a su paso.

—Hostias, ¡qué cal-lentito está! Ja, ja, ja. Da hasta gustirrinín…

A Madox le pareció desternillante la situación, así que empezó a reírse a carcajadas a lo Joker, con una risa forzada y siniestra a partes iguales, algo que me puso frenética no, lo siguiente. Te juro que hacía mucho tiempo que nadie me sacaba de mis casillas de esa forma tan surrealista.

A veces me daba la sensación que el agente Ward lo hacía a propósito, solo para tocarme la moral, para ver hasta dónde llegaban mis límites. O puede que ni siquiera se diera cuenta de que su comportamiento, además de hiriente hacia su persona, ¡rozaba lo patético!

—Basta, ¡se acabó! Fin de la estupidez elevada a la máxima potencia.

Me subí a la cama y, arrodillada frente a él, le empecé a desatar el cordón por la parte superior del pantalón para liberar el nudo y después deslicé a duras penas (pues él no ayudaba en nada) la holgada prenda de ropa hacia abajo, a lo largo de sus piernas, más delgadas y con menos masa muscular, muy alejadas de la imponente condición física que recordaba de cuando estuvimos en Alaska. Sobre todo, me conmovían aquellas feas marcas amoratadas e irregulares que desvirtuaban esa perfección.

—Cariño, no vayas taaaan rápido, ya sabes que me g-gustan mucho looos preliminares… antes de una señora ma-mmmada.

—Madox, ¡cierra el pico de una vez! —protesté con sequedad.

Cada vez que abría la boca y soltaba otra sandez, mi nivel de enojo rozaba un poco más la frontera, más allá de lo que una persona puede soportar antes de convertirse en una psicópata de manual y empezar a matar a diestro y siniestro con sus propias manitas.

—¿Quéééé haces, Cupidín?

—Devolver algo de cordura a tu existencia —farfullé.

—¿Y par-aa essso me des-deeesnudas?

—Madox Ward, no me provoques o harás que te responda y ¡arderá París!

—*Ohhh, la la, Paríííís…*

¡Buf! Qué poquita gracia tenía el poli estando ebrio.

Entre tú y yo, ahora que no nos oye nadie. ¿No te parece lamentable cómo se comportan los borrachos cuando pierden el control de sí mismos? Si pudieran verse por el agujero de una cerradura…, otro gallo cantaría.

Le pedí entonces que me ayudara a trasladarlo a la silla de ruedas, ya que sola no era capaz de soportar su peso. Y para mi sorpresa, colaboró (a su manera) tras asegurar yo la silla de ruedas a la cama con los frenos y reposapiés bien ajustados. Se sentó en el borde del colchón y me rodeó el cuello con los brazos, apoyando su barbilla en mi clavícula. Después, pasé los míos por debajo de los suyos, alrededor de su torso. Su olor corporal me envolvió por completo, despertando viejos recuerdos, y enseguida traté de levantarlo con mucho cuidado para no pensar en lo bien que siempre había olido. Mantuve la serenidad, la fuerza y el equilibrio, aunque fue una tarea ardua y me estaba haciendo daño en la espalda.

Temí que por un error de cálculo o por no poder acomodarlo correctamente en la silla de ruedas, Madox pudiera caer al suelo.

¡Gracias a Dios, nada de eso sucedió!

Resultó llamativo que, durante todo el trayecto, desde la habitación de invitados hasta el baño, Madox permaneciera en silencio, sin quejarse ni soltar ninguna broma fuera de lugar. Absolutamente nada.

—Espera aquí quietecito, Madox.

Ajusté los frenos de las ruedas y giré el mando del agua caliente para regular la temperatura al contacto con mi muñeca.

—¿Dónde está tu maridito?

Miré por encima de mi hombro y, dando un paso atrás, me acerqué a él sin responder.

—¿Folla bien? —inquirió con voz ronca mientras me sostenía la mirada verde, que tenía cierto brillo extraño desde lejos. Nunca supe si era por culpa del alcohol o de los celos—. ¿Denis te lo hace mejor que yo?

Intenté tragar saliva, pero se me había secado la garganta porque no me lo esperaba; eso no lo vi venir. Desde luego, el dicho de que los niños y los borrachos dicen la verdad es cierto.

—Madox, eso no es asunto tuyo —le reproché.

Me coloqué detrás de la silla y la acerqué lo más posible al plato de ducha. Las gotas salpicaban los azulejos y la mampara de cristal. Y un ligero vaho se condensó pronto a nuestro alrededor.

—¿Lo debo tomar como un sí?

—Madox…

Mis mejillas ardieron en cuestión de segundos.

—O es eso o deberías ser actriz en vez de cantante, porque se te da de lujo.

Frené la silla de golpe.

—¿Qué quieres decir? —gruñí.

Madox meditó la respuesta, una que tardó más de lo deseado en salir.

—Sin ir más lejos, el otro día os oí mientras teníais relaciones sexuales y, si mi memoria no me falla, no solías gemir de esa manera.

—¿Así cómo?

Me puse delante de él y clavé mi mirada en sus ojos. Él no se echó atrás, me la sostuvo sin pestañear. Luego, sonrió despacio y negó con la cabeza.

—Da igual, olvídalo. —Chasqueó la lengua.

—No, de eso nada. Ahora sé un hombre y di lo que ibas a decirme. Deja de arrojar la piedra y esconder la mano.

—Bah, me duele la cabeza —murmuró, cerró los ojos y se masajeó la sien y la frente haciendo teatrillo—. Cupido, será mejor que te vayas.

—Genial, ahora me echas. —Levanté los brazos y los dejé caer pesadamente a ambos lados de mi cuerpo—. Siempre haces lo mismo, cuando no te interesa algo…

—Vete.

—No pienso irme.

Me incliné hacia él, aferrándome a los reposabrazos y acercando mi cara a la suya de forma desafiante.

—¿Qué, Madox? —le espeté, notando su respiración agitada y una fina capa de sudor en su frente. Quizás la borrachera estaba comenzando a desvanecerse, y finalmente se daba cuenta del error que había cometido.

—Nada, Morgan.

Con un movimiento abrupto y repentino, me apartó a un lado y se deslizó fuera de la silla. Cayó al suelo como si fuera un peso muerto. Después, se arrastró como una culebra hasta situarse bajo el chorro de agua que caía de la ducha, apoyó la espalda contra la pared de baldosas ajedrezadas y permitió que el agua empapara todo su cuerpo, adhiriendo la escasa ropa que llevaba como una segunda piel a su provocativa anatomía, que yo conocía al detalle; aún me la sabía de memoria, aunque hubieran pasado mil años y hubiera perdido los cinco sentidos.

Mis ojos se deslizaron sin mi permiso por esos hombros anchos que se curvaban ligeramente hacia delante, invitándome a seguir el descenso hacia su pecho firme y musculoso. Abajo, su abdomen plano lo ensombrecía ligeramente un caminito de vello castaño suave que apuntaba y se perdía bajo la goma de sus Calvin Klein.

Subí de nuevo la mirada a su rostro anguloso y perfecto, a su barba incipiente y sus labios carnosos, bien formados y sugerentes, que lamían las gotas de agua que se colaban en su boca. No pude evitar pensar en cosas prohibidas, en lo que Madox me había hecho sentir en doce días, más de lo que había sentido en años con Denis.

Sin duda, el *sexy bad cop* poseía una belleza intensa e insoportablemente cruel.

—¡Dios, eres detestable! ¿Lo sabías?

—Gracias, ¡muchas gracias! Por fin arrojas algo de luz a toda esta mierda de oscuridad.

Supongo que, en tu mundo ideal de unicornios que vomitan purpurina, ser detestable es razón suficiente para dejar a alguien plantado durante cuatro años.

—¿Qué estás diciendo?

Se apartó unos mechones que le caían perfectamente desordenados y mojados alrededor del rostro, impidiéndole verme con claridad.

—Lo que oyes —soltó de forma mordaz.

Me acerqué y me arrodillé junto a sus piernas inmóviles y empapadas en el suelo. No me gustaba mantener esa conversación a diferentes alturas, como si yo fuera superior a él. Sin embargo, ahora que lo tenía frente a mí, me resultó difícil no sentirme incómoda con su cercanía, pues era demasiado familiar e íntima, demasiado.

—Morgan, hazte un favor y vete, o acabaré siendo cruel.

—Podré soportarlo.

—No. —Sonrió solo a medias—. No podrás.

—¡Oh, maldita seas, Madox! ¡Habla! —Exigí con un leve empujón en su pecho para que despejara de una vez por todas mis dudas. Fue más que nada un impulso natural y sin pensar, solo para dar énfasis a mis palabras, en ningún momento pretendía causarle dolor físico.

Te juro que su pasotismo me estaba matando lentamente.

—Auch… Joder. —Se cubrió el pecho con una mano y empezó a frotarlo como si le hubiese clavado una estaca.

—¿Te he… he hecho daño? —Me asusté mucho y me acerqué más a él y, al hacerlo, el agua empezó a empapar mi pelo, mi rostro, mi cuello, mi ropa.

—Joder, sí.

—Madre mía, lo sie-ento…

—Pero no me lo has hecho de la manera que crees.

¿Se estaba refiriendo a dolor psicológico y no al físico?

Nuestras caras estaban muy cerca y su aliento, mezcla de cerveza y saliva, emanaba de su boca entreabierta y me dejaba sin habla.

—Joder… Morgan —masculló.

Observó mi boca mientras yo me mordía el labio inferior instantes antes de agarrarme con suavidad por la muñeca y tirar de mí hacia él, dejándome atrapada contra su pecho.

—Mierda… —murmuró entre dientes antes de atreverse a acariciarme la cara, enmarcándola sin prisas con sus manos grandes y fuertes, de dedos largos y huesudos, cuyas yemas me resultaron demasiado cálidas y temblorosas al contacto con mi piel húmeda.

Sentí cómo se me hacía un nudo en la garganta cuando rodeó mi nuca con una sola mano, hundiendo los dedos en mi cabello y guiándome lentamente hacia su boca.

—Madox…, por favor, no.

25

Madox



Vi cómo se marchaba después de hacerme la cobra, dándome una bofetada que me hizo girar la cabeza en un acto reflejo justo cuando me disponía a besarla.

Fue entonces cuando me di cuenta de que era la primera vez, desde el atentado, que mi entrepierna reaccionaba ante un estímulo sexual. Te prometo que llegué a creer que había perdido la capacidad de excitarme debido a la parálisis de mis piernas, pero no era así.

Me encontraba sentado en el plato de ducha, con el agua empapándome el cuerpo y una erección de caballo tan dura que no parecía querer desaparecer por más que lo intentara.

Entonces comprendí que estaba metido en un aprieto y de los gordos, y no solo a nivel físico sino también emocional, pues me di cuenta de que seguía pillado como un imbécil por Morgan.

* * *

Después de luchar para subirme a la silla de ruedas, volví a la habitación y vi el desastre que había causado mientras estaba como una cuba: botellas de cerveza esparcidas por todas partes, sobre la cama, en la mesita de noche y en el suelo. Fue entonces cuando entendí el enfado más que justificado de la morena.

Si hubiera estado en su lugar, también me sentiría furioso conmigo mismo.

* * *

Jacob Lockler, el cabrón de Jacob Lockler, se presentó a eso de las seis de la tarde en la puerta del apartamento dándome una sorpresa de la hostia que jamás hubiera esperado.

Por lo visto, había viajado desde Alaska a Nueva York, abandonando su trabajo de policía en

la comisaria de Haines para pasar unos días en la Gran Manzana y brindarme apoyo moral, al menos eso es lo que afirmó en su defensa.

He de reconocer que no me encontraba en mi mejor momento de colega divertido y jovial al que Jacob estaba acostumbrado desde críos. La realidad era que me encontraba agotado psicológicamente debido a las secuelas del atentado, la parálisis en las piernas y la convivencia con Morgan. A pesar de todo, hice un sobresfuerzo para mostrar una actitud positiva y agradecí su presencia de nuevo en mi vida, pues estaba seguro que iba a ser como un soplo de aire fresco en mi monótona existencia.

—Ja, ja, ja. Me cago en la puta, Madox, ¡por fin soy más alto que tú!

Miró la silla de ruedas y, sin más dilación, se lanzó sobre mi cuerpo y me dio un abrazo de oso, constriñendo mis costillas y haciéndome perder el aliento por un momento.

—Estás de pena… —Su voz sonó amortiguada contra mi pecho.

—Hombre, gracias por el piropo —respondí con una sonrisa irónica.

—¡No hay de qué! —Me dio unas palmadas en la espalda al alejarse de mí—. Los amigos están para decirse las verdades a la cara, aunque sean duras.

—¡Claro, di que sí! —Asentí y giré las ruedas en dirección opuesta a las agujas del reloj para darle paso y permitirle entrar al apartamento—. A propósito, ¿con qué alma caritativa has dejado a *Thor*?

—Con tu ex.

—¿Con Alice Watson?

—La mismita.

Boqueé.

—¿Se te ha ido la pinza, macho?

—Estoy seguro de que estás de acuerdo en que no era una buena idea traer ese saco de pulgas a la Gran Manzana, ¿verdad?

—No, por supuesto que no, está acostumbrado a correr por la montaña y hacer lo que le viene en gana, pero…

—Pero nada. Ella era la mejor opción. Además, después de sobornarla, no tuvo más remedio que aceptar.

—¿Has hecho qué?

—Sobornarla. ¿El accidente también te ha dejado sordo, colega?

—Tío…, ¡qué mierdas! —Me pasé la mano por el pelo mientras intentaba procesar toda la información que ese merluzo me estaba dando—. Explícate mejor o te juro por mis muertos que, incluso si es lo último que hago, me levantaré de la silla de ruedas solo para darte una santa colleja en la nuca que te hará girar los ojos hacia atrás.

—*Ná*, Madox, no te sulfures tanto… Solo le he dicho que o se quedaba con tu perro hasta que regresara o iba a arrestar a su prometido por exhibicionismo en público, por usar esos *shorts* tan cortos y extravagantes que ponen cachondas a las abuelitas del centro geriátrico *Haines Assisted*

Living cada vez que se sube a la bicicleta y pedalea *to flipao* a lo Indurain, que parece que se le van a salir los huevos y la melena a lo rastafari por el dobladillo.

Me imaginé la escenita en cuestión y te aseguro que estuve a punto de potar allí mismo. Además, me golpeé la frente con la palma de la mano ante lo absurdo y surrealista que resultaba que mi amigo me estuviera involucrando en algo.

—Jacob, dime que no has hecho tal cosa.

—No he hecho tal cosa.

—No lo digas como si fueras un lorito.

—No he hecho tal cosa —repitió con más sorna, si eso era posible.

—Te juro que se me acaban las ideas de qué hacer contigo…

—Soy como ese hijo problemático al que ya no sabes cómo castigar, ¿eh?

—Joder, no podrías haberlo expresado mejor.

—Cuando uno lo vale, lo vale.

—Ya.

—¡Qué me aspen, tío! —Silbó mientras asía la maleta y daba grandes zancadas para plantarse en el centro del salón. Miró a su alrededor con cara de lerdo y la boca tan abierta como un niño en su primer día en Disneyland—. ¿Acaso vives en el mismísimo palacio de Buckingham o algo así?

—Es solo temporal.

—Bueno, siendo franco, si estuviera en tu lugar fingiría más el lisiado para quedarme aquí. Apostaría mi vida a que el propietario de este lugar es un viejito pastoso con una esposa despampanante de portada, de esas que consiguen que se te haga agua la boca, de toma pan y moja, y que le lleva treinta años al menos.

En ese mismo momento, como si hubiera invocado al mismísimo diablo, Morgan apareció en el salón en dirección a la cocina. Jacob se quedó petrificado en el sitio, sin poder evitar escupir lo que le salió por su boquita sin filtros.

—¡Hostia puta! Pero si es la chica de la cabaña del viejo Sam. —Lo eructó con un gallito muy gracioso y una risita cómica que le salió del alma—. ¿Qué hace ella aquí?

La morena se detuvo en seco y abrió los ojos como platos.

—Vivo aquí. ¿Y tú? Tú… tú… ¿Eres Jacob?

—El mismito, vivito y coleando.

Mi colega acortó las distancias cuando se recuperó del susto al verla allí, después de cuatro años sin noticias suyas, y se colocó frente a ella.

—Vaya, vaya, vaya Madox, qué calladito te lo tenías. ¡Qué sorpresa…!

—Sorpresas te da la vida, la vida te da sorpresas —susurré casi más para mí que para compartirlo con ellos.

Morgan se miró las pintas que llevaba, una camiseta desgastada de los Rolling Stones, pantalones cortos de pijama de color rosa chicle, adornados con el rostro de Shin Chan sacando

la lengua en la parte delantera. Pero lo que realmente llamó la atención fue la parte trasera del pantalón, donde el famoso personaje de anime se bajaba los pantalones y los calzoncillos y mostraba su trasero al tiempo que movía los brazos al estilo hula/hawaiano y exclamaba: «¡El monstruo del culo! ¡Culito culito, culito culito!». (Chist, ni se te ocurra preguntar cómo sé esas cosas…)

Morgan Freeman tenía ese puntito friki tan peculiar que me ponía mucho, algo que nunca entendí, pero así era.

A todo eso, el minúsculo ropaje revelaba unas piernas delgadas y ligeramente bronceadas, que me dejaron sin palabras y sin aliento.

—¿Sabes? Si hubiera sabido que venías a visitarnos me habría vestido con mis mejores galas —bromeó, lanzándome una mirada asesina que no pude esquivar—. Pero no, aquí el amigo —señaló hacia mí con el dedo— no me ha dicho nada.

—En realidad, no te lo ha dicho porque yo no se lo he dicho, ¿me explico? Se suponía que era una sorpresa, ¡sorpreeeeeeesa! Je, je, je.

Me contuve para no estallar de risa, aunque Cupido aún me miraba con ganas de desmembrarme y enviar mis pedacitos por correo ordinario a vete a saber dónde.

—En fin, ya que estás aquí —se encogió de hombros—, ¿te gustaría tomar algo? ¿Un refresco o un café, tal vez?

—Una Coca-Cola estaría de cojones.

—Perfecto.

—Y para mí una cerveza, gracias. —Levanté la mano como cuando en el colegio el profesor hace una pregunta y tienes la respuesta en la punta de la lengua.

—¡Genial, marchando una Coca-Cola bien fría para ti!

—Con hielo.

—Los cubitos que desees.

¡Me cago en la leche! La morena no solo pasó de mi jeta, sino que encima siguió conversando con Jacob como si yo no existiera, comportándose como una anfitriona impecable y dejándome en el salón cual si fuera un adorno más. Y por la expresión en su rostro, una expresión repugnante, parecía que se trataba de un regalo de cumpleaños bien intencionado, aunque resultara imposible deshacerse de él sin parecer descortés.

Verás, déjame confesarte un pequeño secreto: antes de conocer a Morgan y tras el incidente que casi me lleva a la tumba, solía pecar de conformista, seguía las reglas y esperaba que las cosas simplemente sucedieran, sin provocar situaciones. Sin embargo, y ahora llega la parte en la que me doy de bruces con la realidad, si no tomas la iniciativa te quedas con las manos vacías, comiéndote los mocos de otros y lamentándote por no haber actuado.

¿Qué quiero decir con esto? Que estaba decidido a descubrir si seguía jodidamente enamorado de Cupido cantarín, también conocida como Georgia Mind o cualquier otro nombre que se le ocurra en el futuro. Y si no era así, el tiempo lo revelaría.

Tiempo al tiempo.

26

Sky



Jamás aprenderé, ¡ni aunque pasen mil años!

Ya lo decía mi madre: «Sky Moore, eres como una niña pequeña enfundada en un cuerpo de mujer fatal y lo encantador de ello es que tu esencia, esa tan única tuya, nunca cambiará».

Eso de abrir las puertas a la brava sin tener en cuenta que pueden estar cerradas por alguna razón, como, por ejemplo: ¡que dentro esté el amigo íntimo de tu prometido y futuro padre de tus churumbeles… duchándose en pelotas!

¡Y qué pelotas!

¡Ups! Perdón, lo siento, *sorry*…

Permíteme situarte en antecedentes, principalmente para que puedas juzgar por ti mismo con todos los ingredientes y darte cuenta del batiburrillo que se formó en mi cabeza a partir de ese instante.

Por culpa de esa escena, que se grabó a fuego en mi retina, ya no podía apartar de mi cabeza la maldita imagen del cuerpo desnudo del policía de Alaska, de Jacob Lockler. De ese cuerpo desgarbado, nada sexy a simple vista pero que albergaba un… un… ¡tesoro escondido en sus partes bajas!

Santo cielo, madre del amor hermoso, en serio eso… ¡¿con ese tamaño era posible enfundarse unos vaqueros y caminar sin caer hacia delante debido al peso?!

Creo que una vez vi algo similar, aunque las comparaciones son odiosas, en un documental del *National Geografic* sobre tribus originarias del Congo y… ¡ufff, qué calor, por Dios! Si aquello me impactó retransmitido a través de una pantalla de televisión, *el calabacín* de Jacob visto al natural y en reposo… no puedes ni llegar a imaginar cómo me dejó: ojiplática de por vida.

Tanto fue así que empecé a fumar a escondidas, pues en mi estado, bueno, en el que deseaba

estar, el de buena esperanza, no estaba bien visto que una embarazada se pusiera a fumar como una chimenea. No me gustaba su cuerpo, no me gustaba su rostro, ni siquiera me gustaba su ácido sentido del humor… ¡Arggg… miento! Me ponía muy cardíaca todo él, su presencia, el tono de su voz, el saber que me observaba a cada momento que se le presentara la ocasión.

Y… ¡para qué mentir! A mí me empezó a gustar que lo hiciera.

Así que ahí me hallaba, tan contenta como una lombriz, abriendo la puerta del baño sin golpear ni anunciar mi presencia cuando, para mi asombro, me topé de frente con un Jacob Lockler completamente como Dios le trajo al mundo, sin ropa, embadurnado en una espuma blanca mientras restregaba su cuerpo con una esponja, corrijo, con MI esponja EXCLUSIVA de Konjac y se giraba hacia mí, dejando su mayor atributo al descubierto y al alcance de mis ojos, que se desorbitaron como dos pelotas de tenis en la final entre el Abierto de Australia 2017, donde se enfrentaron el suizo Roger Federer contra su gran rival Rafael Nadal.

Te juro por lo que más quieras que fue la visión más ardiente, caliente y sensual que jamás había presenciado. Superaba las escenas de alcoba de *Amenaza en la sombra* que en 1973 rodó Nicholas Roeg, con esa asombrosa intimidad y realismo entre Julie Christie y Donald Sutherland. Incluso hoy, casi cincuenta años después, el director sigue negando que sean reales.

—Oh, oh, oh… disculpa… Yo… —Contuve el aliento con dificultad.

Nuestras miradas se enredaron cuando logré desviarlas de su imponente virilidad y logré verle esbozar una sonrisa torcida, antes de darme media vuelta y cerrar la puerta detrás de mí.

Y como si me persiguiera el diablo, busqué refugio en otro baño, el del primer piso, después de sacar un cigarrillo de la cajetilla que había ocultado en una caja de zapatos en el armario, para que Madox no la encontrara y me pidiera explicaciones.

Eché el cerrojo, abrí la ventana y me senté en el inodoro.

—¡Maldición! Céntrate, Sky…

Me llevó varios intentos prender el cigarrillo, pues mis dedos temblaban ligeramente. Al final, logré darle una profunda calada mientras clavaba mis ojos en mis uñas de gel en tono rosa pálido, intentando distraer mi mente de Jacob, alias *#elsupermandelospaísesbajos*. Madox y yo no habíamos mantenido relaciones sexuales desde el incidente de Tribeca y, siendo honesta, yo no era de piedra ni podía ignorar ciertas necesidades fisiológicas. Vamos, ¡que iba más caliente que la freidora del McDonald’s!

Más claro, agua.

27

Jacob



Vamos, ¡no me jodas, colega! ¿Ha pasado lo que creo que ha pasado? ¿Esa pelirroja que parece sacada de la portada de la revista *Vogue* y además prometida de tu mejor amigo te ha visto en cueros y se ha quedado lela observando a mi nenita con lujuria, como si estuviera contemplando *La creación de Adán* en la Capilla Sixtina en el Vaticano? ¡Bah… no, Jacob! Deliras… y mucho.

Tenía que dejar los putos somníferos para dormir, porque estaba seguro de que me estaban provocando alucinaciones. Sky Moore nunca se fijaría en alguien como yo, al menos no de esa manera.

Ella era como una jodida creación divina, esculpida por las manitas de los ángeles y bendecida por la gracia de Dios (si acaso existiera, claro está).

* * *

Salí de la ducha prácticamente sin aclararme el pelo, porque necesitaba fumarme un pitillo a toda prisa. Lo admito, pensar en ella en un contexto diferente al de la novia de mi amigo de la infancia me había vuelto frenético.

¡Me cago en todo!

Preferiría cortarme las manos antes de tocarla siquiera, y sería capaz de castrarme con tal de no tener cualquier pensamiento lascivo sobre ella.

La novia de tu colega es intocable: no se mira, no se toca ni mucho menos se goza.

28

Morgan



—Hum…, dame un segundo, Denis.

—Los que quieras, bomboncito.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla, ajustándola a mi cuerpo. Mis pies mojados dejaron unas leves huellas en el parqué, y en el momento en que iba a entrar en la habitación Denis me sorprendió por la espalda, me susurró al oído que cerrara los ojos y me los cubrió con las manos.

—¿Qué haces, cariño?

—Tengo una sorpresa preparada para ti.

—¿Qué es?

—No puedo decírtelo, no seas ansiosa, ya te he dicho que es una sorpresa. Camina hacia la cama.

—Pero… no es mi cumpleaños ni nuestro aniversario, ni…

—Morgan, calla y camina. —Sonrió cerca de mi lóbulo derecho y me rodeó suavemente la cintura para guiarme hacia delante.

Mis pies se deslizaron dudosos sobre la cálida superficie mientras mi mente divagaba entre las múltiples opciones que podían habérsele ocurrido a mi pareja.

—Pero si no veo nada. —Empecé a palpar al aire por temor a tropezar con algún objeto que se interpusiera en mi camino.

Finalmente, a tientas, me ayudó a sentarme en el borde de la cama.

—Espera aquí, no te muevas ni abras los ojos. Y no hagas trampa porque te estaré vigilando.

—De acuerdo… pero te hago saber que estás de lo más misterioso.

Oí su risa alejarse hacia el otro lado de la habitación. Segundos después, me sobresalté cuando me colocó una copa de cristal entre las manos, y después oí un ¡plop!, cuando descorchó una

botella de champán. Luego, sentí el sonido efervescente y chispeante de las burbujas y el olor afrutado del líquido rellenando mi copa.

—Ya puedes abrir los ojos.

Miré la copa de champán que sostenía en mis manos y luego la sonrisa de oreja a oreja que dibujaba Denis en los labios, enmarcados por una barba hirsuta y oscura, casi de la misma tonalidad que sus ojos, negros como una noche cerrada.

Mi prometido era un hombre muy atractivo, de mandíbula bien definida, cejas gruesas, nariz recta y algo prominente, y dueño de una sonrisa sincera y nada canalla como… ¡la del impresentable de Madox Ward!

—Cielo, ¿sigues conmigo? —Oí chasquear los dedos delante de mis ojos.

—Oh, lo siento, lo siento. —Pestañeé, enfoqué mi mirada en él y traté de esbozar una sonrisa lo más auténtica que pude, a la vez que intentaba poner orden a mis pensamientos—. Me había distraído al estar tanto rato a oscuras, pero ¡ya se hizo la luz!

—Te juro que envidio tu siempre fresco sentido del humor.

—Hay que echarle humor a la vida, si no, con todo lo que me ha pasado debería haberme practicado el harakiri ¡hace millones de años! —dije con sarcasmo—. ¿Y bien? ¿A qué se debe tanto glamur? Cava, tu sonrisa Profident y mis nervios a flor de piel.

—Nena, primero brindemos. —Chocó su copa con la mía y yo asentí, imitándolo—. Segundo, bebamos.

—Vaaaale.

Y eso hicimos. He de reconocer que ese brebaje estaba de lo más delicioso. Eché una ojeada a la etiqueta: Dom Perignon P3 Plenitude, de la casa Moët & Chandon. Pues sonaba caro, muy caro.

—Y tercero… ¡tachán! —Se inclinó para sacar algo oculto de debajo de la cama, algo circular y de un material dorado de unas doce pulgadas. Algo en cuyo centro había una placa de metal que indicaba mi nombre artístico: Georgia Mind, el título del álbum y el logotipo de la discográfica. Y alrededor del borde serigrafiado en relieve, la cantidad de discos vendidos y el nombre del certificado—, según la Recording Industry Association of America (RIAA), eres disco de oro por haber vendido…

—¡¿Medio millón de discos?!

—Sí, cielo.

—¡¡No!!

Denis asintió sonriente y alzó levemente las cejas ante la obviedad.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡¿He dicho ya: ¡¡¡Oh, Dios mío!!!?!

Temblorosa, le entregué la copa de champán para no dejarla caer al suelo por culpa de los nervios y me cubrí la boca con las manos, acallando un grito que emulaba ese: «¡¡¡Mamáááá!!!» a lo Tippi Hedren en *Los pájaros*, sin poder evitar que mis ojos se humedecieran rápidamente.

—¡Disco de oro! ¡Por Dios, va a darme algo! ¡No puede ser! ¿Yo?

—Sí, Morgan. Eres alucinante.

—No, no es posible.

—Créetelo.

—Pero si yo no… Madre mía… Yo no soy nadie.

Miré a Denis con los ojos bañados en lágrimas y las emociones a flor de piel.

—Lo eres, cariño. Y te aseguro que, si te vieras con los ojos que los demás te vemos, lo entenderías.

Madre mía, ¿se podía ser más estupendo?

—Denis, pellízcame, por lo que más quieras, y dime que no es un sueño.

—No lo es, pero… de momento y hasta que lo hagan público, es extraoficial.

—Me vale. Oh, sí, *my darling*, me vale. —Empecé a reseguir mi nombre artístico con la yema de los dedos—. Podré esperar, ¿sabré esperar?

En ese preciso instante Denis recibió una llamada telefónica que no pudo ignorar. Por lo que leí en sus labios, antes de señalar con un movimiento de cabeza hacia el pasillo y salir de la habitación para tener privacidad, era de Leam Jenkins, mi representante musical.

Respiré hondo y me descubrí a mí misma observando de nuevo el disco que sostenía entre mis manos y que me parecía un sueño hecho realidad.

—Bomboncito, he de irme.

—¿Ahora? —Fruncí la boca, poniendo morritos—. ¿No íbamos a celebrarlo?

—Claro que sí. Pero me temo que tendrá que ser en otro momento. No te quepa duda de que lo celebraremos como es debido, ya se me ocurrirá algo. —Me guiñó un ojo y me dio un beso casto en los labios para volver a desaparecer de mi campo de visión.

Permanecí unos minutos así, sentada en el borde de la cama con el disco de oro entre las manos y cubierta solo por una esponjosa toalla que olía a suavizante de melocotón.

Más tarde bajé a la cocina para prepararme un sándwich y beber algo fresquito, tal vez un refresco de limón de gas sin azúcar, mientras canturreaba *Forever in my mind.*

—Desde luego, irradias felicidad por los cuatro costados, Morgan.

Me detuve, me di la vuelta y vi a Madox sentado en el sofá con un mando de la consola en las manos, el famoso juego de batallas *God of War* en la pantalla de la televisión y una manta de lana abrigando sus piernas.

—Vaya, por lo visto el poli me ha salido observador.

—Desde que ando privado de mis extremidades inferiores, he tenido que confiar en mi sexto sentido arácnido.

—¿Intuyo que lo dices en doble sentido?

—¿Por quién me has tomado, Cupido? No, para nada.

Sacudí la cabeza y esbocé una sonrisa con los dientes apretados. Todo el mundo sabe, aunque no te consideres un experto friki en los cómics de Spider-Man, que se refería al sentido especial de Peter Parker, que le permite detectar el peligro inminente antes de que ocurra.

Así que, por esa regla de tres, cada vez que yo entraba en su radio de visión, se mantenía alerta.

—*Touché*.

Estaba a punto de seguir adelante cuando él me detuvo con otra observación.

—La letra de esa canción… No me había detenido a analizarla hasta hace unos días.

—¿Y bien? —Me crucé de brazos a la defensiva, pues narraba un romance prohibido en una cabaña en la montaña, igual al que vivimos nosotros—. ¿A qué disparatada conclusión has llegado en tu perturbada mente?

Su mirada tensa, pero a la vez algo suspicaz, me abrasó desde la distancia. Desde nuestro primer encuentro en la comisaría de Haines, en Alaska, debía reconocer que, en cierta manera, siempre me había resultado difícil retenerla. Ya fuera porque solía descifrar más con esos silencios y la forma en que me miraba que por las palabras que emitían sus cuerdas vocales.

Seguía mostrándose tirante, algo incómodo con mi presencia, al igual que yo con la suya, aunque ambos hacíamos un esfuerzo sobrehumano por disimularlo.

—Que da qué pensar, eso es todo.

—No veas fantasmas donde no los hay, Madox. Es una letra que habla de un romance prohibido, sí, en una cabaña perdida, pero no, no somos nosotros.

—¿Estás segura? —Me miró de soslayo.

—Por supuesto que estoy segura, la compuse yo misma. Además, no seas cínico, eso no es de tu incumbencia.

—Ah, ya veo. Solo te informo de que no hay nada malo en admitir que llevo razón, y ya puestos, de que calé muy hondo en ti, pues compusiste la letra pensando en mí. —Suspiró, teatral.

Siguió mirándome, esta vez con una leve sonrisita de medio lado, supercanalla y seductora… ¡Argggg! Santo Cielo. Un gesto que sabía que me ponía frenéticamente caliente, en sentido sexual, debía matizar.

Hice una mueca y descrucé los brazos para encogerme de hombros.

—Agente Ward, debes saber que el mundo no gira en torno a ti.

Madox sonrió ampliamente, como si se divirtiera con mi comentario.

—Está claro —dijo con un tono cortante—. Ahora, ¿vas a decirme por qué estás tan contenta hoy?

—No creo que sea de tu incumbencia.

—No, por supuesto que no, pero me gusta verte feliz, incluso si no soy yo quien provoca ese sentimiento.

Abrí la boca para responder, pero vacilé, sin saber qué decir con exactitud. Curiosamente, comprendí que, aunque Madox había iniciado una relación amorosa con otra mujer, todavía no podía sacarme de su mente y, tal vez, de alguna parte oculta de su corazón.

Quizás él se dio cuenta de que sus palabras no me dejaron indiferente, porque empecé a

morderme el labio inferior y él desvió sus ojos hacia mi boca con una mirada ansiosa. Me enderecé. Él dejó a un lado el control remoto, se acomodó en el sofá con la ayuda de las manos, y la manta se deslizó por sus piernas hasta quedar arrebujada en el suelo.

Madox arqueó su espalda con gran dificultad para alcanzar la prenda de ropa y, al hacerlo, emitió un gemido agudo que me partió el corazón en dos. Me quedé paralizada al darme cuenta de que una simple acción como esa, que para la mayoría no es más que una nimiedad, era para él algo que le causaba dolor, una verdadera odisea y un gran obstáculo que superar.

Ni siquiera lo pensé y actué de manera instintiva.

Me acerqué a Madox con determinación, me agaché y recogí la manta del suelo para cubrir sus muslos. Su mirada se clavó en mí sin expresión, y por un instante ninguno de los dos dijo nada. El salón quedó en silencio, solo interrumpido por la exhalación de nuestras respiraciones.

Finalmente, él rompió el silencio:

—Es alentador saber que al menos uno de nosotros ha conseguido ser feliz.

29

Denis



Gloriosa idea, ¡sí señor!

Pregunta de nivel avanzado: ¿qué opciones tienen cinco personas adultas un sábado por la noche después de cenar, si un apagón ha dejado a oscuras varias manzanas a la redonda?

Acepto sugerencias, venga, que no es tan complicado. ¡Eureka! Jugar a algo tan inocente (aparentemente) como el *The Ungame*, un juego de mesa diseñado para fomentar la comunicación, el entendimiento y la conexión emocional entre los jugadores.

Y puedes imaginarte que lo que comenzó como un simple juego infantil de: «¿Cuál es tu color favorito?» o «¿Qué música te gusta?», tras unas cuantas copas de más se convirtió en un ir y venir de preguntas más atrevidas, más truculentas y más íntimas del tipo: «¿Cuál es tu posición sexual preferida?» o «¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales en un lugar público?», entre otras mucho más… picantes.

* * *

—¡Yo me ofrezco a buscar las velas! —canturreó *nana*, o sea, mi hermana.

—Te acompaño. —Se unió Jacob a la conversación, animado.

—No hace falta, fierecilla.

Sky le plantó la mano en el pecho, obligándole a que volviera a sentarse en el sofá, pero él pareció no interesarse por la oferta, pues tardó cero coma en situarse a su lado.

—Insisto. Nunca se sabe, tal vez el apagón fue intencional y un asesinillo en seriecilla esté escondido en la cocina detrás de la nevera, de un macetero o incluso de la escoba… esperando a su próxima víctima.

—¡Bah…, pamplinas! —Se mofó ella con un gesto vago con la mano—. Creo que has visto

demasiadas películas de terror en tu vida.

—Innumerables, no te lo discuto y por eso mismo te advierto con conocimiento de causa que no cometas los mismos errores que los protagonistas que terminan muertos en las películas de *slasher*.

—Ah, ¿sí? No te flipes. Eso nunca me va a pasar a mí.

—Sky, no subestimes mis dotes frikis, te lo ruego.

—Vaaaale. —Fijó su vacilante mirada en él y cruzó los brazos bajo sus pechos, a la defensiva, antes de seguir contraatacando—: De acuerdo, va, dime, ¿cuáles son esos errores tan garrafales que cometen los pobrecillos, señor Sabihondo?

Jacob hinchó el pecho sin disimulo, como un pavo real en pleno acto de apareamiento, te prometo que parecía estar gozándolo a lo grande, pues ella acababa de darle carta blanca para que hiciera homenaje a su alegato, y empezó a enumerar con los dedos.

—Regla número uno: nunca te separes del grupo —manifestó impostando una voz más profunda y tenebrosa de lo normal.

—Súper, en ese caso, podría entenderlo en parte, sí. Peeeero… como solo me voy a alejar unos metros… ¡zas! ¡Destrozo tu hipótesis!

Jacob negó con la cabeza despacio y, haciendo caso omiso de las palabras de Sky, continuó con sus disparatadas idas de olla, que solo entendía él.

—Regla número dos: no bajes nunca al desván.

—*Chupao*, no tenemos uno. Jacob, de verdad, déjalo ya, no sigas dándome el coñazo —reveló Sky abriéndose paso hacia la cocina y dejándonos a todos reunidos alrededor del sofá mientras seguíamos el debate del séptimo arte entre ambos.

—Regla número tres: lleva siempre un arma.

—Ves, ¡ahí le has *dao*! —*Nana* se giró y echó una mirada de autosuficiencia a su entrepierna con esos ojazos verdes que iluminaban cualquier noche cerrada—. Eso sí que lo tengo, o, mejor dicho, tú lo tienes, una *gran arma secreta* y bien oculta.

De hecho, me dejó pensando el modo en el que ambos parecían hablar en un código que solo ellos manejaban. Sin embargo, opté por no darle mayor importancia, pues conocía a mi hermana pequeña y sabía que era una mujer con demasiada iniciativa a la que le gustaba lanzar indirectas sangrantes y pullitas picantes a todo hijo de vecino. Con que, presumiblemente, Jacob no iba a ser una excepción.

Él fue tras ella y vi a ambos perderse en la oscuridad. Al cabo de un rato, no demasiado prolongado, oí a Sky pegar un señor grito que hizo temblar los cimientos del edificio.

Antes de salir corriendo hacia allí, le pedí a Morgan que se quedara con Madox. Al entrar en la cocina como un tren a toda velocidad, encontré a mi hermana tendida en el suelo con los ojos blancos, un gesto de dolor en la cara y una enorme mancha roja y brillante en el estómago.

—¡¡¡Dios, mío, *nana*!!!

Escudriñé la estancia en todas las direcciones para entender lo que había sucedido y averiguar

el paradero de Jacob, pero la penumbra de la habitación lo hacía difícil, excepto por la luz débil de la luna llena que se filtraba por las rendijas de la persiana.

Raudo, clavé las rodillas a su lado para comprobar su pulso en muñecas y carótida. Aparentemente lo tenía y me extrañó que fuera fuerte y rítmico, así que le di unas palmaditas en las mejillas para intentar que recuperara la conciencia.

—Por favor, no te mueras… Joder, quédate conmigo… —le supliqué, y vociferé a la desesperada—: ¡¡Ayudaaaaaa!!

Espontáneamente, el cuerpo de ella empezó a convulsionarse, pero no a causa de una herida de arma blanca, sino porque estaba intentando contener la risa a duras penas, la muy pécora.

Entonces, Jacob salió de la nada de su escondite de detrás de la isla con un bote de kétchup en una mano y una linterna bajo la barbilla, con la luz apuntando hacia arriba, resaltando sus rasgos faciales y creando una apariencia espeluznante de sombras diabólicas mientras el menda se partía el espinazo.

—Ha llegaaaado tu horaaaaa… —teatralizó con voz de ultratumba.

Ambos se tronchaban de la risa y yo tenía una cara de memo que no supe reprimir. Nunca pensé que iba a odiar a mi hermana de esa forma tan ruin.

—Pero qué tontaina eres, hermanito. —Sky se rio mientras Jacob se sentaba en el suelo y chupaba un poco de la sustancia roja que cubría su ropa—. Eres demasiado previsor e inocente.

Luego, Jacob se metió el dedo en la boca y saboreó el líquido.

—Hummm… ¿Quieres probar su sangre?

—¿Qué cojones estáis haciendo? —pregunté, furioso—. ¿Creéis que es gracioso? ¡Casi me provocáis un jodido infarto!

Jacob rio en mi cara.

—No te pongas así, no ha sido para tanto —dijo con burla—. Da gracias a que no haya puesto un poco de música de fondo, como *Tubular Bells* de Mike Oldfield o algo por el estilo.

—Dadme un motivo para no aniquilaros yo mismo y con mis propias manos.

—Pues que me quieres con locura y nunca, jamás, me harías daño.

—Eso a ti, *nana*, pero a este… —señalé a Jacob con un gesto amenazante— No respondo de mis actos. La sed de venganza suele ser un plato que se sirve frío.

—¿Qué ocurre aquí? —exclamó Morgan mientras aparecía de repente en la escena del crimen, lo que nos sobresaltó a todos.

—¡Joder, cielo! —le dijo Sky con la mano en el pecho y la respiración agitada—. Creo que a partir de hoy te pondré un lacito con cascabel atado al cuello, como al gato del cuento infantil, para saber en todo momento cuándo vas a presentarte a hurtadillas.

—Anda, pues en ese caso tal vez haya alguien que necesite un bozal en esa bocaza.

—¿Te refieres a mí?

Morgan miró a su alrededor y luego a Sky con una sonrisita en los labios.

—Quien ajos come, ajos huele.

—Ey, ey, ey… haya paz, chicas. —Me interpuse entre ambas, para tratar de enfriar ese enfrentamiento sin saber por dónde habían salido los tiros.

—¿Qué coño pasa aquí? —Madox, el quinto integrante en la ecuación, acababa de darse un golpe con un lateral de la silla de ruedas contra uno de los taburetes que estaban en medio del camino que formaba parte de la escenificación del teatrillo de ese par de descerebrados—. Joder, la hostia, ¿qué hace esto en medio de la cocina? ¿Por qué tanto grito? Sky, ¿por qué llevas kétchup en el vestido? ¿Y dónde están las putas velas?

—Madox, tío. Deja de hacer tantas preguntas y vayamos a bebernos las birras, que deben estar tan calentorras como el meado de vaca.

—¿Meado de vaca, Jacob?

—Síííí, ya sabes…, meado de vaca.

—Pero ¿tú cuándo has probado el meado de vaca?

—¿Acaso hay que probarlo todo para saber que no te va a gustar? No, ¿verdad?

—Pues no.

—Pues eso. Arreando, tira *pa'l* comedor, agente Ward.

Fue el instante más surrealista que había experimentado en cuarenta y siete años. Y te aseguro que he vivido situaciones de toda índole, y cuando digo de toda índole me refiero a lo peor de lo peor y a lo más disparatado… No, olvídalo, resulta imposible que puedas siquiera imaginarlo.

—¿Pedimos unas pizzas? —propuso Jacob al grupo mientras Morgan y yo ayudábamos a Madox a acomodarse en la *chaise longue* de piel de becerro.

—Oh, no. Mejor *sushi* —respondió mi hermana.

—Anda, pero si me ha salido pija la niña y todo —contraatacó él.

—No se trata de ser pija o no, sino de tener el paladar fino, la piel de un bebé y la sangre de una princesa de cuento de Disney.

Sky se alejó unos metros y encendió varias velas sobre la mesita, el mueble bar y la repisa de la chimenea.

—¿Para todo eres igual, pelirroja?

—No, para nada, Jacob, soy peor. —Le lanzó una sonrisita maléfica en toda regla.

Vaya, vaya, vaya, que me aspen. Decir que a ese par les gustaba provocarse era quedarse corto. Por alguna extraña razón, no dejaban de lanzarse indirectas, algo que me hizo sospechar que entre ambos parecía haber nacido algo que sobrepasaba toda situación y de lo que, aparentemente, solo me había percatado yo.

Verás, cuando eres un crío, a eso, a ese inocente jueguecito, se le conoce como *gustar en secreto*. Al no saber cómo expresar tus sentimientos de atracción hacia alguien, recurres a acciones como molestar para llamar su atención. Y si echo la vista atrás, recuerdo a *nana* lanzar piedras a la bicicleta del niño que le hacía tilín mientras él le respondía tirándole de las trenzas y haciéndole rabiar.

Pues bien, en la actualidad, mi hermanita parecía seguir en sus trece, como si hubiese

menguado varios centímetros, tuviera siete años y se ruborizara cada vez que el niño que le gusta le encuentra mil defectos sin reconocer la innegable atracción que siente por él.

Puedes llamarme desconfiado si quieres, pero entre estos dos había algo o estaba ocurriendo algo, aunque ellos mismos no fueran conscientes de ello.

—Pidamos un poco de todo: pizza, *sushi* y comida vegana para ti, Denis —planteó sabiamente Morgan, poniendo algo de cordura en todos nosotros.

—Ese es mi bomboncito. —La besé en la sien como recompensa por su consideración—. Siempre pensando en los demás.

—Siempre pensando en ti.

Mientras separaba los labios de su piel, noté que la mirada de Madox se clavaba en nosotros de manera intensa. A mi juicio, de manera excesiva. Esto me llevó a pensar que, por alguna razón desconocida, quizás se sentía incómodo con nuestras muestras de afecto en público. Quién sabe, los celos son un desagradable vicio que pocos logran controlar, y parecía que su relación con Sky estaba pasando por un momento complicado. Según ella me había explicado, llevaban meses intentando tener un hijo sin éxito, lo cual había afectado sus expectativas y generado frustración tanto a nivel de pareja como personal. Además, la nueva realidad implicaba que él tenía limitaciones físicas que le impedían cumplir con su parte en el proceso de concepción.

—Genial, yo me encargo de hacer las llamadas. ¿Qué tipo de pizza preferís? ¿Margarita, pepperoni, hawaiana? —propuso Morgan con astucia mientras tomaba nota de las opciones.

—Me da igual, pero si es posible, sin piña —respondió Madox con una mueca de disgusto en el rostro, como si quisiera provocarse el vómito al meterse los dedos en la boca—. Detesto la mezcla del sabor dulce con el salado en una pizza.

—Oh, no tenía conocimiento de eso —exclamó ella, sorprendida.

—¿No sabías que no le gusta la piña en la pizza? —inquirí a Morgan, perplejo—. ¿Por qué motivo habrías de saberlo si lo conoces apenas hace dos días?

Morgan se mordió el labio inferior con nerviosismo mientras miraba a Madox, buscando algún tipo de apoyo. Este último, como si la cosa no fuera con él, sacó una piruleta de fresa del bolsillo y la introdujo en su boca con total calma, esbozando una sutil sonrisita de medio lado que me supo a demasiada complicidad.

—Simple deducción —empezó a explicarse el agente—. A los paletos de pueblo como yo, por lo general, no nos gusta la piña en la pizza. No tiene nada de extraño. No te imaginas lo raritos que somos.

—No, claro, no puedo ni imaginarlo —expresé en voz alta, aunque pretendía que fuera solo un pensamiento, pero no pude reprimirme.

Morgan ni siquiera continuó con la conversación, se apartó unos metros con su libreta en la mano para realizar unas llamadas telefónicas a un par de servicios de comida a domicilio y así desviar la atención.

Chica lista…

Exhalé con disgusto. ¿Qué había ocurrido? A ver, vayamos por partes. Para tu información, yo nunca antes había experimentado celos en mis relaciones, al contrario, siempre confiaba plenamente en mis parejas porque creía que, si decidían estar a mi lado, era porque lo deseaban y tenían la libertad de elegir no estar allí.

Sin embargo, maldita sea, su comportamiento logró perturbarme hasta el punto de sentir una sensación incómoda revoloteando en mi cabeza. No comprendía por qué me hacía sospechar que entre ellos dos algo no encajaba. O puede que quizás pecara de cínico y viera cosas que no existían, salvo porque desde ese momento no hubo forma humana de evitar sentir una inquietud persistente, una sensación agridulce en la boca del estómago que no lograba siquiera revertir.

—¿Y mientras esperamos la cena? ¿Alguien tiene alguna sugerencia para matar el tiempo? —preguntó Sky, animada.

—¿Qué tal una orgía? —escupió Jacob de manera ligera, como si estuviera entrando en una panadería y pidiendo la vez—. Algo de jarana no vendría mal para animar este velatorio.

Todos giramos la cabeza para mirarlo, y un silencio incómodo y denso se apoderó de la sala. ¿Qué mente enferma podría siquiera plantear una orgía con mi prometida, mi hermana, su mejor amigo y yo? ¿A ese tipo se le había ido la pinza? ¿De dónde había salido? Pues no parecía ni medio normal.

—¿Qué diablos…? —Su amigo le propinó una colleja tan contundente que hasta a mí se me saltaron las lágrimas del golpetazo—. ¿Vas fumado?

—La duda ofende: *pos* no.

—Pues macho, en ese caso deja de decir gilipolleces y quedar en evidencia. Venga, céntrate y no te disperses.

—Siento romper mi encanto. Lo dije sin ir *mamao*. Imagínate de estarlo…, je, je, je.

Madox puso los ojos en blanco y después resopló con hastío.

—Sí, ya, por eso te lo advierto, porque te conozco y sé que, además de ser una de tus constantes, apuntas maneras. Así que deja de actuar como un idiota en apuros, al menos por esta noche. ¿Lo pillas?

—Lo pillo, alto y claro.

—Así me gusta, chaval.

Mis ojos rodaron a mi hermanita cuando esta apoyó la cadera en el borde de la mesa de centro y, tras meditar unos segundos, me planteó lo siguiente:

—Denis, ¿aún conservas ese juego de mesa de las preguntas?

La miré frunciendo el ceño, meditando., sin comprender a qué se refería.

—Sí, hombre, ese juego de… *The Ungame*.

—*Nana*, quién sabe dónde está esa reliquia… —murmuré para evadir su propuesta. Nada me apetecía menos en esos momentos que pasar el rato jugando con fuego, pues todo el mundo sabe que, después de unas inocentes partidas, brota la decepción en cada turno. Es decir, se empieza

por preguntas ingenuas y se termina con la fractura de relaciones. Al menos así había ocurrido la última vez que jugamos con mis amigos de la universidad.

Nana clavó sus pupilas en las mías con firmeza y determinación.

—No puedes engañarme, hermanito. Eres la personificación del orden y sabes perfectamente en qué escondrijo se encuentra el juego. Sé que, en tu mente, todo está meticulosamente estructurado, incluso apuesto lo que quieras a que tienes tus pensamientos organizados en carpetas, clasificadas alfabéticamente y coloreadas, como si fueras un ordenador.

—Ni de coña, cielo, esas cosas solo sacan lo peor de cada uno y no quiero que nadie me interponga una denuncia por ser demasiado sincero, o acabar cabreado con alguien —intervino Madox en mi defensa, algo que *a priori* me chocó por la evidente rivalidad entre ambos, pero en el fondo no pude estar más de acuerdo con él.

—¿Tenéis caquita en los calzoncillos? —Jacob olfateó el aire y luego se tapó la nariz con una mueca de asco—. Hueeeeelo el mieeeeedo…

Sky fue la única que se rio de sus estupideces, lo que me recordó al personaje de Lloyd Christmas interpretado por Jim Carrey en *Dos tontos muy tontos*. Y luego estaba su risa exagerada y estridente, como el chirriar de una rata de alcantarilla al ser aplastada, que soltaba cada vez que se burlaba de algo o de alguien sin motivo aparente, acompañada de movimientos extravagantes y fuera de contexto.

Es decir, el típico inadaptado con falta de afecto que busca desesperadamente llamar la atención para evitar sentirse excluido como un paria. Y si pretendía hacerse el graciosillo, te aseguro que no tendría ningún éxito conmigo.

—No es miedo, zoquete, es respeto.

—Claro, claro.

—Hagamos una votación —sugirió Sky, pizpireta—, una votación democrática.

—Me parece justo —intervino Morgan, dejándome totalmente fuera de lugar.

—¿Estás segura, bomboncito?

—Por supuesto.

—Bien, entonces —comenzó mi hermana—, que levante la mano aquel que esté a favor de jugar a *The Ungame*.

—Os advierto que las preguntas y desafíos de este inocente jueguecito las carga el Diablo.

—Madox, cierra el pico —le sugirió su amigo, alzando el brazo para que contara su voto a favor.

—Sumo mi voto al tuyo —dijo mi hermana sonriendo; estaba disfrutando como una enana. Y me uní a su sonrisa, pues hacía años que no la veía tan contenta, animada y motivada para hacer algo juntos—. Ya tenemos dos a favor.

—Mi voto es un no —solté de manera contundente mientras encendía un cigarrillo y daba una calada lenta.

—El mío también es un no —se unió el policía mientras, al verme dar una segunda calada,

desenvolvía una piruleta de fresa del envoltorio y se la metía con ansia viva en la boca.

—Genial, cariño… —Los gestos faciales de la cara de Sky se contrajeron—. Daba por hecho que ibas a apoyarme. Que sepas que ha sido un golpe bajo…

—Lo siento si no te parece una buena idea, Sky, pero no puedo respaldarte en esto.

—*Okey*, tendrás tus razones. —Sonó herida, y buscó con la mirada a Morgan—. Solo quedas tú, Morgan. Todo se decide en ti. Qué me dices, ¿te atreves a jugar?

30

Morgan



Así es, has acertado de lleno. Mi voto fue un rotundo sí. Creo que está de más decir que me gustaba jugar con fuego, poner a prueba mis límites, incluso si eso implicaba pagar un alto precio. Por cierto, no recomendaría jugar a *The Ungame* bajo los efectos del alcohol, ya que puede provocar efectos secundarios como atreverse a decir cosas que normalmente guardarías en secreto o realizar acciones que podrían poner muchas cosas en entredicho.

* * *

Mientras esperábamos impacientes la llegada de la cena, decidimos entretenernos con unas copas en la mano. Madox y Jacob optaron por unas cervezas, mientras que Sky, Denis y yo nos deleitamos con un exquisito Malbec, un vino tinto reservado para ocasiones especiales. Este Malbec es una verdadera joya, conocido por su cuerpo voluptuoso y su carácter distintivo, que se manifiesta a través de sus notas seductoras a frutas oscuras, embriagadoras violetas, indulgente chocolate y cautivadoras especias y que, además, con el estómago vacío, sube que da gusto.

Pronto las botellas vacías fueron reemplazadas por otras llenas y las copas a rellenarse hasta los bordes.

La hermana de Denis puso sobre la mesa el tablero, un sencillo recorrido con forma de espiral y unas casillas numeradas que representaban distintas categorías o temas para las preguntas. Colocó el mazo de cartas de preguntas abiertas, las cuales, según nos explicó junto con las reglas, abarcaban una variedad de temas: relaciones, emociones, sueños, experiencias, valores y más.

Repartió fichas de colores diferentes para cada uno de nosotros y nos instruyó para ubicarlas en la casilla de inicio. Por turnos, lanzamos el dado. Ella sacó el número más alto.

—¡Hurra! ¡Seis! Empiezo yo —exclamó con entusiasmo, como si hubiera ganado un millón de pavos en la ruleta de un casino en Las Vegas. Luego, tomó el dado nuevamente y lo lanzó con garbo sobre la mesa.

—¡Cuatro! —anunció mientras movía su ficha roja el número correspondiente de casillas y pinzaba la primera carta del mazo para leer lo que estaba escrito en el reverso.

—Vamos a ver… ¿Cuál es tu color preferido? —Nos observó y luego se señaló a sí misma, al divino vestido de la muerte en rosa escotado con estampado floral de Jacquard de la colección ASOS Luxe que llevaba puesto—. Evidentemente, el rosa.

—Igualita a la Barbie Princesa —susurré para mí misma haciendo un mohín, mientras apoyaba mi cara en la palma de la mano con notorio aburrimiento y observaba su perfecta y simétrica cara de porcelana con rasgos delicados, pómulos prominentes y una mandíbula bien definida que le daban una apariencia angular y elegante. Y esos turgentes labios, que delineaba y lucía en tonos llamativos y seductores, en sintonía con su característica mirada felina y la melena rojiza y ondulada que llevaba suelta.

Jamás hubiera imaginado que Sky fuera la pareja ideal de Madox, salvo por el plano físico, claro está, pues eran como el día y la noche, el frío y el calor, el blanco y el negro, Ashton Kutcher y Mila Kunis… Quiero decir que me recordaban a esa pareja tan opuesta en carácter.

Él tan carismático, dueño de un magnetismo que cautivaba a cualquiera que estuviera a su lado, enérgico, alguien que siempre actuaba con determinación, seguro de sí mismo, empático, sociable. Ella en cambio era espontánea, divertida e irreverente, un tanto excéntrica; una bomba de relojería a punto de estallar. O al menos, esa era la imagen que le gustaba mostrar. En una palabra: polifacética, lo que la hacía difícil de definir por completo; un enigma andante.

¿Alguna vez te ha pasado que has conocido a alguien taaaaan perfecto que esperas el momento en que la cague, porque tanta perfección tiene que tener alguna tara? ¿No crees?

Pues eso, así era mi relación con Sky, una mezcla de amor y odio, y no solo se debía a que era la prometida de mi exnovio, o más bien, para ser más precisa, pues sería más conveniente esta definición, *#miexliodedocediasenunacasaenterradaenlanieve*. Además, parecían llevarse extremadamente bien, demasiado. Daba la sensación de que habían establecido una conexión profunda y no solo en el ámbito sexual, también más allá, de la misma manera que yo creí haber estado en sintonía con Madox años atrás.

En resumen, los celos me corroían y no me pesaba admitirlo.

¡Argggggg!

—¿Cuál es tu mayor temor?

Madox dejó la carta en la pila de las utilizadas y reflexionó unos segundos antes de responder.

—Antes pensaba que era la muerte, ahora, después del atentado en Tribeca, irme de este mundo sin haber vivido.

—¡Qué filosófico me ha salido el colega! —soltó Jacob y le dio una sonora colleja en la nuca —. No hace falta pasar un trauma para aprender esa lección.

—Ya. Pero puede que algunos hayamos estado ciegos hasta que ha ocurrido algo de esa magnitud, que nos abre los ojos y nos hace verlo todo con una claridad que nunca tuvimos.

La mirada de Madox se encontró brevemente con la mía, intensa, profunda y a la vez tan dulce y cargada de simbolismo que me costó retenerla.

—Te toca, Denis…

Tuve que darle un leve codazo a mi prometido para que el juego se centrara en él y no en el agente Ward. O más bien, para tener la excusa perfecta para poder dirigir mis pensamientos hacia otra persona y hacer caso omiso de los latidos acelerados de mi corazón, que de repente se había descontrolado.

Maldito Madox.

—Si pudieras tener una conversación con cualquier persona, viva o fallecida, ¿quién sería y qué le dirías?

Denis suspiró profundamente y miró a su hermana, esbozando una sonrisa con los labios apretados.

—Con mi abuela Roxanne. Con nuestra *Sweetie* Roxy, Sky.

—Y… ¿qué… qué le dirías? —balbuceó ella.

—Que cumplí mi promesa.

—¿Cuál era, hermanito?

Todos guardamos un silencio sepulcral. Denis, con su porte elegante y una impecable camisa celeste sin una sola arruga, deslizó su mano por debajo de la mesa y la posó en mi muslo derecho, que descansaba sobre el izquierdo. Lo acarició suavemente sobre los vaqueros y luego me pellizcó ligeramente la pierna.

—Que siempre cuidaría de ti, *nana*, aunque hubiera épocas en nuestras vidas en las que estuviéramos separados.

Como respuesta, Sky sonrió abiertamente, con los ojos brillantes.

—Y lo has hecho de maravilla, Denis. Puedes estar orgulloso. Ella estará orgullosa, esté donde esté.

De repente, la pelirroja se levantó de un salto de la silla y se lanzó a los brazos de su hermano mientras le confesaba enfáticamente que le quería muchísimo y le daba besos sonoros en las mejillas.

—Ohhhh, *yeah*, chicos, esto es sumamente conmovedor, pero… —Jacob aplaudió exageradamente y fingió secarse unas lágrimas imaginarias de los ojos—… creo que se está volviendo un poco excesivito en términos de emotividad, al estilo de Laura Ingalls Wilder de *La casa de la pradera*, y está dejando de ser divertido. Vamos, un puto muermo.

—¿Y qué sugieres? —le insté con curiosidad.

—Propongo que nosotros mismos formulemos las preguntas.

—Ah, no, de eso nada, monada —respondió Madox sin entrar en discusión ni al trapo—. Eso podría generar conflictos, auténtica pólvora, y tus ocurrencias salidas de tiesto serían la jodida

mecha que la prende, colega.

—¡*Pos* claro! La idea es reírnos de nosotros mismos.

—No sé, no lo veo, así, a pelo, no te lo compro. —Denis se puso del lado del *sexy bad cop*.

Ups, ¿he pensado eso? Hacía mucho tiempo que no me refería a Madox de esa manera. Bah, será culpa del vino…

—¿Quién dijo miedo? —nos preguntó a todos mientras gesticulaba con las manos de manera caótica. Creo que, de los cinco, con diferencia era quien había consumido más alcohol—. Será entretenido y estimulante, ya lo veréis.

—Por mi parte, está bien. —Le di mi voto de confianza apenas sin pensarlo—. Es sábado por la noche, estamos a oscuras excepto por unas velitas, sin televisión ni Netflix ni planes más… ingeniosos.

—Gracias, morena. Apunta en tu lista que te debo una. —Jacob me guiñó el ojo.

—Yo también me uno. Me gustan los desafíos, me encanta jugar. Y… tengo ganas de lanzar preguntas comprometidas para ver qué respondéis —dijo Sky, sonriendo con astucia.

—No te preocupes, pelirroja, anotaré en mi mente cualquier favor que te deba. —Jacob también le guiñó el ojo, pero inexplicablemente sentí que su comentario iba cargado de un implícito matiz de doble sentido—. Parece que la democracia sigue siendo la ganadora en este apartamento. ¡Así que, damas y caballeros, que comience el verdadero juego de *Verdad o Reto*!

—No se han mencionado aún los retos —protestó Madox con cierta alteración.

—Si no te gustan los retos, responde siempre a la pregunta que te hagan. Es sencillo, colega.

Denis fue el único que no participó, simplemente nos observaba con su mirada crítica, esperando algo o acechando a saber qué, según se mire.

Por mi parte, opté por coger la botella de vino por el cuello, con la esperanza de que el alcohol anestesiara mis sentidos y limitara mi capacidad de razonamiento.

—Nena, no te excedas con la bebida, ya sabes que luego no te sienta bien. La última vez te pasaste media noche vomitando en el baño. —Denis intentó quitarme la botella antes de que pudiera llenar la copa hasta el borde, pero se lo impedí.

—Estoy bien, mira. —Alcé mi mano para demostrarle que no temblaba un ápice—. ¿Ves? Tengo el pulso de un cirujano.

Pero justo cuando iba a beber de la copa y a hacer un brindis, la sujeté de forma incorrecta y se volcó sobre la mesa, manchando todo el tablero de cartón de rojo burdeos.

—Ay, cielo, ¿ves como decía que tú y el alcohol no sois buena combinación?

—¡Alegría, alegría! —canturreó Sky mientras sumergía la yema de un dedo en el líquido rojizo y nos ponía un poco en la frente a cada uno, como si nos estuviera santificando. Otra que iba bastante achispada…

Ahora, entre tú y yo, nunca he comprendido por qué la gente suele dejarse llevar por esa peculiar tradición cuando el líquido se derrama sobre la mesa. Es absurdo y, si me apuras, hasta extraño.

—Joder, Cupido, espero que libres el día en que deba someterme a una cirugía a corazón abierto bajo tu supervisión —me soltó Madox, bajito y de repente, aprovechando que Denis se había ido a la cocina a buscar un paño para limpiar todo el desastre.

Como respuesta, moví mi silla hacia su lado, y me acerqué tanto a su oído para que solamente él me oyera y le susurré:

—No te equivoques, agente Ward. Tú naciste sin ese órgano.

—Auch, eso ha dolido. —Y lo representó teatralmente como si le hubiera clavado una daga en el pecho izquierdo.

—Payaso…

Sin evitar esbozar una media sonrisa burlona, sacó otra piruleta que tenía en el bolsillo del pantalón y se la llevó a la boca.

—¿Quieres una?

—No, gracias.

Entonces fue él quien se acercó a mi oído. Su aliento cálido rebotó en mi lóbulo y se coló en mi tímpano. El aroma a fresa y su característico olor corporal, el de su piel, su pelo, me aturdieron los sentidos, la capacidad de hablar e incluso de razonar.

Me quedé muda.

—Vamos, aunque sea una, aunque sea por los viejos tiempos.

—¡He dicho que no! —respondí en voz alta sin darme cuenta, pues acababa de sacarme de mis casillas sin apenas esfuerzo, lo que hizo que todos nos miraran sin entender lo que había sucedido.

—¿Está todo bien aquí?

Denis ya había regresado y comenzó a pasar el trapo para limpiar mi desastre, sin apartar la mirada de soslayo de Madox. Maldición. Por el bien de todos, debía ser más discreta en mis interacciones con nuestro invitado, o más bien, el invitado de su adorada hermanita, o quizás mi futura cuñada, o la mujer que iba a sacarme los ojos con una cucharilla y ¡merendárselos si seguía mirando tanto a su prometido!

¡¡¡Señor, ya no sabía ni lo que decía!!!

31

Madox

—¿Cuándo te dieron tu primer beso?

—¡Esa pregunta mola! —afirmó el descerebrado de mi amigo Jacob cuando se la formulé a Sky mientras se relamía, a cámara lenta y haciéndose el seductor (aunque, entre tú y yo, me dio repelús), un poco de espuma que se le había quedado atrapada en la comisura de su labio superior.

—¿De veras quieres saberlo, Madox?

—¿Por qué no? —La miré directamente a los ojos, los cuales brillaban más de lo habitual debido a las copas de vino que había tomado y de las cuales, sinceramente, yo había perdido la cuenta—. Nunca me lo habías contado. Así que tal vez sea el momento.

—¿Delante de todos?

—Así es el juego, cariño. Delante de tooooodos los presentes. —Choqué el culo de mi botellín de cerveza contra el borde de su copa, que a punto estuvo de romperse por mi falta de precisión. Yo también empezaba a estar bastante ciego—. No creo que sea una pregunta embarazosa, seguro que no debías ni haber cumplido los trece.

—Once.

—Vaya… once —intervino Jacob y me rodeó los hombros con un brazo, reclinándose sobre mi cuerpo—. Pero… ¡MEC! Esa no es la respuesta correcta. —Se tocó la punta de la nariz con el dedo índice, como cuando pierdes la partida—. Madox se refiere a un beso real, de verdad, con lengua —hizo gestos moviendo su lengua de forma obscena, a la vista de todos—, no un inocente piquito, Sky.

—Sí, Jacob, fue a los once años recién cumpliditos. Además, para tu *info*, ya que huelo a leguas tu inclinación por el morbo, él era bastante mayor que yo y…

—¿En serio, *nana*? ¿Con quién? —Denis escupió parte del vino que estaba degustando, muy

contrariado y visiblemente nervioso—. Y lo más importante de todo…, ¿dónde diablos estaba yo cuando ocurría eso?

—Hermanito, esa es información que no te daré sin la presencia de mi abogado —se mofó ella.

—¿Fue con John McGregor?

Sky esbozó una media sonrisa picarona y encogió los hombros.

—Denis, no sigas insistiendo. Podría haber sido cualquiera. Además, no significó nada.

—No puedo creerlo, *nana*. ¿Fue con John McGregor? Dímelo.

—¿Quién coño es John McGregor? —pregunté, relamiendo una piruleta con total indiferencia —. No lo pregunto por celos, Sky, sabes perfectamente que lo que hayas hecho antes de conocerme no me importa lo más mínimo. Simplemente lo menciono impulsado por la expectación que se está generando en torno a este tipo.

—Un engendro que le daba clases particulares de física, química y lengua española —vomitó Denis, irritado, a punto de soltar una ráfaga de insultos, algo que me hubiera sorprendido viniendo de él, pues siempre pecaba de saber mantener el temple en todo tipo de situaciones—. No cabe duda de que se esforzó para que sacaras una calificación sobresaliente en ¡la puta lengua!

La pelirroja arqueó las cejas.

—¿Disculpa? Denis, ¡¿qué puta mosca te ha picado de repente?! ¡Tenía diez putos años y…!

—Habías dicho once.

—Bueno, puede que fuesen diez.

—*¡Nana!* ¿Diez? Precisamente por eso —masculló él, inhalando con intensidad y hablando con una voz grave casi de ultratumba; como esos gruñidos que regurgitas de lo más profundo de las entrañas y que desprenden cierto tufillo a bilis… Tú ya me entiendes. A lo que iba. Su enfado estaba alcanzando niveles inimaginables—. Tú tenías diez, ¡él tenía dieciséis!

—Vaya, ¿de veras? —Jacob curvó los labios en una sonrisa pícara—. Ahora comprendo tu enfado, Denis. Una niña y un adulto.

—No era un adulto sino un adolescente. Además, me desarrollé rápidamente. Parecía tener quince o más. Y… solo fue un beso y ¡ni siquiera me gustó!

—¡Pero una cosa no justifica la otra, hermanita!

Finalmente, Denis no pudo reprimir más la ira que le estaba desbordando los esquemas. Golpeó la mesa con el puño y las fichas del tablero se desequilibraron.

—Ey, ey, ey… Que haya paz y después gloria. —Traté de mediar entre ambos, pues el ambiente estaba más candente que cuando Obelix cocinaba en su caldero del pueblo galo de Armorica.

Sky se levantó de la silla con la excusa de ir a buscar más alcohol. Mi amigo se ofreció a ayudarla y salió tras sus pasos.

Yo, por el contrario, seguí con mi alegato:

—Ha llegado la hora de dejar de jugar con fuego o alguien va a acabar… malherido. Y no me refiero a una herida física sino…

—¿A qué le temes, Madox? —La voz de Morgan, achispada por culpa del alcohol, escapó de sus labios, retándome abiertamente frente a Denis. No tenía ni idea de por qué me estaba desafiando de esa manera.

Clavó sus ojos directamente en los míos, sin apartar la mirada.

—No tengo miedo de nada —respondí con determinación.

—Uuuuuuhhhh… Vaya, vaya, vaya. Parece que el superpoli no tiene miedo de nada… Pues ahora vamos a averiguarlo —insistió, provocándome y buscando deliberadamente tocarme las santas narices.

—De acuerdo. Hagámoslo —acepté finalmente, desafiándola al mismo tiempo y dispuesto a afrontar cualquier cosa que estuviera por venir sin apartar mi mirada de la suya.

¿Qué demonios estabas tramando, Cupido cantarín?

32

Sky



—Ron blanco, soda… —murmuraba en voz baja mientras recopilaba los culos de botella y algunas que aún estaban sin abrir, iluminando a duras penas con la luz del móvil.

—¿Necesitas que te eche una mano, preciosa?

—¡Caray!

Me giré bruscamente al oír la profunda voz de Jacob detrás de mí y, del susto, estuve a punto de dejar caer una de las botellas. Orienté la luz hacia él para asegurarme de que no era uno de esos malditos personajes de las películas de terror. Él ni siquiera parpadeó cuando lo enfoqué directamente a la cara.

Al parecer, disfrutaba asustándose en el cine y aterrorizando a los demás fuera de él.

—Siempre y cuando no sea al pescuezo…

—Te prometo que ahora mismo no habría nada que me satisficiera más que hacerlo.

Jacob me obsequió con una sonrisa seductora de esas que suelen ensayarse frente al espejo (dientes relucientes, comisura del labio alzada solo por un lado, cabeza ladeada, guiños y algún besito lanzado al aire). Al estar tan cerca de mí, ya que, para que te hagas una idea de las dimensiones, la despensa era tan reducida como el baño de un avión, pude incluso contar los escasos cuatro pelillos, que parecían un pequeño ejército de hormigas marchando de regreso a casa tras buscar alimento, delineando sus labios debido a su falta de vello facial (no exactamente como el culito de un bebé, pero casi).

Y, por si fuera poco, su aliento combinaba el aroma del alcohol con un matiz dulce indescriptible que me dejó completamente noqueada. Hasta ese momento, nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro ni nos habíamos mirado con tanta intensidad durante tanto tiempo. Ni nada de nada, *nothing*.

—Esto… Jacob. Tengo una duda existencial.

—¿Solo una?

Lo fulminé con la mirada y él carraspeó, aclarándose la garganta.

—Dime pues, soy todo oídos.

—Corrígeme si me equivoco, pero desde que cruzaste el umbral de la casa de mi hermano, ¿has estado tratando de seducirme?

A ver qué respondía. A ver si su respuesta destilaba la sinceridad de la que siempre hacía alarde.

—Sí. Bueno, no.

—¿Sí o no? ¿En qué quedamos?

Coloqué las botellas de nuevo en la estantería y crucé los brazos.

—¿Acaso no te ves?

—¿A qué te refieres?

—Hostia puta… Sky…

Jacob negó con la cabeza y mientras exhalaba el aire con dificultad, se frotó la nuca con una mano.

—Eres con diferencia la mujer más atractiva, divertida y alocada con la que he tenido la suerte de cruzarme en mi camino.

Maldición.

Mierda.

Joder…

¿Acaso he dicho joder?

Permanecí en silencio, escudriñándolo detenidamente. Analizando sus gestos, su mirada, esa sonrisa burlona en sus labios. Era obvio que me gustaban los halagos, como a cualquier hijo de vecino, sin importar quién los pronunciara.

Sin embargo, nunca imaginé que él pensara eso de mí. Aunque, si empezaba a atar cabos, debía reconocer que, desde su llegada, había estado corrigiéndome, desafiándome e incluso confrontando todas mis intervenciones y acciones. Quizás ahora empezaba a comprender por qué. Yo le resultaba atractiva y se sentía atraído por mí.

—Pero eres la prometida de mi colega, que es como un hermano para mí, casi como mi mellizo separado al nacer… —balbuceó, aunque sus ojos, que no dejaban de devorarme, expresaban algo completamente diferente: deseo, deseo y deseo—. Por tanto, eres intocable y sagrada, como las vacas en la India, ¿me explico?

Asentí aún anonadada por el descubrimiento.

—Sentir atracción por otra persona es completamente lícito, aunque esté comprometida.

—Lo es.

—Como también lo es habértelo guardado para ti mismo.

—¿Por qué?

—No lo sé. No es ético… ni…

Me mordí el carrillo y pasé la mirada por su rostro lentamente. Desde el instante en que había irrumpido en mi vida, por alguna extraña razón su presencia nunca me resultó indiferente, todo lo contrario, hizo que me cuestionara cómo dos personas tan opuestas podían estar tan unidas, hasta el punto de dejar su vida en Haines y volcarse en los cuidados físicos, pero sobre todo anímicos, de Madox.

Muy pocas personas, contadas con los dedos de las manos, harían un gesto igual por otro ser. Y ese rasgo de su personalidad, sumado a su siempre tono humorístico, me habían empezado a atraer mucho, muchísimo, como la miel a las moscas…

—Lo sé, es lo mismo que he dicho yo. —Chasqueó la lengua—. No es ético ni moralmente correcto, ni siquiera debería haberlo compartido contigo. Lo siento, no sé en qué estaba pensando.

Yo tampoco sabía en qué diablos pensaba cuando se mordió el labio inferior y mi mirada se centró en ese punto estratégico de su anatomía.

—¿Por qué me miras así, Sky?

Y, oh, madre mía, Sky Moore…

Un segundo, dos segundos y al tercer segundo, dudé, miento, no pensé y me puse de puntillas para lanzarme en picado a sus labios. Solo quería descubrir a qué sabría su boca, cómo su lengua acariciaría la mía, cómo…

Él tampoco se quedó atrás.

Nos devoramos los labios con un deseo desenfrenado, insaciable, agonizante a golpes descoordinados. Nuestras lenguas entrelazadas exploraron cada rincón de nuestros paladares (igual que cuando se abre la veda tras un ayuno de dieciséis horas y te comes todo lo que pillas por banda, pues eso).

—Un… momento, espera…, solo un momento… —Jadeé contra su boca y luego separé mis labios, que me escocían tras tanta fricción descomedida.

—Joder, ¿a qué, Sky? ¿A qué quieres esperar?

Sus manos tentadoras empezaron a trazar mapas en mi espalda y a clavar las yemas de sus dedos en mi trasero. Me mordí el labio. Volvimos a mirarnos, digo, a devorarnos con la mirada, y entonces me di cuenta de que sus pupilas eran del mismo rojo fuego que mi pelo.

—A nada. Sigue besándome, Jacob.

No hice nada por detenerlo cuando descubrí que el abultamiento en su entrepierna no dejaba de crecer y crecer y… presionar contra mi vientre, mientras todo mi ser temblaba de anticipación por lo desconocido, por el morbo del momento, tal vez por el temor a ser descubiertos *in fraganti* o a mantener ese truculento secreto; morder la manzana que me ofrecía Adán para acabar deportados del Edén.

La mordí, ¡vaya si la mordí! Y no un mordisquito de nada, sino un bocado tan grande que casi me meriendo la manzana y la mano, la muñeca y hasta el codo que me daba de comer.

Eso sí, muy digna, me hice prometer a mí misma que ya habría tiempo para castigarme, para

arrepentirme, para pedir mil perdones, para…

—¡Fóllame! Maldito cabrón… —mascullé—. Ahora.

Me separé solo un poco, lo justo para quitarme las braguitas a trompicones, casi a manotazo limpio y frente a sus ojos. Quedaron colgando de uno de mis tobillos (como cuando te estás haciendo popó y, con las prisas, te las quitas como buenamente puedes).

Me apoyé toda sugerente en el borde de una diminuta mesita de madera, que crujió al notar mi peso, pues tenía una pata unos milímetros más corta que la otra. Llevé mis manos rápidamente a sus pantalones vaqueros y a tientas desabroché el botón y le bajé la cremallera. El resto puedes imaginarlo.

No teníamos mucho tiempo, tal vez unos minutos antes de que nos echaran en falta, así que lo hicimos como auténticos animales, posesos, de una manera desesperada y en un tiempo récord. Como si ninguno de los dos hubiera mantenido sexo con otra persona antes, nunca.

Fue improvisado, salvaje y jodidamente el mejor acto sexual que había experimentado en mi vida, sin desmerecer los dos años con Madox, claro. Incluso me cuesta creer que nadie nos hubiese oído desde el salón, pues los jadeos sofocados y los embistes fueron brutales; desenfrenados y demenciales, haciendo honor al tamaño que había apreciado al pillarlo desnudo en el cuarto de baño. Si en reposo me había resultado de unas dimensiones fuera de lo común, imagina ahora, en pleno apogeo hormonal…

¡Te juro que puse mis ojos del revés cuando lo sentí dentro de mí en todo su esplendor! (Y te lo digo así para no resultar vulgar.)

Oh, sí, indudablemente éramos conscientes de que estábamos actuando mal. Mal no, de pena. Porque cuando llevas a cabo un acto de tal magnitud, cuando traicionas a tu pareja y a tu mejor amigo, sabes que está mal. Conque es de cobardes culpar al alcohol o alegar una pérdida de juicio (sí, señoría, fue culpa de la enajenación temporal transitoria que sufrí: mentira) o tacharte de demasiado débil y fácilmente influenciable. ¡Carne de cañón!

Resumiendo, cuando alguien toma una decisión o, en este caso, una decisión errónea que afecta a terceros, debe enfrentarse a todas las consecuencias.

Y créeme, te aseguro que las había, muchas ¡y a manos llenas!

33

Jacob



—Toc, toc… ¿se puede?

Denis irrumpió de improviso en la despensa y Sky y yo nos quedamos momentáneamente inmóviles, mirándonos fijamente. Rauda, ella se colocó estratégicamente delante de mí mientras yo, a duras penas, terminaba de subir la cremallera de mis vaqueros.

—¿Por qué tardáis tanto, chicos?

—Bueno, ya ves, aquí, tío, buscando a oscuras más licor destilado. Te aseguro que me he sentido como el maldito Frodo Baggins en *El Señor de los Anillos* en busca de las malditas botellas, pero ¡sin ver ni un carajo!

—Menos mal que tu cabeza se separa más centímetros desde el suelo que la suya, que si no… —Sky soltó una risita tonta mientras se ahuecaba el pelo y trataba de poner orden a su ya de por sí llamativa melena pelirroja, y mis ojos se abrieron de par en par al descubrir su tanga de encaje tirado en el suelo.

Toqué mi puño para ganar algo de tiempo y disimulé rápidamente para desviar la atención a otro punto de la habitación, mientras recogía de un zarpazo la prenda íntima y la guardaba en el bolsillo trasero de mis pantalones.

—¿No estabas buscando la soda?

—Oh, sí, la soda… ¡Gracias! —Ella me dio una palmada en el hombro de manera falsamente amistosa.

Denis nos miraba alternativamente, primero a uno y luego al otro.

—¿Alguien podría explicarme qué está pasando aquí, por favor?

—¿A qué te refieres? —respondió ella con la voz estrangulada.

—Lleváis quince minutos buscando botellas que tenéis justo detrás en la repisa. Vamos, como si esto fuera la barra de *Cocktail* y os hubierais quedado para presenciar al exitoso *bartender*

Brian Flanagan en pleno esplendor, mostrando su destreza haciendo acrobacias con las botellas y mezclando cócteles de forma espectacular.

—Nada de eso, socio. Además, ¿dónde has visto a Tom Cruise? ¿Tom? ¿Tommy? ¿Ey? —Realicé un gesto dramático buscándolo detrás de la puerta, en mis bolsillos, incluso debajo de la falda de Sky—. *Nop*, ese tal Tom no está por aquí…

—¡Estás chiflado! —se carcajeó Sky, divertida.

—Sí, mira soy un lelo, soooooy un leeeelooo… —Comencé a hacer movimientos exagerados y descoordinados, como si estuviera imitando a alguien torpe, mientras giraba los ojos, sacaba la lengua y dejaba escapar un poco de saliva por la comisura de los labios.

Maldita sea, a Sky y a mí se nos daba fatal disimular, y encima Denis parecía no terminar de creernos. Era un tipo astuto, suspicaz, y no parecía que acabara de caerse de un burro.

¿Puede que estuviera atando cabos?

—Vamos, volvamos a reunirnos con la manada.

Sky asintió abriendo el paso y saliendo primero.

—Después de ti.

—No, de ninguna manera. Tú eres el dueño de este lugar. Por favor, tú primero.

—Insisto, Jacob, tú primero. No quiero ser descortés con mi invitado especial.

—Si insistes…

—Insisto. —Me sonrió con los dientes apretados y una mueca de lo más maquiavélica que no me gustó un pelo.

El hermano de la pelirroja levantó ligeramente la mano con la palma hacia arriba en señal de ofrecimiento, indicando que cedía el paso, antes de acercarse a mi oído y susurrarme lo siguiente:

—Espero que no te hayas tomado demasiado en serio el episodio de los *Murpet*, ese de «dentro y fuera».

Me dio unas palmaditas en la espalda y me dejó solo con mi puta conciencia retozándose en la mierda. ¿Acaso lo sabía? ¿Se había dado cuenta de que me había tirado a su hermana a escasos metros de su cuñado?

—¿Quién quiere mojito?

La voz de Sky me sacó de mi ensimismamiento y rompí a andar hacia el salón, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

Me senté nuevamente a la mesa e intenté disimular como un desgraciado, pero, joder, Denis no ayudaba en absoluto. El muy cabrón no me quitó el ojo de encima durante toda la cena. Por cierto, que el repartidor había llegado mientras yo empotraba a Sky contra la mesa.

Qué mierda, lo único que se me ocurrió fue seguir fingiendo, al igual que Sky y Denis. Miré a mi amigo Madox y me di cuenta de que todo lo que había hecho con Sky no tenía ni un puto sentido.

Empecé a experimentar una asquerosa sensación de sofoco, un calor asfixiante que oprimía mis vías respiratorias.

—¿No vas a comer nada?

Madox dejó caer un trozo de pizza en mi plato.

—Tengo el estómago revuelto.

—¿No será que estás incubando algún virus? —intervino Denis, sacando conclusiones sin fingir que no se creía una mierda mis palabras—. Tal vez hayas estado picando entre horas y por eso estás empachado.

Todos me miraron extrañados cuando, nervioso, busqué un pañuelo que solía guardar en el bolsillo trasero del pantalón para secarme el sudor de la frente cuando me quedaba en lugares cerrados y me daban los sofocos, pues soy un pelín claustrofóbico. Aunque en esta ocasión los sofocos eran por la tensión del ambiente, que se cortaba con el filo de un cuchillo (por cierto, también soy propenso a sudar fácilmente porque me considero un hombre de sangre muy, muuuuuy caliente).

Madox empezó a negar con la cabeza con una expresión que decía claramente: «Tío, ¿qué coño estás haciendo?». A Morgan se le deslizaron las gafas de pasta por el puente de la nariz y miró por encima de ellas con una mezcla de vergüenza y sorpresa en su rostro, como si hubiera visto a Michael Jackson vivito y coleando, con la piel más negra que el carbón. Denis se atragantó con las hojas de menta del mojito, se puso azul y las escupió en la copa. Sky no dejaba de hacer gestos con las manos, como para espantar una manada de moscas, o imitando que se rebañaba el cuello con el dedo del rollo: «¡Deja de hacer eso!».

Fue entonces cuando me di cuenta de que todos me miraban por una extraña razón que no entendí hasta que dejé de secarme el sudor, observé mi mano y descubrí qué era aquello que tanto llamaba la atención: el tanga de Sky, ese tanga supersexy de encaje negro que me había guardado en el bolsillo para que su hermano no lo encontrara tirado en el suelo y nos pillara con las manos en la masa o, más concretamente, con mi Piolín dando la zambomba (sí, no te rías, Piolín es el nombre cariñoso con el que llamo a mi cosita desde niño, tras contraer ictericia y que todo mi cuerpo se tiñera de amarillo). Pero, oye, no te preocupes que todo quedó en un susto.

Desvié rápidamente la mirada al frente, hacia Sky, y tragué saliva mientras dos ojos verdes me observaban con una intensidad algo violenta. Confuso y de forma automática, volví a guardar la prenda en lo más profundo del bolsillo, como si me quemara la piel.

—Creo que… el menda se retira a descansar a sus aposentos —manifesté, intentando levantarme de la silla y escapar de allí, pirarme cuanto antes con el rabo entre las piernas.

Pero, justo en ese momento, Denis intervino con una sonrisita torcida de hijoputa en los labios sumada a una mirada asesina de las que cortan la respiración de un zarpazo.

¡Zaaaas!

¿Acaso conocía al dedillo toda la ropa íntima de su hermana?

¿Le hacía la colada?

¿Se la planchaba, después?

¡Me cago en la puta una y mil millones de putas veces!

—¿Tan pronto te vas? ¿No te quedas para otra ronda de preguntas? —sugirió, rompiendo el silencio.

¡A buenas horas, mangas verdes!

Los latidos de mi pecho, que parecía a punto de reventar, llevaban un buen rato fuera de control. El sudor se convirtió en un problema aún mayor, ya que sentía esa sensación pegajosa y delirante no solo en mi frente, sino también en las axilas y en otras partes (no preguntes).

—P-pues… —balbuceé como un imbécil, con una voz temblorosa, a punto de soltar una confesión que me mandaría directo a otro país o, mejor aún, a otra galaxia de un guantazo con la mano abierta.

Por suerte, Dios aprieta pero no ahoga y justo en ese instante la electricidad pareció regresar como por arte de magia o por misericordia de la divina providencia.

—Y… ¡se hizo la luz! —exclamó el compositor diabólico de los cojones, aplaudiendo en el aire de forma bastante exagerada, a mi parecer—. Por fin nos vemos las caras.

—Sí, menos mal —rezó Madox comiéndose a Morgan con los ojos, con una mirada cargada de tanto sentimiento que no admitía dudas: seguía coladito por ella (cada loco con su tema y cada idiota que aguante su cruz). Se llevó una piruleta a la boca y la relamió lentamente.

Ni que decir tiene que la tensión se había mimetizado en el ambiente, en las paredes, en las patas de la mesa, en los platos de la cena, en mi maldita cabeza. Mi trasero, como si obedeciera a los hilos de un titiritero, volvió a acomodarse en la silla casi por compasión, mientras mi conciencia caía a niveles infernales.

Permíteme resumir brevemente mi estado en ese momento utilizando tres emoticonos de WhatsApp. El primero, la caquita (💩): Mi cerebro repetía una y otra vez en un bucle: «Huye, cobarde, éramos pocos y valientes». El segundo, el fantasma (👻): «La cagaste, Burt Lancaster, eres un puto fiambre». El tercero, el de *Star Trek* (🖖): mi corazón me instaba a tomar conciencia mientras me daba una colleja en la nuca: «Debes arreglar esto, joder. Tú no eres así. La amistad es lo más importante. Madox ha sido siempre como ese hermano que nunca tuviste. Nos cuidamos, nos ayudamos, nos protegemos. Nos…».

¡No compartimos la misma tía!

¡No sé cómo pude hacerle eso!

Soy una persona despreciable, una maldita basura que ha ninguneado nuestra amistad de toda una vida en tan solo tres jodidos minutos (del mejor polvo de mi existencia). Y seré condenado a vagar por el infierno eternamente por haber dilapidado algo tan valioso.

¡Mierda, realmente quería a ese cabrón!

34

Madox

¡Por todos mis muertos!

No logré comprender la razón por la cual mi amigo se encontraba tan tenso y nervioso después de su regreso de la despensa con las botellas de ron y soda. Y había algo que me resultaba muy desconcertante: ¿de dónde había sacado de pronto ese diminuto tanga negro con el que secaba el sudor de su frente?

A ver, por partes. Ya te expliqué que Jacob Lockler era un individuo realmente peculiar, peculiarmente extraño en ocasiones. A pesar de que éramos amigos desde prácticamente la cuna, todavía había momentos en los que lograba descolocarme por completo y desbaratar todos mis esquemas.

Debo admitir que su actitud hacia mí a partir de ese momento me intrigó sobremanera. Parecía empecinado en atacarme directamente, lanzándose a mi yugular, y de revelar la relación que Morgan y yo habíamos tenido en el pasado, encabronándose en que dejara de ser un secreto para los hermanos Moore. Algo amenazaba con socavar los cimientos de confianza que había construido con la pelirroja y que podría llevarnos a una inminente ruptura de pareja.

—Jacob, ¿cuál ha sido el lugar más inusual donde has tenido relaciones sexuales? —preguntó Sky en voz alta, generando expectación en el aire antes de que se revelara la respuesta.

—En un ataúd.

—No me jodas, eso no puede ser verdad… —Me reí a carcajadas, incrédulo ante tal afirmación. Hasta donde recordaba, el menda y yo no teníamos secretos y aquello, de ser cierto, me lo habría contado—. Deja las cadenas aparcadas junto al Lamborghini y ¡para de marcarte un farol, Casper!

—No estoy mintiendo, tío.

—Ya, claro, lo que tú digas, machote. —Resté importancia a la absurda declaración que

acababa de vomitar y retiré su vaso de tubo fuera de su alcance, tratando de evitar que siguiera bebiendo como una esponja y para que se enfocara en no decir paridas, porque se estaba yendo por peteneras—. Dime entonces con quién fue, ¿dónde y cuándo?

—Fue con Sarah Watson, en una sala de *escape room* en Skagway, el último 4 de julio.

—¿En serio? ¡No me jodas! —Mi estómago se giró del revés—. ¡Qué santos cojones! ¿Fue con la hermana de mi ex?

—Sí, Madox, lo que oyes.

Aplaudí enérgicamente, dando tres palmadas al aire, y me burlé con todas mis fuerzas mientras me reclinaba en mi silla de ruedas.

Tal vez todo esto no era más que una de las muchas historietas para no dormir, ya que, entre tú y yo, no era precisamente un experto en conquistar mujeres. No por su falta de atractivo, que para qué engañarnos, no ayudaba, sino más bien porque siempre había existido una tensión incómoda entre Sarah Watson, la hermana de Alice, y él. Según tenía entendido, ¡ni siquiera podían soportarse mutuamente en la misma habitación ni compartir el aire que respiraban!

—La vida te da sorpresas, sorpresas te la vida… —canturreé aún con el sabor agridulce en mi paladar, tras quitarme la venda de los ojos y descubrir que mi amigo me guardaba secretos.

—Así es, Madox, así es la vida.

—Ya te digo.

—¡Me toca! Esto se está poniendo muy pero que muy interesante.

Morgan se adueñó de los dados y aguardó sonriente su turno. Aplaudí su valentía o más bien su falta de sensatez, pues en esa mesa las preguntas las cargaba el diablo.

Los arrojó con brío sobre el tablero.

—¡Cinco!

—Por el culo te la hinc…

—¡Jacob! Córtate un poco, ¿no, tío? —Salté en defensa de… de Morgan y del buen gusto, y en contra de la vulgaridad gratuita. O qué sé yo, simplemente salté. Su actitud excéntrica estaba empezando a tocarme mucho los huevos.

La morena movió su ficha cinco casillas.

—¿Alguna vez has fingido un orgasmo? —le preguntó Sky a Cupido—. Si es así, ¿por qué?

Cupido me miró de soslayo antes de desviar la mirada hacia Denis y tragar saliva. Su rostro aniñado se tiñó de un intenso rubor, y yo no pude evitar esbozar una sonrisa, pues sabía de buena mano que siempre se le había dado de pena maquillar la verdad. Era tan jodidamente transparente que podías leer en sus ojos sin necesidad de que pronunciara una sola palabra.

—La verdad, Morgan. —Denis acarició levemente la mejilla de ella con el dorso de la mano y sentí un extraño revoloteo en el estómago al recordar la suavidad y delicadeza de su piel entre mis dedos—. No te preocupes, bomboncito. Estamos entre amigos. Adelante.

Después de aclararse la garganta y apartar unas hojitas de menta de entre los cubitos de hielo para evitar tragar alguna accidentalmente y asfixiarse, Cupido dio tímidamente un sorbo al

combinado, supongo que para ganar tiempo con el fin de reflexionar sobre su respuesta y aliviar el sofoco.

—¿Puedo pasar de la pregunta?

—De eso nada, guapita de cara —gruñó Sky con retintín, y empezó a tintinear su vaso de cristal con las uñas de gel—. Aquí jugamos todos a *todo*, sin excepciones. Y no sirve el comodín del público, así que elige: pregunta o reto.

Morgan se mordió el carrillo durante unos segundos y mi prometida comenzó a impacientarse, deslizando la yema del dedo por el fino borde del vaso, desafiándola con su felina mirada, esa mirada que a muchos les costaba mantener sin desviarla.

—Reto.

—Oh, vaya, vaya, vaya… Parece que la *superstar* tiene miedito de revelar sus secretos a su prometido. ¡Menuda decepción, nena! No pensé que fueras tan cobarde como para no admitir que finges los orgasmos con mi hermano.

—¡Sky! Déjalo. Tú más que nadie sabes que todos tenemos secretos.

—¿Yo más que nadie?

—Sí, hermanita. Tú eres la primera en la lista.

Denis salió en su defensa como un toro bravo irrumpiendo triunfante en la plaza, adentrándose en la arena y levantando una polvareda a su paso, con su imponente porte y una mirada amenazante, a punto de embestir al osado torero con el capote en la mano y la espada lista para ser blandida contra el cuerpo del animal.

—¿Y qué mierdas estás insinuando con eso?

—Que dejes de entrometerte y de acosar a Morgan. ¡Basta ya! Ahora mismo.

La sonrisa se le congeló a Sky en el rostro y yo quedé perplejo al descubrir su faceta de hombre protector, como un guardaespaldas a lo Kevin Costner. Sabía que quería a Morgan, que incluso podía estar enamorado de ella, por sus gestos afectuosos. Sin embargo, considerando su actitud altiva, calculadora y un tanto fría, nunca habría imaginado que priorizaría a Morgan sobre los lazos de sangre. Desde luego, merecía mi admiración y aplausos.

¡Chapó, Denis Moore!

—Reto, eh… Bien, te reto a besar en el cuello durante 30 segundos a uno de nosotros, excepto a Denis.

—¿Estás loca? Eso está más allá de los límites del juego.

—¿Y cuáles son esos límites, exactamente? Nadie los ha establecido.

—¿Qué? —murmuró Cupido con una voz estrangulada y emitiendo un sonido similar al de un graznido muy cómico.

—Es cierto, Morgan, no los hemos establecido.

—Gracias, Jacob. —Le premió Sky chocando ambas palmas al aire.

—Lo hago para conseguir de la solista ese beso ardiente y húmedo en el cuello, no por otra cosa, pelirroja.

—¿Quéééé? ¡No puedo creerlo!

Morgan miraba a ambos con gran nerviosismo, completamente acorralada y ruborizada, sin saber qué hacer ni qué decir, sin saber cómo defenderse, como si una pelota de tenis estuviera siendo golpeada de un lado a otro de la cancha cada vez a mayor velocidad. ¡Pim, pam! ¡Zas! ¡Plas!

—Vale, ¡se acabó! —solté, ya aburrido de escuchar a esos dos liantes.

Reuní coraje y antes de que la situación se volviera aún más caótica, evitando que Morgan se desmoronara bajo tanta presión y se echara a llorar, me impulsé hacia atrás con la ayuda de las palmas de mis manos para empujar las ruedas de la silla y, con un movimiento coordinado, me desplacé a su lado.

—¿Q-qué estás haciendo, Madox? —Le tembló el labio inferior.

Tragué saliva cuando nuestras miradas se enredaron. Luego le sonreí despacio para tranquilizarla y hacerle saber que iba a ayudarla, aunque fuera de manera drástica, matando moscas a cañonazos.

Te doy mi palabra de que fue la única solución que se me ocurrió en ese momento.

—Ni puta idea.

Deslicé suavemente el pulgar para apartar una lágrima fugaz que amenazaba con caer de la comisura de su ojo derecho, y decidí enfrentar a ese toro salvaje dispuesto a embestirlo contra el muro de hormigón.

—¿Confías en mí? —le susurré bajito, asegurándome de que solo ella pudiera oírme.

Asintió y, armado de valor, aparté su melena a un lado para acercarme a su cuello. Hundí mi mano en su pelo y me topé de frente con esos tres malditos lunares en forma de puntos cardinales, esas condenadas constelaciones marcadas en su mejilla, el arco de Cupido y la maldita vena carótida que palpitaba rápidamente, invitándome de manera indecorosa a besarla, lamerla y mordisquearla de forma sensual y morbosa.

Pronto, su inconfundible aroma, que me recordaba al aceite de cerezo y las almendras dulces, me envolvió y me dejó aturdido por completo. Cerré los ojos, hipnotizado (o idiotizado, como solía decirme Jacob en el pasado), mientras mis labios se posaban suavemente sobre su cálida piel, siguiendo el camino que me sabía de memoria. Comencé a besarla dulcemente, prolongando los instantes, sepultándonos en el presente y relegando a un lado el después.

Su latir, ¡me cago en todo!, ese pulso enfermizo de la sangre ardiente recorriendo su vena mientras mi lengua desafiante lamía y saboreaba el relieve ondulado que cubría su piel.

Embriagado por ella, perdí por completo la noción del tiempo, del espacio y de las personas que nos rodeaban. Los murmullos se entrelazaban con gemidos guturales ahogados en las cuerdas vocales de Cupido. Por un instante, retrocedí cuatro años en el tiempo, a la cabaña del viejo Sam Cooper, donde cada paso se convertía en un abrazo, en un baile al ritmo de *Georgia Mind* de Roy Charles, y reviví las caricias furtivas, las miradas cómplices compartidas en la penumbra, los arrumacos en aquel reducido espacio de medio metro en la cama. Recordé las

palabras susurradas en un suspiro: «Me encantas», «Nunca he sentido nada igual», «Aunque esta sea nuestra última noche en esta vida, soy feliz de haber pasado estos doce días a tu lado».

En ese instante, todo lo demás se desvaneció. Éramos solo ella y yo, Cupido cantarín y el agente Ward, envueltos en una burbuja de intimidad y complicidad donde se arremolinaban el pasado y el presente; su piel, mi saliva, su olor, mi lengua y nuestros vívidos recuerdos.

—¡Que te den, Madox! —gritó Sky a mis espaldas, mientras una botella de ron se estrellaba contra el suelo y sus fragmentos se esparcían a nuestros pies.

Oí los tacones alejándose apresuradamente y el sonido estruendoso del portazo al cerrar la puerta de la calle.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? —inquirió Denis, sin dar crédito a lo que acababa de presenciar.

Me quedé perplejo ante la situación, sin entender qué coño había ocurrido. Me aparté bruscamente de Morgan y me encontré con la mirada inexpresiva de su prometido, una mirada que di por seguro que se grabaría en mi memoria para siempre. Era una mezcla de asombro, incredulidad, dolor y furia, como si yo le hubiese golpeado en el estómago con saña y él estuviera retorciéndose de dolor en el suelo.

Y joder… también estaba la búsqueda desesperada de una explicación lo más coherente posible a lo que había ocurrido.

—El puto alcohol… —Mentí de pena, sin creer ni yo mismo mis propias palabras, sin credibilidad alguna, pues culpar a las cervezas o al estúpido juego de las preguntas fue un desatino. La culpa recaía únicamente en mí, solo en mí—. Perdí el control, tío. Se me fue de las manos. No culpes a Morgan. Ella… Soy yo el idiota, el imbécil que no sabe beber y cuando me excedo… pues, mierda, suceden estas lamentables cosas. Lo siento de verdad.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora mismo?

No respondí, me había quedado sin palabras, aunque podía hacerme a la idea.

—Partirte la maldita cara. —Me amenazó con ferocidad.

Y antes de reaccionar como lo haría por instinto un machito alfa, sentí que me faltaba el aliento. Porque de haber estado en su lugar, si alguien hubiese besado a Morgan en el cuello de esa manera, como yo hice y delante de mis putas narices, si hubiéramos sido pareja y yo hubiera sentido lo que siento por ella, yo… ¡Maldita mi suerte! Ya habría actuado. Le habría asestado un gancho de derecha tan fuerte con toda mi ira que el desgraciado habría tenido que acudir a un cirujano plástico para reconstruir su tabique nasal, porque habría convertido su jeta de listillo en un sello postal de la Segunda Guerra Mundial.

—Pero tranquilo, no tengo intención de hacerlo. En primer lugar, porque estoy en contra de la violencia. En segundo, porque eres la pareja de mi hermana y quiero darle la oportunidad a Sky de que vea qué tipo de persona eres realmente. —Hizo una pausa significativa antes de continuar, buscando impactar en mi conciencia—. Y, en tercer lugar, porque siento lástima por ti, porque no sabes valorar lo que tienes y buscas migajas en otros lugares.

Con esas palabras, Denis se dio la vuelta después de lanzar una mirada de incomprensión a Morgan que me revolvió hasta las entrañas, y se alejó de nosotros subiendo la escalera.

Me quedé allí, paralizado por el peso de mis acciones, tratando de procesar todo, pero tenía demasiados grumos que digerir. Mientras buscaba una forma de arreglar el desastre, Morgan se levantó y corrió tras él.

Luego, como si el karma me estuviera impartiendo una enseñanza sobre las repercusiones de mis actos, la oscuridad del apartamento regresó para agravar aún más la situación, jodiendo aún más la marrana.

Siddhartha Gautama, también conocido como Buda, un tipo muy majete y práctico según se mire, difundió el siguiente mensaje: «No hay fuego comparable a la pasión. No hay sufrimiento igual al apego. No hay mal como la ignorancia. No hay accidente como la negligencia». Dichas palabras nos recuerdan la importancia de aprender de nuestras acciones pasadas y ser conscientes de cómo nuestras elecciones pueden influir en nuestra realidad presente.

Sin embargo, acertadamente o no, yo decidí pasarme sus sabios consejos por el forro de… ejem, mejor dejémoslo así: por el forro.

35

Denis



Abandoné rápidamente el salón sin sospechar que Morgan me seguía. Al llegar al segundo piso oí su respiración agitada detrás de mí. Pretendía entrar en la habitación, nuestro dormitorio desde hacía cuatro años.

—Denis, por favor, déjame explicarte —exhaló en un tono suplicante.

—Oh, vaya, ¿hay algo que explicar entonces? —respondí con un retintín que hasta a mí me supo amargo—. ¿Quieres que hablemos? Pues hablaremos.

Me giré, fruncí los labios y crucé los brazos sobre mis pectorales en una postura rígida, como si me estuviera protegiendo de lo que presumía iba a escuchar de su propia boca. Tal vez iba a confesar que se sentía atraída por el agente de policía, o quizás que estaba confundida por los preparativos previos a la boda. ¿Puede que sintiera demasiada presión debido a la nominación de los Grammy?

—Soy todo oídos —pronuncié en un tono demasiado cargado de firmeza, algo que ella no estaba acostumbrada a ver en mí.

Siempre había sido tolerante y complaciente. Incluso en más de una ocasión renuncié a mostrarme desafiante ante las críticas, opiniones y juicios hacia ella con el fin de que se sintiera feliz, especial y amada.

—Bueno, v-verás… —tartamudeó. Mala señal. Siempre que tartamudeaba era porque algo me ocultaba o le preocupaba sobremanera. La verdad, en esos momentos no supe qué opción era la menos dolorosa—. No sé qué es lo que has creído ver.

¿Estaba de broma? No. No podía ser que se estuviera planteando esa duda.

¿Que qué he creído ver, Morgan? A dos personas del sexo opuesto en una cercanía demasiado íntima para ser unos simples extraños. En una palabra: complicidad, eso es lo que he visto.

Hubo un silencio tenso cuando se quedó callada, echando el freno, quizás esperando a que yo

continuara con mi interrogatorio. Pero esta vez estaba equivocada, era ella quien debía enfrentar y reparar los daños, los platos rotos.

Sentía una gran ansiedad por descubrir si iba a ser sincera o si, por el contrario, tiraría por el lado de la mentira, destruyendo por completo la frágil y estrecha confianza que habíamos construido durante todos esos años de relación.

—¿Te has excitado? —Exploté, sin más, a pesar de que me había prometido a mí mismo esperar su explicación. Pero la sangre me hervía en las venas y mi pulso se había descontrolado por completo.

—¿Qué? ¡Noooo! —respondió ella con los labios temblorosos, ruborizada, bajando la vista y retorciendo sus manos.

Coloqué las mías a ambos lados de su cara cuando ella evitó mi mirada, y noté cómo la culpa se manifestaba en su vientre, que contrajo en diminutos espasmos, y trepaba por su garganta hasta provocarle algún que otro carraspeo.

—Mírame, Morgan —pronuncié con suavidad.

Al ver que prefería seguir ausente a alzar la vista y enfrentarse a mis ojos, insistí por segunda vez.

—Cielo, vamos, mírame.

—No me hagas esto. No nos hagas esto. Estamos bien. Vamos a casarnos. Deseamos esto, queremos esta vida… —susurró con voz entrecortada, al borde del llanto.

—¿En plural? —le insté, elevando su mentón con un dedo. Y me encontré con unos ojos tristes, húmedos y desprovistos del brillo que solían tener, que solían proyectar.

—Sí, Denis. Lo quiero, por supuesto que lo quiero.

—¿Estás segura?

Arqueé una ceja. Tragó saliva y pude ver cómo apretaba los dientes mientras llenaba sus pulmones de aire. Por primera vez en mi vida, me sentí impotente frente a algo que se escapaba a mi raciocinio y que no auguraba nada bueno.

—Claro. No ha pasado nada.

—No me preocupa lo que él haya hecho, Morgan, sino lo que llegaste a sentir cuando lo hizo. Y la expresión de tu cara, joder… —Sonreí y negué al mismo tiempo—, nunca la había visto así. Y no era de sumo placer, no, ¡qué va!, sino de… de estar en otro lugar, en uno fuera de mi alcance… en el que solo estabais él y tú.

—Denis, no es lo que… ¡No, no lo es!

Inspiré profundamente.

—Cariño, te quiero —lo solté sin vacilar, pues era lo que realmente sentía en el interior de mi pecho, lamiendo las costillas.

—Denis…

—Chist… Déjame acabar. —Los labios se me curvaron en una leve sonrisa, una dolorosamente triste, mientras me embargaba una sensación de incómodo vacío. No me daba

miedo que me engañara con otro en cuerpo, pero sí en alma, porque ahí sí que tenía las de perder. Físico contra alma—. Mira si te quiero tanto y con tanta locura, que estaría dispuesto a abandonarlo todo por ti, renunciaría a todo en lo que creo, a todo por lo que he luchado, en el hipotético caso de que supiera o tuviera la certeza de que no eres feliz a mi lado.

Te aseguro que la interpretación subjetiva de las cosas puede llegar a tener muchos matices, al igual que la incertidumbre, y ensombrecer la confianza y la fe incluso del más fiel de los seres humanos.

—Lo soy. Mucho. Denis…

Varias lágrimas rodaron por las mejillas de Morgan, mientras yo las retiraba lentamente con el pulgar.

—Ey, vamos, cielo, no llores, por favor.

Aquella noche, por segunda vez consecutiva, las luces volvieron a apagarse en ese apartamento en el corazón de Manhattan, acentuando en medio del silencio nuestras respiraciones entrecortadas.

—¿Podrías abrazarme? Ahora lo único que necesito es sentirte conmigo; mi cuerpo pegado al tuyo.

Asentí en la penumbra y la estreché entre mis brazos. Apoyó la cabeza en mi pecho y percibí su vena carótida a punto de explotar al paso de las yemas de mis dedos, que deslizaba desde la clavícula a su nuca.

Fruncí el ceño al confirmar, por su comportamiento y su pésima defensa, que el agente de policía y ella ya se conocían. La cuestión era averiguar desde cuándo y el grado de conexión sentimental entre ambos.

36

Jacob



—¡Sky, escúchame! ¡Detente, maldita sea!

La sujeté del codo mientras entraba en el ascensor, esa especie de montacargas con puertas de tijera que se cerraban detrás de nosotros, y que hubieran podido seccionar uno de mis gemelos si me hubiera quedado atrapado, y a puntito estuve, cuando ella accionó el mecanismo de cierre en el panel del control.

—¡Coooooño! ¡Por los pelos, joder! —mascullé entre dientes, obligándola a girarse. Vi que estaba llorando—. Mierda, Sky.

—Déjame en paz, Jacob.

Me miró mientras las lágrimas rodaban por sus encendidas mejillas, salpicadas de minúsculas pecas de un sexy matiz marrón.

—¡Hostias! —Me aclaré la garganta—. No llores, pelirroja. Me destroza verte así.

Con el pulgar, le aparté un par de gruesas lágrimas que habían borrado parte de su rímel negro, dejando un rastro difuso similar a las huellas de una serpiente reptando sobre su delicada y pálida piel de muñequita de porcelana.

—Recuerda que no es asunto tuyo lo que me pase, lo que sienta ni lo que piense. Así que, por favor, no finjas que te importa lo más mínimo.

Resoplé y acorté la distancia entre nuestros cuerpos. Su pelo tenía un aroma a melocotón o algo parecido. Algo que resultaba sumamente tentador y dulce al mismo tiempo. Así era ella, sensual y jugosa, con un trasfondo cálido que se empeñaba en ocultar. De ninguna manera era tan fría como quería hacer creer al mundo. A mí no me engañaba.

—¿Sabes qué?

—¿Qué, Jacob?

—Que me importa un bledo lo que pienses de mí. —Apreté mis labios hasta convertirlos en

una fina línea mientras estampaba mi mano, cerca de su cabeza, contra el espejo donde ella apoyaba su espalda. La miré fijamente a los ojos—. Y a ti tampoco debería importarte lo que piensen los demás, ni siquiera yo.

—Oh, genial, eso me reconforta. No tienes ni idea de cuánto… ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—He escuchado ese mismo discurso miles de veces, así que, para ser más original que el resto, entona otra cantinela.

Sus ojos verdes centelleaban de rabia, o tal vez de impotencia o, simplemente, pura ignorancia, quién sabe.

—Madox te quiere, solo es que…

—¿Qué? ¡¿Qué, Jacob?!

Inspiré hondo, clavando mis ojos en los suyos aún con mayor intensidad.

—Que aún no lo sabe.

—Vaya… —soltó con sarcasmo, ensanchó los labios y negó con la cabeza—. ¿Sabes qué?

—No, dime tú.

Justo en ese momento el ascensor se detuvo entre dos pisos y quedamos atrapados entre el quinto y el cuarto en una brusca sacudida, tan violenta que obligó a Sky a aferrarse fuertemente a mis brazos en un estallido de pánico. La oscuridad nos envolvió cuando las luces se apagaron y quedó únicamente la tenue luz titilante de emergencia. El silencio se hizo presente, salvo por el sonido ocasional de los ventiladores.

—De puta coña.

—¡Oh, cielos! —gritó ella, presa de la sorpresa y la confusión que ninguno de los dos esperaba—. ¿Qué acaba de pasar?

—Debe de ser cosa del apagón. Es probable que la manzana haya quedado nuevamente sin suministro eléctrico.

—Estarás de broma, ¿verdad?

Sky temblaba, parecía una niña pequeña, perdida, y su mirada suplicaba desesperadamente salir de allí. Sus dedos se clavaron en mi piel.

—¿No serás claustrofóbica?

—Si no lo era, a partir de ahora me declaro completamente claustrofóbica.

Sonreí y extendí el brazo para presionar los botones de las diferentes plantas y tratar de comunicarnos con el exterior a través del interfono, pero no obtuvimos respuesta inmediata al otro lado.

—Jacob, prométeme que este chisme no va a desplomarse doce metros por el hueco del edificio.

—Espero que no —admití con seriedad.

—Eso no ha sonado nada tranquilizador, sino bastante alarmista.

—¿Quieres que te lo prometa?

Abrió mucho los ojos y tragó saliva despacio, siguiendo la dirección de los míos mientras exploraba cada recoveco de ese reducido espacio, buscando una salida, un golpe de efecto.

—Te lo ruego, además, es gratis.

—Solo si me prometes que vas a mantener la calma.

—Prometido —paladeó.

—Prometido.

—¿Qué estás haciendo? —Frunció el ceño, curiosa, a pesar de que seguía temblando de frío o de miedo, o quizás de ambas cosas a la vez.

—Buscando soluciones.

—¿Crees que vamos a salir por esa puerta que está atascada entre dos pisos?

—No lo sé, tal vez.

—¿Tal vez? Ni de broma…

De repente, el cubículo volvió a caer en picado, quizás solo una fracción de planta, tal vez un poco más. Cuando estás en una situación crítica, todo se magnifica hasta límites insospechados. Sky gritó a pleno pulmón: «¡Socorrooooo! ¡Vamos a morir!». Y se aferró a mí, anclándose como una garrapata a un perro, pero en lugar de usar ganchos y patas clavó sus uñas de gel en mis pectorales. Si no sabía lo que se siente cuando tienes *pearcings* en los pezones, puedo asegurarte que en ese momento tuve una prueba fehaciente de ello.

Es importante destacar que tenerla así, tan pegadita a mi cuerpo, inmóvil, buscando protección y refugio en mí, sintiendo su corazón latir aceleradamente contra mi pecho de una forma muy íntima, fue la sensación más jodidamente placentera desde que vi junto a mi viejo, cuando era apenas un mocoso, el juego 6 de la Serie Mundial de 1986 entre los New York Mets y los Boston Red Sox, famoso por el error del primera base Bill Bucker que permitió a los Mets forzar un séptimo juego y ganar el partido.

En mi caso, hubiera dado mi vida porque nadie la desparasitara de mi piel. Ni siquiera era una opción.

La envolví con mis brazos como si fuesen un escudo protector, como la capa de un superhéroe de DC, mientras ella enterraba su cara en mi cuello.

Me cago en la puta.

—Chist… tranquila, estoy aquí.

Noté los músculos de mis antebrazos estremecerse al estrecharla más, acercarla más, abrazarla más. Ignorar lo que esa mujer despertaba en mí era un acto de estupidez, aunque fuera la prometida de mi mejor amigo, aunque pensar en ella de esa forma fuera…

—Jacob.

—¿Hummm…?

—Estás… ¿empalmado?

Abrí un ojo y después el otro. Sonreí.

—Un poquito, sí.

Sky negó con la cabeza y, cuando ya esperaba que se apartara de mí y ganarme una bofetada por calenturiento en una situación extrema y surrealista, porque cabía la posibilidad de que el ascensor se desplomara al vacío y nos convirtiéramos en picadillo para hamburguesas, oí el vibrato de su risa tamborileando en mis costillas.

Pronto me contagié de su risa briosa, cantarina, hipnótica, como esos cánticos de las sirenas, no el sonido estridente y penetrante de las ambulancias que emergen repentinamente de la nada para alertar sobre una emergencia sanitaria, sino el de las criaturas del mar.

Alzó la barbilla y enredó su mirada con la mía, una mirada acuosa que expresaba muchas cosas, demasiadas, tantas que doblegaban por completo mi autocontrol, mi lealtad a mi amigo Madox e incluso a mí mismo.

—Sky, joder…

¡Me cago en todo lo que se menea!

La cogí de la nuca y silencié su risa de inmediato estampando mis labios con furia contra los suyos. Lo que ocurrió después no puede ser descrito en unas simples líneas debido al alto contenido sexual, no apto para sensibleros.

Solo te diré que fue demencialmente una locura, y que su nombre, Sky, al elevar mis fantasías al cielo y más allá, le sentaba como anillo al dedo.

37

Madox

Días después

—Pito, pito, colorido, ¿dónde vas tú tan bonito? A la era verdadera a contar la gallinera. Una, dos, tres, cuatro. ¡Pim, pam, pum, te ha *tocao* llevarme otra vez, morena!

Señalé a Morgan, quien me devolvió una mirada hostil que irradiaba una antipatía a la que hacía días estaba acostumbrado, y se cruzó de brazos en un acto reflejo.

—Me toca a mí porque no hay nadie más en este apartamento, por eso. ¡Deja de hacer el tonto!

Cuando me llamó infantil, aproveché la oportunidad para hacerlo aún más exagerado, imitando a Jim Carrey en una de sus famosas actuaciones: haciendo muecas, abriendo mucho los ojos y la mandíbula, moviendo la cabeza como si perdiera el control y dejando caer un poco de saliva por la comisura de los labios mientras balbuceaba cosas sin sentido, muy lentamente.

No cabe duda de que parecía recién escapado de un manicomio o algo peor. ¿Existe algo peor?

—No cabe duda que muchos maduran y dejan de hacer gilipolleces. Otros, sin embargo, siguen manteniendo a su niño interior encerrado y se niegan a dejarlo ir.

—Amén. Ojalá eso nunca me pase a mí —respondí, esbozando una media sonrisa lobuna, y me metí en la boca una piruleta de fresa, que lamí ruidosa e intencionadamente—. ¿Dónde hay que firmar para que mi niño interior nunca crezca?

—¡Arggg… Madox! Eres detestable… Y lo peor de todo es que encima lo sabes y lo defiendes.

Cruzó el salón a regañadientes, llegó a la puerta, agarró el picaporte y se giró para estudiar mi

reacción.

Clavó su mirada en la mía.

Me cago en la puta, qué guapa era incluso con aquella cara de mala leche que le otorgaba un cierto aire a Cate Blanchett en *Blue Jasmine*, en el papel de una mujer sofisticada y elegante, acostumbrada a un estilo de vida lujoso, aunque vulnerable y emocionalmente inestable.

Ojo al dato, no es que quisiera insinuar que Cupido fuese así, sino que siempre trataba de mostrarse fuerte y segura, incluso cuando en el fondo sabía que estaba luchando contra su yo interior. Porque paradójicamente tenía fantasmas, como todo hijo de vecino, pero se negaba a reconocerlo abiertamente, quizás por temor de perder su relación con el compositor y productor Denis Moore, o tal vez porque temía enfrentarse a lo que realmente podría haber entre nosotros o a los sentimientos hacia mí que aún perduraban.

Te juro que yo era capaz de percibir su vulnerabilidad, y por eso, de alguna manera, me sentía decepcionado, furioso por formar parte de esa farsa, por seguirle el juego. Pero ¿hasta cuándo?

—Vamos, agente Ward, no tengo todo el día para desempeñar los roles de chófer, niñera y psicóloga.

Vacilé por un momento, pero luego moví las ruedas de la silla hacia ella.

—Las damas primero —me dijo con una sonrisa traviesa, sosteniendo la puerta y acomodando su bolso en el hombro, para que yo pasara antes que ella.

—Ey, eso ha sido muy gracioso viniendo de ti, Cupido.

—Ya ves, aprendo del mejor.

—No te quepa duda.

Salimos del edificio y el taxi adaptado para mi silla de ruedas ya estaba esperando al pie de la calle. Ascendí por la rampa de atrás y ella se sentó a mi lado durante todo el trayecto, asegurándose de que me sintiera cómodo a pesar de los baches y la forma un tanto brusca en la que conducía el colega.

—¿Cuánto tiempo llevas con ese tipo estirado?

—Madox, se llama Denis Moore, y no es que sea… Bueno, que le guste vestir elegante y comer esa especie de comida vegana… pues…

—¿Ves? —Sonreí y la miré de soslayo—. Hasta tú misma escuchándote te das cuenta de que no encajáis ni de coña.

—¿Insinúas que no soy una chica refinada sino vulgar?

—De ninguna manera.

La miré. Me miró. Desvié la mirada hacia la ventanilla y noté cómo ella la seguía en silencio. Joder, ¿cómo le podía decir que Denis no pegaba con ella ni con cola porque ella era la persona más auténtica, sexy y divertida que había conocido en mi vida? Merecía lo mejor de este mundo, incluso si ese afortunado no era yo.

—¿Quieres que te hable con franqueza? —pregunté.

La miré de nuevo a los ojos, aquellos preciosos ojos de color avellana llenos de matices,

puros, cristalinos, sensuales y tan profundos que a veces resultaban demasiado enigmáticos y otras en cambio, tan cautivadores que era difícil ignorarlos. El iris tenía un matiz dorado ambarino que se fundía con unas líneas verde musgo en los bordes, y estaban enmarcados por unas pestañas largas, densas, como las de una antigua muñeca de porcelana. Y aquellos malditos tres lunares situados estratégicamente para ponerme nervioso en cero coma: uno en la mejilla, otro en el arco de Cupido y el tercero en la vena carótida.

Se me contrajo el estómago cuando se empezó a mordisquear el labio inferior, manteniéndolo apretado entre sus dientes unos putos aunque breves segundos.

Tomamos una curva a la izquierda y, a pocos metros, el taxista frenó casi en seco, haciendo que su brazo se pegara al mío como una ventosa.

—Sí, deberías hacerlo.

Respiré profundamente, tratando de recobrar la compostura, ya que tanta cercanía de piel con piel me estaba acelerando el pulso.

—Sois como el día y la noche.

—Vamos, agente Ward, deberías explicarte mejor. Sé que eres capaz de hacerlo.

—No conozco demasiado a Denis, pero parece dar muchas cosas por sentado, y tú siempre pareces estar a la espera de algo más.

—Ah, ¿sí? ¿Y de qué, si puede saberse?

Tomé aire y lo contuve unos instantes en mis pulmones con la intención de ganar tiempo y evitar confesar lo que realmente me estaba pasando por la cabeza.

Iluso de mí.

Me perdí en sus ojos.

—De *algo mejor*.

—Ah, ya veo. —Me lanzó una mirada llena de mensajes subliminales que iban más allá de sus monosílabos. Las pupilas se le habían dilatado por completo. Luego, soltó un suspiro a regañadientes—. Y, déjame adivinar, ese *algo mejor* eres tú.

—No he dicho eso.

La observé detenidamente, aunque ella bajó por un instante la vista a sus manos, se ruborizó un poco y luego recuperó nuestra mirada, aunque pareció molestarle lo que veía, lo que había dicho o cómo lo había dicho.

—Estoy comprometido con Sky.

—¿Comprometido?

—Así parece.

—Me alegro por ti, por ambos… —susurró con una leve sonrisa un tanto forzada, adoptando un tono demasiado diplomático para mi gusto—. La verdad es que hacéis una bonita pareja. Muy guapos los dos.

—Gracias, eres muy amable.

Alcé una ceja. No sé si fue por el calor sofocante que hacía en la parte trasera del taxi, la

incomodidad de la conversación o simplemente el deseo de salir de esa lata de sardinas, pero agradecí llegar al destino.

El conductor nos ayudó a bajar la silla de ruedas por la rampa y, tras mirar su reloj de pulsera, acordó recogernos en dos horas.

38

Morgan



La terapia de rehabilitación de Madox para volver a caminar consistía en estar tumbado en una camilla mientras el especialista le hacía una serie de estiramientos en las extremidades inferiores. Esto incluía el uso de una banda elástica para estirar los tobillos mientras levantaba la pierna hacia arriba. Otro ejercicio consistía en caminar con la ayuda de una barra de apoyo. Y así, una lista interminable.

Madox detestaba esa parte de la sesión, ya que se mostraba inseguro al no poder dar más de dos pasos seguidos sin acabar tembloroso y exhausto, como si hubiese participado en la maratón de Boston.

Debo admitir que me resultaba difícil acompañarlo a terapia, pero no por la razón que puedas imaginar, en el plano sentimental, sino porque me dolía en el alma verlo así, esforzándose hasta lo indecible sin apenas obtener resultados.

Sabía de antemano que tardaría meses en ver algún tipo de avance real, pero me angustiaba sentirlo tan derrotado al final de cada sesión. A pesar de todo, su actitud me enorgullecía: seguía intentándolo una y otra vez, día tras día, mes tras mes. Aunque se cayera mil veces, siempre encontraba la fuerza para levantarse una vez más.

Al término de la sesión, ayudé a Madox a salir del edificio y esperamos fuera al taxista. El lugar donde se llevaba a cabo la terapia estaba ubicado en un centro aislado en medio de la nada, rodeado de altos cipreses y un estacionamiento sin pavimentar.

Rompiendo el silencio, le pregunté a Madox mientras lo miraba a los ojos:

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cómo conociste a Sky?

—¿De verdad quieres saberlo? —respondió con cierta reticencia.

—¿Por qué no?

Él suspiró y argumentó:

—Es una larga y aburrida historia.

—El taxista no llegará antes de veinte minutos. Creo que da tiempo, agente Ward.

Mientras hacía la callada como respuesta, observamos en silencio cómo una bandada de pájaros volaba por encima de nuestras cabezas y un nubarrón oscuro se aproximaba.

—Está bien.

Finalmente accedió. Sacó una piruleta de su bolsillo y me ofreció otra.

—No, gracias, estoy bien.

—Tú te lo pierdes —dijo, sonriendo de esa manera tan suya, tan personal.

Hay personas a las que sonreír no les favorece tanto; la sonrisa de Madox Ward era cautivadora, genuina, bella. Tuve que apartar la vista de sus labios y de la punta de su lengua, que asomaba cuando lamía con total parsimonia y deleite el dulce, porque noté que me había sonrojado repentinamente.

—Nos conocimos en un karaoke —reveló.

—Noooo. ¡Venga ya!

—Sí.

—Pero si se te da de pena cantar, o eso me dijiste.

—Bueno, ya sabes que el alcohol lo inhibe todo. Incluso puede hacerte creer que eres Elvis Presley en plena actuación en el Hotel Internacional Hilton de Las Vegas, allá por la década de 1970.

—Vale, prefiero no preguntar cómo acabaste allí, pero sí me gustaría saber cómo terminasteis juntos.

—Sky es fotógrafa profesional y al parecer estaba cubriendo un reportaje que el local le había encargado para un anuncio publicitario. Y cuando me di cuenta de que me estaba haciendo fotos en ese estado tan lamentable, le pedí que no las utilizara como reclamo, ya que mi reputación en el cuerpo de policía de Nueva York aún era impecable. Entonces ella dijo que aceptaba con una condición.

—Tomar una copa con ella y después… pues… eso… —Las palabras salieron disparadas de mi boca antes incluso de que supiera que las iba a pronunciar.

—Básicamente, podría decirse que ocurrió así.

Sonrió y dejó entrever unas arruguitas muy atractivas alrededor de sus ojos. El paso del tiempo le había sentado bien. Los años que habían transcurrido desde la última vez que lo vi le conferían un aspecto aún más seductor, más maduro.

De repente, el estrépito de un trueno ensordecedor resonó en el aire y un relámpago iluminó el horizonte.

—¡No fastidies! —bramé, mirando al cielo cuando unas gotas empaparon mi cara. Enseguida comenzó a caer de manera torrencial.

—¡¡Joder!!

En cuestión de segundos, el cielo se volvió gris y una feroz tempestad se desencadenó sobre nuestras cabezas. Las gotas martilleaban el suelo, los árboles y la fachada del edificio. El resplandor de los relámpagos surcando el firmamento y el abrupto descenso de las temperaturas me pusieron en alerta.

—¡Dios, no!

Me posicioné detrás de la silla de ruedas y traté en vano de desplazarla, pero cuanto más esfuerzo hacía por avanzar, más se atascaba y más se hundía en el barro. ¡Era imposible sacar a Madox de allí!

—Morgan, ve al interior del edificio y protégete de la lluvia antes de que acabes empapada como una sopa.

—No pienso dejarte aquí para que cojas una neumonía. ¡Nunca me lo perdonaría!

—Oye, estoy bien. Es solo agua, no ácido.

Hice caso omiso de sus órdenes y corrí hacia el edificio en busca de ayuda, pero las puertas ya estaban cerradas y nadie respondía al otro lado de la entrada.

Me sentí ridícula golpeando y gritando sin que nadie saliera a socorrernos. Esta situación me hizo reflexionar sobre lo que podría suceder en un momento crítico, como un accidente de tráfico, y en si habría almas caritativas y dispuestas a ayudar desinteresadamente. Preferí no averiguarlo en ese momento.

Regresé corriendo hacia Madox, tratando de sortear sin mucho éxito los charcos que se habían formado en pocos minutos. Mascullé improperios dignos del libro de los récords cuando lo vi completamente empapado, hasta las cejas, aguantando el chaparrón sin poder moverse del sitio.

—Morgan, no seas terca. —Maldijo entre dientes, pasando la mano por su rostro para retirar el exceso de agua que lo empapaba, y pude notar que tenía la piel de gallina—. Quédate bajo el porche.

—No me alejaré de tu lado.

Madox sonrió, y te juro por Dios que fue la sonrisa más bonita y sincera que había visto jamás, a pesar de que él mismo estaba tiritando de frío.

—Estaré bien, no te preocupes.

Suspiré antes de tomar una decisión impulsiva, sin premeditación ni alevosía; sin pensar, solo actué.

Me quité la chaqueta, me senté en su regazo sin pedirle permiso y utilicé la prenda como un improvisado paraguas para guarecernos, al menos en parte, de la lluvia. No estaba dispuesta a permitir que su estado empeorara debido a una fiebre de caballo que le obligara a guardar cama y le impidiera recibir la terapia necesaria para recuperarse y continuar con su rehabilitación.

—¿Qué diablos se supone que estás haciendo, Morgan?

—Calla, no digas nada.

Su dolorosa cercanía, su aliento con olor a fresa y nuestros cuerpos empapados y pegados el

uno contra el otro no me fueron indiferentes.

Tragué saliva cuando finalmente me atreví a mirarlo a los ojos y me di cuenta de que él no había dejado de mirarme en ningún momento.

—¿Peso mucho?

—No más que la última vez —susurró riendo cerca de mi cara y rodeó mi cintura con el brazo cuando mi trasero empezó a resbalarse por sus muslos debido a lo mojados que estábamos.

¡Uff!

¡Oh, Dios!

Por favor…

El pulso se me acababa de disparar y ya me estaba arrepintiendo por haber actuado sin pensar en las consecuencias. Consecuencias que presagiaba que iban a ser muy costosas.

—Madox, ni se te ocurra provocarme en esta situación.

—¿Por qué?

—Porque estoy en desventaja.

—Pensé que el que estaba en desventaja era yo, que voy en silla de ruedas.

Me miró con un gesto irónico, al menos eso creí percibir en medio de la penumbra que nos envolvía.

—Madox… No te victimices en estos momentos, al menos no ahora.

—No lo hago.

La lluvia, en vez de amainar, parecía haberse intensificado. Las gotas gruesas caían con fuerza sobre nosotros, sin tregua.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Eso depende —respondí con cautela.

Sus ojos se deslizaron furtivamente hacia mi escote y se detuvieron en el colgante que descansaba en mi pecho.

—¿Algún día me dirás por qué sigues llevándolo si se supone que ya no significo nada para ti? —preguntó, mientras trazaba perezosamente el contorno de mi camiseta con la yema de su dedo. Después, deslizó la punta hacia mi clavícula y estiró de la cadenita de oro para despegarla de mi piel mojada.

Dudé solo un momento cuando vi que sostenía el colgante de Cupido en su palma y nuestras miradas se cruzaron. Negué con la cabeza levemente, tratando de enmascarar el sentimiento que me provocaba verlo allí.

—¿Qué quieres oír? ¿Qué te gustaría oír?

Sentí su mirada clavada en mí, profunda y muy íntima, y todo mi cuerpo se estremeció por el contraste entre el frío del ambiente calando en mis huesos y la calidez de su familiar cercanía.

—La verdad, necesito oírte decir la verdad.

Tragué saliva despacio en dos ocasiones, mientras recorría toda su cara con los ojos, estudiando sus rasgos y esos gestos que me sabía de memoria, mientras me preparaba para

responder. Una intensa sensación de ardor empezó a crecer en mi pecho, un fuego que se propagó rápidamente hacia mi cuello y se detuvo en medio de mis mejillas.

Te prometo que no hay nada más aterrador que enfrentarse a la verdad, a tu verdad, y desnudar el alma por completo a ojos de otra persona. Observé los suyos, buscando cualquier indicio de cómo recibiría mis palabras.

—Que me arrepiento cada día que pasa de mi vida sin estar en la tuya; que me muero de celos cada vez que besas a Sky delante de mí; que sacrificaría todos mis logros musicales y los que vendrán por cambiar un solo segundo para ser ella… Que no he sido capaz de sacarte de mi mente…

—Repítemelo.

—¿Qué? —Parpadeé, confundida, pues acababa de abrir mi alma en canal—. ¿Qué diablos quieres que repita?

—Lo último.

Sentí cómo el nudo en la garganta se apretaba y mi respiración quedó ahogada en mi pecho. El mundo alrededor parecía haberse detenido, atrapado en la tormenta y reducido a la burbuja imaginaria de mi chaqueta, nuestro pequeño paraíso y el recuerdo de aquella humilde cabaña de madera en Haines.

Nuestro aliento se entrelazaba con la lluvia y el aroma de la tierra mojada, mientras la electricidad flotaba en el aire, intensificando la ferocidad de la naturaleza que nos rodeaba. El miedo y la vulnerabilidad se apoderaron de mí, pero sabía que tenía que liberarme, soltar todo lo que había estado atormentándome durante años.

Mis palabras brotaron de dentro de mi alma sin que pudiera contenerlas.

—Madox, yo… no he sido capaz de sacarte de mi mente —confesé con desesperación, rabia, impotencia y miedo—. ¡En cuatro malditos años! ¡Sí, cuatro! ¡¿Estás satisfecho?!

El silencio que siguió a mi confesión fue ensordecedor y el más largo que recuerdo en mucho tiempo.

Madox exhaló profundamente antes de extender la mano, agarrar mi pelo por la nuca, formando una coleta improvisada con cierta furia, y atraerme hacia él. Un escalofrío recorrió mi piel cuando un gruñido ronco gutural y muy sexy se escapó de sus labios seguido de una amplia, canalla y desafiante sonrisa.

—Joder, Morgan…, sigues siendo ese bello desastre que me volvió tan loco en el pasado.

Mi respiración se aceleró cuando liberó mis mechones y me cogió de la nuca con ambas manos para estampar sus labios contra los míos y devorar mi boca con hambre y desaliento.

Cerré los ojos y respondí al beso con la misma intensidad, quizás más, ni siquiera yo lo sabía, sintiendo cómo lamía mis labios henchidos, mis dientes temblorosos y mi lengua húmeda con una sensualidad arrolladora y de una forma que solo él sabía hacer: con una indolente seducción, peligrosamente tierna, provocadoramente intensa.

Me mordió los labios, lamió mi lengua con la suya, saboreó mi saliva.

¡Maldita seas, Madox!

Era absurdo seguir negando lo que sentíamos el uno por el otro. Ambos éramos plenamente conscientes de que lo que existía entre nosotros trascendía la mera atracción física, que iba más allá de la química hormonal que nos invade como cuando somos jóvenes. Nuestra conexión era profunda, una simbiosis de almas destinadas a encontrarse una y otra vez en el camino. A pesar de las piedras, los desvíos y los desfiladeros, siempre lográbamos volver al mismo punto de partida.

Madox poseía la habilidad de acariciar mi alma de mil formas inefables, tan indescriptibles como cuando yo pellizcaba las cuerdas de mi guitarra española. Era una sensación que solo podía experimentarse, y resultaba tremendamente complicado expresarla con palabras.

Una vez que nos separamos, Madox colocó sus manos a ambos lados de mi rostro y me miró intensamente a los ojos.

Entre dientes, exhaló:

—Me cago en la puta. Qué bueno es joder… casi lo había olvidado… —Hablaba medio riendo, medio en serio. Entonces, cerró los ojos y apoyó su frente contra la mía—. Y al mismo tiempo, qué puta mierda es…

Sí, lo era, ¡maldita sea! Demasiado. Era una maldita locura desgarradora. Con Madox todo era diferente. Me sentía plena, viva, no ocultaba mis imperfecciones ni mis excentricidades. Era mi verdadero yo, en su esencia más pura.

No obstante, a pesar de que mi corazón, mi piel y mis entrañas se entregaran por completo, mi mente debía establecer las reglas de esa insensatez, aislar ese sentimiento de mi vida. La culpa y el peso del recuerdo de Denis, haber traicionado su confianza y dañado su respeto, me empujaron a tomar una decisión.

—Sí, lo admito, Madox. Es verdad. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Contigo es distinto…, tan distinto que aterra. Siento vértigo a tu lado, pero también sosiego. Es como estar en el paraíso y en el infierno al mismo tiempo. Pero… Pero lo que ha ocurrido hoy no puede volver a repetirse —declaré, luchando por mantenerme firme y decidida, a pesar de que por dentro me sentía deshecha, destrozada y de que, en realidad, no creía ni un ápice en mis propias palabras—. Nunca.

—Sabes que no nos va a bastar, ¿verdad?

Madox llevaba razón.

—Entonces aprenderemos a que nos baste —pronuncié con una actitud despreocupada, como si no me importara en absoluto, aunque en realidad sí lo hacía.

—No funcionará. —Chasqueó la lengua.

—Funcionará —susurré bajito, muy cerca de sus labios y perdiendo fuerza y credibilidad con mi actitud.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, envueltos en una atmósfera húmeda por la lluvia, pero cálida por la complicidad y el deseo. Estaba tan pegada a él que podía notar sus firmes músculos

a través de la ropa empapada, nuestros corazones acompasados latiendo al unísono, sincronizados tras las costillas, mientras el aliento a fresa escapaba de su boca entreabierta. Mi piel se estremeció bajo la suavidad de sus dedos, que acariciaban el arco de mi cuello, trazando el relieve de las venas y siguiendo la curvatura de la clavícula.

Entonces, él se inclinó y besó el lunar, depositó un dulce beso justo en ese punto. A continuación, humedeciendo los labios, besó el segundo de mis lunares, el de la mejilla. Pero faltaba uno más, en el lado derecho de esa zona tan sensual sobre mi labio superior, en el arco de Cupido. En algunas culturas, estos lunares son considerados como tatuajes naturales que auguran algo a quien los posee. Además, ciertas leyendas afirman que los lunares son puntos donde la energía lunar se concentra y que aquellos que los tienen están más cerca de la influencia de la diosa de la luna. En realidad, se trata solo de mitología popular y de parte del folclore y estas leyendas no tienen ninguna base científica o factual.

—Ya es tarde, Morgan. —La imagen de él mirándome a los ojos tan intensamente que dolía, sus pupilas fijas en mi tercer lunar, en mi boca, me dejó sin aliento—. El daño ya está hecho.

Experimenté una punzada de angustia y de deseo al mismo tiempo, ¡una maldita paradoja!

Quería, pero no debía. Lo deseaba, pero sabía que estaba mal sentirlo. No besarnos dolía demasiado.

—No puedo seguir con esto —balbuceé al mirarle con los ojos vacilantes y acuosos.

—No puedes seguir huyendo siempre de todo.

—Madox…

Se acercó lentamente a mi tercer lunar, a esa pequeña marca pigmentada en mi piel, en el sitio perfecto, un punto oscuro y redondo sobre el labio superior que, sin provocarlo, desprendía travesura y sensualidad. Depositó un beso, solo uno, pero rozando la comisura de mis labios, y luego se separó para volver a mirarme a los ojos.

—No puedes seguir huyendo siempre de mí. Debes parar, detenerte, decidir qué quieres. Decidir a quién quieres, a quién deseas, a quién…

Las pupilas se le dilataron cuando dejó de mirarme y centró su atención en mi boca. El corazón se me detuvo un instante, tal vez fueron dos, tres, cuatro… ¡No lo sé!

Luego, mis pulsaciones se dispararon, contuve el aliento y le besé. Tenía los labios suaves, jugosos, resbaladizos, hinchados y con ese sabor a caramelo de fresa tan característico en él. Temblé. Me acarició la cara, el cuello, la raíz del pelo en la nuca. Quería dejar de besarlo, echar a correr, ocultarme, tal vez gritar. Pero mentía. Quería besarlo, quedarme, permitir que sus manos mapearan milímetro a milímetro todo mi cuerpo, calentando y trazando mi piel minuciosamente.

Nuestros besos se intensificaron al igual que nuestras caricias. Sus manos se metieron bajo mi ropa, mientras las mías se enredaban en su pelo. Siguió el contorno de mi sujetador y deslizó uno de los pulgares entre el encaje y mis pechos. La piel de todo mi cuerpo se erizó cuando pellizcó con delicadeza uno de mis pezones.

—Madox…

—Morgan…

Me miró de manera muy íntima cuando tomé la iniciativa de cambiar de postura y me senté a horcajadas sobre sus piernas, cara a cara, encima de una erección que no esperaba sentir.

—Creía que no podías… después de lo sucedido en Tribeca.

Atrapó mis nalgas con las manos, clavó sus dedos en mis carnes y después las metió bajo mi falda y pegó más mi sexo al suyo.

—Joder, te juro que yo también lo creía. —Sonrió y negó al mismo tiempo—. Solo tú logras despertar todo en mí, Cupido, nadie más.

39

Margot



Escribiendo…
Escribiendo…
Escribiendo…

Vale, Margot.

¿Eso es todo lo que piensas decirme?

Prefiero verte en persona.

Sabes que estoy de camino, cielo.

Gracias, eres la mejor.

De mejor nada, monada, con una degustación en MomofukuKo bastará.

¿No te sirve en Joe’s Pizza?
Lo digo por mi economía…

Sabes que sí, tontita mía.
Peeeero… ya puedes hacerme la ola como una polla en cuanto me veas, nena.

Yo también te quiero.

Guardé el teléfono en el bolso y solté un suspiro, emocionada por volver a verla después de tantos años. Sí, habíamos mantenido el contacto cada semana, pero seamos realistas, no es lo mismo.

¡Había extrañado muchísimo a esa petarda!

Ni que decir tiene que el *show* de *Las rubias también se enamoran* había dejado de ser estimulante sin ella, sin mi Morgan Freeman quejándose de todo, buscando mejorar las cosas imperfectas, a las personas sin empatía y este mundo carente de humanidad.

Para poder librar un fin de semana, tuve que trabajar horas extra y acumular días libres, y así logré viajar a Nueva York, pues su último mensaje me había dejado tocada y hundida como en el juego naval de los barquitos. Por lo visto, Madox Ward, el poli *macizorro* alias *#poliengañanovias* de Alaska, estaba viviendo bajo su mismo techo y además… ¡habían compartido momentos íntimos y distintos fluidos corporales!

¡Ey, tú! Sí, tú. No pongas esa cara de asombro. Porque no, no es que me haya convertido en una puritana de golpe, simplemente prefiero no entrar en detalles demasiado gráficos para evitar ser etiquetada de *guarrindonguilla*. Aunque, a decir verdad, ¡me importa un comino!

Un par de horas más tarde pisaba el gris asfalto de la ciudad, esa que aseguran que nunca duerme, y desde luego doy fe de ello. Con el primer paso ya percibí esa energía vibrante del bullicio de la gente, del constante trasiego de automóviles y del pulso frenético de la vida urbana, tan caótica como fascinante.

Ajá, como puedes deducir, era mi primera vez, me estrenaba con todos los extras, era toda una virgen con los ojos como platos y la boca abierta mirando aquí y allí, babeando al alzar la vista al cielo y contemplar los imponentes rascacielos alcanzando alturas que desde el suelo ya daban vértigo. Un lugar en el que se entremezclan el humo de los tubos de escape y aromas a comida callejera, puestos de *pretzels*, cafeterías de moda, restaurantes exóticos. El metro y sus bocacalles. La diversidad multicultural, la amalgama de rostros, cacofonías de diferentes idiomas. Sin lugar a dudas, Manhattan no deja indiferente, tatúa una huella imborrable en el corazón de quienes la viven.

Entré en Bluestone Lane, una cafetería de estilo moderno y sofisticado con una decoración minimalista, entre la Calle 59 y la Calle 34, en el barrio de Midtown, cerquita de Times Square, que está lleno de luces de neón, pantallas gigantescas y teatros de Broadway. Justo en el centro mismo de la isla en la que sonaba de fondo *Oceans (Where feet May Fail)* de Hillsong UNITED.

Eché un vistazo al lugar y vi a Morgan en una mesa al fondo, ataviada con su característico estilo llamativo y extravagante, a lo Fran Fine en *The Nanny* durante la década de 1990, lo cual siempre me volvía loca.

En esa ocasión, su *outfit* se componía de un suéter rojo de cuello vuelto que hacía juego con sus labios, y una minifalda de cuadros blancos y negros en un diseño similar al de un tablero de ajedrez, medias negras y botas altas. En dos palabras: una cucada. ¡Ah! Y no nos olvidemos de la diadema roja y de su melena morena suelta con unas ligeras ondas de medios a puntas.

—¡*Hello*, cielito lindo!

Saludé mientras alzaba la mano para llamar su atención a medida que me acercaba.

Morgan levantó la vista y, al verme, esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Como si hubiera estado aislada en un templo budista al estilo de Brad Pitt en *Siete años en el Tíbet*, se incorporó

de la silla como un resorte, vino a mi encuentro con un brinco y me abrazó como un oso, envolviéndome con fuerza en uno de esos abrazos reconfortantes y nostálgicos, como si quisiera compensar todo el tiempo perdido en un solo instante.

—¡Margot, madre mía…! —Rio, nerviosa—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Lo sé, nena, suelo causar ese impacto en los demás.

Nos separamos y nos miramos fijamente a los ojos. Los suyos estaban vidriosos, al igual que los míos.

—Estás radiante, te sienta bien vivir en la isla de los rascacielos.

—Pero ¿q-qué dices? Si estoy hecha unos zorros… —balbuceó, secando un par de lagrimillas que asomaban en las comisuras de sus almendrados ojos marrones—. He perdido quién sabe cuántos kilos y, además…

—Espera, espera un momento… No-te-muevas. —Mojé uno de mis pulgares y le froté suavemente la mejilla para limpiar un poco de rímel negro que manchaba su piel—. Sin mencionar que tener al poli *buenorro* durmiendo bajo tu mismo techo debe generar ansiedad, por no comer o por querer tirártelo a todas horas.

—¡No seas bruja!

Morgan fingió asombrarse y se mordió el labio.

—¿Bruja? Sincera, diría yo. —Traté de parecer simpática y evitar sonar como una madre regañando a su hija adolescente—. ¿Acaso me equivoco? Madox Ward está cañón y, en mi opinión, donde hubo fuego siempre quedan rescoldos.

—Ese dicho no siempre se corresponde con la realidad.

—Ya, cielo, ya.

—¿Vamos a sentarnos?

Supongo que ella quería cambiar de escenario para ganar tiempo, sabiendo que había viajado más de dos mil quinientas millas para motivarla, echarnos unas risas o simplemente brindarle mi hombro para llorar. Lo que fuera necesario. Desconocía todos los detalles de su nueva relación con Madox Ward, solo sabía que había sufrido un grave accidente que le había dejado incapacitado para andar y que se habían liado, bueno, besado, morreado, follado los labios.

La vi contener la respiración antes de ocupar su silla y pedir un *matcha latte* y un *turmeric latte*.

—Bueno, cuéntame.

—Dime que te quedarás a dormir en casa. —Dejó la carta a un lado de la mesa—. Denis y yo tenemos una habitación libre, la que suele utilizar de despacho. Hay un sofá cama bastante confortable allí.

Esbozó una sonrisa tímida.

—Si eso te hace feliz.

—No puedes imaginar cuánto.

—Entonces, no hay nada más que decir —sonreí—. Cuantos más seamos, más nos reiremos.

Aunque te recuerdo que, en lo que respecta a tu poli, no soy santo de su devoción.

—Es mi casa y, por lo que a mí respecta, yo marco las normas. Y si digo que te quedas a dormir, te quedas.

—Claro que sí, ¡lo que diga la morena, *forever*! Entonces no hay nada más que hablar.

Nuestra relación siempre se había basado en un constante tira y afloja, aunque predominaba más el afloja que el tira. Y justamente eso era lo que me fascinaba, que cada una mostraba su verdadera esencia sin tapujos. La sinceridad era un pilar incuestionable e innegociable en nuestra amistad, aunque en ocasiones escociera. La clave residía en cómo expresar las cosas sin sangrar demasiado a la otra persona. En el pasado, había experimentado relaciones de amistad tóxicas o basadas en conveniencia, pero cuando Morgan apareció en mi vida supe que, a pesar de ser tan distintas como Woody y Buzz Lightyear de *Toy Story*, estábamos destinadas a ser amigas. Ella encarnaba al vaquero, leal y tradicional, mientras que yo representaba al intrépido y alocado astronauta, más moderno en cuestiones de la vida, sexo y semejantes.

Al igual que en las películas animadas, nuestra amistad se fortaleció con el paso del tiempo. Aprendimos a apoyarnos mutuamente y a cuidar la una de la otra, incluso a pesar de la distancia, creando esos lazos invisibles y tan especiales.

—Morgan.

—Dime, Margot.

El camarero dejó las dos tazas sobre la mesa y nos quedamos a solas de nuevo.

—¿En qué coño pensabas cuando lo besaste?

La morena abrazó la loza entre sus manos y, tras contemplar el café humeante, dio un sorbo.

—No lo sé… Estoy hecha un lío —murmuró sin mirarme a los ojos.

—No me sorprende. —Le atrapé una de las manos cuando dejó la taza en la mesa—. Sabes que siempre estoy de coña, es parte de mi naturaleza: la ironía, el reírme de todo y de todos en general, y de la vida en particular. Pero, cariño, esto es diferente.

—¿Tan grave es?

—Depende del punto de vista.

—En una escala del 1 al 10, ¿cuánto?

—Un 11.

40

Madox



—No sabía que esa tarde daban los *Muppets* por la tele por cable y la cerdita Peggy vendría como invitada especial.

Margot García, la sucedánea de cantante y amiguísima de Cupido, se quitó las gafas de sol y se las colocó a modo de diadema mientras dejaba apoyada la maleta de mano en el mueble bar del salón y se plantaba frente a mí.

—Muy graciosillo, poli de pega. Iba a decir de mierda, pero es que, de pega o de pacotilla, me venía como anillo al dedo por lo de la doble cara.

Le regalé mi sonrisa más falsa, esa que se extendía de oreja a oreja sin que los labios se separaran y sin mostrar mi perfecta dentadura, gracias a una ortopedia cuando no era más que un adolescente. Es más, me sudaba la polla lo que pensara de mí, de hecho, quería dejarle muy clarito que no era bienvenida en ese apartamento, ni en esa ciudad ni en este maldito universo. Solo de verla, de respirar el mismo aire, ¡me sangraban los ojos!

—Chicos, ey, chicos… —intervino Morgan entre nosotros tratando de limar las tensiones antes de que ardiera Troya—. Por favor, calma. Madox, solo se quedará el fin de semana, así que te pido que seas consecuente y guardes las armas de combate bajo la cama. Y tú, Margot, lo mismo: respeto. Me da igual cómo lo hagáis, pero hacedlo. Ignoraos y fingid que no os incomoda estar bajo el mismo techo. Y, sobre todo, que no trascienda a Denis ni a Sky que ya os conocíais. ¿Entendido?

—Dime algo que no sepa —susurré tan bajito que dudé que pudieran oírlo.

La morena de los ojos almendrados nos observó de reojo alzando una ceja, primero a uno y luego al otro, esperando una respuesta de nuestra parte. Confirmado, no me oyó. Yo, en cambio, esperé a que la tocinilla (no porque estuviera gorda, sino por la similitud con el cutre personaje televisivo) de rizos rubios diera el parte meteorológico.

—Por mí está bien, cielo.

Morgan me miró, esperando mi beneplácito.

—Claro, Cupido, siempre a tus órdenes.

Juro por Dios que no pretendí sonar burlón, aunque ella articuló un gruñido gutural más propio de un perro sarnoso que de una bonita y refinada chica de Connecticut.

—Genial, ahora me toca hablar con Jacob.

—Ha salido a comprarme piruletas, antes de que recaiga en el vicio por propia supervivencia.

Morgan pestañeó.

—Ya sabes, la abstinencia de la nicotina es muy jodida, aunque te aseguro que no es la más jodida de todas… —Morgan se empezó a sonrojar de pies a cabeza, pues sabía muy bien que me estaba refiriendo a la abstinencia sexual por culpa de mi casi nula movilidad de cintura para abajo— Sí, mi colega ha ido a buscarme provisiones, una de esas bolsas de kilo. Pero si quieres le envío un wasap y le pongo al tanto de todo.

—¡No, no! Déjalo, prefiero hablarlo con él en persona.

«Eres inteligente, Morgan. Sí, señor».

«Al enemigo ni agua».

—Como prefieras. —Quité el seguro de la rueda y empecé a avanzar hacia el pasillo—. ¿Alguna voluntaria dispuesta a frotarme la espalda en la ducha?

—¡Madox! No abuses de tu condición.

—Debería servir para algo, ¿no crees? Aparte de ser una carga.

—No juegues con eso.

—No ha colado, ¿verdad?

—Ni un poquito.

—Por cierto, *chupipoliguay* —me reclamó la repelente *Ricitos de Oro* desde la lejanía—. En el budismo, la abstinencia puede ser vista como parte del camino hacia la iluminación. Por lo tanto, a veces es preferible controlar aquellos deseos mundanos que están prohibidos y que empiezan con *Mor* y terminan por *gan*.

—¡Margot García, deja de soltar… gi-gi-gilipolleces! —barruntó la morena al borde de la histeria, y a mí me entró la risa floja.

—Déjala, Cupido, seguramente se muere de ganas de frotarme la espalda, pero no se atreve a confesármelo.

—Sí, señor Miyagi, ¿cómo lo prefiere? —Margot impostó la voz de un chino—. ¿Frotar cera, pulir cera?

—Sería un buen punto de partida, ¡sí, señorita!

—Ni en tus peores pesadillas, *policucho* de pega.

Atención, pregunta: ¿se consideraría un homicidio asfixiarla con la almohada mientras duerme, o rociarla con agua bendita en medio de un exorcismo? ¿O quizás sería como liberar al

mundo de esa entidad diabólica que incluso proyectaba una sombra más oscura que la mismísima Emily Rose, la joven que falleció en 1976 debido a la negligencia de un sacerdote?

Yo ahí lo dejo.

41

Denis



—Perfecto, Abby, por hoy ha sido suficiente. Nos vemos el próximo jueves a la misma hora.

Me dediqué a recopilar y a ordenar el material grabado durante la sesión para su posterior revisión y producción. Aquella tarde, Abigail Coleman había optado por llegar más tarde, ya que tenía que presentarse a los exámenes parciales de la carrera que estaba cursando, psicología o psiquiatría, una de esas disciplinas que se dedican a la comprensión de los comportamientos de la mente humana. A diferencia de hacía un par de horas, cuando la sala vibraba rebosante de músicos reunidos alrededor de la mesa de mezclas, ahora estábamos a solas.

—Denis.

—Dime.

Ella fijó su mirada gris en la mía, una mirada que solía dejarme sin aliento, a mí y a cualquier hombre susceptible de sentirse atraído por la incuestionable belleza del género opuesto.

Abigail era una chica de una atracción irresistible, capaz de seducir solo con su presencia, sin necesidad de pronunciar una sola palabra. No hacía falta, ya que para que te hagas una ligera idea, era una sexy combinación entre Naomi Watts y Amanda Seyfried. Además, poseía una cualidad esencial para triunfar en la vida, o al menos en la jungla de la música: la ambición. No le importaba el alto precio que debía pagar para alcanzar la gloria, o al menos eso me manifestó hace unos dos meses en la entrevista que le hice.

—Me dijiste que habías conseguido un patrocinador, una plataforma de *crowdfunding*.

—Así es. Un respaldo financiero para que tus fans puedan contribuir económicamente a tu carrera musical. Se augura un futuro brillante para ti. No lo dudes.

—¡Eres increíble, Denis Moore!

Se acercó lentamente hacia mí, con pasos elegantes y silenciosos como los de una gacela, sin apartar la mirada de su presa.

Sus labios se curvaron insolentes cuando se colocó a mi lado y comenzó a quitarme las partituras de las manos, depositándolas en la mesa de mezclas. Luego, sacó un espejo del neceser, una bolsita de polvos blancos y una tarjeta de crédito. Es innecesario explicarte que el contenido era cocaína.

—Mis padres me enseñaron desde niña que la gratitud es una cualidad de las personas bien educadas. Y yo soy muy, pero muy educada.

Contemplé sin mover un músculo cómo picaba la sustancia con la tarjeta sobre un espejito ovalado, dividiéndola en cuatro rayas bastante simétricas. Deduje que era diestra en esas costumbres.

—Abigail, sabes de sobra que no debes darme las gracias, solo estoy haciendo mi trabajo —argumenté, sintiendo la tensión en mis hombros y omóplatos mientras ella esnifaba un par y me obsequiaba con el resto.

—Pues en ese caso: invita la casa.

Maldita sea mi suerte, la tensión era abrumadora, especialmente viniendo de un pasado turbulento lleno de excesos, vida nocturna, sexo sin control y coqueteo con toda clase de drogas inimaginables incluso para ti.

—Relájate, Denis, un par de rayas no te harán daño. Además, sé de buena tinta que, tras una larga sequía, el viaje al *País de Nunca Jamás* es aún más alucinante.

—No me tientes.

—¿Y lo consigo? —arguyó la rubia, barriendo un poco de polvo con la uña a modo de cucharilla improvisada, y acercó su dedo meñique a mi orificio nasal para facilitarme la inhalación de ese gramo de cocaína—. Sé que lo estás deseando, tus ojos no mienten.

Clavó sus pupilas en las mías.

Qué diablos.

Dudé si echarla, huir o quedarme a ver qué pasaba.

La tercera opción me pareció la menos acertada, sin embargo, fue la que decidí tomar. Tragué saliva y accedí sin siquiera oponerme cuando introdujo la punta de su uña en mi tabique nasal y yo inhalé con fuerza, como si me fuera la vida en ese jodido segundo.

Uno de los principales hábitos de esa droga es que nos hace comportarnos como idiotas, antes, durante y después de consumirla. Además de generar dependencia y crear efectos subjetivos placenteros, otorga una falsa sensación de seguridad; te hace sentir invencible.

Abigail se untó los restos de polvo en las encías y luego sonrió de medio lado, sugerente, antes de arrodillarse y empezar a desabrochar la hebilla de mi cinturón sin reservas.

Así, directa al grano.

—Abby, ¿se puede saber qué estás haciendo?

Se mordió el labio de forma muy sugerente.

—¿Qué crees? Voy a hacerte la mejor mamada que hayas soñado.

—Así no funcionan las cosas… —Esbocé una sonrisa amarga y le agarré las manos para

detener su intento de desabrochar los botones de mis pantalones y dejarme en bóxers—. Levántate del suelo, maldita sea.

—¿Acaso no lo deseas? Yo diría que has querido meter tu polla en mi boca desde el primer momento en que puse un pie en este estudio de grabación. No finjas, todos sabemos que es así como funciona este mundillo: que no hay reglas. Polvo, sexo oral, anal, da igual. —Alzó la barbilla y me miró desde abajo mientras deslizaba mis pantalones por mis piernas, hasta que quedaron enredados en mis tobillos—. Ahora cierra los ojos y déjame llevarte a otro nivel, hasta hacerte volar.

—Abby… —Mi voz tembló en mi garganta, mi rostro se ensombreció y mis manos vacilaron por un momento cuando me di cuenta de que ese fue el instante en el que todo se fue a la mierda: mi reputación, mi hombría, mi vida, mi prometida… Morgan.

En ese preciso instante.

42

Morgan



—¿Qué hora es?

Me incorporé de la cama tras despertar en mitad de la oscuridad al oír unos ruidos extraños.

—Es tarde, cariño.

—¿Denis?

Estiré el brazo y encendí la lamparilla de la mesita de noche.

—Cielo, ¿estás bien? ¿Desde cuándo estás de pie observándome?

Justo cuando me giraba para asegurarme de que era él y no seguía soñando, se acercó a mí, me cogió la cara con sus manos grandes y me besó con una intensidad que no había sentido en años, ni siquiera en los primeros meses de relación, presionando sus labios con fiereza contra los míos y buscando desesperadamente, como si le fuera la vida en ello, enredar su lengua con la mía.

No respondió, simplemente empezó a desvestirme con ansia, torpemente, casi a manotazos, de manera aplastante.

En cuatro años nunca me había buscado de forma tan… mecánica, como si yo fuera una mera vasija en la que drenar toda su frustración. No hubo ternura, ni caricias, ni susurros ni besos. Apenas hubo preliminares, o más bien, no los hubo. Fue rápido, brusco y egoísta, como si necesitara estar dentro de mí lo antes posible o dejaría de existir, de ser. No fue un sexo caliente, ni siquiera hambriento al uso, sino descontrolado, aunado con vacío, ansiedad y desesperanza. Fue lo que vulgarmente se denomina un polvo, un «aquí te pillo, aquí te mato» para aliviar tensiones.

Rougemont destacó la diferencia entre un polvo y otro del matrimonio, condenando el carácter destructivo y conflictivo del amor pasional-erótico y alabando el amor agápico. Sostenía

que el amor implica la necesidad de herir y de ser herido, por lo que acepta el dolor y el sufrimiento como condiciones ideales.

Yo discrepo totalmente con el escritor y filósofo.

—Te quiero. Nunca lo olvides. Nunca.

Esas fueron las únicas palabras que balbuceó en mi oído antes de salir de la cama desnudo y dirigirse a la ducha, donde permaneció durante más de veinte minutos.

Mientras tanto yo me senté, abracé mis rodillas con los brazos y eché la cabeza hacia atrás para apoyarla en el cabezal, angustiada, ya que todos mis temores se acababan de confirmar. No supe qué había pasado en esa habitación, lo único innegable era que Denis había vuelto a consumir algún tipo de droga o estupefaciente. Lo entendí cuando, sin querer, me miró un instante. En solo una fracción de segundo lo supe. Midriasis, es el término utilizado en medicina para referirse a la dilatación anormal de las pupilas acompañada de irritación y enrojecimiento en los ojos, provocada por el consumo de sustancias como la cocaína, las anfetaminas, el éxtasis, el LSD y algunos opioides.

Recordé las palabras de Brooklyn Steanfield, cuando mantuvimos esa charla instructiva sobre las adicciones de su madre Savannah. Una yonqui enganchada a una jeringuilla que no supo vivir, sino sobrevivir como un fantasma encadenado, autodestructiva y dañina como el peor cáncer, llevándose consigo todo, incluida a ella misma, a su única hija, quien tuvo que velar por su integridad física hasta límites inimaginables y vergonzosos, hasta que el destino, ese destino cruel, tuvo otros planes y se la arrebató de las manos para siempre a los treinta y ocho años.

¿Qué estás haciendo, Denis?

¿Qué nos estás haciendo a ambos?

43

Madox

La había jodido, sí, maldita sea, pura y llanamente. Podía buscar mil pretextos, echar las culpas al primer postor que se cruzara en mi camino, incluso intentar verlo desde otro punto de vista, pero seguiría sin tener excusas.

Tenía que tomar cartas en el asunto y enfrentarme a la situación, sentarme con Sky y contarle toda la verdad, empezando por revelar quién era Morgan Freeman y la profunda implicación emocional y sentimental que sentía por ella, aunque eso pudiera desencadenar el comienzo del fin. No podía seguir viviendo con esa sensación de asfixia en los pulmones, que apenas me permitía respirar. Me estaba ahogando, consumiéndome en mi propia miseria, en la más absoluta mierda, que cada vez se removía más y más, y cuyo hedor pestilente se volvía más insoportable.

Debía ser pronto, pues los remordimientos de conciencia apenas me permitían razonar, ni siquiera digerir la situación. Antes matara al perro, antes desaparecería la rabia.

—Por favor, dé media vuelta. Regrese al apartamento en Upper East Side —le di instrucciones al conductor, que me había estado llevando a rehabilitación en las afueras de la ciudad durante meses.

—¿Qué? Ni hablar del peluquín, Madox Ward.

Morgan se levantó del asiento y golpeó con ímpetu el vidrio divisorio, diseñado específicamente para establecer una barrera física entre ambas partes del vehículo.

—Cupido, vamos, déjalo. Hoy no habrá sesión de rehabilitación.

—¿Por qué? ¿Estás enfermo?

Corrió a colocar su palma en mi frente, mirándome con sus ojitos de conejito asustado (imagínate uno de esos de Pascua, tiernos, blancos y achuchables), marrones, brillantes y titubeantes. Era tan adorablemente sexy que me daban ganas de besarla hasta desgastarle los labios, hasta dejarlos sin piel; en carne viva.

—No tienes fiebre.

—No, no la tengo. —Rodeé su muñeca con mis dedos—. Hazme caso por una vez en la vida. Siéntate, relájate y volvamos a la ciudad.

La morena clavó sus pupilas en las mías, buscando respuestas con desesperación, mientras sus labios temblaban ligeramente al querer procesar mis palabras.

—¿Qué está pasando aquí?

—Cupido, siéntate. No me hagas repetírtelo.

El conductor giró el volante y realizó un cambio de dirección en una rotonda.

—Madox…

Fijé mis ojos en los suyos.

—¿Confías en mí?

—¿Es una pregunta trampa?

Me mordí el labio en un intento por no sonreír, pero fue inútil, me reí a gusto.

—Responde.

Empecé a acariciarle los nudillos con la yema de mi pulgar.

—¿Confías?

Nos sostuvimos la mirada durante varios segundos.

—Me da miedo confiar en ti. Nunca sé qué esperar, qué hacer ni qué…

—¿Eso es un sí?

—Eso es un: ¡maldito seas, agente Ward! —soltó malhumorada, sulfurada y acojonada a partes iguales.

Pero ojo, porque yo también me encontraba en esa situación o incluso peor, pues sabía lo que iba a pasar en los próximos minutos.

Estaba a punto de liarla parda y armar un escándalo digno de *El gran Lebowski*, cuando unos matones irrumpen en su apartamento y orinan en su alfombra. Esa en la que, a medida que avanza la trama, se descubre un secreto que afecta a todos los personajes y desencadena una serie de eventos hilarantes y caóticos.

Finalmente, Morgan ocupó su asiento, dejándose caer contra el respaldo, y yo solté su muñeca.

—Miedo me das, Madox.

—Preferiría despertar en ti otras sensaciones, algo distinto a eso. —Aclaré mi garganta y tracé con la yema de mis dedos el contorno de su rostro—. Preferiría provocarte toda clase de placeres, aquellos que involucran todos los sentidos: el gusto, el tacto, la vista, el oído, el olfato.

—Ja. Qué profundo… —soltó con ironía y frunció el ceño—. No podemos seguir con este doble juego, agente Ward. Tanto usted como yo estamos comprometidos.

Hubo un silencio.

—Sea como sea, eso es cierto.

Había llegado el momento de poner fin a toda esa pantomima.

44

Morgan



Mientras Madox se dirigía en silla de ruedas a su dormitorio en la planta baja, yo aproveché para echar un vistazo a las cartas que reposaban sobre el mueble recibidor. Facturas, publicidad, varias dirigidas a Denis y una en particular que llamó mi atención por su tamaño y peso.

Era un sobre de color crema, alargado y sin remitente, solamente indicaba el destinatario: Georgia Mind.

Incliné el rostro y entrecerré los ojos antes de rasgar el borde. Nadie, salvo un par de compañeros del musical *El Diablo viste de Prada* y del estudio de grabación, conocía mi dirección postal, lo cual me desconcertó enormemente, considerando que, de ser uno de ellos, no habían señalado la procedencia. No sé por qué experimenté una punzada en el estómago, como un mal presentimiento, y después un escalofrío recorrió el largo de mi espina dorsal.

Contuve la respiración antes de extraer el contenido: una cinta de audio magnética estándar de treinta minutos, que solía utilizarse para grabar sonidos o música. Era uno de esos objetos que para muchos habían quedado en desuso, pero, al parecer, todavía había quienes se negaban a dejarlos en el olvido.

Le di la vuelta para comprobar si había alguna inscripción que pudiera darme indicios sobre el motivo de su recepción y su remitente, pero no encontré nada. Impulsada por la curiosidad, me dirigí al equipo, conecté un par de auriculares e introduje el casete en la ranura del reproductor.

Lo siguiente que recuerdo fue mi corazón saltarse varios latidos y luego empezar a golpearme de forma frenética tras las costillas.

Era la grabación de una conversación entre Denis y una tal Abby, en la que hablaban de esnifar cocaína, divertirse y mantener sexo oral.

Sentí mi corazón hacerse pedazos en una fracción de segundo y todo mi mundo colapsarse, venirse abajo.

Enterré la cara entre mis manos.

—No, no es posible, esto no está ocurriendo…

No pude acabar de escucharla.

Me quité los cascos como si me quemaran la piel y los dejé caer sobre el equipo de música. Me llevé la mano al estómago, impactada por el *shock* emocional de imaginar a mi prometido siéndome infiel con otra mujer. Me entraron ganas de vomitar. Sentí las arcadas trepar desde mi vientre hasta la garganta justo cuando oí gritos a mi espalda provenientes de la habitación de invitados, la de Madox.

Abrí los ojos y miré en esa dirección. Jacob iba detrás de él, persiguiéndolo y completamente desnudo.

—¡Esto, esto no es lo que parece! Tiene una… ¡joder, tío! ¡Madox, no te vayas, déjame explicarme!

El agente Ward se acercó a mí, me miró y en sus ojos pude ver cómo los demonios lo devoraban por dentro. No entendía nada de lo que estaba pasando, ni por qué tenía esa expresión de rabia y decepción en los ojos y su mejor amigo corría tras él con la cara desencajada. Y solo le bastó un instante para comprender que no me encontraba bien y que algo terrible acababa de pasarme.

—Cupido, ven conmigo.

Extendió el brazo y me ofreció su mano.

—¿A dónde? —suspiré abatida, al borde del llanto, con las tripas retorciéndose en mi interior.

—Vayámonos a cualquier otro lugar lejos de aquí.

45

Madox

Alejé a Morgan de ese apartamento. Cuanto más lejos, mejor. Detuvimos un taxi adaptado al descender a la calle y le proporcioné las señas de un lugar situado a unas treinta millas en las afueras de la ciudad.

Como era previsible, ella guardó silencio durante todo el trayecto, conteniendo las lágrimas mientras apoyaba la cabeza en mi hombro. Yo la rodeaba con mi brazo y sostenía una de sus manos en la mía, entrelazando mis dedos con los suyos, que estaban helados. No lograba adivinar qué le pasaba, sin duda algo de catastróficas dimensiones, pero te juro que a veces los silencios dicen más que las palabras.

—Ya hemos llegado.

La besé en el pelo antes de pagar la carrera y adentrarnos en Sleepy Hollow, un diminuto pueblo situado en Mount Pleasant a lo largo de las orillas del río Hudson, conocido por su aparición en la leyenda de *Sleepy Hollow,* del escritor Washington Irving, la cual relata la presencia del fantasma del jinete sin cabeza.

Edificaciones de estilo colonial y calles adoquinadas que te transportan a tiempos pasados. Fachadas de madera y tejados inclinados que le otorgan un toque pintoresco. Imponentes árboles con tonalidades cálidas y otoñales. Sin duda, es un lugar que combina historia, cultura y misterios. No concebía un rincón más apartado del mundo en el que ella y yo pudiéramos alejarnos de todo y de todos.

El silencio nos acompañó durante todo el recorrido por la Avenida Beekman en dirección al mercado de granjeros de Tarrytown-Sleepy Hollow, que abría sus puertas los sábados en el Parque de los Patriotas. Tanto los lugareños como los visitantes esperaban pacientes, en fila, para adquirir productos frescos, panes, horneados, carnes, quesos, comidas caseras preparadas artesanalmente.

—¿Vas a contarme de una vez qué te pasa?

La escruté con los ojos mientras ella suspiraba una vez más y caminaba a mi lado, cabizbaja y sumida en sus pensamientos.

—Cuando tú me expliques por qué Jacob salió completamente como Dios le trajo al mundo de tu dormitorio gritando tu nombre.

Sonreí.

—Ahí le has dado, morena.

Detuve la silla en una parada de manzanas tan rojas y apetecibles como las del cuento de Blancanieves, ¿recuerdas? Aquel en el que la malvada bruja, con una sonrisa siniestra, tienta a la princesa con la fruta envenenada.

Le ofrecí una manzana a Morgan.

—No me apetece, gracias.

—Está bien, tú te lo pierdes —dije mientras daba un generoso y crujiente mordisco a la pulpa jugosa, que estalló entre mis encías.

—Oh, por favor. ¿Por qué todos los hombres sois iguales?

—¿Todos? —Alcé una ceja y le seguí el rollo—. ¿Incluso yo?

—Tú eres el primero.

—Joder, vas fuerte, ¿no crees, Cupido? —Di otro mordisco, este abarcando más carnosidad que el anterior, y seguí hablando con la boca llena, aunque fuera de mala educación—: ¿Podrías dejar de saltarte partes y explicarme cuál es tu problema con el género masculino?

Me miró con escepticismo, como si no entendiera que yo no comprendía a qué se refería. En serio, cuando un hombre dice que algo es blanco, es blanco, no beige, ni blanco roto ni siquiera vainilla. Blanco es blanco. Así de simple.

—Argggg… ¡Dios, Madox! ¿Lo haces a propósito para ponerme a prueba?

—No, soy así. —Encesté los restos de la manzana en una papelera—. ¿O ya lo has olvidado?

—¿Podemos sentarnos en algún lugar? ¿Quizás tomar una tila?

—Claro.

—Por cierto, ¿a dónde me has traído?

—A Sleepy Hollow —desvelé en tono misterioso.

—¿Has pensado en cortarme la cabeza y enterrar mi cadáver en el cementerio? —resolvió, atando cabos y sonriendo de forma chispeante por la referencia a la leyenda.

—No creo que sea el momento idóneo para confesarte lo que haría contigo en este momento. De hecho, en cualquier momento de mi vida.

No esperaba respuesta a esa declaración de intenciones, tampoco llegó ninguna. Morgan se quedó muda y rompió a andar en una dirección al azar. Una que nos llevó a Muddy Water Coffe & Café, una relajante y acogedora cafetería con amplias cristaleras en un entorno de madera donde servían deliciosos productos horneados, además de una gran variedad de tés. Morgan pidió un té helado de durazno con jengibre, yo simplemente un café expreso sin azúcar.

Ella me miró de reojo cuando di el primer sorbo sin esperar a que se enfriara.

—¿Qué?

Alcé una ceja.

—Deberías esperar o al menos soplar.

—Soy así de impaciente. —Chasqueé la lengua—. Me quema esperar.

—Ya.

La miré a los ojos, pero ella evitó mi mirada, centrando su atención en su taza de té. Tenía los párpados ligeramente hinchados, no por haber llorado, pero sí por haberse aguantado las ganas.

Alargué el brazo para envolver su mano con la mía, pero ella la retiró en el acto.

—Madox, solo acepté acompañarte porque…, para alejarme de allí. No distorsiones los hechos.

—No distorsiono nada. No te equivoques. Estaba siendo respetuoso y cercano contigo, nada más.

Iba a seguir diciendo que también me nacía la necesidad de ser dulce con ella, cuidarla, de saber que a mi lado cualquier caricia mía sanaría su herida, por más profunda y sangrante que fuera. Que estaba allí con ella, para lo que necesitara. Que no la abandonaría. Que podía confiar en mí.

—Te conozco, Madox, y nunca haces nada sin razón. Todo tiene un propósito, todo tiene un fin que justifica tus medios.

—¿Por qué tengo la impresión de que necesitas descargar toda tu ira en mí? —Negué con la cabeza mientras dibujaba una sonrisa forzada—. Tranquila, no me importa. Acepto ser tu saco de boxeo, pero al menos dime qué te está causando tanto sufrimiento para poder ayudarte.

Morgan alzó la barbilla y me miró directamente a los ojos. Los suyos brillaban, tristes y desolados. Estaban llenos de necesidad, suplicando consuelo, aunque no fuese yo a quien se lo estaba pidiendo a gritos.

—¿Es por Denis? —indagué.

No respondió, pero tampoco dejó de sostener mi mirada.

Tragó saliva.

—Bingo para el caballero —pronunció con un mohín lastimero.

—¿Qué te ha hecho? —apremié con la garganta reseca al descubrir que ese indeseable parecía ser el causante de su dolor y también el que se escudaba en besar el suelo que ella pisaba.

Repito: parecía.

—Lo que parece ser mi destino: que me engañen.

—¿De qué hablas? —Apreté la mandíbula—. ¿El muy cabrón se ha acostado con otra mujer teniéndote a ti?

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—De puta madre. Y parecía ser un tipo íntegro, maduro y que sabía lo que quería en la vida. —Enfaticé las últimas palabras—. Hay quienes no valoran lo que tienen a su lado, joder.

—¿Y tú sí?

—Sí.

—¿Y qué pasa con Sky?

—No me estoy refiriendo a Sky.

—¿Entonces…?

La pregunta quedó suspendida en el aire, hasta que la cacé al vuelo con los dedos, antes de que se desvaneciera.

—Me refiero a ti, Morgan —afirmé con seriedad, por si después de aquellos años aún no le había quedado del todo claro.

—¡Por el amor de Dios, Madox! ¡Deja de ser tan cínico de una vez! —Sorbió los mocos y tomó una profunda bocanada de aire—. No puedes pretender seguir con nuestro, ¡eso!, lo que se supone que hubo entre nosotros esos doce días en la cabaña del viejo (difunto) Sam Cooper. Si es que lo hubo… Y, y… ¡Y hacer como si nada! Han pasado años, demasiados…

—Cuatro.

—¡Sí, cuatro! ¡Lo sé, gracias! ¡Llevo la maldita cuenta!

—Pasa la noche conmigo.

—¿Q-qué? —titubeó angustiada por mis insinuaciones—. ¿Te has vuelto loco?

—Jamás he estado más cuerdo en toda mi vida.

—Rotundamente no.

—¿Rotundamente no estoy cuerdo?

—Rotundamente no voy a pasar la noche contigo. ¡Ni hoy, ni nunca! —Quiso zanjar el tema bebiendo del té y pasando de mi cara como si yo no estuviera sentado frente a ella.

—De acuerdo. Veo que lo tienes muy claro.

—Claro, no. Cristalino.

Entrecomilló y siguió bebiendo del humeante brebaje, haciendo unos ruiditos al sorber un pelín desagradables.

—Voy al lavabo.

Quería decirle que necesitaba ir a mear, pero no quería ser brusco y romper el hechizo de la escena romántica (léase el sarcasmo) que estábamos viviendo. Como no estaba muy lejos, es decir, la puerta se situaba justo detrás de mí, conseguí erguirme desde la silla de ruedas impulsándome con mis manos y la fuerza de mis brazos, y me puse en pie.

—Madox…

La expresión de Cupido fue todo un cuadro: sus ojos se abrieron como platos y su boca se paralizó con la mandíbula desencajada hasta la altura de sus tobillos. Si se distraía un poco, podían entrarle moscas o caérsele la babilla.

—¿Ajá?

—Estás de pie —me señaló, temblorosa, como si hubiese visto un fantasma.

—Así es. ¡Sorpresita! Vuelvo enseguida.

Fui apoyándome en las paredes, los salientes y cualquier objeto que me ayudara a desplazarme sin pegarme la santa hostia y partirme los piños por pecar de ser demasiado osado, dado que era probable que la musculatura aún algo atrofiada de mis piernas no soportara el peso de todo mi cuerpo. Aunque no fuese católico, no habría estado mal recitar algún padrenuestro, por si acaso.

Arrastrando los pies y con movimientos torpes, lentos e indecisos, conseguí llegar al primer urinario de los dos que se encontraban en el interior del baño público.

A duras penas, me desabroché la cremallera con una mano, apunté hacia el interior, pero por más que traté de mantener una postura adecuada para evitar salpicaduras, aquello se fue de madre, se descontroló por completo, como si se tratara de la *Fontana del Putto*, la escultura de un querubín orinando en una fuente que se encuentra en el jardín de Boboli, en el Palacio Pitti, en Florencia.

—Joder, maldita sea mi suerte.

—¿Necesitas ayuda, amigo?

Un tipo desaliñado, con una barba hirsuta a lo Santa Claus y una camisa de leñador arremangada por debajo del codo, me escrudiñaba detenidamente desde el urinario contiguo, mientras su miembro flácido liberaba un chorro de orina que impactaba sin un milímetro de desviación en el agujero del suelo.

Mierda.

En primer lugar, pensé que era un pervertido que se deleitaba mirando las pollas ajenas, pero luego me di cuenta de que ni siquiera se había fijado en mis partes nobles y su oferta de ayuda era desinteresada.

«Relájate, vamos, Madox. Parece un tío legal, nada ido de la puta olla».

—La verdad es que tu ayuda no me vendría nada mal.

—Eso está hecho.

Y así, sin ceremonias ni demoras, me cogió del brazo izquierdo y lo pasó por encima de sus hombros, presionando su costado y sus robustas caderas contra las mías, algo que no esperaba. Luego me alzó como si fuera ligero como una pluma, a pesar de que los ochenta kilos, arriba abajo, no me los quitaba nadie.

—Unas muletas —murmuró mi *strongman* [1] particular cerca de mi oído.

—¿Qué?

—Digo que unas muletas te irían de cojones.

Llevaba razón, tal vez era hora de dejar la silla de ruedas a un lado y empezar a utilizar otro tipo de apoyo para ser más autónomo.

—Claus.

—No jodas. ¿Tu nombre es Claus?

—Sí, ¿por? —Arrugó la nariz, confundido y más perdido que una almeja en un botijo.

Me eché a reír, ya que mi primera impresión nada más verlo fue que se trataba del legendario

personaje de Laponia, vestido con un traje rojo, adornado con ribetes blancos de pelo sintético, un cinturón ancho rodeando su cintura y botas negras con hebillas y muy brillantes. Te prometo que estaba aguardando el momento en que soltaría su frase más característica: «¡Ho, ho, ho! ¡Feliz Navidad!». Pero, no, no lo hizo.

—¡*Nah*, olvídalo, cosas mías! Por cierto, yo soy Madox Ward.

—Tu nombre huele a puto madero.

—Bingo. Lo soy.

—¡Me cago en mis muertos!

—No te preocupes, no estoy de servicio.

—Bueno, en ese caso, déjame decirte que no tengo todas mis infracciones de tráfico al corriente de pago. Más que nada, porque dudo mucho que pudieras echar a correr detrás de mí, je, je, je.

Tenía que admitir que el menda tenía su peculiar sentido del humor, un pelín cogido por pinzas, pero, al fin y al cabo, lo tenía.

—Ahí. —Señalé la mesa al salir de los baños.

—¿Haciendo amigos entre *meadilla* y *meadilla*? —preguntó Morgan mientras dibujaba una falsa sonrisita inocente en los labios.

—Nunca se sabe en qué lugar puedes encontrar un alma caritativa —se defendió Papa Noel, quiero decir, Claus a secas.

—*Touché* —admitió ella—. Soy Morgan, Morgan Freeman.

—No puedes elegir cómo vas a morir, o cuándo. Solo puedes decidir cómo vas a vivir. De *Million Dollar Baby* —parafraseó él, impostando una voz grave y profunda, similar a la del actor estadounidense y ganador de un Óscar por esa soberbia interpretación.

¡Con menudo personajillo me había ido a topar en Sleepy Hollow!

Estarás conmigo en que no tenía desperdicio.

46

Morgan



—Que sí.

—Que no.

—Que sííí.

—Que noo.

—Que noooo.

—¡Que síííííííííí!

—¿Ves que sí, Morgan? Ahora no tienes excusas, has aceptado, así que nos vamos a cenar a casa de Claus y su esposa.

¡Argggggggggg!

Con ese juego de palabras, Madox engañó a mi mente de una forma demasiado infantil, pero no iba a salirse tan fácilmente con la suya, pues más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Que no, Madox, no pienso ir a la casa de un desconocido a cenar ni a nada.

Me crucé de brazos, a la defensiva. Tozudo él, tozuda yo.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué?

—Pues porque no.

Señor, menuda conversación de merluzos.

—Dame una razón.

—Podría haber un psicópata a lo *Leatherface* en *La matanza de Texas* bajo esa apariencia de bonachón de Santa Claus.

—¿También lo has pensado?

—¿El qué? ¿Lo de que pueden ser unos psicópatas?

—No, lo de que es *calcadito* a Santa.

Pestañeé, obnubilada, y tardé unos segundos en recomponerme de la absurdez de nuestra conversación.

—Madox, céntrate, por el amor de Dios.

—Joder, Cupido, y tú relájate.

Me frotó los brazos con sus grandes y cálidas manos mientras me regalaba una sonrisa ladeada de esas tan sexis que te quitaban el sentido y se te olvidaba hasta el nombre.

—Bueno, ¿qué? —preguntó el grandullón haciendo acto de presencia en la puerta de la cafetería, después de haber cargado la silla de ruedas en la parte trasera de su ranchera a la orden de a la de tres: una, dos, ¡tres!—. ¿Subís? Molly me ha confirmado por wasap que esta noche hay asado suficiente para abastecer un regimiento muerto de hambre.

—Claus, tío, si están muertos no podrán comer, jajaja.

Puse los ojos en blanco al darme cuenta de que se habían juntado el hambre con las ganas de comer (nunca mejor dicho). No tardé en acercarme al oído del agente Ward y susurrarle bajito mientras cubría mi boca con la mano para que *Leatherface* no pudiera leer mis labios.

—A ver si nos quieren encerrar en jaulas y cebar como cerdos igual que a Hansel y Gretel antes de trincharnos para Navidad.

—Morgan, hostias, no me seas peliculera.

—¿Y si…? ¿Y si no voy desencaminada?

—No nos pasará nada. —Me besó en la frente, sus labios se quedaron unos segundos pegados a mi piel y luego me miró a los ojos—. Confía en mí.

—¿Tengo alternativa?

—Ninguna.

No me quedó más remedio que claudicar, hacer de tripas corazón y confiar en la intuición de Madox.

Y así, subida a una tartana de los años noventa, rumbo a una casa desconocida a las afueras del pueblo del jinete sin cabeza y con un policía convaleciente que no podía correr ni protegerme en caso de huida, hice un acto de fe, apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos para no pensar.

—Morgan, tranquila —susurró en mi lóbulo izquierdo, su aliento cálido provocó un placentero escalofrío en mi piel. Traté de recomponerme y evitar que notara cómo seguía afectándome—. Vas a estar bien, te lo prometo.

Colocó su mano sobre mi muslo y la apretó suavemente para infundirme calma. No pude evitar morderme los labios.

—Al final sí que vas a pasar la noche conmigo.

—Ja. Ni lo sueñes, agente Ward. En cuanto hayas llenado esa panza, nos largamos.

—Por cierto —volvió a acercarse para hablarme al oído—, deberías dejar de usar ese maldito perfume que me vuelve tan majara.

Dejé de mirar la carretera y entorné los ojos.

—¿Prefieres que no me asee? ¿Qué huela a *eau de sobac*?

Madox curvó los labios y soltó una risa briosa, luego clavó sus ojos verdes en los míos. Nos sostuvimos la mirada durante unos segundos. No podía dejar de mirarlo, ni él a mí.

—Aunque no te bañaras en perfume durante meses, tu piel seguiría oliendo a ti, Cupido. Porque tu inconfundible y sensual olor está metido en mi mente, bajo mi piel, retorcido en mis entrañas.

Quedé atrapada en las llamaradas de su mirada.

Mierda.

Me removí inquieta, alterada, excitada.

Mierda.

Oh, no, no, no… ¡maldición! Estaba hablando del olor de mi axila, de mi aliento, de mi… ¿sexo? Sentí que me quedaba sin aire en los pulmones y me puse roja como un tomate en tiempo récord, odiándolo por hacerme sentir siempre desubicada en mi propio cuerpo y mente.

—¡Menudo par de tortolitos! —intervino Claus, sesgando de cuajo ese momento íntimo/intensito/sexual mientras estacionaba el vehículo en el claro de una propiedad aislada donde Cristo perdió la alpargata y sacaba la llave del contacto—. Hemos llegado. ¡Hogar, dulce hogar!

Inspiré profundamente mientras miraba a través de la ventanilla el antiguo caserón, cuya fachada de ladrillos estaba medio cubierta por enredaderas y musgo verde, ubicado en medio de un frondoso bosque que le daba un aire misterioso sin romper el encanto del pueblo de Sleepy Hollow y las leyendas que le habían otorgado la fama.

Nada más apearnos, un par de mastines se acercaron a nosotros para olisquearnos, darnos la bienvenida o advertirnos de que allí mandaban ellos, que aquel era su territorio.

—¡Molly, potrilla mía! ¡Ya hemos llegado!

Mientras Claus ayudaba a Madox nos recibió su esposa, una típica ama de casa con el pelo recogido en un moño bajo y vestida con unos leggins y una sudadera de propaganda desgastada. Llevaba un delantal de cocina con tantos manchurrones que en vez de parecer un Piccasso parecían los fractales de Pollock, es decir, un lienzo manchado de forma anárquica y sin sentido, o con la técnica del *drip and splash*.

—¡Oh, por todos los santos! ¡Qué chica más guapa! ¡Si parece una artista de cine!

Molly se aferró a mi brazo con toda la confianza del mundo y empezó a interrogarme mientras tiraba de mí, literalmente, y me arrastraba al interior de la vivienda, que mostraba un notable abandono, como si las manecillas del reloj se hubiesen detenido en el siglo pasado.

Miré hacia atrás y le supliqué a Madox con gestos angustiados, pero sin palabras, que nos fuéramos de allí cuanto antes, porque sentía que estaba a puntito de mearme en las bragas, cagarme encima o echar la pota, ¡quién sabe! Sin embargo, él me sonrió divertido, negó con la cabeza y siguió charlando animadamente con el doble de Hannibal Lecter.

¡Te odio, Madox Ward!

Pensarás que soy aprensiva, insociable y desconfiada, pero te juro que no podía quitarme de la cabeza la idea de que esos dos, ese matrimonio tan simpático, ese par de asesinillos en seriecilla, ¡nos devorarían vivos!

—¿Cuál es tu estatura y peso?

—¿P-por qué m-me lo pregunta? —balbucí, atragantándome con mi propia saliva pensando que ya me estaba tomando medidas para ver si iba a caber en el horno o mejor aún, si me troceaban primero.

—Amor, porque llevas una mancha roja en el pantalón. Debe haberte bajado el periodo y tengo ropa de la nieta de mi amiga Susan que creo que te quedará bien.

—¡Oh, ah, sí! Tal vez… se me hayan adelantado un pelín esos días del mes… —dije abochornada, con una gota de sudor frío recorriendo mi sien.

—Tranquila, tesoro —respondió, pizpireta—. No te sientas avergonzada, es algo que sucede. Además, no hay nada que una jabonosa ducha y ropa limpia no solucionen.

Me mordí el labio y entré con la mujer colgándose de mi brazo, con total confianza, como si fuéramos amigas íntimas que no se veían desde hacía décadas.

El suelo de madera, gastado por el tiempo, crujía bajo mis pies, revelando múltiples huellas, como si quisieran contar una historia. Un pasillo largo y estrecho conducía a otras estancias, posiblemente a las habitaciones, o tal vez… ¡al matadero!

Ay, Dios mío.

Alcé la vista y contemplé los techos altos, abovedados, descascarados. Me percaté de que algunas paredes estaban cubiertas de papel desgarrado, mientras que otras mostraban un acabado de gotelé. Varias ventanas estaban tapiadas y ocultas tras cortinas deshilachadas, descoloridas e incluso roídas. Preferí pensar que eran travesuras de un gato en lugar de los mordiscos de unas ratas.

¿Ratas? ¡¿Ratas?! *¡¡¡OMG!!!*

Me condujo a rastras hacia la cocina y allí, tras empujar la puerta, el delicioso aroma de un guiso llenó por completo mis fosas nasales. Desprendía olores a especias, hierbas frescas y una carne muy melosa.

—Humm… ¡Huele de maravilla! —Mi estómago empezó a rugir de anticipación.

La mujer soltó una risita cerca de mi oído.

—Pues te aseguro que lo mejor no es el olor, sino el sabor. Ha estado cocinándose durante horas.

—¿Qué es?

—Estofado de ciervo.

—Nunca lo he probado.

—Pues hoy podrás comer tanto como desees. Pero antes, acompáñame al cuarto de baño de la primera planta.

Seguí sus pasos hacia la escalera, subiendo los peldaños uno a uno mientras me apoyaba en el pasamanos artesanal, cuyas texturas rugosas me transmitían una sensación reconfortante, al igual que la amabilidad de Molly.

Finalmente, comencé a relajarme y dejé de ser tan aprensiva con las cosas y las personas desconocidas.

Nota mental: debía salir más de mi zona de confort.

47

Madox



—Joder, Molly. Si me aseguras que me cocinarás de esta forma todos los días de mi existencia, me caso contigo hoy mismo.

Cerré los ojos y dejé escapar un gruñido gutural similar al haber experimentado el mejor orgasmo de toda mi puta vida. Al abrirlos, me di cuenta de que todos, incluida la morena, me observaban en silencio con la misma expresión en la cara que la primera vez que ves una peli porno en secreto en tu cuarto y te la pelas como un mono.

Sip, no pongas esa cara de asombro, que te veo. No exagero si te doy mi palabra de que el estofado estaba para deleitarse, para chuparse los dedos, los muñones y embadurnar enterito el celestial cuerpazo de Cupido con ese mejunje y saborearla lentamente, mordisqueándola sin prisas.

¡Ñam, ñam, ñam!

—¡Bah, pamplinas, Madox! —declaró la cocinera con mano de santo, mientras se abanicaba sofocada con la servilleta y dejaba caer su mano con gesto indiferente, minimizando su importancia—. Además, dudo mucho que a tu chica le haga gracia que te cases con una anciana como yo.

—¿A Cupido? —Me reí con una risa ronca—. ¡Nooo, para nada! Ella no es celosa, ¿verdad, cariñito?

Le di un par de codazos a Morgan, que estaba sentada a mi lado y me lanzaba dardos venenosos a diestro y siniestro. Yo trataba de esquivarlos mientras sumergía un generoso trozo de pan en la salsa de tomate y guisantes.

—A: no somos pareja, ni ganas. B: no nos soportamos y nunca lo haremos. Y C…

La estridente carcajada de Claus, que alternó con una especie de rebuznos muy extraños, resonó en cada rincón de la estancia, acaparando la atención de todos. Ni siquiera le permitió que

terminara de defender su argumento; uno que, por cierto, se desmontaba como un castillo de naipes.

—Vamos a ver, juventud divino tesoro. —Nos miró alternativamente mientras se secaba una lagrimilla con la punta de la servilleta—. ¿Por qué cojones no simplificáis las cosas? Yo, en mis tiempos mozos, cuando me atraía una mujer iba a muerte a conquistarla. ¡Estaba dispuesto a recibir calabazas o incluso un bofetón por ir de listillo!

—Doy fe —intervino Molly con una sonrisa cómplice y picarona mientras asentía y le servía una colmada cucharada de guiso—. La primera vez que vi a Claus, ni siquiera me gustó. Era feo feo, ¡feísimo como el pez borrón! Tenía la cara llena de acné, los dientes separados y aún no había dado el estirón, con lo que le sacaba una cabeza y media. Pero perseveró y, con el tiempo, paciencia y pico y pala, fue ganándose mi atención, y con los años, mi corazón. Y con la tontería ¡ya llevamos juntos cincuenta y tres primaveras!

Me llevé dos dedos a la boca y lancé un silbido de admiración. Claus añadió, divertido:

—Como decía mi difunto padre: más vale decir «so», que «arre».

—Y también que «dos tetas tiran más que dos carretas», y siempre he estado muy bien dotada, ¡pillín! —Su mujer sonrió coqueta mientras hacía el gesto de medir sus grandes atributos con las manos en un gesto poco elegante.

—Valen su peso en oro —añadió el muy picarón.

—Coño, Molly, no sé por qué, pero… —empecé a decir soltando una carcajada antes de descojonarme vivo—, me la imagino igualita a Afrodita A, la novia de *Mazinger Z*, gritando cuando disparaba sus misiles: ¡Pechos, fuera!

Lo siento, disculpa mi ida de olla, pero es que me venía al pelo.

De reojo, miré a Morgan, quien negaba con la cabeza mientras ponía los ojos en blanco y se mordía el labio inferior en un intento en balde por contener una sonrisa y evitar que yo me diera cuenta. Pero lo vi.

Morgan, Morgan, Morgan…

Arqueé las cejas.

Resultaba raro de narices, pero las señales no engañaban, se mondaba de la risa con mis ocurrencias. Intentar ocultarlo con tanto empeño era insuficiente y francamente estúpido, pues la tenía demasiado calada.

Después de una amena y divertida cena, llegaron los postres, una exquisita y calórica tarta de whisky helada y licores de alta graduación que abrasaban nuestras gargantas como un fuego infernal.

—¡Oh, por Dios! ¡Es tardísimo! —prorrumpió Morgan llevándose las manos a la cabeza al percatarse de que, mientras charlábamos con ese peculiar matrimonio, el tiempo se había desvanecido como por arte de magia.

Eran pasadas las dos de la madrugada y te aseguro que las horas no eran lo único que estaba pasado en esa casa. También nos estábamos pasando nosotros, ella y yo, con el alcohol. Es lo

que tienen los chupitos, bebes y bebes y, cuando te das cuenta, llevas encima una turca de la hostia que solo se marcha si duermes la mona una semana entera.

—Quedaos a dormir esta noche —nos propuso Molly, ya que Claus hacía un buen rato que roncaba en el sofá.

—Sería preferible que regresáramos a la ciudad.

—A estas horas de la madrugada será casi imposible encontrar un taxi de servicio.

—¿Y Claus? ¿No podría acercarnos en la ranchera?

Molly sonrió encogiéndose de hombros.

—A ese grandullón, cuando cae en brazos de Morfeo, ni un terremoto o el incendio de la casa lograrían despertarlo hasta la mañana siguiente. Duerme tan profundo que podrías sacudirlo con todas tus fuerzas y no abriría un ojo.

La morena titubeó antes de formular la siguiente pregunta:

—Y… ¿y usted? ¿No podría conducir usted?

Ella negó con la cabeza.

—Mi vida, no tengo licencia de conducir.

—¿Entonces?

—Cupido, no me parece mala idea quedarnos a pasar la noche aquí —le planteé.

—¡Ah, no, no, no, no! De eso nada. Además, vamos a molestar…

Se giró hacia mí con los ojos desbordados.

—Por nosotros no es molestia. Podéis dormir en la habitación de invitados.

—¿La habitación? ¿En singular?

—Sí, las demás habitaciones están llenas de trastos viejos y esa es la única en condiciones.

Mi atención se desvió hacia Morgan, quien se mordía las uñas con nerviosismo. Si seguía así, correría el riesgo de quedarse sin la primera falange.

Molly retomó el discurso con determinación:

—¡Veeeenga, no te acobardes, mujer…! —Se aferró a su brazo, haciéndose con el control de la situación, y la arrastró prácticamente por la casa hasta adentrarse en la habitación situada al fondo del pasillo. Incluso podía oír el chirriar de las suelas de las deportivas de Morgan deslizándose en el suelo y el traquido de sus uñas rasgando el papel de la pared para evitar que la llevase hasta allí.

Yo los seguí lentamente, apoyándome en unas muletas que tenían mil años y que el bueno de Claus guardaba en el trastero y aún me resultaban útiles.

Al entrar en la habitación, un ligero olor a humedad y a nostalgia me calaron hasta lo más profundo. Parecía ser el cuarto de un niño, o al menos lo había sido en algún momento. Sin embargo, durante la cena, el singular matrimonio no había hecho alusión a que tenían hijos.

Eché un rápido escrutinio a la estancia. En un rincón había un tocador con patas torneadas y cajones desgastados, cubierto de una fina capa de polvo y con marcas de carcoma. Un armario de tres puertas, cuya pintura se encontraba descolorida, que revelaba diferentes tonalidades en sus

capas. En el centro de la habitación, suspendido en el techo, colgaba un candelabro apagado con restos de cera derretida.

Junto a la ventana, arrinconada en la pared, había una diminuta cama con barrotes de hierro oxidados cubierta por un edredón de flores deslucido.

—Esto es una broma de mal gusto, ¿verdad? —se atragantó Morgan, señalando con la barbilla hacia la cama.

«Parece ser que no», pensé para mí mismo.

—¿Una cama infantil de noventa por noventa?

—Querida, qué importancia tienen las dimensiones. Se trata de pasar la noche y descansar. Además —sonrió Molly sin reservas—, estoy segura de que no será la primera vez que dormís juntos. Contra más chiquitita, más acurrucaditos.

Con esas palabras, nos guiñó un ojo y cerró la puerta tras de sí, dejándonos a solas en el cuarto.

—No pienso dormir contigo, ahí, en ese cuchitril. Me niego —señaló Morgan vacilante, apuntando con el dedo al tablón con patas de la Aldea Pitufa en *Pitufilandia* mientras se cruzaba de brazos y torcía el gesto con hastío.

—Está bien, Cupido, no hay problema. Yo dormiré en el suelo.

—¿Cómo pretendes dormir en el suelo en tu estado?

—Te aseguro que he dormido en lugares peores.

—¡Me da igual! ¡Hoy no va a pasar!

¡Me cago en todo lo que se menea!

Ya salió a la palestra su vena empática y altruista, esa arrogancia innata que encendía mi química sexual casi por combustión instantánea para desarmarme en el mejor sentido de la palabra. Así de sencillo, ¡así de asombroso! La excitación suele agotarse rápidamente si no hay algo que la alimente en la otra persona. En Morgan, encontrabas una gran variedad de mujeres, todas ellas emocionales, seductoras, generosas y cercanas. También tenía la capacidad de exasperar mis nervios sin siquiera proponérselo.

—Madox, ¡quédate quie-te-ci-to aquí! —Me cogió de los hombros y me obligó a sentarme en el borde de la cama—. No me hagas repetírtelo.

—¡A sus órdenes, mi sargento! —agregué divertido y la sujeté por la cintura—. Pero solo si me das un besito de buenas noches —dije, guasón, e hice un gesto de beso en el aire poniendo morritos.

—¡Diooooos! ¡Me pones frenética, agente Ward!

Me aclaré la garganta.

—Bueno, nena, conozco muchas formas de relajarte.

Me apartó las manos de su cuerpo.

—¡Ugh! ¡Cállate!

Ella se giró sobre sus talones e intentó encerrarse en el cuarto de baño, el cual carecía de

puerta y solo disponía de una cutre cortinilla para preservar su intimidad.

—¿En serio? ¿Dónde está la cámara oculta? —se quejaba malhumorada mientras trataba de ajustar la tela semitransparente a manotazos en el marco—. ¿Por qué siempre me pasan estas cosas a mí?

Minutos más tarde, tras oír vaciarse la cisterna, vi a Morgan salir descalza y avanzar hacia mí, que estaba tirado en el suelo sobre una toalla, en gayumbos negros y con el jersey enrollado en la nuca a modo de improvisada almohada, listo para dormir.

—¿Siempre haces lo que te da la real gana? —pronunció con seriedad mientras se quitaba las horquillas, dejando que su pelo castaño oscuro cayera en cascada sobre sus hombros. Luego se lo ahuecó y, ¡joder! Me quedé alelado mirándola, se me cortó el aliento. Parecía un jodido ángel caído del cielo—. ¿Tú nunca escuchas?

Chasqueó los dedos frente a mi cara.

Salí de mi trance como por arte de magia.

—Solo presto atención a las cosas que tienen sentido.

—Vaaaaale, Madox, desisto. —Se encogió de hombros, derrotada, mientras me mostraba las palmas de las manos—. Creía que yo era la persona más terca del universo, pero veo que hay alguien que me supera por goleada.

Luego se tumbó en la cama, me dio la espalda y alargó el brazo para tirar del cordón de la lamparilla de noche.

—¿Piensas dormir vestida?

—¿Algún problema?

—Ninguno.

—Buenas noches, Madox.

Me quedé dormido de inmediato, fue cerrar los ojos y caer en un sueño profundo, o eso creí hasta que algo me despertó en medio de la penumbra: un gemido melancólico, apenas audible, entremezclado con una respiración entrecortada y angustiada.

—Morgan, ¿estás bien?

—S-sí…

Apenas la oí, pero su monosílabo estaba cargado de una tristeza desgarradora que me partió el alma en dos.

—¿Estás segura?

—Mmm-hmm…

—Lo siento, Cupido, pero esa onomatopeya no me parece muy convincente.

La oí sorber los mocos y sentí su impotencia por querer contener el llanto, pero sin éxito.

—¿Estás llorando?

—No, para nada, solo estoy resfriada.

—Morgan…

Un silencio algo incómodo se instaló entre nosotros. Luego ella susurró entrecortadamente:

—¿Podrías abrazarme? Esta noche necesito sentir tus brazos. Hoy no quiero sentirme sola.

—Claro, Morgan.

Le hice caso sin dudarlo.

Me incorporé del suelo con la ayuda de mis palmas, me arrastré y trepé hasta el colchón. Me llevó más tiempo del deseado tumbarme en la cama, deslizar mi mano por encima de su ropa, rodear su cintura con el brazo y pegar mi cuerpo al suyo, tanto que no cabía un jodido átomo de aire entre nosotros. Casi había olvidado lo perfectamente que encajaban nuestros cuerpos, uno anexionado al otro, haciendo la cucharilla.

Oí su suspiro antes de que su brazo abrazase el mío y lo apretara fuerte contra su pecho.

—Gracias.

—No debes dármelas. Estaré a tu lado siempre que me necesites —pronuncié con voz ronca en su oído, rozando mis labios con su lóbulo e inundándome del olor de su piel—. Siempre.

Volvió a suspirar.

—Me quedaría así, abrazándote por la espalda, toda la eternidad.

* * *

Ya estaba amaneciendo cuando la dejé sola en la cama y, tambaleándome, logré llegar al baño con ayuda de las muletas. Al regresar, la luz de la calle se filtraba a través de las cortinas, dibujando claroscuros que delineaban los contornos de su cuerpo. El tirante de la camiseta resbalándosele por el hombro; su pelo oscuro desparramado sobre la almohada como hebras de una tela de araña; su boca entreabierta, emitiendo un suave ronroneo; sus párpados cerrados, que ocultaban sus hermosos ojos del color de la avellana, los cuales habían derramado lágrimas durante parte de la noche, expresando tantas cosas sin necesidad de usar palabras.

No sé por qué, mientras la observaba sin poder apartar la mirada, vino a mi mente la letra de la canción *Ocean Eyes* de Billie Eilish.

I’ve been walking
Through a world gone blind
Can’t stop thinking of your diamond mind
Careful creature made friends with time
You left her lonely with a diamond mind
And those ocean eyes. [1]

No es justo, no lo era, como bien decía la letra.

Morgan Freeman nunca podría ser mi amiga, porque cuando sientes algo tan profundo como lo que yo sentía por ella no basta con eso, necesitas más. Ella era mi mejor lugar, mi refugio, siempre había estado en mi mente y no podía luchar contra eso, ya que luchar contra los sentimientos es una batalla perdida de antemano.

—Buenos días —dijo, bostezó y se estiró como un dulce minino.

Sus labios se curvaron, dibujando una dulce sonrisa cuando abrió los ojos y me pilló de pie, apoyado en las muletas, observándola en silencio. Contagiado por su sonrisa, la imité. Sonreí. Sus ojos estaban ligeramente hinchados y enrojecidos, pero se veía más relajada, como si hubiese liberado toda su frustración esa noche entre mis brazos. Me sentí afortunado por haberle cedido mi hombro para desahogar sus penas.

—Buenos días, preciosa.

Saludé, sintiendo cierta incertidumbre sobre cómo debía comportarme. No sabía si quedarme en mi sitio o ir a abrazarla. Cualquier acción implicaba una elección y tenía miedo de cagarla o de no ser lo que ella esperaba de mí.

—¿Te sientes mejor?

Asintió.

—Me alegra.

Avancé un paso hacia delante.

—¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre. —Se le escapó una risa y se sentó en la cama—. Si me das un segundo, me aseo, nos despedimos de Claus y Molly y podemos desayunar en el camino de vuelta a Nueva York.

—Me parece una excelente idea.

Morgan se puso de pie y comenzó a caminar descalza hacia mí. Y cuando estaba a punto de pasar junto a mi lado para entrar en el baño, solté una de las muletas y la agarré de la muñeca.

—Espera un momento.

Mis piernas temblaron debido a la falta de estabilidad y masa muscular, pero eso no me importó. Necesitaba hacerlo, las ganas me arañaban el estómago de pura necesidad.

—¿A qué?

—A esto.

La comisura de mis labios se curvó antes de enmarcar su cara con mi mano y besarla con toda la intensidad que había estado conteniendo durante horas, días, semanas. Abrí su boca con la mía y busqué su lengua, que lamí despacio. Ella jadeó, solo fue un segundo, pero te juro que fue el puto sonido más sexy que había oído jamás, y lo había provocado yo. ¡Yo! Aunque pueda parecer inapropiado confesártelo, mi entrepierna creció de una manera que no recordaba.

¿Es posible morir con un beso? Me explico mejor, ¿conoces algún caso documentado de alguien que haya fallecido al dejar de respirar debido a un beso? Pues en mi caso, recuerdo haber perdido la noción del tiempo y haberme olvidado incluso de respirar.

Fuera coña…

La besé en la frente y pegué la mía con la suya.

—Joder, sigues siendo mi bello desastre, Morgan.

Ella no respondió, pero ver sus labios curvándose al dibujar una sonrisa, me bastó.

48

Morgan



Después de reponer energías con unos panqueques tradicionales, que aderezamos con sirope de arce y crema batida, y un par de cafés bien cargaditos en Bunbury's Coffee Shop, nos acercamos al Cementerio de Sleepy Hollow, principalmente por la insistencia de Madox, quien me convenció de no irnos sin antes visitar la tumba de Washington Irving, el autor de *The Legend of Sleepy Hollow* y *Rip Van Winkle*, cuyas obras dieron fama al pueblo.

Apenas salíamos del lugar, mientras esperábamos un taxi, me di cuenta de que Madox me observaba por el rabillo del ojo con una media sonrisa en los labios.

—Morgan, Morgan, Morgan… Si me revelas de qué huías ayer, yo te confesaré por qué lo hacía yo.

—¿Huir?

Hundió la mano en uno de los bolsillos y sacó una piruleta que se llevó a la boca. Luego me ofreció otra, que rechacé con un gesto leve.

—*Sip*, así es —aseveró mientras chuperreteaba el dulce de fresa con forma de corazón.

—No huía. —Sacudí la cabeza y arrugué la nariz, meditabunda—. Solo necesitaba tomar distancia, respirar…, coger aire… —Soné un pelín ofendida, pero no lo suficiente como para convencerle por completo.

¿Necesito comentarte que persuadir a Madox Ward era casi una *Misión imposible* a lo Tom Cruise? Creo que a estas alturas de la película carece de sentido. Después de todo, también es más fácil pillar a un cojo que a un mentiroso.

—¿Y tenías que apagar el teléfono desde ayer para respirar a gustito?

Abrí los ojos con horror, al saberme cazada con las manos en la masa. Suspiré.

—¿Prefieres que empiece yo primero?

Me encogí de hombros, me daba igual una cosa que la otra.

—¿No oíste los gritos? ¿No recuerdas a Jacob persiguiéndome con la pilila al aire?

—No, lo siento, estaba tan… bloqueada que…

Un momento…

¿Persiguiendo?

¿Pilila al aire?

—Tranquila, Cupido, ya lo noté. Vi que estabas en estado de *shock* catatónico, por eso te secuestré.

Fruncí el ceño por la extraña forma que tenía el poli de relatar los hechos, pues era como estar viendo dos películas diferentes, con finales opuestos.

Él me siguió observando.

Yo empecé a retorcer las manos con nerviosismo en un acto reflejo, sin ser consciente al cien por cien de ese gesto.

—Tengo la sensación de que ayer ambos descubrimos cosas que no nos hicieron ni puta gracia —soltó en un tono algo impertinente—: Vale, ¡tú ganas! Iré directo al grano. No me gusta andar con rodeos, especialmente cuando las cosas son tan obvias. Pillé a Jacob y a Sky follando como animales en mi cama, en nuestra propia cama. Fin del chisme.

—¿Quéééé? —Sentí la boca pastosa al imaginar gráficamente los hechos. Ellos dos intercambiando más que fluidos corporales. *Oh, my God!*—. No, eso no puede ser cierto.

—Es lo que oyes.

—No, Madox. ¿Ellos dos? Ni siquiera pueden soportarse.

—Recuerda que nosotros empezamos de la misma manera: odiándonos.

—Nunca te he odiado. —Alcé la barbilla y le miré fijamente a los ojos. Me pasé la punta de la lengua por los labios secos antes de matizar—: Bueno, sí. Esto… Sí, te he odiado, ¡mucho! Cuando, cuando descubrí que… ¡que fuiste infiel a tu prometida conmigo! —titubeé.

Luego negué con la cabeza.

—Técnicamente ella y yo no estábamos juntos. Iba a romper la relación justo cuando quedé atrapado contigo en la cabaña del viejo Sam Cooper, sin la posibilidad de ceñirme al plan.

—Ja. Madox, eso no te lo crees ni tú. ¿A quién pretendes engañar? Además, se suponía que ibais a casaros.

—¿Y?

Iba a rebatir sus palabras en ese preciso instante cuando un taxi se detuvo frente a nosotros.

—¿Suben?

Una voz áspera se oyó cuando la ventanilla del copiloto descendió.

—Agradecería que me ayudara con la silla de ruedas.

Madox cabeceó señalando el artilugio que estaba plegado a su lado mientras se apoyaba en las muletas que le había regalado Claus.

—Claro, cómo no. Voy a abrir el maletero de inmediato.

Nos metimos en el coche mientras el conductor acomodaba la silla en la parte trasera. El

interior olía a tabaco negro y a un ambientador de lavanda para disimular el fuerte olor a nicotina que impregnaba el reducido espacio.

Madox ocupó el asiento a mi derecha.

—¿A dónde, caballero?

—A Greendwich Village.

Madox le dio las señas de su casa, no las de mi apartamento en Upper West Side donde, no nos olvidemos, se había producido la escena del crimen.

Ni siquiera le rebatí, dejé que él tomara las decisiones por los dos, ya que parecía tener las cosas más claras que yo misma. Mientras tanto, me quedé en silencio, mirando por la ventanilla e intentando despejar mi mente. No pensar, no pensar, no pensar… Algo que me resultó imposible.

—Ey, Cupido, estás muy pálida.

Sentí los dedos de Madox acariciar mi mejilla con suavidad.

—Estoy bien. —Sonreí y dirigí mi mirada a sus ojos verdes.

—No me convences.

—Madox, de verdad, estoy bien.

Tomé su mano para apartarla de mi piel y él aprovechó para deslizar el pulgar por el contorno de mis nudillos muy despacio.

—Joder, si yo fuera él, te mimaría como mereces. Te cuidaría, me preocuparía y te veneraría todos y cada uno de los putos días de mi vida.

—Madox… no hagas eso.

—¿Qué hago?

—Ponerme entre la espada y la pared y obligarme a decidir entre él y tú.

—Al menos así parecerá que estás considerándolo.

—No te confundas. —Sonó como a una riña, pero no lo era, era desesperación, miedo, incertidumbre, dolor—. No quiero darte falsas esperanzas sobre algo que ni siquiera yo entiendo.

—Esperaré todo el tiempo que sea necesario si es eso lo que te preocupa.

Negué con la cabeza. No, no era eso, no estaba comprendiendo nada.

—Yo solo sé que valdrá la pena, nosotros merecemos la pena, joder. Merecemos darnos esta oportunidad. ¿No lo ves? No hemos tenido solo una oportunidad, sino varias. El puto destino nos lo está poniendo en bandeja de plata y no lo estamos aprovechando. ¡Maldita sea, no dejes que pase de largo! Esta vez no. Ven conmigo. Déjalo todo y ven conmigo. Sigue el camino a mi lado, juntos.

Mi labio inferior tembló, indeciso y en silencio, mientras libraba una batalla interior entre lo sentimental y lo lógico.

—No puedo, Madox.

—¿Por qué?

—No puedo irme contigo, abandonarlo todo. Apenas nos conocemos. Apenas hemos…

Él sonrió.

—La maldita cita.

—¿Qué?

—Aún nos debemos esa maldita cita. Técnicamente parece ser el quid de la cuestión de todo lo nuestro, así que problema resuelto. ¿Quieres salir conmigo?

—¡No seas bobo!

Logré esbozar una sonrisa con los labios apretados, y él movió sus dedos delante de mi cara para colocar con ternura un mechón detrás de mi oreja. Luego, sus profundos e intensos ojos verdes se encontraron con los míos, y ver cómo sus iris casi desaparecían y sus pupilas se volvían el centro de atención me provocó un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo.

—¿Me amas? —preguntó, ronco, sonando desesperado, como si estuviera lanzando su último cartucho hacia algo; una ilusión del todo perdida.

—¿Qué?

Tragué saliva, mi corazón acababa de subírseme a la garganta.

—Si me amas.

—No deberías preguntarme algo así.

Noté cómo las lágrimas llenaban mis ojos.

—Pues yo sí te amo, Morgan. No me da miedo decírtelo porque lo siento aquí —se llevó la mano a la sien— y también aquí —la puso sobre su pecho izquierdo—. Haces que pierda la cabeza y que mi corazón lata con fuerza cada vez que estás a mi lado.

—Madox…

—Es una respuesta simple, ¿me amas o no? Es blanco o negro, no hay términos medios en esta mierda.

Guardé silencio y al cabo de un rato, como seguía sin atreverme a responder, Madox anunció al taxista en voz alta:

—Cambio de destino, amigo. Llévela a ella primero; al 133 West 78th Street, por favor.

—¿Qué estás haciendo?

Parpadeé, aturdida.

—Necesitas aclarar las ideas, Morgan. Es mejor que primero vuelvas a tu apartamento y hables con Denis.

—No puedo, no puedo hacerlo.

—Sí, claro que puedes, porque vas a dejar de huir.

—No, no puedo… No puedo… —gimoteé.

Me tensé al recordar la grabación que revelaba su infidelidad y desvié la mirada hacia delante, hacia la ventanilla, hacia la coronilla del conductor.

—Ey, mírame. Vamos, mírame.

Me cogió de la barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Si las cosas se ponen feas, siempre puedes llamarme e iré.

Los ojos empezaron a escocerme.

—Madox, no. No me dejes sola.

—Chist, preciosa. —Me cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los míos—. Vale, está bien, si quieres que te acompañe, iré. Estaré a tu lado.

Apoyé la mejilla en su cuello y él besó mi pelo.

—Voy a estar contigo en todo momento. No me separaré de ti, te lo prometo.

49

Madox

Vuelta al punto de partida.

Morgan dudó unos instantes antes de anclar la llave en el bombín y abrir la puerta del apartamento que compartía con su prometido, Denis Moore, y desde hacía un tiempo también con Sky y conmigo.

Al oír pasos, el compositor se levantó del sofá y se apresuró hacia ella, cogió su cara entre las manos y la besó en los labios con urgencia.

—Bomboncito, ¿estás bien? Me tenías muy preocupado. No respondías a mis llamadas ni a mis wasaps. ¡Te juro que he estado a punto de sufrir un maldito ataque! ¿Dónde has pasado la noche? ¿Con quién?

Morgan deslizó su indecisa mirada hacia mí, mientras yo la observaba finamente sin apartar mis ojos de los suyos. Asentí para que continuara firme, infundiéndole mi apoyo desde la lejanía, tal y como le había prometido.

—Tenemos que hablar —le respondió con desdén.

—Claro, cariño. Vayamos a una habitación, así tendremos más privacidad.

Era evidente que se refería a mí, pues según él yo era el elemento que sobraba en la ecuación. Craso error, ¡cabrón!

—No. Prefiero quedarme aquí.

¡Esa es mi chica! Le guiñé un ojo y Morgan se removió algo intranquila, cambiando el peso de un pie a otro.

—Vamos a sentarnos. No tienes buena cara, se te ve fatigada —propuso él, tratando de quitar hierro al asunto.

«Claro, ¿no te das cuenta? ¡Está cansada y harta de ver tu cara de memo todos los putos días!».

—Así está mejor.

Él agarró su mano y la guio al sofá. Denis empezó a tantear la situación y yo guardé silencio como un mero espectador.

—Y bien, dime, mi vida. Soy todo oídos.

—Antes que nada, te haré una sola pregunta y espero una respuesta sincera.

—Claro.

—La cuestión es… ¿tienes algo que decirme?

—¿Así, a bote pronto? —Se encogió de hombros, realmente parecía confundido, al igual que yo, que no sabía de qué iba la película—. No sé, me pillas en cueros, cielo.

—¿Quizás algo relevante en nuestra relación que haya ocurrido en las últimas horas?

—¿Es algún tipo de acertijo? —preguntó con cautela—. ¿Algo que haya pasado por alto en los preparativos de la boda? Si te refieres a la sorpresa que te estoy preparando, comprende que no pueda revelarte los detalles.

—No tiene nada que ver con la ceremonia —aclaró.

—Entonces sé más concisa o esto se va a prolongar hasta que nazca nuestro primer hijo.

¿Ahora se las gastaba de graciosillo? Uf, lamentable.

—Es sobre la discográfica y tus métodos de fichaje.

—¿De qué estás hablando?

—¿Te suena el nombre de Abby?

Denis tardó unos segundos en responder.

—Ahhh, sí. Abigail. —Aclaró su garganta y alzó las cejas mientras caía en la cuenta—. Sí, claro. Es la nueva solista.

No me gustó para nada la sonrisilla que asomó, que trató de ocultar pero que yo noté.

—Sin duda le auguro un futuro prometedor.

—Sí, es talentosa. ¿La conoces, Morgan?

—No he tenido el placer, no como otros… —escupió ella ruborizada antes de volver a ponerse de pie, dirigirse al equipo de música y pulsar el botón de reproducción.

Justo en ese instante, todo cobró puto sentido. Las voces de Denis y una mujer en actitud íntima resonaron en el salón del apartamento.

«Abby, ¿se puede saber qué estás haciendo?

»¿Qué crees? Voy a hacerte la mejor mamada que hayas soñado.

«Así no funcionan las cosas… Levántate del suelo, maldita sea.

»¿Acaso no lo deseas? Yo diría que has querido meter tu polla en mi boca desde el primer momento en que puse un pie en este estudio de grabación. No finjas, todos sabemos que es así como funciona este mundillo, que no hay reglas. Polvo, sexo oral, anal, da igual. Ahora cierra los ojos y déjame llevarte a otro nivel, hasta hacerte volar.

«Abby…».

Morgan detuvo la cinta.

Joder, a mis treinta y siete años y por mi trabajo, puedo presumir de haber visto de todo, pero te juro por mis muertos que ese día, en ese apartamento, ¡sentí asquito ajeno y la rabia revolviéndome las putas entrañas de estar en la misma sala que ese cabrón!

Quizás habría sido menos doloroso para ella enterarse por terceros y no de forma tan gráfica, romantizando la infidelidad. Aunque, la verdad sea dicha, a veces es mejor una hostia con la mano abierta que llevarte la gran decepción de tu vida.

—No sucedió nada, Morgan. Está claro que sólo te han mostrado esa parte para que parezca que está fuera de contexto.

¡Hostias, que puto cínico! Machote, que te han pillado con las manos en la masa o, mejor dicho, disfrutando de la crema de cacahuete en una casa ajena.

—¿Eso es lo único que vas a decir en tu defensa? ¿Que soy una celosa patológica y que me imagino cosas que no existen?

—No voy a defenderme de algo que no ha ocurrido. Además, tú sabes tan bien como yo que estas cosas pueden pasar y pasan. Especialmente en nuestro mundo, Morgan. ¡No seas ingenua!

—¿Ingenua?

La morena se llevó la mano a la frente y comenzó a deambular en círculos sin saber qué hacer, como si notara que todo estaba perdiendo el sentido.

—Sí, claro. Sabes que tarde o temprano sucederá.

—¿Q-qué? ¿Q-qué sucederá? ¿Que me engañes con otra mujer?

Denis cerró el pico como un sinvergüenza y yo empecé a calentarme cada vez más.

—Cariño, te creía más madura.

—¿Madura? ¿Quién es el malcriado en todo este asunto?

—¿Acaso tú y yo no terminamos manteniendo relaciones sexuales la primera noche que nos conocimos?

—Eso… ¡eso fue diferente!

—¿Por qué? También querías ser una estrella del rock. Vivir el sueño americano. Aprovechaste la oportunidad, ¡vaya si la aprovechaste! Y no hay nada malo en eso.

—¡¿Qué?! ¡No puedo creer lo que estoy oyendo! ¿Me estás acusando de ser una impostora? ¡¿De acercarme a ti por conveniencia?!

—Aunque así fuera, eso no cambiaría las cosas. Estamos juntos. Eso es lo que importa.

—¿Y para qué? ¡¿Para estar constantemente dudando de ti de ahora en adelante?!

—Morgan, céntrate, nunca te prometí fidelidad eterna.

Cupido empezó a reír con sarcasmo, imagino que para no romper a llorar.

—Sé que no está escrito en ningún contrato que haya que guardar fidelidad a tu pareja, pero sí, así debería ser, Denis.

—¿De verdad crees que en los días que corren en esta sociedad existe la fidelidad en las parejas cuando hay tantas opciones posibles?

—Sí, eso es el amor.

—En el cine, no en la vida real. Lamento quitarte la venda de los ojos de esta forma y también siento arruinarte el final del cuento, pero el Príncipe engaña a Cenicienta con sus hermanastras.

¡Se acabó!

—Ni de coña vas a quedarte aquí escuchando más memeces. —Me metí en la conversación sin pedir permiso, cojeando con las muletas hacia Morgan y pasando olímpicamente de la cara de aquel impresentable. Él la había jodido, aunque no sabía cuán profundamente había metido el pie en la mierda—. Vamos, Cupido. Nos largamos.

Le hice un gesto con la cabeza hacia la puerta, pues si le cogía de la mano corría el peligro de perder el equilibrio y caer al suelo.

—¿Dónde crees que te la llevas?

—A cualquier lugar lejos de ti.

—¡Ni lo sueñes!

Se colocó delante de mí, en actitud amenazante, midiendo su hombría y agarrando el brazo de Morgan con posesión.

—¡Denis, suéltame!

—No irás a ningún lado con él.

—Eso no lo decides tú.

—Hablemos, cariño. Arreglemos nuestras diferencias.

—Te aseguro que no hay nada que arreglar, Denis.

—Morgan. —Apretó las muelas a la vez que clavaba los dedos en sus carnes.

—Denis, ¡me estás haciendo daño!

—¡Suéltala, ya la has oído!

—Oye, nadie te ha dado vela en este entierro, ¡así que largo de mi casa!

—Mira, tío. O apartas tus manazas de su brazo de una puta vez o ¡te las quito yo a base de hostias!

Le di un ultimátum que él ignoró deliberadamente.

—¿Vas a pegarme tú? —gruñó y me dio un ligero empujón en el pecho—. No me hagas reír, ni siquiera puedes mantenerte en pie.

Otro empujón, este con agresividad, me desestabilizó por completo.

—Te lo advierto, no me provoques más… —dije sin amedrentarme—. Estás buscando problemas.

Suelo ser una persona tranquila, incluso pasiva, a la que no le gustan los conflictos. Pero Denis Moore estaba poniéndome las cosas muy difíciles. La sangre empezó a hervir en mis venas. Me sentía a punto de estallar. Y cuando eso pasaba… cuando me provocaban de esa forma… ¡perdía los papeles!

—¿Qué?

—Denis, déjalo. —Ella intervino en mi defensa y se interpuso entre los dos, pero, desafortunadamente, las manos que iban a empujarme terminaron empujándola a ella, haciéndola

caer con violencia contra el suelo.

—¡Dios, Morgan, lo siento! ¿Estás bien? Te interpusiste y no te vi venir.

Descompuesto, Denis se agachó para ofrecerle su mano y ayudarla a levantarse, pero ella lo rechazó apartándolo con la mano.

—Denis, nuestra relación ha terminado. ¡Aquí y ahora!

Morgan se puso en pie y se sacudió el polvo de los pantalones.

—No, no puedes mandarlo todo a la mierda así.

—Claro que puedo —le desafió—. Mírame.

Lo apartó con la mano y caminó decidida hacia la puerta. La seguí sin dudarlo.

—Morgan. Luego no me busques ni vengas llorando cuando tu carrera profesional se vaya a la mierda y no entiendas por qué —amenazó Denis antes de que la puerta se cerrase detrás de nosotros.

Denis, Denis, Denis… Si es que… chaval, te lo estás buscando.

—Madox, ¡¿a dónde vas?!

Me esforcé por llegar hasta Denis, a duras penas, y me paré frente a él con una actitud poco amistosa.

—Atrévete a arruinar la vida de Morgan y te juro por todo lo que considero sagrado que seré yo quien arruine la tuya.

—¿Me estás amenazando como civil o como agente de policía?

—Te estoy amenazando, punto —dije con naturalidad, aunque lo miré desconfiado. Los demonios me comían por dentro y me estaba conteniendo para no partirle su perfecta cara de hijo de puta llena de bótox. Por alguna razón, su comportamiento siempre correcto me había dado mala espina. Ahora mis sospechas se habían confirmado—. No te equivoques conmigo. Puedo joderte la vida con poco esfuerzo, créeme. Unas simples llamadas, unos informes que aparecen de la nada… ¿Qué prefieres? ¿Pornografía infantil, drogas, maltrato doméstico?

—Presentar cargos infundados ¡es ilegal! —escupió y dio un par de golpecitos con un dedo en mi pectoral.

—Arruinar la prometedora carrera de alguien también lo es.

—Ella solita se lo ha buscado. —Volvió a clavar su maldito dedo en mi piel repetidas veces.

—¡Deja de clavarme ese puto dedo!

Denis… No sigas por ahí…

Tensé los músculos de mi mandíbula, a punto de nublárseme el juicio, perder la calma y hacer algo de lo que me arrepentiría después.

—¿Cómo? ¿Así?

Clavó su dedo por tercera vez en mis costillas y yo giré la cara, buscando la mirada de Morgan.

—Cupido, ¿me das permiso para enseñarle modales a este idiota?

Apreté el puño, preparándome, pero ella negó lentamente. Luego, dirigí la mirada a Denis y le

acomodé lentamente el cuello de su impoluta camisa de firma.

—Da gracias porque ella me haya pedido que no te destroce la maldita cara.

—Mejor agradécemelo a mí por darte libertad total y que finalmente puedas follarte a mi prometida.

Ni siquiera le di tiempo a que terminara la maldita frase. La excitación se apoderó de mí. En ese momento, me sudaba la polla todo, pues jamás follaría con ella, sino que le haría el amor con todos mis putos cinco sentidos.

Entonces, mi puño se dejó llevar por su propia voluntad, cargado de odio, y le reventé el tabique nasal de un violento derechazo. Para que te hagas una idea gráfica del impacto, mis brazos, fortalecidos durante los meses posteriores al atentado en Tribeca, se convirtieron en el epicentro de mi cuerpo.

—¡¡¡Largo de mi casa!!! —bramó furioso, tambaleándose mientras intentaba en vano tapar la hemorragia nasal con las manos y seguía despotricando pestes por la boca—: ¡Morgan, prepárate para despedirte de Georgia Mind! ¡Ese nombre es cosa del pasado!

Desoyendo sus palabras, salí de allí y segundos más tarde me reuní en el descansillo del edificio con Morgan, que miraba horrorizada la sangre que manchaba mis nudillos.

En silencio, rodeó mi cintura con las manos y se pegó a mi cuerpo para ayudarme a caminar hacia el ascensor.

—¿Estás bien, Cupido?

—Se puede decir que he estado mejor. —Sentí su aliento rozando la piel expuesta de mi cuello—. ¿Y tú?

Sonreí.

—Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

Esa mañana comprendí dos cosas. La primera, que todo encuentra su lugar en el momento adecuado, sin forzarlo, ni antes ni después. Y la segunda, que todo puede cambiar en un instante, por lo que debemos valorar lo que tenemos antes de perderlo para siempre.

* * *

Anduvimos despacio un par de manzanas por el Upper East Side hasta llegar al apartamento de una conocida de Morgan, una actriz de Broadway llamada Brooklyn Steanfeald. Nos presentamos sin avisar, pero ni a ella ni a su marido, Ryan Cohen, pareció importarles nuestra inesperada visita, más bien al contrario.

—Adelante, bienvenidos —dijo Brooklyn con amabilidad.

Sonaba *What's Up?* de 4 Non Blondes cuando Morgan se ausentó unos minutos con Brooklyn para buscar vendas y algo para curar mis heridas. Mientras tanto, Ryan me invitó a sentarme en el sofá y me ofreció una taza de café.

Puede que no me creas, pero solía tener un buen instinto para percibir a las personas, calarlas, tanto a las buenas como a los cretinos como Denis. Brooklyn y Ryan eran buena gente, de buena pasta, como se suele decir. Ella, una mujer de una belleza que rara vez había visto antes: rubia, con grandes ojos azules, guardaba cierto parecido con Scarlett Johansson, y estaba dotada de una dulzura que te enamoraba al instante. Él, un auténtico caballero de los pies a la cabeza, servicial, atento y muy educado. Parecían equilibrarse perfectamente, formando un tándem indestructible, sólido y muy complementado.

Ahora en serio, daban ganas de preguntarles si hicieron algún pacto con el diablo para tener la suerte de encontrarse, o si simplemente fue obra del destino o de ese mito japonés del hilo rojo.

—¿Azúcar?

—Prefiero sin, gracias.

Ryan me ofreció la taza y se sentó a mi lado.

—Morgan nos ha hablado mucho de ti.

—Espero que sean cosas buenas.

—Hay un poco de todo, no te voy a engañar.

Agradecí su honestidad. La verdad es que es una cualidad cada vez más rara de encontrar. De todos modos, me caía bien Ryan Cohen.

—No pareces neoyorquino.

—Es porque no lo soy. Soy natal de Haines, un pequeño pueblo de menos de dos mil habitantes, en Alaska.

—Vaya, no te mentiré si te digo que envidio que podáis disfrutar de esos paisajes de postal, aunque no de las bajas temperaturas.

Antes de dar un sorbo al café, se pasó la mano por el pelo negro para apartar unos mechones del flequillo hacia atrás.

—¿Cómo ha sido la recuperación? Dura, ¿verdad?

Seguí la dirección que indicaba su barbilla, hacia mis piernas.

—Una puta mierda. —Reí irónicamente, tratando de ocultar lo largo y tedioso que había resultado, sin duda la prueba más difícil a la que me he enfrentado en la vida—. Morgan me contó que tú también pasaste por lo tuyo. Que fuiste uno de los pocos supervivientes del 11S.

—Sí, una pesadilla de la que aún padezco secuelas. Tal vez no tanto físicas, pero sí emocionales. Una experiencia de esa magnitud siempre deja heridas abiertas que jamás cicatrizan.

No me preguntes cómo lo supe, pero sentí un nudo en la garganta y la boca seca al imaginarme lo que Ryan pudo experimentar al creer que no iba a salir con vida de ese infierno en llamas.

—Me gustaría compartir contigo un secreto, uno que ni siquiera Brooklyn conoce. Dieciséis años después del atentado, siento que nunca ha terminado. Revives una y otra vez los gritos, el

humo, el olor a carne quemada. Sé que ese olor a muerte, ese sufrimiento que te desgarra las entrañas, los gritos de todas esas vidas arrebatadas… me perseguirán el resto de mi vida.

No supe qué responder, ya que solo aquellos que han vivido una atrocidad así pueden entender que una parte de tu alma, esa que dicen que pesa veintiún gramos, se queda allí y nunca regresa completa contigo.

—¿Sabes lo que me mantuvo con vida en medio de la oscuridad?

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra, todas se habían quedado atrapadas en mis malditas entrañas. Joder. Sus ojos negros y rasgados se habían humedecido ligeramente y los desvió un momento a sus manos. Entonces me di cuenta de que tenía un pequeño dispositivo tras la oreja, ovalado y del tamaño de una moneda, una especie de audífono mezclándose entre los mechones ondulados de su pelo.

—Ella. Brooklyn. Ella me mantuvo con vida. Querer regresar a su lado sano y salvo, pues habría hecho cualquier cosa por ella. Incluso volver del mismísimo infierno, como hice.

—¡Ya estamos aquí! Y… también nos vamos… —anunció su mujer como si quisiera informarle discretamente de que se unían a la conversación, a esa tan íntima en la que estábamos tan inmersos—. Ryan, cariño, ¿me ayudas a preparar la cena? Tenemos invitados especiales y no tenía nada previsto, así que…

—Por supuesto, mi vida. Ey, ¿por qué no pedimos un *Uber Eats*?

—No, nada de eso. Hoy no te escapas. Ven conmigo a la cocina.

Casi nos da la risa a Morgan y a mí cuando Brooklyn, utilizando la barata excusa de la cena, se llevó a Ryan fuera del salón para dejarnos a solas. Y entonces fue cuando la morena atrapó mi mano para empezar a desinfectar la herida con una gasa estéril y aplicar un antiséptico suave, pero que quemaba como mil demonios.

—¡Uff! Joder, ¡pica… pica!

—Agente Ward, no me venga con lloriqueos a estas alturas, creía que era más machote.

—¿No tengo derecho a quejarme?

—Sí, por supuesto, pero no conseguirás más atención de mi parte si me das penita.

—Permíteme ponerlo en duda.

Morgan levantó una ceja perfecta y yo me expliqué mejor.

—Que sepa usted que hay mujeres que buscan a hombres alejados del prototipo de macho alfa o la masculinidad hegemónica. Hombres que sepan escuchar y que muestren su sensibilidad sin ser juzgados negativamente.

—Mirado desde ese punto de vista, tal vez tu argumento tenga algo de validez, aunque no te pegue el rollo de ir de blandito por la vida.

Ella fue cubriendo mis nudillos magullados con un apósito adhesivo y después envolvió mi mano con una venda, comenzando desde la muñeca. Con cuidado, evitó apretar demasiado para no interrumpir la circulación sanguínea y permitir que las falanges no se adormecieran.

—Ahora, mueve los dedos.

Mientras los movía, no pude evitar observarla, pues me tenía completamente atontado. Siempre me pasaba lo mismo, perdía toda capacidad de razonar, de respirar y de comportarme como un ser normal y civilizado cada vez que estaba a menos de un metro de mí.

Estar a su lado era tan arrollador y devastador como un tsunami y, al mismo tiempo, tan reconfortante como la dulce nana de una madre y el suave aleteo de una mariposa. Estar con ella era experimentar un torbellino de emociones; un viaje de no retorno que me hacía sentir vivo y vulnerable al mismo tiempo. Pero lleno y completo, a fin de cuentas.

—Agente Ward, ¿no te cansas de mirarme? —me reprendió con un suspiro.

—Nunca.

Negó con la cabeza.

—Deja de mirarme así, por favor.

—¿Así cómo?

—Comiéndome con los ojos.

Aclaré la garganta para responderle.

—¿Por qué debería dejar de hacerlo? Joder, si eres lo más bonito que he visto en mi puta vida.

Una lenta sonrisa jugueteó en sus labios, aunque su mano temblara ligeramente antes de soltar la mía. Sonreí. Me encantaba saber que yo, mi verborrea barata o mi sola presencia, no le eran indiferentes. Que aún era capaz de estimular sus sentidos, de una forma u otra, aunque se empeñara en ocultar las emociones.

—Vamos, no me tomes el pelo y deja de ser tan exagerado. Si no te conociera como te conozco, hasta creería que hablas en serio.

—Claro que hablo en serio, jamás me burlaría de algo así. Ni mucho menos de ti.

—Madox.

—¿Qué, Morgan? No acabo de entender la parte en la que no me crees. La misma en la que piensas que miento cuando te digo que me tienes desquiciado de amor, joder.

—Madox…

—¿Qué?

—Déjalo ya.

—¿Por qué no quieres oírlo?

Se quedó callada unos segundos.

—Resulta… violento. —Trató de defenderse con una argumentación de pena.

—¿Violento desnudar mi alma?

Chasqueé la lengua antes de respirar hondo y de decidirme a atrapar su cara entre mis manos cuando bajó la vista al suelo.

—Mírame.

Empecé a acariciarle la cara con los pulgares, trazando lentos círculos en los pómulos.

—Cada vez que hemos vuelto a coincidir después de un tiempo de estar separados, me has hecho jodidamente feliz por el simple hecho de estar en mi vida, de dejar que vuelva a saber de

ti, a mirarte a los ojos, a sentir tu piel vibrando en la punta de mis dedos.

Con cada palabra, sus ojos parecían brillar con una mezcla de incredulidad y emoción contenidas, aunque seguía escudándose, seguía ignorando la realidad; nuestra maldita realidad.

—Eres todo lo que anhelo y esta vez no quiero perderte de nuevo. Esta vez no. No estoy dispuesto a echarlo todo por la borda. Pienso luchar hasta…

—¿Eso es todo? —me cortó, se puso seria y yo fruncí el ceño contrariado—. Todo lo que dices es muy bonito, es como sacado de un cuento perfecto, pero no es real.

—¿Cómo puedes decir que lo nuestro no es real?

Aguantó la respiración mientras negaba con la cabeza.

—¿Lo nuestro? —Liberó el aire de los pulmones y retiró lentamente mis manos de su cara sin dejar de mirarme a los ojos, o más bien, de penetrar en mí a través de su mirada de avellana—. Madox, no tenemos nada. Solo doce días atrapados a la fuerza en una cabaña y la sensación de vincularnos a algo fuerte por el simple hecho de haber estado a punto de morir juntos.

—¿Acaso no lo sentiste? —tanteé.

Suspiró y sonreí de lado ante la evidencia.

—¿Acaso no lo sientes ahora? —insistí con mi determinación, negándome a rendirme mientras me acercaba un poco más y deslizaba un mechón tras su oreja, percibiendo el calor que recubría la piel de su lóbulo.

Permaneció callada, observándome con una mirada impasible. Arrugué el entrecejo.

—Contesta —gruñí y perseveré—: Vamos, contesta, Morgan.

Sus ojos, con las pupilas muy dilatadas, se posaron un solo instante en mi boca. Titubeó. Dudó. Balbució. Luego volvió a penetrarme con su dulce y sexy mirada.

—Obviamente, sí. Claro que lo siento. Siento una fuerte atracción física por ti. Pero nada más —zanjó, encogiéndose de hombros, y yo noté un malestar en el estómago al sentir la tripa encogida.

¡Maldita la hora!

¿No se daba cuenta de que eso no era más que bravuconería sin sentido? No podía creer que redujera todo a simple química hormonal entre dos cuerpos, a una pasión efímera y a una conexión superficial, porque, por mi parte, nunca fue solo sexo. Me negaba rotundamente a pensar que para ella sí lo fue.

¿Sabes? Te contaré un secreto, ese en el que no soy un crío y, después de haber estado con muchas mujeres, sé perfectamente diferenciar cuándo es solo sexo y cuándo es amor. Y lo que tuve con ella, con Morgan, aunque solo fueran doce días y aunque suene a ciencia ficción, fue como renacer tras haber estado muerto y enterrado en vida.

—¡A cenar, chicos!

Brooklyn Steanfield entró en el salón en el momento más inoportuno, justo cuando estaba a punto de besarla para borrarle, arrancarle esos pensamientos equivocados de su mente.

Porque yo no la quería, la amaba.

¡A tomar por el culo el romanticismo!

50

Morgan



No paraba de dar vueltas en la cama de la habitación de invitados del apartamento en Upper West Side que tan amablemente me habían ofrecido Brooklyn y Ryan para pasar la noche. No podía dejar de pensar en lo que Madox me había confesado abiertamente: que estaba enamorado de mí y que siempre lo había estado.

Te aseguro que me costaba asimilar sus sentimientos, quizás porque, aunque me negara a admitirlo, eran exactamente los mismos que los míos. Sí, señoría, le había mentido, había mentido al agente de policía de forma vil y calculadamente, con premeditación y alevosía.

¡Ay, por Dios! Tenía miedo y mucha confusión por haberme quitado la venda de los ojos y descubrir lo que sentía por él, ¡lo que realmente sentía por Madox Ward!

¿Conoces esa sensación de saber lo que quieres, pero aterrarte hasta lo indecible ir tras ello? Pues así me sentía yo, llena de incertidumbres y paralizada por un miedo que yo misma me había instalado entre los pliegues de la piel, anidando en las vértebras de mi esqueleto y recorriendo las venas de mis órganos. Porque así sentía a Madox, dentro de mí, en todas partes y parte de mí. Y eso asustaba, ¡no te imaginas cuánto!

Era como sentir tu pecho latir tan fuerte y dilatarse tanto que temes que explote de un momento a otro. ¡Boom!

Di una última vuelta en la cama antes de tomar la determinación de echar un vistazo a la hora, darme cuenta de que eran pasadas las cuatro de la madrugada y levantarme para ir descalza hasta la cocina y beber un poco de agua.

Caminé despacio, casi de puntillas, para no despertar a Madox, que dormía en el sofá. Casi fue una misión imposible desplazarme a hurtadillas en la oscuridad sin encender las luces a mi paso e ir palpando las paredes y salientes para no trastabillar y caer.

Ingenua de mí, enseguida me golpeé en la rodilla con el canto de una rinconera que no

recordaba que estuviera allí la noche anterior. Al parecer, mi memoria fotográfica, de la que siempre hacía alarde, me había traicionado.

—No, no, Ben, ¡no lo hagas…!

¿Ben? ¿Quién diablos era ese tal Ben?

Madox parecía murmurar algo entre sueños, o más bien, entre pesadillas, pues su voz quebrada y el doloroso tono de sus palabras así lo manifestaban.

Quise evitar mirar en su dirección, pero me fue imposible. Y no solo eso, sino que por alguna extraña razón me acerqué a él. Tal vez para asegurarme de que estaba bien.

Estaba tumbado en el sofá, boca arriba, con una pierna ligeramente doblada y solo cubierto por un bóxer negro, y el pelo castaño enmarañado y algunos mechones revueltos y enganchados a su frente por culpa del sudor.

—Dios, Benjamin… —decía con voz entrecortada por la angustia—. No te pongas delante… Tú, no… ¡Ben, nooo…!

Tragué saliva con resquemor y entonces, cuando estaba a escasos dos metros de su lado, el silencio me engulló por completo mientras era testigo, entre penumbras, de cómo sus músculos faciales se tensaban, los labios se fruncían hasta casi desaparecer y su rostro reflejaba una profunda tristeza y dolor, aunque las lágrimas no estuvieran presentes.

—Chist… Madox… —Me arrodillé ante él y le acaricié la cara con dulzura—. No es más que una pesadilla… Estoy aquí… Vamos, despierta.

Abrió los ojos de golpe y fijó su verdosa mirada en mí. Una mirada perdida, atemorizada, con los ojos muy abiertos, como si hubiese vuelto del mismísimo infierno y le costara asimilar que ya no estaba bailando entre las llamas.

—¿Morgan…? —masculló con la mandíbula medio desencajada.

—Sí, soy yo.

En su mirada seguía habitando el horror.

—No me abandones…

Llevó su mano a mi cara y me la tocó como si no creyera que fuese real, que estuviese allí en ese momento ante él, a su lado.

—No me abandones, por favor, quédate… —susurró con la voz estrangulada mientras me miraba suplicante.

—Tranquilo, sigo aquí. No voy a ir a ninguna parte.

Y entonces suspiró aliviado y empezó a recobrar un gesto más relajado. Había dejado de mostrar los músculos endurecidos y esa sensación de ahogo, de asfixia cuando no puedes ni respirar, aunque aún conservaba cierto miedo en sus ojos.

Me estremecí.

—¿Quién es Ben?

Madox tragó saliva antes de decidirse a responder.

—Benjamín era mi compañero en el cuerpo de policía, mi amigo —rectificó enseguida—.

Falleció en el atentado de Tribeca. Perdió la vida cuando salvó la mía.

—Eso es terrible…

Entonces me explicó quién era Benjamín Brown, qué lugar había ocupado en su vida y lo que estuvo dispuesto a hacer y perder por salvar la suya.

—La vida puede cambiar en una fracción de segundo y nunca sabemos cuándo va a ser nuestro último suspiro de aliento.

Iba a retirar la mano de su cara cuando me puso la suya encima y la apretó más fuerte contra sí, contra su piel. Noté los huesos de su mandíbula tensada bajo mis yemas.

Mis mejillas ardieron.

—Lo sé —rumié entre dientes.

Hubo un instante de silencio, uno demasiado denso y pesado antes de que él pronunciara:

—Estoy enamorado de ti, Morgan. —Sonrió de medio lado y dejó la frase suspendida en el aire, pero esta vez atormentado, como si, por primera vez, se estuviera dando por vencido de tener algo entre los dos, parecía realmente sobrepasado. Rozó la cadena de oro con el Cupido cantarín que pendía de mi cuello y asomaba por encima de mi camiseta—. Y creo que lo he estado desde el puñetero segundo en que te vi sentada en mi despacho en la comisaría de Haines, con ese minivestido rosa estilo Barbie Malibú, las alas blancas de cupido rotas en tu espalda y la cara llena de churretones negros desde los ojos al cuello.

Mi pecho ardió al oír su declaración y el corazón se me subió a la garganta cuando me miró esperando una reacción por mi parte; una que me costaba horrores procesar, tragar y vomitar.

Contuve la respiración sin dejar de mirarle, él fijó sus profundos, penetrantes y brillantes ojos verdes en los míos. Nuestros cuerpos estaban a puntito de rozarse, apenas permitiendo que circulara el aire entre nosotros.

Un segundo, dos segundos, tres segundos…

«Morgan, deja de ser una cobarde», me dije a mí misma.

Cuatro segundos, cinco segundos…

A mi mente volvieron las palabras de Madox, como si se tratara de un mantra:

«No puedes seguir huyendo siempre de mí. Debes parar, detenerte, decidir qué quieres. Decidir a quién quieres, a quién deseas, a quién…».

Seis segundos…

De repente y sin esperarlo, una vorágine de emociones embriagó mi pecho. Te juro que fue una sensación extraña, pero a la vez placentera, algo que creí que nunca experimentaría, ni siquiera con él. Dejar que ocurriera, dejé que ocurriera.

Por primera vez en mi existencia, dejé de pensar en los pros y los contras, de seguir atrincherada en mi propia burbuja imaginaria, enredada en esa telaraña de incertidumbres que había hilado tan meticulosamente durante años, y cerré los ojos para darle la espalda a mi mente y escuchar lo que realmente quería gritar mi corazón.

Mi pecho se me estremeció, la piel se me erizó, los vellos se erigieron y la sangre fluyó cálida

y frenética por mis venas.

Maldita sea, deseaba empaparme de ese instante, de ese Madox y Morgan, de ese tal vez. Así que abrí los ojos, atrapé mi labio inferior con los dientes.

—Llevas razón, Madox. La vida pasa sin darnos cuenta, las oportunidades, las sensaciones y el derecho a ser felices, pues damos por hecho demasiadas cosas que no están garantizadas. Cosas, hechos y personas que no permanecerán para siempre junto a nosotros.

Él clavó sus pupilas dilatadas en las mías y yo en las suyas de un modo penetrante e íntimo.

—¿Y sabes qué?

—No lo sé, Morgan.

—Voy a dejar que ocurra.

No le di tiempo a contestar.

Tomando el control, acorté la escasa distancia que separaba mi boca de la suya y notando mi corazón trepar por mi garganta de forma vertiginosa, lo besé con fuerza, nerviosa y profundamente. Lamí su lengua, sus labios, su paladar; nuestras salivas se mezclaron, ambos, batallamos por quién se hacía con el poder en una guerra sin tregua.

Y cuando quise darme cuenta, al fin había dejado de huir a cualquier otro lugar, de correr sin destino, de dar la espalda a todo y de boicotearme a mí misma una y otra vez.

Madox dejó de besarme para tirar más de mí y apretar mi cuerpo contra su torso firme, tonificado, provocando un cosquilleo con el escaso vello rizado de esa parte tan masculina de él.

—Morgan… Joder, haces que se me reviente el pecho de gusto cada vez que me besas de verdad… —gruñó tembloroso en mi boca y noté que le faltaba el aire—. Cupido, ¿te ha quedado claro de una vez que te quiero y te quiero en mi vida?

Sus manos atraparon mi cabeza con urgencia, y me devolvió el beso con una desesperación y exigencia casi desenfrenadas.

Sí, era cierto, me había besado muchas veces, nos habíamos besado tantas veces que había perdido la cuenta, pero no mentiría afirmando que ninguna vez lo hizo de esa forma, como si, al no hacerlo en ese momento, una parte de él muriera para siempre.

Atrapó mi boca con la suya y nos besamos hasta que nos dolieron los labios, nos quedamos sin aliento y nuestras lenguas faltas de saliva.

Las caricias pronto cobraron protagonismo, fueron estudiadas a conciencia para darnos placer el uno al otro. Los dedos conocían el recorrido, los mapas invisibles que se dibujaban en nuestra piel, en los contornos curvilíneos de nuestros cuerpos.

Al estar tumbado en el sofá y yo sentada a horcajadas sobre sus caderas, sentí cómo el bulto de su entrepierna crecía presionando con fuerza la entrada de mi sexo.

Me apartó el pelo de la cara.

—Mírame, no dejes de hacerlo. Quiero verte, mirarte a la cara todo el tiempo que esté dentro de ti. Quiero ver tu ceño fruncido al moverte encima de mí como una preciosa amazona, ver

cómo te muerdes los labios cuando tu vientre tiemble por los espasmos provocados antes de sentir la explosión del orgasmo. Y quiero mirarte a los ojos cuando nos corramos juntos.

Clavó los dedos en mis nalgas con firmeza y luego deslizó las yemas por las vértebras de mi espalda, una a una, despacio, para atraerme más a él, besar mis labios y después sacarme con destreza la camiseta por la cabeza y quedarme solo en braguitas.

—Eres preciosa, Morgan.

Me entró una risa tonta cuando sus cortas uñas rozaron mi cintura y me provocaron unas repentinas cosquillas.

—Chist… Morgan. —Se tapó la boca con el dedo índice, sonriendo.

—Sí, silencio. No vayamos a despertar a los niños…

—Exacto, silencio… —Me miró hambriento y muy excitado y mi aliento se entrecortó—… A ver, ¿por dónde íbamos? Ah, sí.

Arqueé mi espalda cuando su mano capturó uno de mis pechos sin previo aviso y con la punta de su lengua lamió la aureola y el pezón del otro.

—Oh, por Dios… —Me privé de chillar con las mejillas encendidas.

Luego, deslizó la mano por mi vientre hacia mi sexo y se perdió entre mis pliegues. Hundió un dedo en mí, luego otro, y los hizo girar, masturbándome con maestría, aumentando el ritmo hasta arrancarme un gemido gutural, quizás dos, puede que tres… ¡Ni siquiera lo recuerdo!

—Estás muy húmeda y yo me muero por estar dentro de ti.

—Yo también, Madox.

No quería estallar en un orgasmo sin él y él parecía querer lo mismo que yo, pues sus labios se curvaron dibujando una preciosa sonrisa mientras su pecho, perlado en sudor, subía y bajaba acompasado por la excitación del instante.

Madox alargó el brazo y tanteó la mesa hasta dar con la cartera, buscó un preservativo y se lo colocó. Me besó en los labios antes de quitarme las braguitas, cerrar un instante los ojos y hundirse en mí lentamente, muy, muy despacio. Fui yo quien comenzó a moverse sobre sus caderas, marcando el ritmo y la profundidad de las penetraciones, ya que él aún no estaba en plena forma física, pero eso no impidió que le sintiera por completo.

Nos entregamos en cuerpo y alma a ese momento tan íntimo y nuestro, sintiéndonos mutuamente, saboreándonos sin apartar la mirada de nuestros ojos y sin cesar de acariciarnos en todo el tiempo.

Y después de explotar en un apoteósico orgasmo los dos juntos, tal y como me prometió, traté de recuperar el aliento a duras penas, apoyando mi mejilla en su pecho aún tembloroso, pegando mis labios contra su piel sudorosa para susurrarle, a pesar de estar a punto de echarme a llorar:

—Yo también te quiero, Madox, y he sido una completa idiota por no haberme dado cuenta antes de lo mucho que te he echado de menos y cuánto te necesito en mi vida.

51

Madox

Emití un gruñido lastimero cuando el codo de Morgan se me clavó por tercera vez consecutiva en las costillas, impidiéndome respirar, mientras ella dormía pegadita como una lapa a mi cuerpo. Eso sin contar que hacía cerca de media hora que sentía el brazo derecho entumecido, pues lo tenía enroscado a su cintura, sosteniéndola firmemente contra mí, para evitar que resbalara del sofá, cayera de culo contra el suelo y despertara a Dios y a su madre y a los anfitriones, Brooklyn y Ryan.

Aproveché esa proximidad, o más bien, el hecho de que su piel estaba unida a la mía, tanto que casi hubiéramos podido fusionar nuestros cuerpos en uno solo, para hundir mi nariz en su pelo ondulado y cerrar los ojos de gusto, disfrutando de su aroma a mi antojo. Joder, aún despedía ese olor a aceite de cerezo y almendras que solo había percibido en Cupido y que me excitaba de mala manera. No te negaré que me pasé la última hora despierto a propósito para notar el vaivén de su respiración acompasada uniéndose a la mía y su cálido aliento alimentando mis sentidos cada vez que exhalaba por su boca entreabierta.

Te aseguro que había perdido la cuenta de las veces que había fantaseado despierto con tenerla así, acariciándola, durmiendo desnudos, pegados, sudorosos, contando todos sus sexis lunares, rodeándola entre mis brazos. Saber que se sentía a gusto a mi lado. Mía, íntimamente mía.

Sonreí relajado, feliz, satisfecho y le besé el hombro, manteniendo una sonrisa bobalicona en los labios. Después de depositarle besitos a *tuti pleni*, dejé los labios unos segundos ahí, pegados a su piel.

Suspiré hondo.

Si por mí fuera, la hubiera obligado a permanecer así, abrazados, juntos hasta el fin de nuestros días, para evitar despertar un día en el que decidiera marcharse y abandonarme por

miedo, huyendo de nuevo.

Solo con pensar en esa posibilidad sentí una fuerte opresión en el pecho y una angustia en el estómago que no me abandonó hasta que ella abrió los ojos y empezó a bostezar.

—Me he quedado dormida…

—Sí, eso parece. Caíste rendida entre mis brazos enseguida.

Se removió inquieta y yo la sostuve con el brazo para que su espalda no quedara suspendida en el aire.

—No te muevas tanto, que al final vamos a caernos del sofá.

Trató de medio incorporarse con un codo, pero al darse cuenta de que ambos estábamos completamente desnudos y yo tenía erección matutina del carajo, se cubrió los pechos con las manos.

—¡Estamos en cueros! —exclamó, alzando la voz, y se puso roja como un tomate. Luego, bajó el tono al recordar que podrían oírla, y añadió—: Y en medio del salón de Brook y Ryan…

Joder, Morgan era tan natural y espontánea que ese rasgo tan peculiar la hacía superadorable y la mujer más sensual que había pasado por mi vida.

—Está todo bajo control, Cupido, no te comas la olla.

Y justo cuando iba a descojonarme vivo, aparecieron ellos por la puerta.

—¡Oh, Santo Cielo! ¡Tierra, trágame!

Morgan se puso en pie y me arrancó a lo bruto, literalmente, el cojín que descansaba debajo de mi nuca, dejándome casi calvo en esa zona, para cubrirse las vergüenzas como buenamente pudo, y salió a la carrera hacia el cuarto de baño, moviéndose como Billy el Rápido, dando unos saltitos muy graciosos, como si el suelo estuviera cubierto de brasas o minas antipersona y temiera pisar una.

—Pero… ¿se puede saber qué ha pasado aquí? —preguntó Ryan, visiblemente confundido, mientras observaba cómo Brooklyn recogía y doblaba la ropa esparcida por todas partes.

—Mejor no preguntes —le respondí con total sinceridad mientras le sonreía.

—Hummm… Tiene toda la pinta de reconciliación.

—Tipo listo, ¡sí señor!

—Me alegro por los dos. —Brooklyn se unió a la conversación, devolviéndome los calzoncillos para que me vistiera con ellos—. Ya era hora de que Morgan dejara de dar la espalda a sus sentimientos.

—Amén —solté sin poder evitar esbozar una sonrisita de idiota en los labios.

—¿Café?

—Sí, por favor. No he pegado apenas ojo y necesito cafeína en vena como para resucitar a cien muertos.

—¿Y algo para desayunar? ¿Creps con miel y plátanos?

—Sí, genial. Gracias, Brooklyn.

—¡Morgan, ¿te hace un crep?! —gritó desde la otra punta de la estancia.

—¡Vale! —respondió Cupido, asomando la cabeza por el marco de la puerta del baño mientras se cubría la cara con la mano y miraba por el hueco de los dedos—. Pero eso será cuando se me pase la vergüenza y ¡vuelva a ser persona!

No pude evitar negar con la cabeza al tiempo que me vestía y sacaba una piruleta de fresa del bolsillo para llevármela a la boca. No sé tú, pero aún después de cuatro años de abstinencia, un pitillo después del buen sexo siempre se echa de menos, y el azúcar era lo único que podía calmar un poco la ansiedad de la falta de nicotina.

Agarré el móvil y eché un vistazo a los mensajes del WhatsApp. Había cientos de Sky, decenas de Jacob y uno de Alice Watson, mi exnovia, o exprometida, o expareja en Haines.

Fruncí el ceño mientras pensaba en los motivos que le habían llevado a enviarme un mensaje después de tantos años sin tener noticias de ella. No sé por qué, un mal presagio me provocó un desagradable escalofrío por todo el cuerpo.

Lo abrí.

> Madox, a *Thor* le han detectado un tumor cerebral avanzado que le está provocando convulsiones y pérdida de conciencia, afectando gravemente su calidad de vida. Kenai, su veterinario, recomienda sacrificarlo. Por favor, necesito que vengas lo antes posible a Haines, porque yo soy incapaz de tomar sola esta decisión. 12.00 a.m.

—Mierda, no.

52

Morgan



Muy a mi pesar, esa noche iba a ser mi última representación dando vida a Miranda Priestly, la editora jefa de la revista *Runway,* en el musical *El Diablo viste de Prada* en Broadway. Así que debía disfrutarlo al máximo y ofrecer una actuación estelar para que quedara grabada en mis recuerdos de manera imborrable.

Sin duda, si hacía balance de todos esos meses, había sido una experiencia desafiante pero también emocionante. Todo un sueño cantar para un público tan apasionado y entregado, aunque al mismo tiempo suponía una gran responsabilidad, pues debía mantener siempre un alto grado de exigencia y perfección.

No debería dejar de mencionar esa camaradería mágica cuando se comparte escenario con los demás actores y cantantes, esos vínculos inquebrantables de apoyo mutuo que se crean sanamente, y que sin duda eran lo mejor que llevaba en mi corazón. Sumados al calor de los aplausos, las sonrisas de los espectadores, el brillo de sus miradas al reconocer todo el trabajo y las horas invertidas para ofrecer siempre lo mejor de nosotros.

Jamás les estaré lo suficientemente agradecida por darme tanto, por hacerme sentir tanto encima de unas tablas de madera: euforia, alegría, escalofríos, esfuerzo, ganas, vida…

Mis ojos brillaban con lágrimas que amenazaban con desbordarse, mientras el público, levantado, aclamaba nuestro trabajo y esfuerzo con fervor. El eco de las ovaciones reverberaba en mi pecho, en mi interior, en cada parte de mi ser.

Sin lugar a dudas el broche de oro lo puso Madox Ward al presentarse sin avisar al final de la función. Miré al frente y lo vi enfundado en un elegante traje negro, que parecía hecho a medida por lo bien que se ajustaba a su atractiva anatomía. Él dejó las muletas apoyadas en la butaca y empezó a caminar, pasito a pasito, hacia mí, a pesar de costarle la vida el titánico esfuerzo, pues no tenía nada en lo que apoyarse para mantener el equilibrio.

Cada nuevo paso que daba era un gran desafío, pues, aunque no dejaba de sonreírme en ningún instante ni de perder el contacto visual conmigo, su ceño fruncido y la mandíbula apretada con fuerza manifestaban el dolor al que se estaba exponiendo.

Me llevé las manos a la boca y susurré con la voz entrecortada por la emoción cuando se quedó plantado ante el primer escalón del escenario, una barrera arquitectónica que le impedía llegar hasta mí y de la que no podía escapar.

—¡Santo Cielo, Madox…! —parpadeé confusa pero también emocionada—. Estás… estás caminando…

—Te prometí que lo conseguiría —rechinó los dientes a causa del esfuerzo que le supuso llegar hasta mí sin la ayuda de las muletas—, y aquí estoy vestido de uniforme para la ocasión porque tú, Cupido cantarín, no mereces menos.

La comisura de mis labios se elevó y mi corazón se saltó un par de latidos. Sin apenas pensar, pues las emociones me habían embriagado por completo el raciocinio, recogí el bajo de mi vestido vaporoso y descendí los escalones con prisa para abalanzarme lo antes posible a sus brazos.

Corrí tan deprisa por el pasillo que no medí con exactitud la distancia que nos separaba y, del impulso, aplasté su cuerpo contra el mío, provocando que Madox perdiera momentáneamente el equilibrio. Te prometo que casi caemos como un saco de patatas contra el suelo y ¡delante de todos los presentes! También recuerdo que cuando volvió a erguirse, cuan alto era, enmarcó mi cara con sus grandes y cálidas manos y, mientras notaba el traqueteo de su corazón contra mi pecho, chocó mi boca con la suya y me besó tan profundamente y durante tanto rato que olvidé recordar cómo se respiraba.

Oímos aplausos envolviéndonos por todas partes, multitud de personas vitoreaban eufóricas. Incluso, entre beso y beso, risa y risa, jadeo y jadeo, logré distinguir la voz de mi compañero de reparto, Nathan Smith, mientras le comentaba al técnico de sonido, Brian O’Neel:

—Creo que a partir de hoy y en honor a Morgan y a su novio el *macizorro*, el musical pasará a llamarse: *Cuando el diablo vistió de uniforme* en vez de *Prada*. ¿No te parece?

Intenté evitar que la comisura de mis labios se elevara orgullosa, pero me fue imposible, sobre todo cuando Madox dejó de besarme. Yo retiré de su labio inferior los restos de pintalabios rojo y él agarró mi mano con fuerza y tiró de mí para salir de Broadway como alma que lleva el diablo, mientras yo le preguntaba:

—¿Adónde me llevas?

—A tener nuestra primera cita, Cupido.

53

Madox

Jamás imaginé que esa cita se convertiría en la puta mejor cita de toda mi existencia y no por su singularidad, sino porque habíamos esperado más de cuatro años para materializarla.

Estar con ella a solas, saboreando la noche de Nueva York, paladeando los instantes, acariciarnos con esas miradas cargadas de tantas palabras censuradas en el pasado, deambular por las calles a mi ritmo por la dificultad en mis pasos, mezclándonos con los transeúntes, cogidos de la mano, robándonos sonrisas y confidencias.

¡Dios, qué puta maravillosa sensación!

Finalmente, ahí estábamos ella y yo, Morgan y Madox, Cupido cantarín y el *sexy bad cup*, el sobrenombre con el que me había bautizado y de cuya existencia supe por Jacob, pero ¡chist!, ni se te ocurra decírselo a ella, porque se moriría de vergüenza si se enterara de que lo sabía.

Apuesto a que estás muriéndote de ganas y mordiéndote las uñas para seguir leyendo y que te explique con pelos y señales cómo fue esa primera cita juntos. Lamento informarte de que no fuimos a ningún restaurante de cinco tenedores sino a Shake Shack, en Madison Square Park, donde pedimos dos especiales de la casa con patatas fritas crujientes y un par de batidos cremosos; ella de chocolate y yo de vainilla. Después nos dirigimos a tomar unas copas a Arlene's Grocery, en Lower East Side, un local de ambiente íntimo y ecléctico que abrió sus puertas en 1995, y encontramos un pequeño escenario con música en vivo.

Al acabar la actuación, dejaban el micrófono abierto para dar la oportunidad a nuevos talentos, y yo, como era de esperar (un grano en el culo), le rogué a Morgan que subiera y nos deleitara a todos con su espectacular voz. Tras varios intentos fallidos, al final, con la ayuda de los presentes, logré convencerla, aunque aceptó a regañadientes.

Subió al escenario, se sentó en el taburete, acomodó la guitarra en su regazo con el cuerpo descansando en la pierna izquierda, la inclinó ligeramente hacia ella y, tras carraspear en el micro

y anunciar que cantaría por imposición mía, me fulminó con la mirada. Yo le respondí con una sonrisa de oreja a oreja y con el pecho hinchado de orgullo cuando admitió que esa canción iba dedicada a mí mientras acariciaba el colgante de oro entre sus yemas.

El primer acorde resonó en el local, y Morgan se entregó por completo a versionar *Train Wreck* de James Arthur.

Unbreak the broken
Unsay these spoken words
Find hope in the hopeless
Pull me out of the train wreck
Unburn the ashes
Unchain the reactions
I'm not ready to die, not yet. [1]

Cuando terminó de pellizcar el último acorde, pronunciar la última letra y la multitud estalló en aplausos y vítores, me levanté de la silla y caminé a pasos lentos hacia ella, deshaciendo la distancia que nos separaba.

Al quedar frente a Morgan, tomé aire y su cara entre mis manos; la emoción se atascaba en mi garganta mientras le confesaba:

—Te juro que no sé cómo he vivido todos estos años sin que estuvieras en mi vida, Morgan.

—Oye, ni se te ocurra decirme esas cosas tan bonitas, así delante de todo el mundo, porque… ¡vas a hacerme llorar…!

Sonreí acercándome a sus labios.

—Si me lo permites, pienso recordártelo todos y cada uno de los días durante el resto de mi vida, porque esta es la primera cita de los millones que quedan por llegar. —Hablé con el corazón martilleándome en el pecho, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos—. Quiero compartir mi vida contigo, Cupido.

—Claro, yo también.

—No me has entendido.

Morgan frunció el ceño, con la confusión plasmada en su mirada, cuando hundí la mano en el bolsillo de la americana y saqué una cajita de terciopelo morada.

Ey, a que eso no te lo esperabas, ¿eh? Venga, admítelo, que ya nos conocemos.

—Madox, no.

—Morgan, sí.

Abrí la cajita ante sus ojos, revelando un hermoso solitario de oro blanco con un diamante en el centro.

—Debería anclar una rodilla en el suelo, pero comprenderás que ya me cuesta la vida caminar, con que…

—¡Eres tonto!

Morgan me dio un santo manotazo en el hombro mientras se mordía el labio inferior, aguantándose las ganas de llorar.

—¿Qué? ¿No piensas responder? —pregunté, siguiendo la dirección de sus ojos, que iban de los míos a mi boca y luego a la alianza, para volver de nuevo a mis ojos.

Un silencio llenó el local, de forma inquietante.

—¿Te has puesto tan guapo para esto? ¿Acaso me estás pidiendo matr-matrimonio? —tartamudeó.

—Sí, tiene toda la pinta, Cupido.

—¿Has perdido los papeles, agente Ward?

—Ya me vas conociendo.

Curvé los labios de lado.

—Apenas nos conocemos, apenas hemos compartido momentos, apenas…

—Eso tiene fácil solución, preciosa, tenemos millones de días para resolverlo. Deja ya de huir, deja atrás las mierdas y, por una vez, párate a ver las oportunidades que la vida te brinda y que, por seguir cegada, no consigues ver. ¡Permítete ver, joder! —completé por ella la frase antes de que sus demonios interiores devoraran su raciocinio, como siempre—. ¿No te das cuenta de que por más que te alejes de mí yo siempre te encontraré para recordarte que estoy enamorado de ti?

Entonces, negué con la cabeza y el pulso se me disparó.

—Te amo, Morgan Freeman, y quiero cuidar de ti, siempre. —Sonreí y sellé sus labios con los míos—. Sé que eres tú, maldita sea. Tú y solo tú. —Di unos golpecitos en mi frente—. No puedo sacarte de aquí. —Hundí las puntas de mis dedos en mi pecho izquierdo, sobre el corazón —. Ni de aquí. Joder, Morgan, eres mi bello desastre…

La vi llenar sus pulmones de aire y sonreír con un ligero temblor en los labios durante varios segundos, antes de soltarlo de nuevo. Recorrió toda mi cara lentamente y luego volvió a perderse en mi mirada.

—Dicen que no se sabe el momento exacto en que te enamoras de una persona, pero que sí se necesitan veintiún días para crear un hábito… Yo… en mi caso… en cuanto te vi tuve la sensación de que ibas a ser alguien importante en mi vida… Tal vez fue el estar atrapados en la cabaña del viejo Sam Cooper, quizás… quizás esos instantes cómplices que vivimos, puede que fuese un proceso gradual, un cúmulo de instantes entre nosotros…

—¿Eso es un sí? Porque, joder, ¡me estás asustando! —bromeé, aunque me estuvieran comiendo los demonios por dentro de la incertidumbre, pues, seamos sinceros, de Morgan se podía esperar cualquier cosa, era como la cajita de bombones de Forrest Gump, hay tantos y tan variados que puede que el que escojas, ¡lleve sorpresita en el interior!

Una lágrima resbaló por su mejilla. La limpié con el pulgar, mientras con la otra mano sujetaba la cajita, y luego alboroté mi pelo, desquiciado.

Clavó sus ojos color avellana en los míos y sus labios se curvaron en una sonrisa tonta pero la

más bonita que había visto en mi puta vida. Se tomó su tiempo, quizás no fue mucho, pero el suficiente para que a mí me pareciera una maldita tortura china.

Atrapó su delicioso labio inferior entre los dientes y pronunció:

—Síííí… Por Dios… —afirmó con la sonrisa más amplia y sincera que había visto jamás en nadie—. ¡Sí, Madox y un millón de veces, sí!

Nunca olvidaré lo adorable y preciosa que estaba cuando gritó ese «te quiero» tembloroso que se coló entre mis costillas y se tatuó en el centro de mi corazón. Te juro que toda la piel se me puso de gallina cuando sentí cada una de las afiladas agujas penetrando en ella, hundiéndose en el epicardio, y la tinta mezclándose con mi sangre, el pigmento cicatrizando en mí mientras dibujaba el contorno de esas palabras cobrando vida en mi interior.

Salimos de aquel local y pillamos un taxi para ver el amanecer sobre el río Hudson en el muelle de Chelsea, antes de que acabara la noche y de contarle que debía regresar a Haines para dar el último adiós a mi fiel compañero de viaje, *Thor*.

54

Morgan



—Madox, no puedes soltar una bomba así y luego marcharte a más de tres mil millas…

Mi corazón trepó por la garganta, estaba a punto de echarme a llorar. No podía creer lo que me estaba planteando: volver a separarnos.

—Iré contigo.

—No, de eso nada, cariño. Aquí tienes tu trabajo, tu vida, tus sueños —se defendió, pero no le valió de nada.

—¿Y de qué sirven todas esas cosas si no estás tú?

Me senté en uno de los bancos de madera gastada y alcé la mirada al frente, a la imponente silueta de Nueva Jersey dibujándose con la primera luz del día que asomaba por el horizonte, en un lienzo de matices suaves. El graznido de unas gaviotas se entrelazaba con los pasos de Madox.

Se sentó a mi lado y me cogió de las manos.

—Volveré… aunque suene a *Terminator*… Volveré.

—No puedes pedirme matrimonio y luego marcharte —insistí con lágrimas en los ojos.

Empezó a acariciarme con ternura los nudillos.

—Mírame, Morgan, vamos, mírame.

Me limpié un par de lágrimas y giré la cabeza. Me mordí el labio para aguantar el resto de lágrimas que amenazaban con salir de la comisura de mis ojos y nos miramos fijamente.

—Estoy enamorado de ti, Morgan, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, pero antes debo despedir a *Thor* como se merece, en privado; ese saco de pulgas y yo, a solas. ¿Lo comprendes?

Asentí con los ojos vidriosos y tragué saliva, muerta de miedo.

—¿Qué temes?

Me soltó una mano y me acarició la cara con el dorso de la misma.

—N-no lo sé… —Mi voz temblaba sin poder evitarlo; una lágrima rodó por mi mejilla mientras trataba de desenredar mis pensamientos. Me rendí al no conseguirlo—. Durante cuatro años el destino, por algún motivo, ha tratado de unirnos, pero ¿y si…? —intenté argumentar, pero mi voz se perdió y no fui capaz de acabar la frase, casi instándole a que él lo hiciera.

—¿Y si esta vez no lo hace? —respondió por mí.

Suspiré con resignación y luego asentí.

—Eso no va a pasar. —Carraspeó antes de continuar—: Porque esta vez no voy a permitir que el destino juegue con nosotros ni influya en nuestras decisiones. Solo lo construiremos tú y yo.

Mientras le escuchaba, no dejaba de juguetear con la tela del vestido. Retorciéndolo, planchándolo, arrugándolo…

—Te prometo que vendré y buscaremos un equilibrio para los dos. Para crear nuestro espacio, vivir en nuestra propia bola de nieve de cristal. Esa que agitaremos juntos cuando necesitemos ver la caída de las escamas de purpurina, para recordarnos que la cabaña del viejo Sam Cooper seguirá siempre viva en nuestro interior.

55

Madox

Antes de marcharme a Haines, debía afrontar una situación incómoda y zanjar un tema. No podía simplemente huir y evitar enfrentar lo que me había ocurrido. Podrían llamarme de muchas maneras, pero jamás sería un puto cobarde.

Si cerraba los ojos, aún podía ver la imagen de mi mejor amigo, Jacob, con mi exprometida Sky, follando en mi propia cama. Fue un golpe directo a mi dignidad, el peor escenario imaginable. Dos pilares esenciales en mi vida habían traicionado mi confianza y la habían destrozado.

No obstante, fue Jacob quien me sorprendió al aceptar reunirse conmigo en un lugar neutral para hablar. Si todo se torcía, estaba preparado para volver a Haines con los puños en carne viva y una amistad de años hecha añicos.

Al entrar en la cafetería, sentí cómo mis músculos se tensaban al verlos allí, sentados en una mesa al fondo. Tan cariñosos y acaramelados el uno con el otro, hasta que notaron mi presencia y dejaron de dar muestras públicas de afecto.

Mierda.

—Buenas…

Fue lo único que salió de mi garganta cuando tomé asiento frente a ambos, intentando mantener la compostura a pesar de sentir mi sangre hirviendo en mis venas y la urgencia de saltar sobre Jacob para hacerle la cirugía facial a base de hostias.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café?

«¿Qué tal una Biblia para confesar todos tus pecados antes de patearte el culo?».

—No, no te molestes. Siento romper el encanto del momento, pero no estaré tanto rato.

—Como prefieras.

Apreté los labios cuando la mirada de Sky se cruzó con la mía apenas un instante.

—Lo siento, tío —soltó el muy cabronazo de buenas a primeras, así, sin anestesia.

—¡Hostia puta! ¿En serio? ¿Lo sientes? —barrunté casi atragantándome con mi propia saliva —. ¿En qué momento? ¿Antes, durante o después de tirarte a mi exprometida?

Sky, avergonzada, bajó la vista a su taza de té.

—En realidad, no siento lo que ha pasado.

—Vaya… —Di una palmada en el aire y me froté las manos—. ¡Esto va mejorando por momentos!

—Siento la forma en que lo has descubierto.

—¡Ah, coño! Eso simplifica las cosas, gracias —gruñí como un animal mientras me cruzaba los brazos amenazadoramente a la altura del pecho—. Ahora la traición es menos traición cuando se explica por fascículos y no cuando uno se lo come con patatas por los ojos.

»¿Y tú no tienes nada que decirme, Sky?

Levantó la vista y me miró a los ojos. Su rostro se había ensombrecido.

—Sabes que lo nuestro no funcionaba… que tú ya apenas me… tocabas… —dijo, herida.

—Sexo, ya… Bueno, disculpa si he estado un pelín ocupado tratando de, uno: sobrevivir a un atentado en el que perdí a mi compañero, o, mejor dicho, a mi amigo Benjamin Brown. Dos: recomponerme del duelo y no caer en una depresión por el trauma vivido. Y tres: someterme a duras sesiones de rehabilitación durante meses para volver a caminar. Sí, tienes razón, ¡he sido un puto egoísta y te pido perdón por ello!

—Madox, las cosas no son blancas o negras.

«Ni de coña, Sky, te aseguro que pueden ser marrones con betas verdes como los ojos de Morgan».

Podría haber sido despiadado con Sky y decirle que me había enamorado de Cupido, miento, que siempre lo había estado aun estando con ella, pero preferí no hurgar en el ego femenino que había construido tan bien durante más de dos décadas. Hubiera sido un golpe bajo, rastrero y, además, apestaba a sucia venganza. Ya daba igual. Así que me limité a terminar cuanto antes con esa farsa.

—Chicos, no he venido a saber los motivos, simplemente, no sé… —Bufé y me froté la frente con desgana, como cuando te da pereza hasta pensar—. Ni siquiera sé por qué he venido.

Me encogí de hombros y dudé antes de proseguir.

—Me marcho a Haines y… no sé, no quería irme sin antes…

Miré a ambos a los ojos, primero a Jacob y luego a ella.

—Supongo que no quería irme con un mal sabor de boca, con la rabia arañándome las putas entrañas, y… —pronuncié casi levantándome de la silla—: A los dos os he querido de diferente forma en distintos momentos de mi vida, y el cariño por otro ser no se disipa de un día para otro, con que… solo quiero desearos lo mejor y que encontréis entre vosotros esa felicidad que, tal vez, no os supe dar como os merecíais.

Me puse de pie y antes de darles tiempo a réplica, les di la espalda y me largué de allí.

* * *

Ey, a propósito, antes de que se me olvide, Jacob Lockler y yo, de común acuerdo, enterramos el hacha de guerra años después, cuando las turbulentas aguas recobraron la calma y nos dimos cuenta de que nuestra amistad estaba muy por encima de toda esa mierda, si me apuras lo estaba incluso más allá del bien y del mal, ya que, por experiencia propia, sé que la rabia solo acarrea sufrimiento y frustración carcomiendo, lamiendo de resentimiento nuestras almas.

Además, ¿cómo rayos iba a desempeñar el papel de padrino de su hija, Emma Lockler, mi personita especial desde el puñetero instante en que la sostuve entre mis brazos? Resultaría imposible.

Verás, no pretendo impartir enseñanzas de vida ni nada de eso, pero sí me gustaría recalcar que en ocasiones no resulta nada beneficioso para nuestros corazones mantener una obsesión arraigada en el rencor, ya que únicamente nos lleva a perder a personas excepcionales que podrían acompañarnos en nuestra corta travesía por la vida, como es el caso de ellos dos, Jacob y su mujer, Sky Moore; me negué a renunciar a ellos.

Y porque el destino siempre, inevitablemente, tiene diseñados planes personalizados y hechos a medida para cada mortal, que encajan a la perfección como en un puzle de miles de piezas; en mi situación particular, a día de hoy sigo ensamblando piezas, construyendo paso a paso nuestra historia, la mía y la de mi bello desastre, Cupido cantarín.

56

Morgan



—Nena, ¿y dejaste al *sexy bad cup* que se fuera sin más?

Asentí con la cabeza mientras me llevaba una galletita con forma de Mickey Mouse a la boca y me quemé la lengua, pues acababa de salir del horno.

En esta parte de la historia debo confesarte que la paciencia no era precisamente una de mis virtudes; siempre pendiendo de un fino hilo.

—A ver… a ver… Pongámonos en perspectiva que ¡ando más perdida que una peli sin argumento!

Margot García pestañeó anonadada mientras me daba un cachete en la mano por robar una de sus galletas y con la otra batía mantequilla suave con azúcar glas y un poco de leche, para decorarlas antes de que me las zampara todas con voracidad, como el *monstruo de las galletas* azul de grandes y expresivos ojos de *Sésamo Street*, al famoso grito de: «¡Galletas!».

—Denis te ha engañado con una trepa cantante.

—Ajá.

—Sky ha puesto los cuernos a Madox con su amigo Jacob.

—Ajá.

—Tú y el agente *macizorro* habéis tenido intercambio de fluidos.

—Ajá.

—El *buenorro* uniformado te ha pedido matrimonio.

—Ajá.

—¿Entonces? Flor de loto…, ¿qué coño haces aquí con una petarda como yo, atiborrándote a galletas de mantequilla y no estás con él en Haines?

—Porque me ha pedido tiempo para despedirse a solas de *Thor*.

—¡No me jodas que conoce a Chris Hemsworth!

—No tendrás esa suerte…

Me eché a reír y cacé otra galletita antes de recibir otra torta en la mano.

—Ya te expliqué que *Thor* es su perro.

—Te juro que no entiendo por qué la gente se empeña en poner esos nombres a los perretes. Yo creo que lo hacen a propósito para despistar o para fastidiar, qué sé yo. Con lo práctico que es ponerles Max, Rocky o Bentley.

—¿Bentley? —le pregunté con la boca llena.

—Sí, Bentley, en honor a un antiguo exnovio.

—Debiste estar muy enamorada si se lo pusiste a tu mascota.

—Noooo, ¡qué va! Era mi particular venganza. Así me quedaba a gustito cada vez que lo sacaba a pasear y cuando iba a hacer sus necesidades le gritaba: «¡Anda, Bentley, vete a cagar!». Y cuando copulaba con una perrita del barrio: «¡Que te follen, Bentley!».

—No, qué va, es coña —arrugué la nariz mientras me reía—. ¡Te estás quedando conmigo!

—Para nada, además, mira. —Cogió su teléfono móvil y buscó una foto en la galería—. Este es el Bentley humano y este es el Bentley canino.

Me mostró la pantalla y ambos especímenes ciertamente guardaban un parecido asombroso. La cara arrugada y expresiva del bulldog inglés se asemejaba mucho a la facial de él, ambos parecían preocupados o, tal vez, reflexivos.

—Ostras, pues va a ser cierto…

—¿Ves? Calcaditos, como dos gotitas de agua.

Estuve tentada de preguntarle qué había pasado entre ellos para romper esa relación que al parecer la había dejado muy marcada, pero me contuve.

—Ya hemos hablado de mi ex demasiado tiempo. —Apagó la pantalla del teléfono y puso una mano en jarras—. ¿Piensas hacer tú la reserva del vuelo a Alaska o debo hacerla yo?

—¡Margot García!

—Cielo, deja de poner excusas a todo y céntrate en lo primordial por una vez en la vida. ¿Tú le quieres?

—Sí, por supuesto. Estoy enamorada de él desde…, creo que desde siempre.

—¿Y él te ha pedido matrimonio, no?

—Sí, ¿a dónde quieres llegar?

—A que prepares las maletas y subas a ese tren, porque puede que de aquí a un tiempo no vuelva a parar en ese mismo andén.

—¿Y abandonarlo todo?

—Sí.

—¿Mi trabajo?

—Sí, sin excusas. El otro día fue la última función del musical *El diablo viste de Prada*.

—¿Y mis grabaciones para el nuevo disco?

—Pide unos días de relax a tu representante, ese tal Leam Jenkins. Dile que necesitas unas

minivacaciones y luego ya pensaremos en algo.

—¿Y mis cosas? ¿Mi apartamento? ¿Mi vida aquí en Nueva York?

—¡Mimimimimi! *Stop!* Por favor. Morgan, pareces un disco rayado. Vive por una vez la vida que se te presenta, deja de huir.

Deja de huir…

Deja de…

Deja…

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en que huía de algo?

La expresión de mi cara se congeló y mi corazón se paralizó durante una fracción de segundo… o tal vez dos. Vaaaaale, no me agobies, ¡puede que tres!

—¡Demonios! No estoy huyendo de nada ni de nadie.

—Aaaah, no estás huyendo.

—Para nada.

Me crucé de brazos y fruncí el ceño como si ese gesto me diera más la razón.

—Cielo, sí que estás huyendo, constantemente. Estás huyendo de ti y de concederte el privilegio de ser realmente feliz. —Sonrió suavemente y luego prosiguió tras acariciarme la cara mientras se me hacía un nudo en la garganta—. Ojalá algún día esté la mitad de lo enamorada que estás de Madox; ojalá algún día alguien esté tan enamorado de mí como ese rubiales de ojos verdes lo está de ti.

Me mordisqueé la cara interior de la mejilla mientras sopesaba mentalmente, en una balanza y a la velocidad de la luz, los pros y los contras. Enseguida la pesa empezó a decantarse por el lado de los pros.

Matemáticamente es casi improbable coincidir con alguien tantas veces en la vida, no es casualidad. Quizás tampoco fuese cosa del destino ni de una fuerza misteriosa que lo condicionara todo. Yo, tal vez, era más de la ley de la atracción, esa creencia que sostiene que nuestros pensamientos, emociones y vibraciones tienen la capacidad de atraer circunstancias a nuestras vidas y elevarlas a un nivel de conexión más profundo; causalidad.

Tal vez no me creas, pero, en el mismo instante en que Madox Ward entró en el despacho de la comisaria, noté un magnetismo, un *algo* diferente en el ambiente que jamás había experimentado. Aunque… si quiero buscarle una lógica a lo que sentí, podría pensar en la torta que me pegó mi clienta infiel cuando nos revolcamos por el suelo.

Inspiré hondo, alcé la vista y solté el aire lentamente. Y, de repente, todo encajó.

—Margot.

—Dime, corazón.

—¿Acercas el portátil mientras yo busco la visa en la cartera de mi bolso?

—¡Bravo, ahí le han *dao*, con un buen par! ¡Esa es mi chica favorita!

57

Madox

Haines, Alaska

Sonreí de lado mientras me aguantaba a duras penas las lágrimas y me agachaba para acariciar el lomo de *Thor* con afecto y respeto. Mi fiel amigo de los últimos trece años yacía enroscado y hecho un ovillo en una especie de almohada acolchada que le había colocado Alice Watson cerca de la puerta trasera de su casa, para que le costara lo mínimo posible salir a hacer sus necesidades. Mis temblorosas yemas se hundieron en sus costillas sin demasiado esfuerzo.

Maldita sea, apenas reconocía su lustroso pelaje gris o su hercúlea musculatura, pues ¡se había quedado en los putos huesos!

—Ey, colega… Ya estoy de vuelta.

Él alzó la vista para mirarme y se me partió el alma en dos al darme cuenta que la maldita enfermedad no le había dejado conservar si siquiera su mirada siempre chispeante. Joder, ¡ahora sus ojos negros parecían dos pozos sin un atisbo de luz en ellos!

—No voy a dejarte solo, ¿me has oído? Voy a estar contigo hasta el final, viejo amigo.

Sacudió su cola una fracción de segundo, como si entendiera el significado de mis palabras, o simplemente se alegraba de verme, de que estuviera de nuevo a su lado después de tanto tiempo.

—Madox, ven, salgamos fuera.

Alice me puso la mano en el hombro y apretó los dedos, y yo asentí, despacio.

—Sí.

Salió al jardín, delimitado por cercas altas que yo mismo había instalado cuando vivíamos juntos para evitar que los animales salvajes (alces, osos o ciervos buscando alimento o cobijo) dañaran los abetos y abedules blancos.

Subí la cremallera del anorak hasta el cuello y la seguí unos pasos atrás, en silencio, respirando esa brisa fresca y pura del atardecer que casi había olvidado en esos cuatro años y que alborotó los rebeldes mechones rubios que escapaban de su trenza de raíz.

—Entremos —anunció, adentrándose en el interior del invernadero de estructura de metal y cristal en el que solíamos cultivar verduras y plantas para aislarlas de las inclemencias del tiempo.

—Alice, ¿por qué no me avisaste antes? ¿Por qué has esperado tanto tiempo? —Me atreví a decirle.

Ella se detuvo en un rincón donde había colocado una mesa de madera con decenas de macetas apiladas, a la espera de trasplantar las plántulas y esquejes. Una regadera, unas tijeras de podar con las puntas oxidadas, un par de guantes de jardinería con restos de tierra y botes de fertilizantes.

Hundió una de las palas en una bolsa de sustratos y empezó a colocar una capa de tierra fresca en el fondo de un tiesto. Luego inclinó otro tiesto y extrajo la planta con la ayuda de un palo, sosteniéndola por el tallo antes de colocarla en el nuevo hueco.

—Alice —insistí, pero ella siguió sin responderme, presionando la tierra con los dedos para que se asentara alrededor de las raíces.

—Fui a tres veterinarios antes de… —Se giró y fijó sus ojos grises en los míos, brillantes por las lágrimas—. No quería que pensaras que era un pretexto para hacerte volver a Haines.

—Nunca lo hubiese pensado.

—¿De veras? —Sonrió con tristeza y sorbió por la nariz.

Me aclaré la garganta.

—Sí.

—De acuerdo —asintió.

Joder. Soy consciente de que le había causado mucho daño en el pasado. Romper una relación siempre es doloroso para ambas partes, la que deja y a la que dejan. No es una situación fácil ni agradable, y más cuando has convivido día y noche con esa persona, cuando os habéis planteado un futuro juntos. Pero ¿dónde radican los límites entre lo que es moralmente correcto y lo que no? ¿Qué es menos malo, vivir una mentira o quitar la venda y, aunque duela, enfrentar la puta realidad?

—¿Cuándo van a sacrificarlo? —Me quemó la saliva en la boca cuando tuve que pronunciarlo en voz alta.

Me cago en la puta…

Aún me costaba asimilar que debía despedirme de *Thor*. Mi mente se negaba a aceptarlo, pero mi corazón sabía que era inevitable. Nada podía salvarle la vida, ni siquiera un jodido milagro.

Alice dejó el tiesto a un lado y apoyó las manos en la mesa, sin fuerzas. Estaba a nada de derrumbarse, aunque se estuviera haciendo la valiente, quizás para no mostrarse vulnerable delante de mí, o simplemente por demostrarse a ella misma que era fuerte, porque lo era. Alice

siempre había sido una mujer de los pies a la cabeza. Pero los sentimientos, al fin y al cabo, arañan cualquier coraza que nos autoimpongamos y, además, *Thor* siempre sería parte de los dos y puede que lo único que imaginariamente aún nos vinculara.

—En dos días. —Me miró con compasión con los ojos llenos de tristeza—. Solo… solo quiero que deje de sufrir…

—Lo sé.

Sacudió la cabeza. Ninguno de los dos pudo decir nada más hasta que ella rompió a llorar, completamente destrozada.

—Primero fuiste tú, ahora me abandona él…

Me acerqué a ella y le acaricié la espalda con cariño.

—Vamos, ven aquí.

Al principio dudó, pero luego conseguí que se cobijara entre mis brazos. Ninguno de los dos debía pasar por eso solo. Por muchas rencillas que hubiese entre nosotros, no era justo pasar por eso en soledad.

58

Morgan



Ligeros copos de nieve caían suavemente sobre el tejado de la cabaña del viejo Sam Cooper y se deslizaban por la chimenea mientras mi respiración temblorosa se entremezclaba con el vaho que emergía de mi aliento al exhalarlo en las palmas de mis manos para darme calor.

—¡No me digas que has vuelto a fumar, agente Ward! —grité con el corazón golpeando con fuerza tras mis costillas.

Madox detuvo momentáneamente su tarea de retirar las tejas dañadas para reemplazarlas por otras nuevas y se giró un tercio sobre el último peldaño de la escalera extensible para mirarme con el ceño fruncido; apuesto a que sorprendido de escuchar la voz de alguien que no esperaba oír, o al menos no allí, en Haines.

Sonrió de medio lado de esa forma tan sexy y canalla que me volvía tan loca.

Suspiré.

Vestía unos tejanos desgastados y una camisa de cuadros y llevaba el pelo algo más largo y desaliñado. Dios, recuerdo que me encantaba enredar esos rizos de su nuca en mis dedos y juguetear con ellos.

—¡¿Qué demonios?! —inquirió, con una mezcla de sorpresa y curiosidad que no pudo contener.

—Oye, Madox —contraataqué, poniendo mis manos en jarras alegremente y mi aterciopelada voz a propósito, aunque me entró la risa floja—. «Demonios» no creo que ese sea el mejor término que se deba utilizar para referirse a alguien que ha tenido que viajar nueve horas, en un vuelo con turbulencias de escala de Manhattan a Anchorage, y luego subirse a un ferry que te prometo que solo del balanceo daban ganas de vomitar y ¡parecía el camarote de los hermanos Marx, y…!

Sin esperar a que acabara mi frase, arrojó la colilla al aire y descendió varios escalones para

luego saltar al vacío y llegar a mí a grandes zancadas, tomar mi rostro entre sus enormes y cálidas manos y fijar sus brillantes ojos verdes en los míos con determinación.

—¿Prefieres que te recuerde que eres mi bello desastre? —susurró pegando sus labios contra los míos, provocándome mil escalofríos de placer que desarmaron cualquier resistencia que pudiera oponer—. Porque por más tiempo que estemos sin vernos, por más distancias que nos separen, por más impedimentos que se empeñe el destino en ponernos en el camino, siempre, maldita sea, siempre, acabas ¡poniendo mi puto mundo del revés!

—Ah, ¿sí?

Mi pulso se había disparado.

—Sí.

Sonrió rozando mis labios con sus dientes.

—¿Estás seguro de que solo yo pongo tu mundo del revés? —murmuré divertida, inhalando su aliento mezcla de tabaco y fresa.

—Así me consta, Cupido —respondió, seguro de sí mismo.

—Ya. O sea que, teóricamente, por esa regla de tres, me has echado de menos.

—¿De menos? Joder, ¿solo de menos? —Sacudió la cabeza, apretó la mandíbula y pegó su frente a la mía—. Odio cuando te vas, estoy harto de no tenerte cerca, de no besarte siempre que quiera, de no acariciar tu piel ni de sentirla a cada puñetero momento en la punta de mis dedos.

Me mordí el labio cuando empezó a besar mi cara despacio y muy dulcemente, hasta acabar en mi boca y atrapar mi labio inferior con los dientes.

—Dime que has venido para quedarte porque te juro que no creo que vaya a aguantar otra de tus huidas.

—Cuando me digas por qué estás reparando el tejado de la cabaña en la que estuvimos encerrados doce días con sus doce noches.

—He tirado de ahorros y la he comprado.

—¡No!

—Ajá, Cupido. —Empezó a acariciarme la mejilla mientras se giraba para señalar aquí y allí, entusiasmado y pletórico como un niño con zapatos nuevos—. Y pienso reformarla desde los cimientos hasta las vigas del techo.

Se puede decir que esa noticia me pilló por sorpresa, jamás hubiese imaginado que esa vieja cabaña hecha trizas podía reconstruirse y valer para algo más que para leña.

—Tú y yo hemos vivido demasiado entre esas cuatro paredes y me niego a que, porque los herederos no encuentren un comprador, se quede abandonada y olvidada hasta su derrumbe de aquí unos años. Aunque parezca una tontería, para mí tiene mucho significado.

—No es ninguna tontería. Sino algo… precioso…, el gesto más bonito que ha tenido jamás nadie conmigo… —susurré bajito, emocionada.

Madox recuperó mi mirada y sonrió de lado tras coger una bocanada profunda de aire.

—Tanto si decides quedarte como si no, esta parcela del mundo siempre será nuestro lugar;

nuestra particular bola de nieve que agitaremos juntos si así lo deseas.

—Madox…

—Sí, porque aquí, entre tiras y aflojas, huesos fracturados, marmotas voladoras, cuerdas de guitarra, discos de vinilo y crema de cacahuete, descubrí que a mis treinta y tres años aún no me había enamorado de nadie, que jamás había amado en cuerpo y mente a nadie.

Contuve el aliento antes de confesar en voz alta:

—Yo tampoco.

—Pues entonces ya no sé qué hacer más para convencerte de que te quedes a mi lado y dejes de hu…

—Dejar de huir.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos al darme cuenta de que acababa de tomar una decisión: la más importante de mi vida.

59

Madox

Finales de enero de 2018. Haines, Alaska

—Morgan, ni se te ocurra hacer trampa y espiar por el hueco entre mis dedos —le susurré en su oído mientras le cubría los ojos con las manos y la instaba a caminar dando pasos a ciegas.

—No puedo garantizarte nada, Madox. Además, sabes que soy tan torpe que en cualquier momento vas a presenciar cómo tropiezo y ¡me doy un buen golpe!

—Eso no va a suceder. Siempre estoy contigo, cuidándote.

—Madox, si me enredo los pies, ambos caeremos.

—No seas tan melodramática, Cupido, te estoy sujetando firmemente por detrás.

—Quien avisa no es traidor.

—Vaaaamos, unos pasitos más y habremos llegado.

Me detuve en seco y ella conmigo.

—¿Ya? ¿Por fin puedo abrir los ojos?

—Sí, doña Impaciencia.

Le retiré las manos lentamente, para crear expectación, y di un paso al frente para no perder detalle de los gestos en su rostro al ver la cabaña totalmente renovada.

Semanas atrás, le pedí encarecidamente que no viniera hasta que la tuviera terminada y acondicionada para vivir en ella. Es más, podría presumir de que logré, con la ayuda de Víktor Innik, uno de los tres arquitectos de Haines, que la distribución original de ochenta metros cuadrados, dividida en pequeños espacios, tuviera más luz y amplitud y lograr un hogar cómodo, funcional y, sobre todo, acogedor, ese era mi mayor propósito. El resto, hacerla diáfana y más abierta. Reemplazar las tres ventanas con marcos por un ventanal fijo y así mejorar la entrada de

luz. La cocina, extremadamente pequeña y poco aprovechada, la eché abajo y en su lugar coloqué una barra que servía a su vez como península para separarla y, además, proporcionaba un espacio extra de trabajo y almacenamiento. Eso sí, mantuve el techo, respetando la estructura original y las vigas de madera antiguas, y pinté las lamas con esmalte. Y me las ingenié a base de romperme los cascos para diseñar un pequeño altillo que se convertiría en nuestro dormitorio con vistas, desde la ventana tras la cama, a un blanco paisaje, a las espectaculares cadenas montañosas de Chilkat y Takshanuky y, desde la misma bañera colonial, de forma ovalada y esmaltada en blanco, a la magnífica extensión de agua del Lynn Canal, el fiordo más largo de Norteamérica.

En resumen, ni yo mismo podía creer lo que se podía lograr con muchas horas de esfuerzo, algunos ahorrillos y un puñado de ilusión, cuidando de combinar elementos de montaña rústicos con toques más minimalistas y contemporáneos.

—Ahora puedes abrir los ojos, Bella Durmiente.

60

Morgan



Abrí los ojos lentamente.

La respiración se me aceleró.

Traté de contener las lágrimas.

Uno…

Dos…

Tres… segundos.

No lo logré.

¿Has experimentado alguna vez como si el corazón dejara de latir por unos instantes en tu pecho, pero sintieras como si se hubiera ocultado en tu oído? El famoso «*tinnitus* pulsátil». Ahí, justo ahí, zumbando… ¡Bum, bum! ¡Bum, bum! Como si se hubiese escapado de la cavidad torácica para trepar por la garganta hasta quedarse allí, atrincherado.

¡Apuesto a que sí!

En ese caso, estoy convencida de que sabrás describir lo que sentí en ese momento o tal vez, podrías llegar a imaginarlo.

La cabaña del viejo Sam Cooper había desaparecido por completo. Se había desvanecido, literalmente. Aunque la tuviera ante mis ojos, no era capaz de ver ni siquiera un resquicio de un tablón de madera antigua de grandes betas, ni las tejas rotas, ni siquiera las tres características ventanas.

Nada…

—Oh, Santo Cielo… No puede ser… real…

—Sí, Morgan. Lo es. Es nuestra cabaña, tuya y mía.

—Es… ¡Madre mía! —Tragué saliva y me cubrí la boca con las manos. Era incapaz de

articular una frase con coherencia. La emoción se había apoderado de mí—. Madox…

—¿Qué, mi vida?

—Esto no se hace…

—¿El qué?

—¡Esto! —Señalé temblorosa hacia la cabaña y a punto de romper a llorar—. Por Dios… ¡Qué bonita es!

—Ahora solo falta llenarla de recuerdos, de todos nuestros instantes.

Me tomó de la mano, trenzó los dedos con los míos y tiró de mí, porque yo era incapaz de dar ni un solo paso por voluntad propia.

—Te vas a enamorar, ya verás.

—Ya lo estoy.

—Más, te lo prometo.

Aunque mi mente intentara recordarles a mis pies cómo caminar, colocando uno delante del otro, te doy mi palabra de que me costó un abismo subir los simples tres escalones del porche.

Madox se detuvo justo delante de la puerta principal de madera tallada a mano, me miró de soslayo, sonrió de lado y, sin soltarme de la mano, metió la otra en el bolsillo del pantalón para buscar la llave.

Infló el pecho y soltó el aire despacio. Por lo visto, él también estaba nervioso e impaciente por revelar la gran sorpresa que durante tantas semanas había guardado tan celosamente.

—¿Lista?

Asentí con el pulso disparado y las emociones desbordadas por completo. Creo que nunca había sentido tantas ganas de entrar en un lugar.

Jamás.

La puerta se abrió y ante mis ojos apareció un mundo acogedor y armonioso, de paredes de madera en tonos cálidos y piedra natural, que invitaba a perderse para siempre allí. El amplio ventanal se extendía desde el suelo hasta el techo, inundando la estancia de una luminosidad dorada.

—Nuestro pequeño gran refugio, Cupido —susurró Madox, abrazándome por la espalda y depositando un beso en mi cabeza—. ¿Te gusta?

Abracé sus brazos.

—¿Que si me gusta?

¿Cómo podía hacerme semejante pregunta? No existían palabras suficientes para describir lo que había creado casi de la nada, a partir de una cabaña que se caía a pedazos.

De repente, pareció oírse un suave ladrido proveniente de la parte alta de la cabaña.

—¿Lo has oído?

—¿El qué?

—Un… ladrido… de… allí… —Le señalé el altillo—. Por cierto, la casa no tenía dos plantas.

—Ahora sí. —Sonrió, soltándome de sus brazos.

—¿Puedo? —Señalé con la cabeza arriba—. ¿Me dejas hacer los honores?

—Por supuesto, sé que te mueres de ganas. —Se echó a reír mientras se cruzaba de brazos y me observaba ascender por la escalera de caracol de hierro forjado.

El dormitorio en el altillo seguía la misma esencia del resto de la vivienda. Fui directamente a averiguar de dónde provenían aquellos gruñidos y arañazos: de detrás de la puerta del cuarto de baño.

La sorpresa que aguardaba tras esa puerta me dejó sin aliento. Un precioso cachorro de Akita Inu, con un lazo rojo brillante alrededor del cuello, me miraba con ojos tiernos y curiosos. El pequeño peludo agitaba su cola con entusiasmo, como si supiera que íbamos a compartir mil y una travesuras juntos a partir de ese instante.

—¡Dios mío…!

Me acuclillé para estar a su altura y recibirlo entre mis brazos.

—Ven, pequeño… —le dije.

El cachorro respondió con un suave ladrido y dio unos pasos tambaleantes hacia mí, moviendo sus patitas con torpeza. Al cogerlo y acercármelo para darle un beso, empezó a lamerme la cara con ternura.

—Oh, por favor… pero si eres increíblemente dulce…

La conexión entre nosotros fue inexplicablemente inmediata, y supe en ese momento cómo iba a llamarlo. No me preguntes por qué, pero lo supe.

—Ya veo que habéis hecho muy buenas migas —indicó Madox, apoyado en el quicio de la puerta con un palo blanco de piruleta asomando por la boca—. Ahora solo hay que buscarle un nombre.

Suspiré hondo, miré los ojitos negros del perrito y pronuncié en voz alta:

—*Celestial*.

—¿Perdona?

Sonreí.

—Esta adorable bola de pelo se llama *Celestial*.

Epílogo

Morgan

—Hija mía, lamento en el alma no haber podido acompañarte a los dichosos Premios esos de la música.

—Grammy, papá, se llaman los Premios Grammy.

—Demonios, cierto, los Grammy. Tú ya me has entendido —gruñó y su bufido de cascarrabias viajó a miles de millas a través del hilo telefónico—. Pero lo vi retransmitido por la CBS en vivo y en directo desde la cama. Vi cómo se lo daban a Alessia Mejilla.

—Alessia Cara —le corregí sin poder evitar soltar una risa.

—Maldita sea, ¡no te rías, Morgan Freeman, ni me faltes al respeto de esa manera! Que llegar a mi edad con la cabeza tan amueblada como la tengo yo es casi un milagro.

Carraspeó y luego prosiguió con su característico timbre de voz, tan grave que parecía provenir de la ultratumba o desde el interior de una tubería oxidada.

Sonreí.

—¿Tu esguince de cadera ya está superado?

—¡Estoy como un roble, niña! ¿Qué pregunta es esa?

—Debes cuidarte más, papá —le insistí, preocupada—. He estado hablando con el doctor Sackler, tu médico de toda la vida, y estamos de acuerdo en que no deberías quedarte solo en casa tanto tiempo porque…

—¡Qué tonterías he de oír! Sigo valiéndome por mí mismo. —Se cerró en banda—. Así que, si tienes planificado arreglar el papeleo para encarcelarme en una residencia para viejos zombis, ¡lo llevas clarito, señorita! ¿Me has oído? Además, ¿tú cuándo piensas hacerme una visita? —Cambió de tema rápido como una bala, típico en él. Cuando algo no era de su agrado… ¡Zas! Giro de ciento ochenta grados de golpe—. A ver, hija, ¿cuándo piensas dejar un hueco en esa agenda tan apretada que tienes para venir a Connecticut?

—Pronto, te lo aseguro.

—Ya. Las promesas se las lleva el viento.

—Papá.

—Las promesas son como los billetes del *Monopoly*, no tienen validez ninguna.

—Papááá…

—Así que ya puedes irme dando una fecha y estar aquí de cuerpo presente y no hablando por

uno de estos chismes, que los ha inventado el diablo para dejar abandonados a los seres queridos…

—¡Papááá!

—¿Quéééé, hija?

Cogí aire cuando por fin se hizo el silencio y lo solté lentamente antes de quitar la arandela de una gran bomba.

—Voy a casarme.

¡BOOM!

Me mordí el carrillo mientras cerraba un ojo antes del contraataque que venía en tres, dos, uno…

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser?

—No me digas que con el poli lisiado.

—¡Pero papáááááá!

—Morgan, si es que está visto que lo tuyo no es el tiro al blanco, que tienes menos puntería que un rayo de luz disperso en el aire…

—Lo mío no será la puntería, pero lo tuyo no son los nombres. Madox, mi prometido se llama Madox Ward.

—¡Ya lo sé, carajo! Al menos el gobierno le habrá concedido una paga, ¿no?

—¿Quéééé? Papá… Madox está perfectamente. De hecho, ha vuelto a la comisaria a trabajar media jornada y… —Suspiré—. ¡Bah, da igual, déjalo!

—Bueno, al menos parece que vuelves a sentar la cabeza y si es verdad lo de la boda, que sepas que me haces muy feliz, el viejo más feliz sobre la faz de la tierra, porque pensaba que ibas ¡a enterrarme sin antes verte de novia! Así que no me hace falta echar imaginación para verte con él y saber que vas a ser la novia más bonita que ha habido jamás de los jamases.

Mi corazón pasó de latir raudamente por la acalorada y simpática charla con mi padre a saltarse un latido al oírle, de golpe y sin esperarlo, pronunciar cosas tan tiernas con su léxico tan tosco.

Se volvió a hacer el silencio, hasta que *Celestial* pegó un ladrido.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Tienes otro chucho?

Abrí la boca y la volví a cerrar antes de responderle.

—Sí, hemos adoptado uno, bueno, en realidad fue una sorpresa de Madox. Ama los animales al igual que yo. —Seguí hablando antes de que me cortara a la brava, como siempre—. De hecho, perdió a *Thor*, tuvieron que sacrificarlo hace solo unos meses y…

—Vaya, vaya, vaya… —siseó entre dientes—. Ese *policitucho* empieza a caerme bien. Que le gusten los animales es sinónimo de tener buen fondo.

—Y no solo los animales, papá. Madox es… ¡lo es todo para mí!

—La verdad es que nunca te había oído hablar de nadie con tanta emoción en la voz, hija. Al

final va a resultar que es un ser especial.

—Lo es, papá. Y, además, me hace feliz. —Me tembló el labio inferior de emoción—. Soy tremendamente feliz.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al tiempo que no podía evitar sonreír al pensar en él, Madox Ward.

—Se nota.

Seguimos conversando durante más de hora y media, poniéndonos al día de todo. Yo explicándole que necesitaba desconectar por un tiempo de giras, grabación de maquetas, mánagers, listas de ventas, fans. Y él me contó los últimos chismes del pueblo, las infidelidades vecinales, a qué funerales había asistido y las recurrentes visitas del pastor Green para verificar que no se había convertido en un fiambre (palabras textuales de mi padre). Cuando colgamos, me sentía más cerca de mi padre que nunca.

* * *

Aquella misma noche, Madox y yo decidimos de mutuo acuerdo acondicionar una de las dos habitaciones libres que teníamos en nuestra recién estrenada casa revestida con tablones de madera pintados en un cálido tono terroso en Skagway, para, con la excusa de los preparativos de la boda, proponerle a mi padre que viniera a vivir con nosotros a Alaska y envejecer en nuestra compañía, pues la soledad compartida y más en él, que se acercaba a los ochenta años, es menos soledad, ¿no crees?

¡Ay, perdona! Creo que aún no te había explicado que a Madox le trasladaron al departamento de policía de esa pintoresca ciudad al sureste de Alaska, cerca de Haines y conocida por su importancia histórica durante la Fiebre del Oro de Klondike. Y que dejamos la cabaña del viejo de Sam Cooper para nuestras escapadas románticas, para cuando necesitásemos huir del mundo y guarecernos en nuestra propia bola de cristal, nuestra propia burbuja imaginaria, y agitarla con brío una vez dentro para provocar que bailaran los copos de plástico y purpurina en su interior, al igual que en nuestros corazones.

Tampoco te había comentado que, con la recaudación de mi último disco, distintas entrevistas en revistas y la venta de *merchandising*, había pagado el traspaso de un local a medio camino entre nuestra casa y la comisaría de policía, para volver a emprender esa loca idea de negocio que había fracasado hacía cuatro años. Necesitaba volver a intentarlo, no pensaba rendirme tan fácilmente. Sí, es precisamente esa que estás pensando, la de vestirme de Cupido cantarín y homenajear al amor en el sentido más amplio de la palabra uniendo almas. Y sí, en mi humilde opinión, creo que nací para eso.

Semanas más tarde, cuando Madox y yo colgamos el letrero de CUANDO CUPIDO OLVIDÓ LAS ALAS, «Servicios de amor Celestial», desempolvé las alas blancas que olvidé el día que conocí al agente Ward y las mandé reparar. Y te prometo que la voz no tardó en correr

entre los vecinos, en viajar por el boca-oreja en un amplio radio de varios pueblos a la redonda y… ¡¡¡las visitas y las peticiones de citas en la web www.cuandoolvidolasalas.com empezaron a llover a mares!!!

Ya lo decía mi bisabuela materna, que en paz descanse: «Si crees ciegamente en algo, pelea hasta la muerte por ello».

¡Cuánta razón tiene la gente mayor!, ¿a qué sí?

Madox

TRES AÑOS MÁS TARDE. FAIRBANKS, ALASKA

—¿Cómo dices que se llaman?

—Las luces del norte.

Abracé a Morgan por la espalda mientras observaba embelesada los tonos verdes, rosados, azules y violetas que se entrelazaban y desplazaban suavemente en el oscuro cielo, creando formas etéreas que parecían danzar al ritmo de una elegante melodía, quién sabe, tal vez la de un vals.

—¿Qué sientes al contemplar por primera vez una aurora boreal?

—¿La verdad?

Hinchó el pecho y retuvo unos instantes el aire en sus pulmones.

—Paz.

Sonreí de medio lado y la besé en uno de sus tres sexis lunares, el del cuello, sobre el frenético pulso de su vena carótida. Luego la estreché más fuerte entre mis brazos, pues estaba temblando, hacía un frío del carajo mientras observábamos a la *señorita vestida de verde*, como la denominamos muchos.

Sí, **PAZ**, en mayúsculas, subrayado y negrita y porque no puedo ponerlo en fosforito…

—Tenías razón, Madox.

—¿En qué, mi vida?

—En que se convertiría en mi lugar favorito del mundo mundial.

—Amén.

Eso mismo sentí yo la primera vez que vi una aurora boreal con cinco años en Karasjok, un lugar remoto de Laponia, perdido de la mano de Dios y alejado de la contaminación lumínica. Lo recuerdo perfectamente, la belleza y la calma hipnotizándome para siempre, instaurando una sensación de paz y serenidad en mi alma que jamás he vuelto a experimentar con nada, pero sí con alguien, con Morgan Freeman.

Y también debo admitir que me sentía afortunado por ser testigo de cómo el universo me brindaba ese maravilloso y excepcional espectáculo, nuevamente. Igual que le estaría

eternamente agradecido por haber hallado a la persona que me complementaba, que me cuidaba y me recordaba en todo momento que, cuando Cupido, ese niño desnudo hijo de Venus, se obstina y dispara sus flechas a diestro y siniestro mientras lleva los ojos vendados, es capaz de acertar de pleno en el centro de tu corazón, que queda perdido para siempre, pues está claro que…

El amor siempre vuela alto cuando menos lo esperas.

Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra
y en el ancho mar undoso
y en cuanto el abismo encierra
en su báratro espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.

MIGUEL DE CERVANTES,
Capítulo XX de la segunda parte de
Don Quijote de la Mancha



Retrato del príncipe Henry Lubomirsky como el Amor, obra de Vigée-Lebrun. 1789.



Venus y Cupido, de Alessandro Allori. Museo Fabre, Montpellier. 1570-e.

Bonus Track

Morgan



Octubre de 2023, RAK Studios. Distrito de St John's Wood, Londres

De pie frente a los micrófonos, siento mi corazón latir aceleradamente y miles de mariposas revolotear en mi estómago mientras observo a mi derecha a Edward Christopher Sheeran, más conocido como Ed Sheeran. Apenas logro contener la emoción.

Gira un tercio la cabeza y me mira con total naturalidad.

—Quisiera expresarte mi gratitud una vez más por aceptar hacer esta colaboración conmigo. —Apoya sus labios en el cuello de una botella de agua y bebe un sorbo largo con una sonrisa cálida.

—¡Oh, no! Para nada, soy yo quien debe agradecerte por haber hecho que se cumpla el mayor de mis sueños: cantar contigo.

¡¿Alguien en la sala se ofrece voluntario para pellizcarme, por favor?!

—No te restes valor, Morgan. —Me frota el brazo con aprecio—. Creo que aún no eres consciente de que posees un algo especial y único que te distingue, no solo en la calidad vocal, sino en la forma en que impactas a los demás con tu música. Generas sentimientos profundos y te aseguro que eso no lo logran todos los artistas.

Me sonrojo y la vista se me nubla momentáneamente al recibir halagos de alguien como él, tan entregado y desbordado de talento creativo, acostumbrado a trabajar codo con codo con muchos de los grandes de la música.

—Chicos, vamos a hacer una prueba de sonido y luego empezaremos la grabación, *¿okey?* —interviene Benny Blanco, el productor, hablando desde el micrófono dentro de la cabina.

El pelirrojo me mira cómplice y me guiña un ojo.

—¿Lista para crear magia?

—¡Preparadísima!

Asiento, lleno mis pulmones de aire, sintiendo cómo mi corazón martillea con fuerza tras mis costillas y una energía vibrante recorre cada átomo y célula de mi cuerpo, desde el dedo gordo del pie hasta el último pelo negro de mi cabeza.

—¡Pues entonces hagamos que esta sea una sesión inolvidable!

Ed hace un gesto de aprobación al técnico de sonido y yo tomo mi guitarra, preparo las cuerdas bajo mis dedos, y siento la emoción apoderarse de mí cuando empiezo a pellizcar los primeros acordes de *Eyes Closed*.

Cierro los ojos.

Hincho el pecho, emocionada.

Y los vuelvo a abrir.

Sonrío mientras pienso:

«Que tiemble el mundo porque… Georgia Mind, ¡ha vuelto pisando fuerte para quedarse!».

Agradecimientos

¡Uf! Llegados a este punto y acabado de escribir el *Bonus Track* con la colaboración de Ed Sheran (ojalá), debo decir, con el corazón henchido y lleno de emoción, que mis chicos Morgan y Madox lo han vuelto a hacer: enamorarme hasta las trancas y grabar sus iniciales en letras doradas en otra parcela de mi corazón, para siempre.

Aix, mi Cupido cantarín y mi *sexy bad cop*, ¡os voy a echar muchísimo de menos a vosotros y a vuestro amor Celestial!

Deseo con toda mi alma que también te hayas enamorado de ellos y, si es así, te doy las GRACIAS por leer y adentrarte en mis idas de olla y desvaríos varios, plasmados en unas hojas de papel en blanco.

¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS a ti mi LOKA/O! Por adentrarte en mis historias, por permitirme hacerte sentir uniendo simples palabras, por darme permiso para acariciarte el alma, por estrujarte el corazón, por robarte mil sonrisas, por arrebatarte suspiros y, en ocasiones, incluso de quererme interponer una demanda judicial por írseme la pinza o la mano y pecar de dramática en algunas escenas…

¡GRACIAS por vuestro cariño infinito!

GRACIAS… A mis amigas, María Giménez, Elisenda Fuentes, Roge Galera, Almudena González, Loli Zamora y Alicia Almazan. ¡Os quiero *forever*, chicas!

A mis compis de *office*, sobre todo a Àngel Vallès. Gracias por vuestro apoyo incondicional desde que descubristeis que amo con todo mi ser Crear Sueños.

A mis compañeras de letras, por hacer una piña y apoyarnos mutuamente.

A Mª José o Majo de @promocionesesther por el emotivo y cariñoso prólogo, que me ha emocionado profundamente.

A l@s bookstagrammers y a los grupos de las redes sociales que leéis mis libros y los reseñáis, promoviendo la lectura e incentivando a otros lectores para que sean partícipes de nuestro trabajo. Mención especial a Christian de @surfenadounlibro, @vanessa_books, @_Nira_, @pilasdelibros, @valientegarciamariajose, @mecaieunlibro, @loslibrosdetess, @magiaytinta, @m_angelespelirroja, @unmundodehistoriasfantasticas, @beatrizgomes264, @ @lectura_con_cafe, @begoseal, @izasmagu, @novelacrush, @un_libro_en_mi_mesita, @evita_berme, @miriammramz, @anitadevoradoradelibros, @entrelibrosycastillos2022, @cris_bealo, @lourdes.andresgarcia, @marirosales_74, @manelafer, @mirnita_coni, @silviasaje, @mayka_conesa, @marien_f_sabariego, @naisagodes, @lareinadeloslibros,

@entrealmasmaribelmabel, @dreamingofmimibooks, @beli_novelas, @eva_y_suslocuras, @desmontandolibros, @entrelibrosygirasoles, @anag.castellar, @danielaysuslibros, @la_terraza_del_libro, @booksandmark, @protolunaig, @ro_perdidaentrelibros, @eli.p.r., @librosqmencantan, @promocionesesther, @mayka369, @miespaciodelectura, @nymmynbooks, @el_desvan_de_noa, @laratitadelibros, @libros_magia_pasion, @mruano_mjose, @lionela23, @norte_literario, @rocanilla, @lupitareadsbooks_, @buceandoentrehistorias, @lectogramers, @monicacostasb, @monica_martinezsanchez, @mapiboix, @locasdelmundo4, @chapoteando.en.letras, @kelita.books, @marimarpintor, @reino_de_libros_26, @mydreamergirl, @bailandoconlibros, @divina_lectura_paty, @lacolinadelosgatos, @montbdn, @relatosdemara, @cuci¡ocandas, @xicade_frases, @beatrizgomes264, @meryrangeloficial, @loslibros_delaura, @naiarasanchez.escritora, @fernandezdiazbelen, @evvstay, @rocio.librosyscrap, @anna.gils.writer, @johannamartinez8895, @entrelibrosyplancha, @garbival, @mesumerjoentrelibros, @txaro83, @anamomentsmetro, @marivicas5, @reina_de_los_libros, @lilith_lectora, @lalibreriadeoih, @vykamurias, @manuelmiguelgarcia7647, @marisa_amado_rodriguez, @lorebooksstars, @melanireads, @redblossomwriter, @lauramendolazaro, @navalucillera_lorena, @sanmartin223_leo_luego_existo, @monicadelatorre_author, @raquel75mr, @minervafj72, @elrincondearan_, @trigollorca, @sofybook1, @amaluma0, @ y ¡millones más!

A l@s organizadores de los eventos a los que asisto y en los que disfruto como una enana, Ainhoa S. Gómez, Miguel Ángel Gash y Tanya Martins de Book’s Wings Barcelona; Carolina Galobardas de Your Stories Market Barcelona; María José y Noa de Devoralibros Barcelona y muchísimos más.

A las organizadoras de las LV, en especial a @librosviajerosylibres por conseguir que las novelas viajen por toda la geografía española y vuelvan a casa cargadas de regalitos, mensajes, dibujos, post-its, comentarios maravillosos… *I love you so much!*

A mi agente literaria argentina, Silvana Merlo, por soñar despierta con que un día (no muy lejano) conquistaremos juntas las Américas.

A Isidro Santos, por cederme siempre un hueco y parte de su tiempo para hacerse eco de mis novelas en su sección de Radio Vermut. ¡Eres muy grande y un comunicador excepcional!

A mi editora, Adelaida Herrera, por confiar en mí y darme la oportunidad de seguir cumpliendo sueños de mi siempre casa desde hace casi diez años, la editorial Planeta. Gracias de corazón por tanto.

Como siempre, solo me queda dar las gracias a mi hijo, Aleix Subirà, que no por ser el último en la lista es el menos importante; al contrario. Él es mi vida completa y mi razón de existir, la sangre que corre por mis venas, el aire que exhalo a cada segundo. Él es mi pasión y mi sueño. Por él merece la pena todo: las noches en vela, comer a deshoras, la impotencia de no hallar la palabra adecuada. Por él, y solo por él, merece la pena seguir luchando, creando sueños para vosotr@s…

¡Gracias infinitas, de todo corazón, por hacer de mi sueño una hermosa realidad!

ESTAS SON MIS OBRAS PUBLICADAS:

Saga «Loca seducción»:

Otoño en Manhattan

Quiero ser tu principio y tu fin

Recuérdame

Sin mirar atrás

Alguien inesperado

Bilogía «Un millón de nosotros»:

Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos

Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas

Bilogía «Skyline»:

Brooklyn

Serie «Christmas's Tales»:

Christmas horror Christmas

Christmas sweet Christmas

Volúmenes independientes:

Tentación

Valentine

Referencias de las canciones

Love of my live, interpretada por Queen
Wicked Game, interpretada por Chris Isaak
Careless whisper, interpretada por George Michael
Me colé en una fiesta, interpretada por Mecano
Bird set free, interpretada por Sea
My Girl, interpretada por The Temptations
Beautiful Boy (Darling Boy), interpretada por John Lenon
Meadow, interpretada por Stone Temple Pilots
Tubular Bells, interpretada por Mike Oldfield
Oceans (Where feet May Fail), interpretada por Hillsong UNITED
Oceans eyes, interpretada por Billie Eilish
What's Up?, interpretada por 4 Non Blondes
Train wreek, interpretada por James Arthur
Eyes closed, interpretada por Ed Sheran

Si te apetece escuchar las canciones en Spotify



Y si te apetece disfrutar de los booktrailes



Biografía



Nací en Barcelona en 1974. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión, aunque escritora de vocación.

A principios del 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga «Loca seducción». Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en mi gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean a través de mis relatos.

- Ganadora de los Wattys 2022 de Wattpad con *Valentine*
- Mejor novela de Navidad 2022 con *Christmas horror* Christmas en la web apartado ocio de "El Mundo"
- Finalista novela romántica 2022 en el evento Book's wings Barcelona con *Brooklyn*
- Seleccionado dossier y pitch bilogía *Un millón de nosotros* en Rodando Páginas 2023.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Web: www.evapvalencia.com

Facebook: evapvalenciaautoranovela

Instagram: @evapvalenciaautora

Atrévete a sentirlas en tu propia piel




WINNER
NEW
ADULT
2022
THE WATTYS
WATTPAD
MEJOR
NOVELA
NAVIDAD
2022
OCIO
WEB "EL MUNDO"
FINALISTA
NOVELA
ROMÁNTICA
2022
EVENTO
BOOK'S WINGS BCN
AUTOR
REVELACIÓN
2022
BOOKSTAGRAMMER
LECTURAS FRANCY
DOSSIER
PITCH
2023
RODANDO
PÁGINAS

Notas

1. El musical *El diablo viste de Prada* se estrenó el 14 de julio de 2020 en Chicago, antes de trasladarse posteriormente a Broadway.

1. *Jukebox* es una gramola o rocola, también conocida en español como sinfonola o cinquera, un dispositivo parcialmente automatizado que reproduce música.

1. El lenguaje extraterrestre es un término genérico utilizado para describir un idioma originario de una raza alienígena. El estudio de tales lenguas hipotéticas se ha denominado xenolingüística, aunque la terminología alternativa, como exolingüística y astrolingüística se ha encontrado y utilizado en las novelas y películas de ciencia ficción.

2. Sadhus es un término de origen hindú que se refiere a los ascetas o monjes renunciantes que practican el yoga, la meditación y otras disciplinas espirituales en busca de la iluminación y la liberación del ciclo de reencarnación.

1. Un *strongman* es alguien que se dedica a levantar pesos extremos, como camiones y ruedas. Se les conoce como «levantadores de peso a plomo» o *strongman*, en inglés. El término *strongman* se utiliza para describir a los atletas que participan en competiciones de fuerza y levantamiento de objetos pesados, donde se ponen a prueba su resistencia y habilidades físicas en una variedad de eventos desafiantes.

1. He estado caminando/a través de un mundo que se ha vuelto ciego./No puedo dejar de pensar en tu mente de diamante,/esta criatura cuidadosa se ha hecho mi amiga./La dejaste sola con una mente de diamante/y esos ojos de océano.

1. Reparar lo roto/retirar las palabras dichas/encontrar esperanza en la desesperanza/Sácame de este tren descarrilado/revertir las cenizas/desencadenar las reacciones/no estoy listo para morir, no aún.

Cuando el diablo vistió de uniforme: 2 (Celestial)
Eva P. Valencia

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro / Área Editorial Grupo Planeta
© De la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Eva P. Valencia, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: noviembre 2023

ISBN: 978-84-08-27782-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


Eva P. Valencia
Cuando Cupido olvidó las alas
Celestial, 1
zafiro

Cuando cupido olvidó las alas: 1 (Celestial)

Valencia, Eva P.
9788408275978
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cupido atrapará tu corazón con esta novela fresca y divertida.

Soy Morgan Freeman y acabo de sufrir mi primera crisis existencial. Y no por lo que estás pensando, no qué va, pues los efectos colaterales de tener un padre tan cinéfilo que se quedó más ancho que largo al bautizarme con el mismo nombre que el oscarizado actor, lo tengo más que superado. Sino porque mi novio, Jeff Martin, el mismo desde cuando ambos íbamos en pañales, acaba de romper nuestro compromiso de matrimonio al darse cuenta de que… ¡Tachan! ¡¡Está enamoradísimo de nuestro amigo en común, Aiden Clark!!
Verás, mi estampa ahora mismo da pena. Estoy sentada en el suelo del cuarto de baño con la frente propinando cabezazos a la tapa del bidé, en ropa interior y llorando a moco tendido, auto compadeciéndome, mientras me debato en si debería contratar los servicios de un sicario o largarme de Connecticut durante un laaaaaaargo período de tiempo (quizás… ¿trillones de años serían suficientes?).
Cuando me seco las lágrimas, miro con apatía el mapamundi que he desplegado entre mis piernas pues va a ser el responsable de decidir a partir de ahora mi destino.
Cierro los ojos, inspiro hondo y dejo caer mi dedo sobre el papel arrugado. Despego un párpado, luego el otro, temerosa, antes de descubrir el nombre que se esconde bajo mi yema: Alaska.

Primera parte de la bilogía *Celestial.*

Después de éxitos como la saga *Loca seducción*, la bilogía *Un millón de nosotros* y sus novelas *Brooklyn, Valentine, Tentación y Christmas's tales*, **Eva P. Valencia** regresa con una novela con mucha chispa, diversión y la tensión justa para resultar adictiva… querrás más y lo tendrás.

Cómpralo y empieza a leer


EVA P. VALENCIA
QUIERO SER
TU PRINCIPIO
Y TU FIN
Relato de Otoño
en Manhattan
zafiro

Quiero ser tu principio y tu fin (relato), Loca seducción, 2

Valencia, Eva P.
9788408133094
60 Páginas

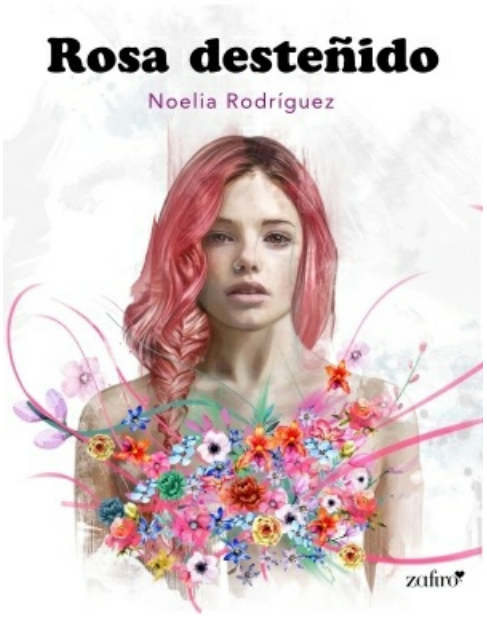
Cómpralo y empieza a leer

Han transcurrido tres semanas desde que Jessica Orson se sometió al duro tratamiento para combatir su grave enfermedad. Cuando salió del hospital dejó atrás los lujos y las comodidades para mudarse al pequeño apartamento de Park Avenue e iniciar una nueva vida junto a Gabriel. Pero la felicidad durará poco, ya que una noticia inesperada desencadenará nuevos temores en la joven pareja y obligará a Jessica a tomar la decisión más difícil de su vida.

Quiero ser tu principio y tu fin es un intenso y emotivo relato que nos narra uno de los momentos más importantes en la relación de Jessica y Gabriel, los inolvidables protagonistas de *Otoño en Manhattan*, la primera novela de la saga *Loca seducción*.

Los beneficios íntegros de la autora Eva P. Valencia irán destinados al proyecto Lydia de la Fundación Cris contra el cáncer, para la investigación y la cura de la leucemia infantil. www.criscancer.org

Cómpralo y empieza a leer


Rosa desteñido
Noelia Rodríguez
zafiro

Rosa desteñido

Rodríguez, Noelia
9788408281610
510 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La apasionada historia de amor de una joven artista.

Nunca entendí el **sexo** como una forma de comprender el amor o de llegar a él. Para mí el sexo nunca fue algo especial, profundo o transformador. No, para mí el sexo simplemente era una actividad para satisfacer una necesidad. Ni siquiera representaba la actividad más placentera. De hecho, mi mejor amigo Michael siempre me recordaba que en una cena había declarado que prefería la comida al sexo. No es que no me gustara el sexo, pero por aquel entonces me parecía que la comida podía proporcionarme una satisfacción mayor. **El sexo, bueno… el sexo, al fin y al cabo, solo me parecía sexo.**

Nunca había sido una mujer enamoradiza ni romántica. No me gustaba disfrazar las cosas y consideraba que el mejor camino entre dos puntos siempre era la línea recta. **Pero todos mis esquemas vitales sobre el sexo, el amor, la perspectiva de lo que está bien y lo que está mal, todo lo cambió Adrián**. Llegó a mi vida y fue como si alguien alterara el equilibrio de las cosas. Las rectas comenzaron a enredarse y la gravedad cambió su eje. Al fin y al cabo, yo solo quería sexo… pero con Adrián las cosas nunca fueron simples.

Después del éxito de su novela *Las rubias también lloran,* Noelia Rodriguez regresa con una novela sobre la complejidad de las relaciones amorosas.

Cómpralo y empieza a leer


Megan
Maxwell
Vaya vaya,
cómo has crecido
zafiro

Vaya vaya, cómo has crecido

Maxwell, Megan
9788408245742
120 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

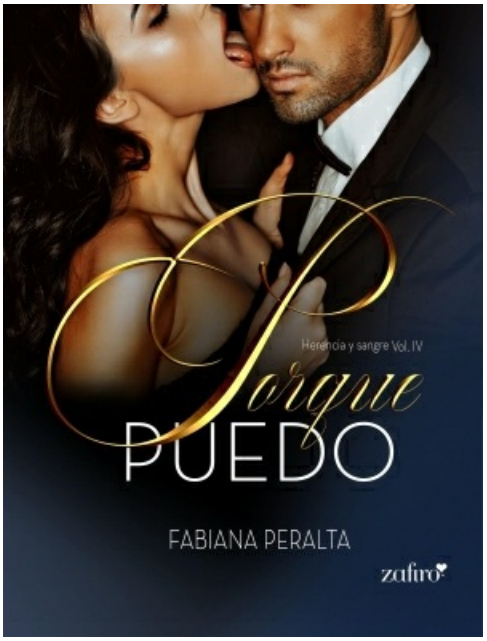
Raquel es una joven periodista a la que le encargan entrevistar al guapísimo actor de moda Manuel Beltrán.

En su infancia fueron vecinos y asistieron al mismo colegio. Han pasado muchos años, por lo que Raquel se sorprende cuando se da cuenta de que él sabe perfectamente quién es.

Aunque Manuel la invita a cenar tras la entrevista, ella se niega y se marcha. Sin embargo, Manuel no se da por vencido y, gracias a su madre, acaba dando con ella.

A partir de ese instante, Raquel y Manuel se encontrarán en más de un lugar, y **lo que comenzó como una entrevista se convertirá en un tremendo asedio al corazón.**

Cómpralo y empieza a leer


Herencia y sangre Vol. IV
Porque
PUEDO
FABIANA PERALTA
zafiro

Porque puedo. Herencia y sangre, vol. IV

Peralta, Fabiana
9788408266983
450 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El matrimonio se basa en el amor y la comprensión, pero el nuestro es como un tablero de ajedrez, en el que ella es la reina y yo, el rey.

Aidan

Creen que me han doblegado, pero no es así.

Esta unión ha puesto un alto a la guerra con la Bratva, pero no para mí, porque **Alex representa todo lo que una vez amé y su familia me quitó**.

Puede que me hayan obligado a casarme con ella, y que mi juramento signifique defenderla de cualquier extraño que quiera lastimarla, puesto que ahora ella es mi esposa y debo protegerla, pero nadie ha tenido en cuenta que ese juramento no incluye que yo no pueda destruirla.

Cogeré lo que es mío y preservaré su cuerpo, pero dañaré su mente y su alma.

Los enemigos se exterminan, no importa las armas que se utilicen para conseguirlo.

Solo hay un problema en este juego: **ella es desconfiada, indómita e increíblemente... hermosa**, algo que no calculé, ya que solo consideré que se trataba de una insignificante mujer usada como un peón por su padre.

En el ajedrez, el jaque pone al rey bajo amenaza directa, acorralándolo, pero solo el jaque mate termina la partida.

Cómpralo y empieza a leer